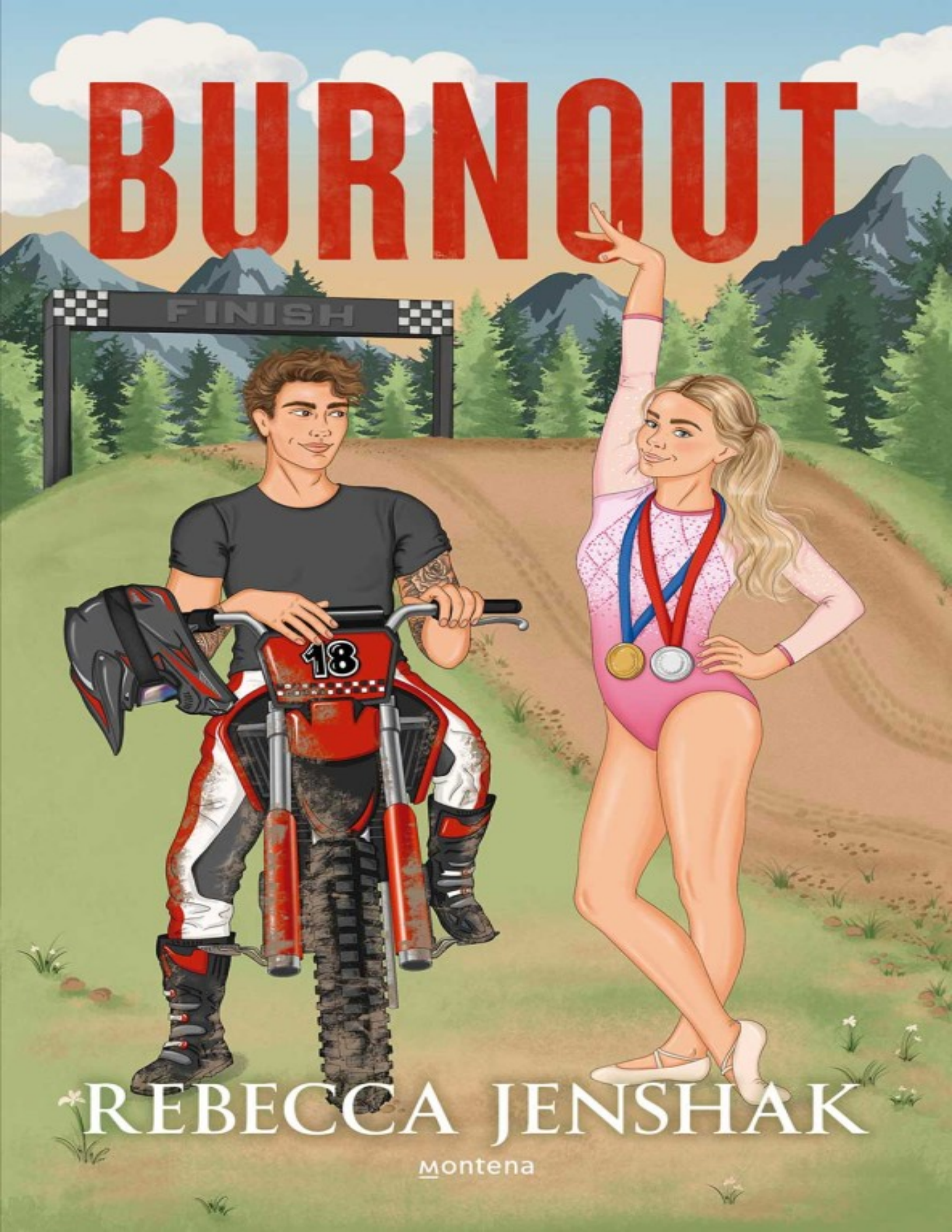
BURNOUT



REBECCA JENSHAK

montena

REBECCA JENSHAK

BURNOUT

Traducción de
Elena Macian Masip

montena

Prólogo

Knox

Siento el temblor de la adrenalina bajo la piel. Estoy sentado en la moto, detrás de la valla. Oigo el ronroneo del motor al ralentí; unas gotas de sudor se me deslizan por la nuca.

Mi compañero de equipo, Link, está a mi lado, a lomos de una Honda roja idéntica a la mía. Habla en voz alta mientras tamborilea distraído sobre el manillar.

—Esta es mía. Hoy empieza la era de Link.

Lo repite como un mantra hasta que ya no aguanto más y reacciono. Resoplo y lo miro de soslayo.

—¿Tienes algo que decir, Holland?

—Qué va. —Niego con la cabeza y luego mascullo entre dientes—. La era de Link, hay que joderse…

No sé si tiene un sentido de la audición supersónico o si es capaz de leerme el pensamiento, pero no deja el tema.

—¿No lo crees?

—Puede ganar cualquiera —contesto—. Eres un buen corredor. Procura no caerte de la moto y no hacer ninguna cagada.

Como respuesta me pone los ojos en blanco. Luego se baja las gafas.

—Como si fuese a aceptar consejos de ti. Puede que sea más joven, pero llevo corriendo más tiempo que tú. Esta temporada has

tenido suerte, porque Mike y el resto del equipo se han tragado el cuento ese de tu historia de superación, pero ya se darán cuenta. Pienso demostrarles a todos lo que soy capaz de hacer. Si eres listo te quitarás de mi camino. Igual hasta dejan que te quedes en el equipo la próxima temporada, para que me hagas de segundo.

Sus palabras me escuecen más de lo que estoy dispuesto a admitir. Me he dejado la piel para volver a lo más alto, pero no puedo recuperar los años que estuve ausente para cuidar de mis hermanos.

Aun así, aparto a Link y todo lo demás de mi mente. Este es el momento clave. Es la última carrera de la temporada de motocross. He quedado segundo en la primera manga, así que en esta tengo que cruzar la meta el primero si quiero ganar la carrera. Y necesito ganarla. Lo necesito.

Debe de hacer casi cuarenta grados aquí, pero el público está enfervorecido. Todo el mundo se ha puesto de pie y se han acercado al borde del circuito para animarnos cuando pasemos zumbando ante ellos.

Amo este deporte. No hay nada mejor que correr en una pista de tierra mientras el sol brilla sobre tu cabeza.

La tensión detrás de la línea de salida es palpable. Todos estamos metidos en nuestro propio mundo, a la espera de la señal. Yo me estoy visualizando dentro de treinta minutos, en el pódium, con el trofeo del ganador en la mano.

—¿Estás mirando, mamá? —murmuro en voz baja. Levanto la mano izquierda hacia la mentonera del casco y beso la rosa que llevo tatuada entre el pulgar y el índice—. Esta es para ti. Feliz cumpleaños.

Ya son diez años sin ella, y no sé cómo he sobrevivido ni a un solo segundo de ellos. Me siento como si hubiese ocurrido en otra vida y

a la vez como si hubiese pasado ayer. Hoy habría cumplido cincuenta años y sé que le habría encantado verme correr. Aunque quien me enseñó a montar en moto fue mi padre, era ella quien siempre me decía que no había sueños demasiado disparatados y que sería capaz de conseguir todo lo que me propusiera si me entregaba en cuerpo y alma.

La chica que lleva el cartel de los treinta segundos lo pone de lado y sale de la pista, seguida del comisario. Ha llegado la hora.

Revoluciono el motor y miro al frente, dejando todo lo que no sea la carrera fuera de mi mente. Cuando cae la valla, lo único que me mueve es el instinto. La memoria muscular, mezclada con una determinación desesperada por terminar esta temporada en la cima, hace que deje atrás a los demás corredores en la recta.

El principio siempre es un caos, hasta que llegamos a la primera curva. La tierra sale despedida detrás de nosotros mientras peleamos por conseguir una buena posición a la vez que intentamos no chocar. No hacen falta más de diez segundos para separar a los verdaderos contendientes del resto del grupo. Mi principal baza es la velocidad, así que la utilizo en cada oportunidad que se me presenta.

Los que vamos en primera posición somos los de siempre, los tres que llevamos toda la temporada luchando por el pódium. Siempre hay otros pilotos que se las arreglan para seguirnos el ritmo al principio de la carrera, pero conmigo pisándote los talones durante treinta minutos cualquiera se quiebra bajo la presión.

No bajo el ritmo. Me aprovecho de cada recta, cada *whoop* y cada salto para dejar atrás a todo el que se interponga entre la línea de meta y yo.

Al llegar a la mitad, voy tercero. Intento apartar la frustración y concentrarme en hacer todo lo que esté en mi mano mientras

espero al momento propicio. Solo hace falta una cagada, un desliz de los corredores que van por delante de mí, para que los adelante. Y cuando esté en primer lugar no habrá quien me pare. Nunca he perdido una primera posición. Solo tengo que alcanzarla.

Cuando llego a la última curva del circuito, atisbo una moto detrás de mí. Veo un destello rojo en mi campo de visión y aprieto los dientes cuando mi compañero, Link, abre gas a fondo para llegar a la línea de meta al mismo tiempo que yo.

Link sería un buen piloto si no fuera tan agresivo. Se arriesga demasiado, y eso es decir mucho viniendo de otro piloto, porque estamos todos fatal de la cabeza. Tiene más DNF que victorias. Lo último que necesito es que se estrelle delante de mí y me cueste unos segundos muy valiosos.

Voy por el interior, así que al doblar la primera curva del circuito le gano terreno. Sin embargo, logra seguirme el ritmo, lo que no hace sino aumentar mi irritación. No consigo quitarme a este tío de encima. En el siguiente salto comete por fin un error: aterriza en una parte más blanda del suelo, lo que le ralentiza. Suspiro de alivio y vuelvo a concentrarme en los que encabezan la carrera.

Recorro de forma limpia la siguiente sección del circuito y logro acortar un poco de distancia. Conseguiré ponerme segundo en la próxima vuelta si encuentro una trazada corta con la que adelantarlo. Se está cansando. Lo veo. Lo siento, joder.

Mis hermanos solían decir que, durante los últimos cinco minutos de una carrera yo era capaz de encontrarle a la moto una marcha más, y ahora me siento exactamente así. Aparto todas las distracciones. Lo único que me importa son los próximos diez minutos.

El segundo toma una curva a demasiada velocidad y su rueda trasera se desliza, lo que me da la oportunidad de adelantarlo.

Ahora solo una persona se interpone entre la victoria y yo.

Tras una serie de pequeños saltos, atisbo de nuevo la puta moto roja. Me permito mirarlo lo justo para verle una sonrisa de satisfacción pintada en la cara. Si los dos conseguimos un puesto en el podio, será un hito histórico para el equipo Thorne. Y es lo que deseo, pero deseo todavía más terminar en primera posición.

Tomo las curvas cerradas y aprieto los dientes cada vez que Link trata de adelantarme. Quedan menos de tres minutos. Necesito hacer algo pronto si quiero terminar primero.

La oportunidad se me presenta cuando subimos una colina el uno al lado del otro. Después de la próxima curva hay una sección llena de baches justo antes de un doble salto. En las carreras de entrenamiento, a Link le ha costado bastante. Es difícil conseguir la velocidad suficiente para entrar bien y todos estamos cansados.

Mi concentración es total. Al llegar al primer salto, muevo el peso del cuerpo y la moto a un lado para hacer un *whip* y luego reajustar mi posición para caer mejor. Lo tengo y lo sabe. Sin embargo, en lugar de aceptarlo con deportividad, Link acerca su moto a la mía. No tiene sitio para adelantarme, pero lo intenta de todos modos. Su rueda delantera golpea la mía lo suficiente para sacarme de la pista y hacerme caer por un escarpado terraplén. Salgo disparado de la moto y caigo de espaldas.

Por primera vez desde el inicio de la carrera, el ruido del gentío vuelve a pasar a un primer plano. Sus gritos ahogados se oyen por encima de los jadeos que escapan de mis labios. Me duele todo, pero nada de eso importa. Me llevo el tatuaje de la rosa a la mentonera mientras mi visión se tiñe de negro.

—Lo siento, mamá.

Capítulo uno

Avery

Cuando llego al final de la barra, levanto las manos sobre la cabeza y giro sobre la parte delantera de los pies. Ya está. La última combinación de mi rutina. Podría hacerlo con los ojos vendados. Cuando estoy dormida, solo sueño con esta rutina. Hace casi dos años me hizo ganar una medalla de plata en los Juegos Olímpicos, así que es imposible que nunca me olvide de ella.

La visualizo cada día. Todos los días. Cuando como, cuando me ducho, cuando sueño despierta en clase… No hay ningún lugar en el que prefiera estar más que encima de una barra de equilibrio.

Inhalo para prepararme para la salida: un doble mortal carpado con giro completo, una de las salidas más complicadas. Hay poca gente que consiga hacerla porque es muy difícil aterrizar limpiamente sin hacerse daño. Requiere de potencia y velocidad, hacer un mortal con una pirueta desde el extremo de la barra y aterrizar de forma alineada con la barra y el pecho en alto. No hay ningún gimnasta universitario que lo intente siquiera, ya que ejecutar la rutina limpiamente es más importante que la dificultad. Pero a mí me encantan los desafíos.

Correr riesgos no es algo que forme parte de mi naturaleza, pero la gimnasia siempre me ha permitido ser una persona diferente de la que soy fuera del gimnasio.

O, mejor dicho, me lo permitía.

Porque hace meses que no hago esta salida. A veces, cuando siento mucha pena de mí misma, me pregunto si volveré a hacerla algún día.

Aparto ese pensamiento y me pongo aún más recta.

—¡Tú puedes, Avery! —Los ánimos vienen de mi izquierda, desde donde me observan mis compañeros. Sus miradas son como alfileres clavados en mi piel. Mi respiración cambia. La rodilla derecha se me bloquea.

Ejecuto la rondada con menos velocidad de la que necesitaría para esta salida tan complicada y, en lugar de arriesgarme a lesionarme de nuevo, desciendo a la colchoneta que hay junto a la barra con un simple mortal en plancha.

No levanto la vista cuando aplauden porque tengo miedo de lo que pueda ver en sus ojos. «Pobre Avery, con esa rodilla mala. Pobre Avery, que todavía no ha vuelto a ser la que era antes de la lesión. Pobre Avery, pobre Avery».

—¡Siguiente! —anuncia la entrenadora mientras yo salgo de la colchoneta. Siento una punzada de dolor en la rodilla mientras cruzo el gimnasio para ir a por mi botella de agua.

Varios de los chicos del equipo masculino todavía están practicando en las barras paralelas de la esquina. Justo cuando me acerco, Tristan ejecuta una salida con todos sus mortales y sus giros y sus piruetas. Sin aliento, pero con esa sonrisilla que nunca se le borra de la cara, se dirige pavoneándose hacia mí.

—Y así es como se hace, Ollie.

Me llama así porque mi apellido es Oliver. Creo que es el sobrenombre que más he repudiado en todos los años que llevo de vida.

Este es Tristan Williams, que tiene dos oros olímpicos a sus

espaldas y está considerado como el mejor gimnasta universitario masculino del país. Y considerado por mí como la persona más irritante del mundo.

—¿Cómo se hace el qué? ¿Ser un gilipollas o saltar en la salida? —le pregunto con una sonrisa falsa.

—Al menos yo me atrevo a hacer una buena salida. ¿Qué coño ha sido esa mierda de principiante? —Señala la barra con un brazo musculoso.

Decido evitarlo. Pongo más espacio entre los dos y sigo mi camino hacia el lado del gimnasio en el que he dejado mis cosas. Cojo mi botella de agua del suelo y le doy un buen trago antes de darme la vuelta. Tristan sigue ahí plantado esperando a que le conteste, ahora con los brazos en jarras.

—¿Qué? —le espeto con todo el descaro que puedo. Me agacho y empiezo a quitarme la venda de la rodilla.

—¿Por qué no estás practicando? —Enuncia cada palabra con mucha claridad.

—Estoy practicando.

—No, eso no es practicar. Te has pasado la última hora dando tumbos, haciendo rutinas de pacotilla y cagándola en las salidas, como si te hubieses lesionado ayer en lugar de hace meses. ¿Cuánto tiempo piensas pasarte echándole la culpa a la rodilla?

Lo miro con los ojos entornados. Veo cómo una satisfacción apenas contenida asoma a sus rasgos. Ha conseguido lo que quería: sacarme de quicio. Juraría que le divierte cabrearme.

—Perdona, ¿te has sacado la carrera de Medicina este verano y nadie me lo ha contado?

Tras poner los ojos en blanco de forma exagerada, pegunta:

—¿Qué plan tienes esta noche? ¿Te apetece hacer algo conmigo?

—¿Quién, yo? ¿La chica que hace rutinas de pacotilla? —le

pregunto con voz dulce, incluso empalagosa, pero enseguida dejo de fingir—. Paso. Prefiero ver cómo crece el césped que desperdiciar la noche escuchándote hablar sobre lo maravilloso que eres.

Se lo digo medio en broma, para que este jueguecito de intercambio de insultos que nos traemos no decaiga, pero lo cierto es que este tío se tiene en muy alta estima. Y no me apetece nada pasar con él mi viernes por la noche.

Contesta con algo a medio camino entre un resoplido y una carcajada.

—Yo siempre te voy a decir las cosas como son, Ollie. Tú eres capaz de más. —Señala el suelo, como si se refiriera a todo lo que estoy haciendo aquí—. Deja de obsesionarte con la rodilla.

Trago saliva, a pesar del nudo que se me ha hecho en la garganta, mientras él se reúne de nuevo con los chicos. Tiro la venda al suelo, doblo la pierna derecha y me quedo mirando la piel roja y ligeramente hinchada de la rodilla. La cicatriz vertical que hay justo debajo todavía está fresca y aún tiene bastante mala pinta. Extiendo la pierna ante mí y me estiro hacia delante. Todavía está un poco más débil que mi pierna izquierda, así que me cuesta discernir si el dolor que siento es debido a eso o a que me he pasado entrenando.

Los médicos pensaban que a estas alturas ya estaría curada del todo. Y yo también lo creía.

Hace ya un mes que empezó el curso. Los entrenamientos como tal han comenzado esta semana, pero yo me he pasado el verano en el gimnasio haciendo rehabilitación para la rodilla y entrenando tantas acrobacias como podía con una sola pierna.

La última temporada fue un desastre, así que ahora tengo que volver más fuerte que nunca.

Unos minutos después de las seis, la entrenadora anuncia que la sesión de hoy ha terminado. Cojo mi mochila y me pongo las

chanclas. Sin embargo, antes de que me dé tiempo a marcharme, oigo mi nombre desde el otro lado del gimnasio.

Me detengo, pero no miro atrás. Aún conservo la esperanza de haber oído mal.

—Avery —repite, aún gritando—. ¿Puedo hablar contigo antes de que te vayas?

No necesito volverme para saber que se trata de la entrenadora Weaver. Me lo dice el terror que se me instala en la boca del estómago, así como el marcado acento alemán. La miro, asiento y retrocedo hasta la esquina en la que están las barras de equilibrio. Está hablando con un par de chicas de primero, así que me espero. La forma como la miran, con asombro e inspiración pero también con una buena dosis de miedo, me hace sonreír. Recuerdo que el año pasado me sentía exactamente así. En realidad, todavía me da bastante miedo, si soy sincera, pero es una entrenadora excelente. Me gusta su estilo. Es bastante parca en palabras, pero precisamente por eso todo lo que dice tiene un impacto mucho mayor.

—Hola, entrenadora —saludo cuando las chicas se van.

—Avery… —Baja la voz y da un paso hacia mí. Echa la vista hacia mi rodilla antes de volver a mirarme a los ojos—. ¿Cómo va esa rodilla?

—Bien —contesto alegremente. Demasiado alegremente—. Está un poco hinchada, pero el doctor dijo que es normal.

—¿Y cómo estás tú?

La pregunta me sorprende tanto que no trato de suavizar mi respuesta.

—Me siento frustrada. Pensaba que a estas alturas ya estaría al cien por cien, pero la rodilla se me sigue quedando bloqueada.

—Si tú estás tensa, tu cuerpo está tenso. —Asiento. Me siento

muy avergonzada—. Poco a poco. La semana que viene quiero que trabajes exclusivamente en suelo.

—¿Suelo? —Frunzo el ceño.

—Sí. Ni barra ni potro. Nada arriesgado. Puedes practicar tus acrobacias en suelo.

Me siento como si diera diez pasos hacia atrás, y esa no es la dirección en la que quiero ir, precisamente.

—Pero, entrenadora…

—Eso es todo. Buen fin de semana. Y esta noche ponte hielo en la rodilla.



El camino hasta mi residencia no me ayuda a aclararme las ideas, pero cuando entro en el apartamento que comparto con mi compañera, Quinn, no puedo evitar sonreír ante la imagen que me encuentro. Está haciendo el puente, lo que no sería tan raro si no llevara puesta una minifalda de cuero negro, un top blanco y unas botas de plataforma y estuviera viendo un viejo episodio de *Friends*.

—¿Cómo puedes ver la tele de esa manera? —le pregunto mientras dejo la mochila en mi habitación, que está a la derecha. Luego me dejo caer en el sofá del salón, la parte del apartamento que compartimos.

Levanta una pierna, luego la otra y se pone de pie.

—Este lo he visto tantas veces que puedo recitarlo de memoria. —Quinn se sienta en el suelo abriéndose de piernas y me mira—. ¿Cómo ha ido el entrenamiento?

—No muy bien. —Me levanto y saco el hielo de la nevera pequeña. Me lo acaba de recordar. Vuelvo a sentarme, alzo la pierna

y me lo pongo sobre la rodilla—. Me he vuelto a quedar bloqueada en la barra.

—¿Te duele la rodilla?

—Sí. No. No lo sé. Todavía me la noto rara, y está un poco hinchada por culpa de las pocas acrobacias que he hecho esta semana.

—Supongo que es normal. Te llevará un poco de tiempo, pero todavía estamos en septiembre. Tienes mucho tiempo.

Yo también lo pensaba. Lo pensaba justo después de la operación, y también este verano, cuando me dieron luz verde para entrenar, pero me siento a años luz de competir y ya tengo la temporada encima.

—La entrenadora me ha dicho que la semana que viene me quiere exclusivamente en suelo.

Mi compañera levanta las cejas oscuras, pero tarda un poco en contestar, como si estuviese sopesando con cuidado sus palabras.

—Igual es mejor así. —Me arden las mejillas. Se me debe de notar la rabia, porque añade a toda prisa—: Por el momento, A-babe —aclara, recurriendo al mote que me puso. Es mucho mejor que Ollie —. Eres la mejor gimnasta del equipo. No le preocupa que perfecciones las rutinas, solo quiere asegurarse de que la rodilla esté del todo bien y de que mentalmente también estés en forma.

Es lógico, o a lo mejor es lo que quiero creer para no tener que tomármelo como otro retroceso. Aunque me molesta que eso sea precisamente lo que ha dicho Tristan.

—Tal vez tengas razón. Supongo que solo estoy enfurruñada porque me he cruzado con Tristan. —Suelto un gemido al recordar su estúpida sonrisilla—. No me puedo creer que me liase con él. Puaj.

—Estabas borracha y acababas de sufrir una ruptura. Y está muy

bueno, así que se te puede perdonar.

Me estremezco al recordarlo. Tristan es un chulo y un creído. Es un gran gimnasta, se lo tengo que reconocer, pero su personalidad es un asco.

—¿Dónde te lo has cruzado? —pregunta Quinn mientras sale del *split* y hace una vertical. Es la única persona que conozco que es capaz de tener la falda arrugada alrededor de las caderas como si fuera un cinturón y seguir manteniendo la compostura.

—En el gimnasio. Algunos chicos se han quedado por ahí después de entrenar.

—Pues claro, ¿qué otra cosa iban a hacer un viernes por la noche?

—¿Como nosotras, quieres decir? Tú estarás haciendo acrobacias vestida para salir, pero yo me voy directa a la ducha y a la cama. —Esta semana no lo habré dado todo en los entrenamientos, pero me siento como si me hubiese atropellado un camión de todos modos.

—Te equivocas. Yo salgo, pero tú te vienes conmigo. Y solo me estoy asegurando de no haber perdido todas mis habilidades. Ya no compito, pero hacer un *split* o una rueda sin manos siguen siendo unos trucos excelentes cuando estás en una fiesta. —Se pone de pie y se recoloca la ropa. No sé cómo lo hace, pero sigue estando fantástica. No se le ha salido del peinado ni uno solo de los mechones castaño oscuro.

Me echo a reír al ver que luce una sonrisa enorme. Lo dice totalmente en serio, y la amo por ello. En primero, Quinn y yo empezamos juntas en el equipo de gimnasia de la Universidad de Valley, la Valley U, pero al final de curso lo dejó para tener una vida. La verdad es que no se le puede reprochar a nadie que desee tener más tiempo libre. Yo me paso dos o tres horas en el gimnasio cada día, la mayoría de veces incluso más. Si a eso le añadimos las clases y las horas de estudio, no queda mucho rato para nada más.

A mí me gusta demasiado para dejarlo, pero comprendo perfectamente la decisión que ha tomado Quinn.

—¿Nosotras? En una escala del uno al diez, mis deseos por salir están en torno a menos cinco.

—Pues sí. Colter actúa esta noche y le he prometido que nos pasaríamos.

—Ah.

—Quiere que veas lo mucho que lo has ayudado —aclara.

—Sí, claro. Es que… ¿No puedes grabar algún vídeo y enseñármelo luego? Es que tardaré al menos una hora en arreglarme y la verdad es que no tengo muchas ganas.

Niega con la cabeza suavemente.

—Eso ya me lo dijiste el fin de semana pasado.

Abro la boca para protestar.

—Y el anterior —añade.

La cierro de golpe. Maldita sea.

Ella se echa a reír y pone los brazos en jarras.

—¡Vamos! Nos lo pasaremos bien.

Quinn y su novio, Colter, son la pareja más adorable del mundo. Ella es menuda y tiene un aspecto muy dulce (hasta con las botas y las prendas de cuero) y él es un motero de *freestyle* que está un poco pirado. Los adoro, pero la última vez que salí con ellos me sentí como una aguantavelas.

Y entonces, como si pudiera leerme la mente, me dice:

—Colter estará ocupado, así que será como una noche de chicas en la que además nos alegraremos la vista.

Saca hacia fuera el labio inferior y hace un puchero, esperanzada. Me echo a reír al verla.

—Está bien, está bien. Anda, ayúdame a buscar algo que ponerme.

—¡Eso está hecho! —contesta. Me coge y tira de mí con más fuerza de la que te esperarías de una chica tan menuda—. Ya tienes dos opciones preparadas encima de mi cama.

—¿Alguna de ellas es un chándal? —pregunto esperanzada.

—¡Tira! —Señala al baño y se ríe.

Capítulo dos

Avery

El sonido de los motores al revolucionarse corta el aire. Quinn saca el brazo por la ventanilla del copiloto de mi Bronco y señala un sitio vacío en el aparcamiento del recinto.

—¡Ahí! —dice.

—¿No me habías dicho que era un evento pequeño? —Giro el volante y me dirijo al espacio que me ha señalado.

—Mi hombre es importante. —Se encoge de hombros y me dedica una sonrisa.

Freno de golpe al detectar un destello negro y plateado que atisbo por el rabillo del ojo. Pego un grito cuando la moto se detiene justo delante de mí. Parece nueva, elegante y resplandeciente bajo la luz. El conductor va vestido todo de negro, de los pies a la cabeza, igual que su moto. La única rendija de piel que queda a la vista está en la rodilla, donde lleva un roto en los vaqueros negros. No puedo verle los ojos a través del visor oscuro de su casco, pero un escalofrío me recorre la espina dorsal, pues nos aguantamos la mirada de una forma que se me antoja intensa, pesada.

—Gilipollas… —mascullo, golpeando la parte superior del volante.

Él acelera y desaparece entre las hileras de vehículos.

Después de aparcar, Quinn me guía hasta el evento en sí. Es un estadio al aire libre con gradas a los dos lados de la pista.

Hay mucha gente. Familias con niños pequeños con protectores para los oídos, parejas… A lo largo de la valla que separa a la multitud de la pista, hay motos aparcadas en varios grupos cuyos propietarios están a su lado, mirando hacia el circuito.

En el centro de la pista hay una rampa enorme y a su alrededor otras más pequeñas de distintos tamaños. Los pilotos hacen turnos corriendo por la rampa principal y ejecutando sus trucos: dan volteretas en el aire, o piruetas en las que se agarran solo del asiento o también del manillar, llevando los pies hacia un lado o por encima de sus cabezas. Luego aterrizan unos segundos antes de volver a sentarse.

—¿Hemos llegado tarde? —le pregunto a Quinn mientras la sigo hasta las gradas del fondo del recinto.

—No, solo están calentando —me contesta, gritando para que la oiga por encima del ruido.

Nos acercamos a otro grupo grande de gente que hay a lo largo de la valla y recibo varias miraditas. Más chicos con sus motos, y grupos de chicas arracimadas a su alrededor. Todas van con vaqueros ajustados o cortos, y salta a la vista que el negro es el color más popular por aquí. Al final, he descartado los modelitos que me ha propuesto Quinn y he elegido uno de los míos. Tal vez mi vestido rosa claro de encaje y mis deportivas blancas no hayan sido la mejor opción para un evento como este, pero no salía desde la primera semana de clases y quería estar guapa.

Hay un chico que me llama especialmente la atención. Estoy segura al noventa y nueve por ciento de que es el mismo que se me ha cruzado en el aparcamiento, pero todos visten parecido. Se ha quitado la chaqueta y lleva una camiseta de tirantes negra que deja al descubierto los brazos musculosos y los tatuajes que le decoran la piel, desde la espalda hasta los dedos. Está sentado en su moto con

una mano apoyada en el muslo. Con la otra, aguanta el casco. No sé qué tiene esa postura, pero irradia seguridad en sí mismo.

Una multitud se ha congregado a su alrededor y tanto chicos como chicas están tratando de conseguir su atención. Si tuviera que adivinar, diría que debe de andar entre los veinte y los veinticinco años. Tiene el pelo castaño, corto y ondulado, con un rollo despeinado que probablemente sea culpa del casco, o quizá se acaba de pasar la mano por el pelo. Aunque, a juzgar por la mujer que tiene al lado, que lo está mirando como si fuera un premio, ha sido otra persona quien se lo ha alborotado con los dedos.

Es evidente que todo el mundo está emocionado por verlo, pero no logro oír por qué es tan importante como para que la gente lo esté mirando a él en lugar de a la pista. Debe de notar que yo también estoy pendiente de él, porque cuando Quinn y yo nos acercamos desvía la mirada hacia mí.

Sin embargo, no acaba de mirarme a los ojos. En lugar de eso, desliza la mirada perezosa por mi vestido y mis piernas, y luego la deja fija en mis pies. Ni que fuera descalza o llevase unos tacones de diez centímetros cubiertos de purpurina rosa.

Bajo la vista, cohibida de repente. Mis zapatillas blancas ya tienen algo de polvo de la pista, pero, por lo demás, no sé por qué llaman tanto la atención del señor motero buenorro tatuado.

Cuando vuelvo a levantar la vista, me encuentro con que por fin me está mirando a la cara. Me quedo sin aliento cuando entorna los ojos y enarca las cejas oscuras. Es como si me estuviera desafiando; me observa con chulería, pero también un poco intrigado, como si no supiera muy bien qué pensar de mí. Lo he pillado repasándome de arriba abajo y ahora reacciona como si fuera yo la que tuviera que avergonzarse.

Y me desconcierta tanto que no logro hacer nada más que

aguantarle la mirada. Cuando paso por su lado, apenas nos separan un par de metros. El aire está cargado a su alrededor. No se ha movido ni un centímetro, y hay algo en toda la situación que hace que me sienta como si estuviese en la pasarela de un desfile. O en el tablón de un barco pirata.

No me gusta cómo se me acelera el corazón ni cómo me sonrojo bajo su escrutinio.

Y, en cuanto lo hemos pasado de largo, corro para ponerme al lado de Quinn.

—¿Seguro que lo que me he puesto está bien? —le pregunto a mi amiga, que por fin ha encontrado un sitio en las gradas que le gusta y ha empezado a subir las escaleras.

Me echa un vistazo y asiente.

—Estás guapísima. No conozco a nadie más a quien pudiera quedarle bien ese vestido. Y no sé cómo lo haces para conservar todavía el moreno del verano.

Es porque me he pasado el verano en la piscina, haciendo rehabilitación para la rodilla.

Nos sentamos en una fila vacía a media altura. Desde aquí, vemos a los pilotos que siguen dando saltos en la pista para calentar. Atisbo a Colter y, a juzgar por su sonrisa, Quinn también.

—Me da la sensación de que debería haberme puesto algo más…

—¿Algo más qué? —Me mira con una ceja enarcada y una expresión interrogante.

—Algo menos rosa y con menos encaje.

Se ríe con dulzura, apartando la vista de su novio solo un instante. Se quita la chaqueta de cuero y me la tiende.

—Ponte esto.

—¿Estás segura?

—Estás increíble tal y como estás, pero si así te sientes más

cómoda… —Se encoge de hombros.

Deslizo los brazos en las mangas y me acurruco contra la tela suave como la seda. Mi amiga me la ha dejado calentita y, al menos en la mitad superior, ya no desentono tanto con la gente.

—Guau. Ya me siento como una chica mala. No sé si vas a recuperar la chaqueta.

Quinn resopla.

—Sé dónde vives, zorra.

El público entero se pone de pie cuando la voz del presentador suena por los altavoces. Le da la bienvenida a todo el mundo. Mientras tanto, los pilotos siguen impacientes sobre sus motos. Casi puedo ver la adrenalina que irradia de ellos. Yo misma estoy cada vez más emocionada. No veía a Colter en acción desde la primavera pasada. Es valiente y tiene mucho talento. También está un poco loco, pero de una forma adorable.

Cuando decidió dejar las carreras de motocross y pasarse al *freestyle*, estuvo entrenando durante un tiempo con Quinn y conmigo. El control y la fuerza que se requieren para hacer algunos de sus trucos son una locura.

El presentador va nombrando a los pilotos, los presenta y enumera un listado de sus méritos mientras ellos recorren la pista saludando a los fans. Luego aceleran en la rampa.

La verdad es que algunas de las cosas que logran hacer son increíbles. Cuando llega el turno de Colter, hace un *backflip* y luego sube las piernas hacia atrás, de forma que está volando en sentido horizontal por encima de la moto. Quinn chilla y se tapa la boca con ambas manos. Cuando aterriza, Colter da una vuelta por la pista, acercándose mucho a la valla, y se pone de pie. Se da un beso en las puntas de los dedos y se lo manda a su novia antes de alejarse a toda velocidad.

El evento continúa después de eso. Los pilotos, siete en total, realizan trucos sincronizados mientras la música suena a todo volumen. Los tiempos, la técnica e incluso la altura a la que se elevan en el aire es casi idéntica. Hacen volteretas hacia atrás y un montón de acrobacias que me parecen aterradoras.

Yo solo había visto a Colter en acción una vez, y fue en la pequeña pista en la que practica. Fui una vez con Quinn y me pareció divertido, pero esto… Esto es mucho mejor de lo que imaginaba. Hasta a mí me late el corazón desbocado, y cada vez más, porque sus gestas son cada vez más impresionantes.

Al cabo de un rato, salen de la formación y se detienen en un extremo del circuito. Luego se turnan uno a uno para recorrer el recinto, alternando entre las rampas, haciendo acrobacias y ganándose a la multitud. Huele a humo y a goma quemada, con unas notas de gasolina, y la música está tan alta que noto la vibración en mi propio cuerpo. Es electrizante.

El presentador va nombrando los trucos a medida que los ejecutan. Los nombres me hacen gracia: el *Hart Attack*, el *Kiss of Death*, el *Rigamortis*, el *Holy Grab*, el *Oxecutioner*…

—No sé quién les puso el nombre, pero tenía un humor muy negro —grito por encima del ruido.

Sin embargo, los nombres también son un recordatorio de que, con un mal gesto, estos chicos podrían hacerse mucho daño. Están pirados.

—A casi todos les ponen el nombre del piloto —contesta sin apartar la mirada de la pista.

Cuando le toca a Colter, sigo cada uno de sus movimientos, como si tuviera los ojos pegados a él. Es bueno, puede que el mejor de todo el grupo. Y, como pasamos mucho tiempo juntos mientras practicaba las verticales y el control del tren superior, me doy cuenta

de que ha mejorado un montón en ese aspecto. Sus líneas son muy rectas y sus movimientos muy fluidos.

Cuando gira la moto y se suelta por completo excepto por una mano, con la que se agarra del asiento, contengo el aliento, igual que el resto del público. Y, cuando aterriza limpiamente, siento un ramalazo de orgullo por haber tenido algo que ver en ayudarlo a que le salga con tanta naturalidad.

Cuando termina, me pongo de pie con Quinn para aplaudirle y vitorearle. Colter vuelve a pasar por delante de nosotras, esta vez haciendo un caballito para pavonearse delante de su chica. Los chicos que están delante de todo le gritan y le silban cuando pasa ante ellos. Mi atención vuelve a desviarse hacia el chico de antes. Sigue a lomos de su moto, pero parece tan cómodo encima de ella como si esta fuese su trono personal. Se gira hacia mí y, durante unos segundos, volvemos a estar inmersos en una competición para ver quién aguanta más rato la mirada del otro.

Yo soy la primera en apartar la vista. Me siento en las duras gradas.

—¿A que lo ha hecho genial? —pregunta Quinn con una sonrisa de oreja a oreja.

—Sí, la verdad es que sí. Me cuesta creer lo mucho que ha mejorado durante el verano. ¿Has seguido practicando con él?

—¿Yo? —Resopla—. Qué va. No tengo paciencia. Esto es cosa tuya.

—Tú también estabas. —Colter se pasó meses entrenando con nosotras. Fue guay, porque así pude conocer mejor al novio de mi mejor amiga y darle el visto bueno. Es un tipo genial, y Quinn está coladita por él.

—Sí, pero lo único que yo hice fue mirarlo y babear.

—Más o menos es lo que sigues haciendo.

Se le ilumina la cara.

—Es que está buenísimo, ¿cómo no voy a babear?

Sin pensar, vuelvo a mirar al chico de la moto. Ese sí que está bueno… Tiene ese rollo de chico malo, en plan «te voy a romper el corazón, pero voy a estar guapísimo mientras lo hago». Estira un brazo para rodear el manillar con los dedos, y al hacerlo se le ajusta la camiseta a la espalda y al costado y se le tensa el bíceps por debajo de la tinta. Si el peligro fuera hombre, tendría el aspecto de este chico, todo envuelto en negro, a juego con la moto.

—Madre mía —lo admiro entre dientes.

Mira hacia atrás y me pilla mirándolo. Curva los labios en una sonrisa engreída. Aparto la vista a toda prisa y vuelvo a concentrarme en la pista, pero no puedo evitar que el rubor me suba cuello arriba.

—Ya, ¿has visto? —dice Quinn con la voz teñida de asombro—. Es la única chica del equipo, pero nos deja en buen lugar. Además es supersexy. Ese pelo rojo me encanta.

—¿Qué? —miro a mi amiga, confundida.

Ella señala la pista, donde una mujer se está quitando el casco. Sacude la cabeza, liberando su melena roja, y saluda al público con la mano.

—¿Crees que podría convencer a Colter de que se acueste con ella y me deje mirar? —continúa Quinn.

—¿Lo dices en serio?

—Estoy mayormente de broma, pero se me ha pasado por la cabeza. En teoría Colter está abierto a todo tipo de cosas, pero creo que se cargaría a cualquier tío que se me acercara desnudo. Y me parece que yo haría lo mismo con cualquiera que se atreviera a ponerle una mano encima a mi hombre. ¿Tú qué opinas?

Niego con la cabeza y me río.

—Que estáis hechos el uno para el otro.

—¿Nunca has pensado en liarte con varias personas a la vez?

—La verdad es que no. Mis fantasías sexuales son más bien en pareja —admito—. Bastante me cuesta encontrar a una sola persona con la que quiera enrollarme, así que me parece poco probable dar con más de una.

—Es verdad. Eres muy selectiva. Excepto con Tristan.

Arrugo la nariz al recordarlo. Besaba como si fuese una competición y estuviese decidido a ganar. Me duelen los labios solo de pensarlo.

La mujer se pone de pie en el asiento de su moto y levanta los brazos.

—Pero esa chica está buena, ¿verdad? Cuando se unió al equipo me entraron celos porque Colter pasara tanto tiempo con ella, pero ya me ha dicho que las pelirrojas no le van. Me dijo no sé qué de un trauma con las películas de Chucky.

—Sí, está bastante buena —coincido.

La gente la adora, tanto los hombres como las mujeres. Y hablando de hombres… Noto el peso de su mirada sobre mí, así que vuelvo a mirar al buenorro gilipollas y lo pillo otra vez con los ojos clavados en mí. No es que lo haga de forma lasciva, más bien me mira fijamente, como si yo le hiciera gracia. Alzo la barbilla de forma desafiante y me vuelvo hacia Quinn.

—Ese tío no deja de mirarme.

Aparta la vista de la pelirroja y lo busca entre la gente.

—¿Cuál?

—El de la camiseta negra y los tatuajes que está buenísimo.

Se ríe, pero justo en ese momento las revoluciones del motor sofocan el sonido.

—Con toda la gente que está aquí, vas a tener que especificar

más.

—El que está sentado en su moto.

Unos segundos más tarde, sé que lo ha encontrado, porque canturrea:

—Aaah, sí. Es mono.

¿Mono? Es un tío duro, tosco. Guapo, impresionante, sí. Pero ¿mono? No diría yo eso.

—¿Está mirando todavía?

—No. Bueno, quizá sí que estaba mirando, pero ahora está un poco ocupado —canturrea en un tono juguetón.

Vuelvo a mirarlo y, justo en ese momento, una morena despampanante se sube a horcajadas en su moto, de cara a él, y le pone los brazos sobre los hombros. Él no la toca, pero, a juzgar por cómo se acerca a ella, sus atenciones son más que bienvenidas. Con ademán casi perezoso, la coge de la nuca y acerca su boca a la de ella y la besa de un modo que hace que me dé un vuelco el corazón.

—¿Lo conoces? —le pregunto a Quinn.

—No, pero sí reconozco a algunos de los chicos que están con él. Son *riders* de por aquí. Seguro que Colter sabe quién es, podemos preguntarle luego. ¡Igual puede presentártelo, así salimos los cuatro juntos!

—No, gracias. No es para nada mi tipo.

—Ese hombre es el tipo de todo el mundo, al menos para una noche.

En eso no le falta razón.

El resto del evento se me pasa bastante rápido. Antes de que sea consciente de lo que sucede, Quinn me está arrastrando hacia una zona apartada del aparcamiento, donde Colter y los otros *riders* están guardando los equipos en remolques. Se ha formado una pequeña multitud a su alrededor, entre los que distingo a mi chico

malo tatuado, pero tengo cuidado de que no vuelva a pillarme mirándolo.

Quinn echa a correr hacia su hombre, que sigue vestido con todo el equipo excepto por el casco. Él la coge en brazos y la abraza para besarla, cosa que hace con bastante dedicación. Yo me dirijo hacia ellos poco a poco mientras se saludan como si llevaran meses sin verse, en lugar de unas pocas horas.

Colter deja a Quinn en el suelo, pero no la suelta. Le saca una cabeza, así que aprovecha la diferencia de altura para sonreírme por encima de ella.

—Hola, Avery.

—Hola. —Le sonrío. Colter enseguida cae bien, y encima tiene la ventaja añadida de que hace muy feliz a mi mejor amiga.

—¿Qué te ha parecido el espectáculo?

—Ha sido increíble. Tus acrobacias tenían unas líneas rectas y limpias. Estoy muy orgullosa.

Sonríe con más ganas todavía.

—Gracias.

El resto del equipo sigue trabajando a nuestro alrededor. Colter besa a Quinn en los labios otra vez y dice:

—Tengo que echarles una mano a los chicos. ¿Os quedáis un rato? En la parte trasera de mi camioneta tengo una neverita con bebidas.

Mi amiga me mira esperanzada.

—Vale. —Me encojo de hombros a modo de aprobación.

—Guay. Id a por algo de beber, yo no tardo nada. —Vuelve a besar a Quinn. En serio, estos dos no se cansan de estar juntos, y ser testigo de ello es tan enternecedor como asqueroso. Cuando Colter se marcha, Quinn se vuelve para mirarme. Al verla tan feliz, me cuesta pensar en algo que no sea en lo mucho que me alegro por ella.

No es que lo esté buscando, pero sería bonito que el universo pusiera en mi camino a un hombre guapo y dulce que quisiera enrollarse conmigo de vez en cuando. Después del año de mierda que he tenido, no me parece que sea pedir demasiado.

Capítulo tres

Knox

—¡El puto Knox Holland! —Colter se baja de su camioneta de suspensión elevada con una sonrisa de oreja a oreja. En todos los años que hace que lo conozco, no creo que lo haya visto alguna vez sin esa misma sonrisa alegre y bonachona pintada en la cara. Hasta a mí se me escapa una cuando me acerco a mi viejo amigo, aunque en mí sea un gesto mucho menos frecuente—. ¡Has venido! —exclama. Nos damos un apretón de manos y luego me da un medio abrazo—. ¿Qué te ha parecido?

—Que todavía podría darte una paliza en cualquier carrera.

Se ríe. Una chispa de diversión danza en sus ojos oscuros.

—Qué va. Tienes suerte de que lo dejara, si no te estaría robando todo el dinero de los premios.

—Dime una hora y un día y ponemos a prueba esa teoría tuya —contesto, a sabiendas de que no me tomará la palabra.

Ninguno de los dos nos tomamos nunca en serio las pullas del otro.

Conozco a Colter desde que éramos unos críos. Crecimos juntos en Valley; nos conocimos en la escuela primaria y hemos hecho carreras de motocross desde entonces. Hace cosa de un año, más o menos al mismo tiempo que volví a competir, él se pasó a *freestyle*. Ahora se dedica a hacer acrobacias disparatadas con la moto en

lugar de correr.

Y no creo que fuese una coincidencia que el momento en el que dejó las carreras coincidiera con mi regreso. Pero no lo culpo. Al fin y al cabo, soy rápido de cojones.

—Correré contra ti en cuanto sepas hacer el *Kiss of Death* con *backflip* doble. —Su expresión me desafía a probar esa locura de acrobacia, en la que el piloto hace una voltereta hacia atrás con la moto, se agarra al manillar y se queda con las piernas rectas en el aire.

—Prefiero tener los huesos dentro del cuerpo.

Se ríe de buena gana. Alguien lo llama y le lanza una cerveza, y él asiente a modo de agradecimiento al atraparla.

—¿Quieres una? —pregunta mientras me la ofrece.

—No, gracias.

Da un par de golpecitos encima antes de abrirla. Le da un largo trago y pregunta:

—En serio, ¿qué te ha parecido?

—Una puta pasada. No tenía ni idea de que hacías esa clase de trucos. ¿Tienes pensado competir en los próximos X-Games?

—No tengo ni puta idea. Ahora mismo, lo único en lo que puedo pensar es esta gira. Tenemos compromisos casi cada fin de semana de aquí a Navidad.

—¿De verdad? —No sé qué me imaginaba cuando me dijo que se iba de gira para participar en eventos de *freestyle*, pero era algo mucho menos informal que lo que he visto esta noche.

—Sí. —Niega con la cabeza y da otro trago—. Por toda la costa oeste. Competiciones de *monster trucks*, ferias… Todo lo que se te ocurra.

—Qué pasada, tío.

—Gracias. ¿Y a ti cómo te va? Cuando me enteré de que Thorne

te dio puerta me supo fatal. Hiciste una temporada de puta madre. Menuda pieza, el tipo ese, Link.

Me río sin ganas.

—Sí, menudo es.

—¿Has firmado ya con alguien más?

—No, todavía no. —Me mira con una expresión de sorpresa que apenas puede contener—. Ya me las arreglaré. —Intento quitarle importancia, pero la verdad es que me jodió bastante. Link ganó en la carrera final, la misma en la que provocó mi caída. Tuve suerte de no lesionarme; solo acabé un poco magullado. Pero estaba cabreado. Dije algunas cosas, él dijo algunas cosas y entonces se me fue la olla. Le di un empujón delante de los medios y del propietario de nuestro equipo, Mike, y eso fue todo. Me echaron.

—No me cabe duda. Has tenido un año increíble. Eres el rival a batir de la próxima temporada, todo el mundo lo sabe. Seguro que tienes un nuevo equipo a finales de semana. Te librarás de este calor desértico y entrenarás en un circuito de los buenos al lado del mar, con dietistas, entrenamientos especializados y toda la pesca.

—Qué va. De todos modos, tenía pensado volver. Es el último año de Flynn en el instituto, así que tengo que estar por aquí todo lo posible.

—¿El pequeño Holland ya está en el último curso? —Colter enarca las cejas, sorprendido-—. ¡Madre mía! Cuesta creer que hace ya más de cinco años que nos graduamos.

Asiento. A mí también me cuesta creerlo, pero eso es porque no me gradué. Sin embargo, entiendo lo que quiere decir. Otra razón más por la que necesito estar aquí, para asegurarme de que Flynn termine el instituto y consiga una beca para ir a una de las primeras universidades de su lista.

—En serio, lo has hecho de puta madre —digo, desviando de

nuevo la conversación hacia Colter—. Estoy impresionado. El ambiente, la energía… Todo ha sido una pasada.

—¿Nunca habías ido a un evento de *freestyle*?

—Solo a los pequeños que se hacen durante las carreras. Siempre he querido ir a los X-Games, pero nunca he podido.

Se le ilumina la cara con una sonrisa. Ahora mismo, me recuerda al crío desgarbado y con dientes de conejo que era hace quince años.

—Oye, pues si estás buscando algo que hacer hasta que soluciones el asunto este del equipo, a nosotros no nos vendría mal otra persona.

—¿En *freestyle*?

—¿Por qué no? Te he visto hacer algún que otro truco.

—Sí, pero solo hacía el tonto.

—Eso es justo lo que hacemos.

Le está quitando importancia al talento que se necesita para hacer volteretas con una moto moviéndote encima de ella y luego aterrizar limpiamente, claro.

—No creo. —Lo único en lo que debo concentrarme los próximos meses es en entrenar todo lo que pueda y en convencer a Mike de que me vuelva a meter en el equipo.

—Bueno, si cambias de opinión, solo tienes que decírmelo. Aunque no quieras hacer acrobacias: nunca tenemos suficientes manos para montar todo el tinglado y recoger. Nos vamos los jueves por la noche o los viernes por la mañana y volvemos el sábado por la noche o el domingo. Es un viaje rápido. Muy divertido. Puedo mandar tu sueldo directamente al fondo de multas Knox Holland, para adelantarme a todas tus futuras peleas.

—Que te den. —Me rasco una mejilla con el dedo corazón.

Él se ríe y me da una palmada en el hombro.

—Vamos, quiero presentarte al resto del equipo. —Colter echa a andar, pero se para a coger otra cerveza de la neverita que tiene en la parte trasera de su camioneta—. ¿Seguro que no quieres nada de beber?

—Seguro. —Me encantaría ahogar mis penas en alcohol, pero necesito tener la cabeza despejada para pensar en mi siguiente paso. No puedo permitir que después de tanto trabajo todo se termine tras una sola temporada.

Podría intentar meterme en otro equipo, aunque no me parece muy probable. Las mejores marcas ya tienen pilotos de renombre de los que no van a prescindir, a no ser que alguien se haga daño o se retire. No veo dónde podría haber un sitio para mí. Quizá podría meterme en un equipo pequeño, pero no disponen del mismo presupuesto, así que, para eso, me iría mejor a mí solo con un par de patrocinadores. Lo bueno de formar parte de un equipo es que son ellos los que se ocupan de este tipo de mierdas y yo puedo limitarme a correr.

Coge una cerveza para él y luego se dirige a un grupo de gente que está pasando el rato delante de una autocaravana vieja y destartalada. Reconozco al tipo sin camiseta que está sentado en los escalones del vehículo, no solo por el evento de esta noche, sino por muchos otros a lo largo de los años.

—Knox, este es Sam, pero lo llamamos Oak —lo presenta Colter mientras lo señala. Luego me señala a mí con la cabeza—. Knox y yo crecimos aquí, corriendo en carreras en Valley. Solía dejar que me diera palizas en el circuito.

«¿Dejar?».

—Ya te gustaría a ti. —Resoplo y le ofrezco la mano a Oak. Es alto y delgado y lleva unas rastas que le llegan por debajo de los hombros—. Nunca había visto a nadie hacer un *volt* con tanta

facilidad. Ha sido una pasada.

—Gracias, tío —contesta y nos damos un apretón de manos. Luego, Colter pasa a la única mujer del equipo.

Tiene una melena roja larga y salvaje, y una expresión que dice que no se anda con chorradas. Es sexy, pero no es mi tipo. La energía que irradia se parece demasiado a la mía y no estoy interesado en follarme a una versión de mí mismo. Me dedica una sonrisilla que dice: «Lo mismo digo, colega».

—Esta es Brooklyn.

—Me suena tu cara —le digo, acercándome a ella para verla mejor. Hay algo en sus ojos separados y en el gesto de su boca que me recuerda a alguien—. ¿Cuál es tu apellido?

—Eso no importa. —De repente, parece avergonzada, una emoción que no da la impresión de encajar nada con ella. Ahora sí que estoy intrigado.

—Su padre es… —empieza a decir Colter, pero ella le da un puñetazo en el estómago antes de que termine la frase. Él se dobla hacia delante y exhala, silbando y medio riéndose, pero me dice el nombre solo moviendo los labios en cuanto se recupera.

Enarco las cejas al sumar dos más dos.

—No me jodas.

—Si se lo dices a alguien te arranco los huevos —me amenaza ella antes de pegarle otro puñetazo a Colter. Luego se va moviendo la coleta como un látigo.

Colter se endereza y exhala.

—Parece una chica muy dulce —comento con ironía. Creo que las pelotas se me han metido dentro del cuerpo para protegerse.

—Tarda un poco en abrirse —contesta, todavía con la voz entrecortada—, pero se le da genial organizar los eventos y trabajar con los recintos.

—Supongo que no tiene mucha relación con su viejo.

—Solo quiere hacerse un nombre por sí misma. No debe de ser fácil ser hija de una leyenda. —Suelto una carcajada. Ya… Qué sabré yo. Lo único legendario sobre mi padre es que se le daba fatal ejercer de ello—. Y este es Shane, la mamá del grupo. —Colter le guiña un ojo.

El tipo grandote que está sentado en un palé le dedica a mi amigo una sonrisa burlona antes de mirarme y saludarme con la barbilla.

—Hola. Knox Holland, ¿no?

—Sí, exacto. —Me cruzo de brazos.

Asiente despacio y luego se rasca la barba.

—El mes pasado estuve en Salt Lake City para ver el campeonato. Siento que las cosas fueran así.

Una nueva oleada de ira y decepción me atraviesa. Aprieto los puños y bajo las manos. No sé qué más decir excepto:

—Gracias.

Antes de que ninguno de los dos pueda añadir nada, una chica menuda y con el pelo negro pasa por mi lado y se lanza a los brazos de Colter. Él le rodea la cintura con un brazo y le da un beso en los labios.

—Cariño, quiero presentarte a alguien —le dice.

Se vuelve hacia mí y la reconozco de inmediato. Estaba sentada con aquella tía despampanante. Era una remilgada, pero despampanante.

—Holaaa —saluda. Me mira con una sonrisa, como si supiese algo que yo no sé.

—Hola, soy Knox.

—Knox y yo fuimos juntos al colegio —le aclara Colter; se inclina y le da un beso en el cuello—. Esta es mi novia, Quinn.

—Encantada de conocerte. —Levanta una mano y me saluda

moviendo los dedos. Su novio sigue besándola en el cuello y ella alarga la misma mano con la que me ha saludado y coge a otra chica para acercarla. Es la tía despampanante.

Se me curvan los labios al verla de cerca. La larga melena rubia se le riza alrededor del rostro en forma de corazón y tiene los ojos de un azul muy vívido, casi neón. Lleva un vestido ajustado de encaje rosa, muy corto. Se me seca la boca. Está buenísima, eso es indiscutible. La devoro con la mirada, regodeándome en sus piernas largas y bronceadas, recorriéndolas hasta llegar a las zapatillas sucias. Son lo único en ella que no es perfecto y delicado. ¿Adónde se creía que iba esta noche con esa ropa? ¿Cómo ha terminado aquí? En algún momento se ha puesto una chupa de cuero negro encima del vestido, como si hubiera querido mezclarse entre la multitud. No le ha servido de mucho. En un sitio como este destaca más que nadie, tan rosa y relamida. Hasta su coche destaca: un Bronco antiguo con la carrocería pintada de rosa pálido. Este es un mar de negro y colores cromados, y luego está ella.

—Esta es mi amiga Avery. Creo que antes os habéis cruzado. —Quinn suelta una risita, se acurruca contra Colter y empiezan a enrollarse como si les fuera la vida en ello.

Avery y yo nos miramos unos segundos. Al principio ninguno de los dos dice nada, pero no tiene pinta de que Quinn y Colter vayan a parar a respirar.

—Hola —saluda, incómoda.

—Soy Knox.

No sé por qué no digo nada más. Solo la miro. No soy un tío que suela quedarse sin palabras delante de una mujer, pero es que esta tía no puede ser más remilgada. No se puede negar que está buena, pero seguro que cuesta tenerla contenta. Creo que me convendría más que Brooklyn me sacara los ojos que hacer el tonto con esta.

Pero, joder, no puedo negar que estoy tentado de preguntarle si quiere subirse a mi moto e ir a dar una vuelta conmigo.

—¿Tú también eres corredor de *freestyle*? —pregunta.

—Piloto.

—¿Qué?

—Piloto, o *rider*, no corredor.

—Ya. Como se llame. Ya sabes a qué me refería. —Su tono de voz es más seco de lo que esperaba, y me descubro conteniendo la risa. La tía despampanante no se amilana. Mira a su amiga, buscando una escapatoria, pero Quinn y Colter todavía se están enrollando, así que me vuelve a mirar a mí—. ¿Lo eres o no lo eres?

—No hacen carreras con las motos, así que no son corredores. Son pilotos, o *riders*. Y yo soy piloto de motocross.

—¿Cuál es la diferencia?

—Yo soy un piloto que corre.

Saca la lengua para humedecerse los labios rosados y hace un mohín. Son carnosos y grandes. Me entran ganas de besarlos para ver cómo es su tacto contra los míos.

En ese momento, me llama uno de los chicos de antes. Me vuelvo y señala su moto para indicarme que quiere ir a dar una vuelta.

—Podría enseñártelo.

—¿Enseñármelo?

—Sí. ¿Quieres montar conmigo? —Noto que la emoción me vibra bajo la piel solo de imaginármela de paquete en mi moto.

Entreabre los labios perfectos para formar una «o», pero no sale ningún sonido de ellos mientras piensa en qué responderme. Estoy seguro de que está buscando una forma de decirme educadamente que me vaya a la mierda. Me río, consciente de que no me va a decir que sí incluso antes de que niegue con la cabeza.

—No voy a ir a ningún sitio contigo. No te conozco.

—Colter puede avalarme. —Sin embargo, cuando lo miro, sigue con la lengua metida hasta el fondo de la garganta de su novia—. ¿Qué pasa? ¿Te da miedo ensuciarte?

—Me da miedo morir —replica—. Ya he visto cómo conduces, ¿te acuerdas?

Esbozo una media sonrisa.

—¿Te refieres a cuando has estado a punto de atropellarme?

—Has aparecido de la nada. —Endurece el tono e intenta fulminarme con la mirada, pero es tan adorable que sonrío todavía más.

—Solo una vuelta, princesa.

—¿Princesa? —resopla, y aún parece más estirada y remilgada.

—Te traeré de vuelta antes de que tu amiga pare un momento para coger aire. Igual hasta te gusta.

—Lo dudo mucho, ya que tú también estarías. ¿Por qué no se lo pides a tu novia?

—¿Mi qué?

—La chica con la que te estabas enrollando antes. ¿Sabe que estás aquí tonteando con otras mujeres?

—Parece que esta noche no me quitabas el ojo de encima… Me siento halagado. —Doy un paso al frente y bajo a voz—. No es mi novia, y te he preguntado si querías montarte en mi moto, no en mi polla. Aunque bien mirado…

Se queda a cuadros. Las mejillas se le tiñen de un bonito color rosa.

—La respuesta a ambas preguntas es absolutamente no.

—Tú te lo pierdes. —Le guiño un ojo, doy un paso atrás y miro a Colter. Levanto la voz, para ver si así me oye por encima de los ruidos que hace al enrollarse—. Voy a ir tirando, tío.

Separa la boca de su chica, pero no la suelta.

—Gracias por venir. ¿Nos vemos la semana que viene en la pista?

—Cuenta con ello. —Saludo a su novia con la cabeza y miro a Avery una última vez—. Nos vemos, princesa.

Capítulo cuatro

Knox

La semana siguiente, mientras estoy yendo a buscar a Flynn al entrenamiento de baloncesto, empieza a vibrar el móvil, que he puesto en el posavasos del coche. Paro el vehículo y me quedo mirando el nombre que aparece en pantalla. Algo parecido a la esperanza florece en mi pecho. Acepto la llamada y me llevo el teléfono a la oreja.

—Hola, Mike.

—¿Qué hay, Knox? —La voz del dueño de mi antiguo equipo suena animada y desenfadada, lo que me infunde esperanzas. Tal vez me esté llamando para darme una buena noticia—. ¿Cómo te va por Valley?

—Bien —respondo, escueto—. He estado entrenando todos los días. Trabajando duro.

—Sí, recibí tus mensajes. Me alegro de que todo vaya bien.

—Sí, todo va bien. Me siento más fuerte que nunca y nunca había hecho unos tiempos tan buenos como ahora.

—Me alegra mucho oírlo. De verdad.

—¿Significa eso que me vas a dar otra oportunidad?

Contengo la respiración. Este es el momento clave. Necesito volver al equipo. Necesito que me dé otra oportunidad. He llegado demasiado lejos como para que todo termine antes de haber

empezado de verdad.

Cuando lo oigo suspirar, se me revuelve el estómago.

—Tus habilidades en la moto nunca han sido el problema, Knox.

—Me mantendré alejado de Link.

—Lo siento, pero no he cambiado de opinión.

—Pero, joder, no tiene sentido. —Mi ira es más fuerte que yo. Mis palabras de rabia salen de mi boca antes de que pueda detenerlas—. Puedo ganar. ¡Voy a ganar!

He corrido para ellos toda la temporada. Thorne ha obtenido muchos podios gracias a mí. Pasé de ser una vieja gloria que todo el mundo había olvidado tras mis cinco años de ausencia a uno de los principales contendientes de la temporada. El campeonato era mío, aunque al final lo perdiera. ¿Y por cometer un error me echan? ¿A mí, en lugar de al tipo que me robó la victoria? Es normal que se produzcan accidentes en el circuito, pero Link sabía lo que hacía. Conocía los riesgos y decidió que no le importaban. Fue un imprudente y me tocó a mí pagar los platos rotos.

—Tus habilidades para ganar nunca han sido el problema. Eres un piloto con talento, de eso no hay duda, pero tenemos otros dos muchachos en los que pensar. Este no es el equipo de Knox. Somos un grupo unido. Queremos tíos que puedan trabajar juntos y ayudarse entre ellos. —Casi no consigo contenerme y le suelto: «¿Como Link me ayudó a mí?». Joder, no tiene sentido. No hay por dónde cogerlo—. Me caes bien, Knox, de verdad, pero no tienes buena actitud. Te dejas llevar demasiado por tu genio.

—¡Perdí el campeonato por su culpa! —grito, aferrándome al volante y apretándolo con los dedos. Me da igual si perdiendo los nervios le estoy dando la razón. Fue Link el que la cagó, no yo.

—Y tú montaste un numerito e incumpliste tu contrato al pelearte con un miembro de tu mismo equipo. Con un compañero.

Cuando vi a Link en el podio celebrando una victoria que debería haber sido mía, me cabreé. Me dejé llevar por la rabia. Estaba tan cerca, joder… Cinco años al margen de todo esto, esperando una oportunidad y ahí estaba. Estaba tan cerca de conseguirlo que casi sentía que podía tocar ese trofeo con las manos… y entonces se esfumó.

—No volverá a pasar —contesto con los dientes apretados.

Él suelta una carcajada.

—No fue un caso aislado. Link y tú os pasasteis la temporada como el perro y el gato. Sé que no es perfecto, pero tú deberías haber dado ejemplo y no echar más leña al fuego.

—He dicho que no volverá a pasar. —Soy capaz de morderme la lengua y dejar las manos quietas. Soy capaz de cualquier cosa si así consigo otra oportunidad.

—Aun si te creyera, no podría convencer a los demás copropietarios. No podemos permitirnos ese ambiente en el equipo, eso es todo. Eres un riesgo con el que no podemos correr.

—Vamos, Mike. Lo único que te pido es otra oportunidad.

—Lo siento —responde con tono resuelto—. Lo siento de verdad, pero no correrás con nosotros la próxima temporada. —Cierro los ojos y dejo caer la cabeza hacia atrás. Al ver que no contesto, añade —: Si yo fuera tú, me pasaría los próximos meses reflexionando sobre mis actos. Si quieres hacer carrera en esto, tienes que madurar y encontrar el modo de que tu temperamento no sea más fuerte que tú. El mundo de las carreras es muy pequeño. La gente habla.

¿Madurar? Cree que tengo que madurar. Es de risa. No tiene ni la menor idea de las responsabilidades que se me vinieron encima cuando era muy joven ni de la carga que llevo sobre los hombros. No busco que se compadezcan de mí; volvería a hacerlo sin

pensármelo dos veces. Pero esta es mi oportunidad.

Lo único que quiero es correr. Quiero ganar. Y haré lo que sea necesario para demostrarlo.



Aparco frente al gimnasio del Instituto Valley justo cuando sale Flynn, que va con algunos de sus compañeros de baloncesto. Al ver mi camioneta, saluda a sus amigos con la cabeza y viene corriendo. Abre la puerta del copiloto y tira un montón de ropa carmesí del Instituto Valley en la parte de atrás, junto con su mochila.

—¿Qué es todo eso?

—El chándal nuevo del equipo.

—Mierda, se me había olvidado. —Apago el motor de la camioneta —. ¿Sigue aquí tu entrenador? —Flynn me mira con una expresión confundida y el ceño fruncido sudado. Lleva el pelo castaño rojizo pegado a la frente—. Para pagarle —le aclaro. Flynn me había dicho que necesitaría dinero para el uniforme, pero con todo lo que está pasando se me había ido de la cabeza.

—Ya le he pagado.

—¿Has encontrado un trabajo cuando yo no miraba? —pregunto, a sabiendas de que no es así. Llevar los estudios al día al tiempo que practica dos deportes es un trabajo a tiempo completo. He hecho todo lo posible para que no tenga que estresarse por el dinero, necesite lo que necesite, para que pueda concentrarse en las cosas que deben preocuparle a un adolescente normal y corriente.

Quiero que tenga la experiencia en el instituto que yo no tuve. Quiero que lo viva. Nuestra madre murió años antes de que yo llegase al último curso y nuestro padre casi nunca estaba. Hendrick

ya se había ido a la universidad, así que me tocó a mí asegurarme de que tuviésemos un lugar donde vivir y comida en la nevera, además de ropa, las cosas del colegio y toda la pesca. Dejé el instituto en cuanto cumplí los dieciocho y encontré un curro en una empresa de climatización local para que todos pudiéramos seguir juntos, pero, aunque trabajara a tiempo completo, no solía tener dinero extra para salir con mis amigos.

Por eso dejé las carreras durante un tiempo. El motocross es caro; hay que mantener la moto al día, pagar las cuotas de inscripción… Y pasar tiempo lejos del trabajo y de mis hermanos también se me hacía duro. Archer y Brogan echaban una mano cuando podían, al terminar la temporada de fútbol, pero nunca quise que mis hermanos sintieran que debían renunciar a nada ni asumir las responsabilidades con las que yo no podía cargar. Con que uno pusiera sus sueños en pausa era más que suficiente.

Flynn tenía solo ocho años cuando murió mamá. A él fue al que más protegimos. Nunca hablamos de ello abiertamente, pero si miro atrás me doy cuenta de que todos renunciamos a algunas cosas para que él pudiera disfrutar de la mayor normalidad posible.

—Hendrick me ha dado el dinero —contesta mi hermano pequeño, sacándome de mi ensimismamiento.

Estoy molesto, no con él, sino conmigo, por haberme olvidado y haberle encasquetado el problema a otra persona, pero intento que no se me note cuando contesto:

—Te dije que te lo daría yo.

—Ya lo sé, pero me olvidé de recordártelo y lo necesitaba hoy, así que se lo he pedido a Hendrick esta mañana, cuando me ha traído.

Asiento con los dientes apretados. Debería sentirme agradecido, pero mi impresión es la de haber fracasado.

El único día que no he llevado yo a Flynn a clase. Suelo ser yo

quien se encarga de llevarlo y traerlo, pero esta mañana estaba al teléfono haciendo llamadas e intentando salvar mi carrera, así que cuando Hendrick se ha ofrecido a llevar a nuestro hermano pequeño he contestado que sí. La otra opción —dejar que Flynn tomara mi coche prestado— era inaceptable. Tiene el carnet, pero conduce como el culo. Ya se ha cargado un coche.

—¿Qué hay de cena? Me muero de hambre. Hoy el entrenador nos ha castigado y nos ha obligado a correr treinta minutos porque había un par de tíos haciendo el tonto. —Es más de lo que Flynn suele decir en los trayectos de vuelta a casa, y sé que es porque está intentando suavizar mi cagada. Siempre le ha resultado más fácil que a los demás saber lo que pienso.

Nos pasamos el trayecto charlando, pero no me quito el malestar de encima. Y, en cuanto llegamos a casa, Flynn se va directo a su cuarto.

Archer y Brogan están viendo la tele en el salón, y Hendrick y su prometida, Jane, están sentados a la mesa del comedor.

—Hola —saluda Hendrick mientras dejo las llaves en la encimera de la cocina. Luego me saludan todos los demás. Murmuro también un saludo, distraído, hasta que veo la lasaña a medio comer.

—¿Has hecho la cena? —pregunto en un tono más acusador de lo que pretendía. No es habitual que aquí cocine otra persona, a no ser que calentar algo en el microondas cuente como cocinar.

—La ha hecho Jane. —Hendrick la mira como si hubiera inventado la lasaña en lugar de prepararla. Mi hermano mayor está hasta las trancas.

Me ruge el estómago. Hoy no he comido, y la verdad es que huele bien.

—Gracias, Hollywood. —Me dedica una mirada divertida cuando la llamo por su mote. Jane salía en una serie de televisión cuando era

más joven. Yo no la he visto, pero la he oído cantar un par de veces y tiene una voz increíble.

Me lleno un plato y me lo llevo al salón. Sería de mala educación no comérmela, aunque esta noche tenía pensado hacer unos chuletones a la parrilla.

Jane está haciendo deberes en la mesa. Está cursando el último año de carrera en la Valley U, igual que Brogan y Archer. Hendrick está sentado a su lado, apoyado en el respaldo de la silla con una taza de café en la mano, y la observa con atención.

Cuando Flynn sale de su cuarto a servirse un plato me acuerdo de lo del dinero. Dejo el tenedor, cojo la cartera, saco unos billetes y los dejo delante de mi hermano mayor.

—¿Y eso? —pregunta él, mirando el dinero con cautela.

—Por el uniforme de Flynn.

Enarca una ceja y ladea la cabeza. Luego desliza los billetes hacia mí.

—Que te den. No quiero tu dinero.

—No voy a dejar que pagues tú el uniforme.

—¿Por qué no? —Reconozco una pregunta capciosa cuando la oigo.

—Porque ya tenía el dinero apartado. Lo que pasa es que se me fue de la cabeza y me olvidé de dárselo. —Salta a la vista que Hendrick tiene intención de discutírmelo, así que añado—. Si no lo coges, lo meteré en el tarro de las propinas del bar la próxima vez que vaya.

—¿Puedes asegurarte de que esté trabajando yo el día que lo hagas? —pregunta Brogan sin apartar la vista de la tele.

Flynn se sienta al final de la mesa. Nos mira primero a uno y luego al otro. Somos todos bastante testarudos, así que no es extraño que haya un par o más de nosotros discutiendo. Las peleas como tal son

menos frecuentes, pero tampoco una excepción. Aunque está claramente molesto, Hendrick se resigna a aceptar el dinero. Todavía no lo ha cogido, pero lo deja ahí y recupera su posición anterior, apoyado en el respaldo con un brazo sobre el de Jane.

Ahora mismo no puede andar pagando cosas. Hace solo un año que abrió el bar. Le va bien, pero siempre hay algo que arreglar, y Jane y él están planeando un bodorrio de los grandes para el verano que viene.

Se hace un silencio cómodo entre nosotros. Yo sigo comiendo perdido en mis pensamientos, repasando el día de hoy. El entrenamiento en el circuito ha estado muy bien, pero no logro quitarme de la cabeza la conversación con Mike.

—¿Has encontrado equipo nuevo hoy? —farfulla Flynn con la boca llena.

Todas las miradas se vuelven hacia mí. Niego con la cabeza y aparto el plato. La comida que estoy masticando ya no me parece tan apetecible.

—No, todavía no.

Tras otros segundos de silencio generalizado, Hendrick pregunta:

—¿Con cuántos te has puesto en contacto?

Con todos.

—Con un par.

—Seguro que encontrarás equipo —dice Flynn con optimismo—. Eres el mejor piloto que hay en la actualidad. Serían tontos si no te pillaran mientras tengan la oportunidad.

—Sí, bueno, ya veremos —contesto con la voz gruesa. Siento que me pica la piel, que se me seca la boca. Carraspeo y me levanto de la mesa. Una vez he metido el plato en el lavavajillas, me voy directo al garaje.

En cuanto empiezo a trastear con la moto, se me relaja el cuerpo

y se me aclara la mente. Unos minutos después, Hendrick se une a mí y me tiende una cerveza.

—Gracias —le digo.

Da un trago de su botella mientras estudia mis movimientos.

—Me acuerdo de cuando el viejo estaba por aquí, trabajando en nuestras motos o en la suya. ¿Te acuerdas del *quad* que montó aquella vez?

Contesto con un gruñido.

—Se le daban bien los motores —añade—. Igual que a ti.

Que me comparen con mi padre, aunque sea por algo positivo, hace que me entren ganas de quemar el garaje hasta sus cimientos y de pisotear las cenizas. En fin, que lo follen: esto no me lo puede quitar. Puede que su sangre corra por mis venas, pero todo lo que tengo me lo he ganado con mi trabajo.

—Bueno, ¿qué plan tienes? —prosigue mi hermano—. ¿Hay más gente con la que puedas ponerte en contacto o vas a intentar convencer a Mike para que cambie de opinión? —Se sienta en el banco para hacer pesas que hay en una esquina del garaje.

—Ya he llamado a casi todo el mundo —admito sin mirarlo—. Y Mike me ha dejado claro que no van a cambiar de opinión.

—¿Le has contado lo que te dijo Link antes de la carrera? Ese tío iba a por ti.

—No importa. No cambiará nada.

—¿Cómo lo sabes si no se lo cuentas? Mike es un buen tío. Si supiera toda la historia…

—Déjalo ya, ¿vale? —Mike sabe que el accidente fue culpa de Link. Todo el mundo lo sabe. Lo atribuyeron a que es un corredor joven y ansioso por ganar.

Mi hermano tiene pinta de querer insistir, pero no lo hace. Se limita a exhalar y a pasarse una mano por el pelo.

—Puedo preguntarle a mi antiguo agente si tiene alguna idea.

Valoro su oferta. Hendrick jugó al fútbol americano profesionalmente durante un tiempo, pero hace ya más de un año que su agente y él tomaron caminos separados. Dudo que sigan en contacto.

—Nah, no hace falta. —No quiero que nadie me haga favores. Quiero conseguirlo por mis propios méritos. Abro la cerveza, le doy un trago y la dejo en el suelo para seguir trabajando en la moto.

—Si quieres, mañana puedo llevar a Flynn a clase otra vez, para que tengas más tiempo para pensarte las cosas.

—Ya puedo yo.

—Vale, entonces voy a recogerlo.

—No hace falta. —Tampoco es que tenga mucho que hacer. Entrenar, practicar con la moto y tratar de encontrar un modo de arreglármelas yo solo la próxima temporada. Hen se ríe, lo que llama mi atención. Tiene una expresión divertida y una sonrisa pintada en los labios—. ¿Qué pasa? —le pregunto, enarcando una ceja en una expresión desafiante.

—Eres la persona más cabezona que conozco. No quieres que nadie te eche una mano con Flynn, ni que pague alguna de sus cosas, ni que se encargue de la cena, ni que te haga favores… —Me lo quedo mirando, esperando a que me diga qué tiene eso de malo. Me gusta hacer las cosas por mí mismo, ¿qué tiene eso que ver con ser cabezón? —. Queremos ayudarte. Que vuelvas a las carreras ha sido una puta pasada para todos. Eres una inspiración, sobre todo para Flynn.

Quiero poner los ojos en blanco o contestarle que no necesito su ayuda, pero hay algo en la expresión de mi hermano que no me lo permite. Me mira a los ojos con una expresión profunda y preocupada.

—Déjanos ayudarte, joder —insiste—. No estás solo. Siento que te tocara asumir tantas responsabilidades cuando papá se largó y yo no estaba, pero ahora estoy aquí, Archer y Brogan contribuyen más y Flynn haría cualquier cosa por verte triunfar. Eres su puto héroe, así que empieza a comportarte como tal en lugar de fingir que tus sueños son secundarios. Para él es importante verte luchar por lo que quieres.

Sus palabras se quedan suspendidas entre los dos durante varios instantes de silencio. Luego esbozo una media sonrisa.

—Joder, Henny. ¿Desde cuándo te dedicas a dar charlas motivacionales?

—¿Ha funcionado? —pregunta, sonríe y da otro trago de cerveza.

—Si hubiera más opciones, sí, quizá habría funcionado, pero no creo que las haya. —Entiendo lo que quiere decir, pero no veo el modo de arreglar todo esto. Él asiente, pensativo—. El finde pasado vi a Colter y a alguno de los tíos de por aquí. Me iré con ellos y correré por mi cuenta. Haré lo que pueda. —Me encojo de hombros.

—¿Colter? —Sonríe todavía más—. Me acuerdo de cuando corríais juntos, siempre de un lado para otro como una exhalación. A mamá siempre le daba miedo que acabases matándote por intentar ganarle.

—¿Intentar? —Suelto un resoplido—. Soy mucho más rápido que él.

—¿Sigue compitiendo?

—En las carreras no, se ha metido en *freestyle*. Y es bueno de cojones.

—No me sorprende. Siempre fuisteis los mejores de por aquí.

—Me ha ofrecido que vaya de gira con su equipo antes de que empiece la temporada.

—¿Haciendo *freestyle*?

Hago un gesto como quitándole importancia. Tampoco es que me lo esté planteando en serio.

—Me ha dicho que podría viajar con ellos y ayudarles a preparar y a recoger hasta que esté listo para participar.

—Deberías aceptar.

—¿Por qué?

—Necesitas un equipo. Él te está ofreciendo uno. —Pero no es el equipo adecuado. Ninguno de estos chicos compite en carreras, y Brooklyn tampoco—. Escucha. —Hendrick se inclina hacia delante con los ojos brillantes. Parece muy emocionado—. Thorne te echó porque eras un mal compañero. —Aprieto los dientes. «Muchas gracias por recordármelo, hermanito»—. Demuéstrale que puedes formar parte de un equipo.

—Es una distracción. Un desperdicio de horas que podría dedicar a entrenar para la próxima temporada. —El *freestyle* es divertido, pero lo mío son las carreras.

—Dedica estas horas que te pasas como un alma en pena a practicar algunos trucos. No puede ser tan difícil.

En realidad debe de ser difícil de cojones, pero su emoción es tan palpable que me sorprendo contemplándolo como una posibilidad.

—Estaría fuera casi todos los fines de semana.

—¿Y qué? Durante la temporada de las carreras también, y sobrevivimos.

—Era verano. —Brogan y Archer estaban de vacaciones, disfrutando de no tener que ir a clase unos meses, y Flynn solo tenía que repartirse entre sus entrenamientos y sus campamentos deportivos.

—Nos las arreglaremos —me asegura Hendrick.

—No sé… —contesto, pero ahora no me puedo quitar la idea de la cabeza. ¿Y si funcionase?

—Prométeme que al menos te lo pensarás, ¿vale?

—¿Por qué insistes tanto? —Es más trabajo, tanto para él como para todos los demás. Les complicará la vida en lugar de hacérsela más fácil.

—Porque una vez me dijiste que tenía que luchar por mis sueños con uñas y dientes porque uno de los dos debía tener la oportunidad de perseguirlos.

—Me refería a ti —le recuerdo.

Él clava su mirada oscura y seria en mí.

—Ya lo sé. Pero yo ya perseguí mis sueños. Hice lo que quería hacer y no me arrepiento de que haya llegado a su fin. Ahora te toca a ti. Así que lucha con uñas y dientes para lograrlo.

Capítulo cinco

Knox

—No ha estado mal —dice Colter cuando paro la moto junto a él.

Brooklyn se ríe por la nariz, aunque apenas se la oye, porque en ese momento revoluciona el motor de su Kawasaki KX250F verde. La misma moto que usaba su padre.

—Me salía mejor el *heel clicker* cuando aún iba en pañales —me suelta.

Lo más probable es que no esté de broma. Miro a Oak. El chico alto y desgarbado se encoge de hombros, impasible.

—Al menos no te la has pegado.

Los tres llevan una hora mirando mis intentos de acrobacias para ver a qué nivel estoy, de qué punto partimos. Hasta el momento, he logrado ejecutar los trucos que he probado (aunque no de forma muy grácil), pero no lo bastante bien para darlos por buenos y pasar a algo más difícil. Nunca me había parado mucho a pensar en qué pinta tenían estos trucos de cara al público. En las carreras, lo único que importa es quién es el primero en cruzar la línea de meta.

Colter me pasa su móvil para que vea en vídeo el salto que acabo de hacer. Un *heel clicker* debe de ser el truco más fácil que existe, y ahora que lo veo en vídeo, ni siquiera ese me ha quedado muy bien. Durante el salto, tienes que subir los pies por encima de los brazos hasta que se toquen. He hecho ese mismo truco un millón de veces

durante los entrenamientos o al cruzar la línea de meta, pero nunca me había tenido que preocupar por cómo se ve desde fuera. En *freestyle*, lo importante es el estilo y la precisión…, algo de lo que, al parecer, carezco.

Mi sincronización no es buena. O choco los pies demasiado pronto o demasiado tarde después de saltar de la rampa grande, y tengo las piernas demasiado dobladas y se ve torpe. ¿He sido siempre así de poco flexible?

—Joder —mascullo mientras le devuelvo el móvil.

—Prueba subiendo primero una pierna —propone Colter—. A ver cómo te sientes. Luego cambias de pierna y después pruebas el truco completo otra vez. Ve poco a poco.

—Me voy a ir —anuncia Brooklyn con una risita, echándose la melena roja hacia atrás—. Me parece que vais a estar aquí un buen rato y yo tengo planes.

Oak también saluda y se marcha, y me quedo solo con Colter.

—Creo que esto ha sido mala idea —admito, algo que se me ha cruzado por la mente un montón de veces desde que Hendrick me convenció para aceptar esta locura.

Colter niega con la cabeza. Por alguna razón que desconozco, está convencido de que soy capaz de hacerlo. Espero que tenga razón.

—Solo necesitas más práctica. Hagámoslo otra vez.

Suspiro, asiento y voy de nuevo hacia la rampa.

Esta vez, cuando me veo en el vídeo, está mejor. Sigue sin ser bonito, pero al menos no parece que vaya a salir despedido por encima del manillar.

Cuando decidimos terminar, ya se ha hecho de noche. Mientras yo cargo la moto, Colter se apoya en su camioneta para seguir viendo los vídeos de la sesión de hoy.

—Has progresado mucho hoy —dice levantando la vista del

teléfono—. ¿Mañana a la misma hora?

—Sí, aquí estaré. —Me pongo recto y estiro el cuello hacia un lado. Los músculos me duelen de una forma distinta. Voy a tener que meterme más caña entrenando y añadir más ejercicios de abdominales y tren superior.

—Guay. —Se mete el móvil en el bolsillo y abre la puerta de la camioneta—. Ya lo pillarás. El cuerpo tarda un poco en acostumbrarse.

Asiento. Espero que tenga razón.



Al final del tercer día, ya tengo dos trucos más en la lista de las acrobacias que consigo ejecutar con éxito, aunque Brooklyn ha empezado a llamarme Quasimodo porque la mitad de las veces me encorvo demasiado para volver al asiento después de hacer el truco. Soy lento porque quiero que la ejecución sea perfecta. Sin embargo, en los vídeos se me sigue viendo torpe, incluso cuando consigo hacer las cosas en el momento adecuado. Odio que no se me dé bien algo, sobre todo si ese algo está relacionado con el motocross.

Ahora volvemos a estar solos Colter y yo. Es la tercera tarde seguida que se nos hace de noche. Los primeros dos días aún se mostraba optimista, pero hoy noto que está empezando a dudar de mis posibilidades.

—Puedo hacerlo —le digo, tratando de parecer seguro de mí mismo. Soy demasiado testarudo para rendirme ahora. Aunque nunca llegue a participar en los eventos durante la gira, pienso perfeccionar los trucos que he aprendido.

Él se mete las manos en los bolsillos.

—Tengo una idea, pero no creo que te guste.

Enarco una ceja en una expresión interrogante.

—A ver, dispara.

—La primavera pasada entrené varios meses con Avery. Me ayudó mucho a mejorar mi fuerza y a controlar el cuerpo cuando estoy en el aire.

—¿Y ahora me lo dices? —Me pongo recto. Haré cualquier cosa que me sea de ayuda. El año pasado tuve que hacer sesiones diarias con un entrenador para mantenerme en buena forma para correr. No me asusta tener que esforzarme.

—¿En serio? —La sorpresa es evidente en el rostro de Colter—. Pensaba que te resistirías; si no, te lo habría propuesto antes.

—En el equipo nos hacían trabajar con entrenadores todo el tiempo. ¿Quién es? ¿En qué gimnasio trabaja? —Saco el móvil del bolsillo, preparado para apuntarme la información.

Él hace una pausa. Un sinfín de expresiones cruzan su rostro antes de aclararme:

—Avery. La conociste el fin de semana pasado. La amiga de Quinn. Su compañera de piso.

Una imagen de la rubia despampanante aparece en mi cabeza. La esperanza que se había prendido en mi interior se desvanece.

—¿Es entrenadora?

—No. Es gimnasta. En la Valley U.

—¿Esa tía tan remilgada es gimnasta? —Asiente con vehemencia y sonríe, como regodeándose en mi asombro. Le doy vueltas a su recuerdo en mi mente, intentando imaginármela haciendo volteretas y saltos mortales. Interesante—. ¿Y tú entrenaste con ella? ¿Haciendo qué? —Tengo curiosidad, aunque no tengo ninguna esperanza de que esa chica me eche una mano.

—Muchas cosas. La gimnasia es difícil de cojones. Me enseñó a

aguantar en las verticales, a salir de ellas con estilo, a hacer verticales japonesas, ruedas, saltos mortales, series acrobáticas… Incluso hice un poco de anillas. Fue duro.

Esbozo una sonrisa de oreja a oreja.

—Qué no habría dado yo por verlo.

—Sé que parece una locura, pero me ayudó mucho. Mejoré muchísimo en menos tiempo que los demás. —Conozco a Colter, así que estoy seguro de que también metió muchas horas en la moto. Seguro que lo que marcó la diferencia fue eso—. Esta noche la voy a ver. Puedo preguntarle si tiene tiempo de echarte una mano. —Me mira esperanzado, como si quisiera que aceptara su oferta. Odio decepcionarlo, pero mi idea de entreno no incluye hacer saltos mortales.

—No te molestes. —Levanto una mano—. Entrenaré solo y meteré más horas aquí.

—Estás aquí desde por la mañana, después de dejar a Flynn en el instituto, hasta que tienes que ir a buscarlo después de su entrenamiento.

—Solo es el tercer día. Además, mi *heel clicker* ya es casi tan bueno como el tuyo.

Suelta un resoplido.

—Sí, no te jode… Ya te gustaría, Holland.

Me dirijo a la puerta del conductor de mi camioneta, la abro, entro y le digo:

—Espera y verás. Antes de que te des cuenta, lo estaré haciendo boca abajo en un *backflip*.

Capítulo seis

Avery

—Hoy no me apetece practicar en la barra —dice Hope en un tono quejicoso típico de adolescente mientras nos dirigimos a la esquina derecha del gimnasio.

Me la quedo mirando mientras me subo a una de las barras con menos altura, donde quería practicar la rutina con ella.

—¿Por qué?

—¡Ojalá pudieras ver la cara que has puesto! —Se ríe enseñándome los aparatos con gomas moradas, con una expresión que delata sus trece años—. Pareces superofendida, como si no te entrase en la cabeza que haya gente a la que no le guste la barra tanto como a ti.

—Es que no me entra —respondo con sinceridad.

Esta noche, el gimnasio local del club está abarrotado de jóvenes gimnastas, de niños que no parecen tener más de cuatro o cinco años a chicas que ya van al instituto y que se están preparando para la temporada de competiciones. Yo vengo casi todas las tardes para entrenar un poco más. Me resulta agradable practicar con la energía de los jóvenes competidores a mi alrededor.

Hope se sube a la barra a horcajadas, dobla las piernas y se pone de pie.

—Vamos primero con los giros —sugiero.

—Uf. Esperaba que practicásemos las salidas.

Eso es porque se le dan bien. Su fuerte son las acrobacias. Las rutinas de suelo las hace genial, así que es lo único que quiere practicar. Pero con un poco de esfuerzo extra, podría trasladar esas habilidades a la barra de equilibrio y ser muy buena también ahí.

—Si haces bien los giros, podemos pasar a las zancadas.

Veo una chispa de emoción en sus ojos. La mayoría de chicas se emocionarían ante la perspectiva de practicar lo más fácil, pero Hope no es una de ellas. Creo que por eso me gusta tanto entrenar con ella. No tiene miedo de nada.

No es que sea su entrenadora oficial ni nada parecido, pero, desde que vengo aquí a practicar, no se separa de mí. No puedo entrenar como a mí me gustaría, así que me divierte ver cómo ella mejora, ya que yo no soy capaz.

—¿Tristan es tu novio? —pregunta.

—¿Qué? Claro que no. ¿Por qué piensas eso? —Me pongo en posición detrás de ella y luego miro atrás. Tristan está en el otro extremo del gimnasio. Cuando cruzamos la mirada, alza la barbilla a modo de saludo.

—No hace más que mirar hacia aquí.

—No es mi novio —reitero, volviéndome hacia delante.

—¿Por qué no? Está bueno.

—Los chicos que están buenos suelen ser unos capullos. —Me viene a la mente una imagen de aquel gilipollas del evento de *freestyle*. Knox.

—No creo que esa lógica funcione —contesta—. Tú eres guapa y no eres una capulla, así que ¿por qué no es posible que un chico esté bueno y no sea un capullo?

—Ay, gracias. Pero me reafirmo en lo que he dicho. —Camino sobre la barra al mismo ritmo que ella. Nos detenemos al llegar a la

mitad y le enseño un giro. Primero lo hago yo y luego la miro para evaluar su técnica. Cuando levanta la pierna izquierda, se tambalea —. Abdomen hacia dentro. Caderas hacia delante —la corrijo mientras recupera el equilibrio—. Aguanta el relevé cinco segundos.

Hope baja y vuelve a empezar. Levanta la pierna izquierda, la dobla hasta que el pie toca la rodilla derecha y alza los brazos en quinta posición. Cada vez se tambalea un poco menos. Cuando se concentra, se nota. Pone la mandíbula firme y deja de mirar a su alrededor para ver qué hacen los demás.

—Bien. Ahora diez segundos.

Ni siquiera me contesta, se limita a asentir y vuelve a ejecutar el giro. Aguanta la postura mientras yo cuento hasta diez poco a poco. En el tercer intento, baja los brazos hacia los lados para no caerse.

—Jope —masculla.

—No, lo has hecho genial. Las líneas del cuerpo están cada vez mejor. Pasemos a los medios giros. Y no te olvides de clavar bien el talón cada vez que lo hagas. —Realizo uno y luego me siento en la barra con las piernas colgando de un lado. Todavía no me han dado luz verde para practicar en barra, y aunque la entrenadora Weaver no está aquí, no quiero pasarme.

Hope ejecuta una docena o más de medios giros mientras yo la miro y le hago pequeñas correcciones. Seguimos hasta que veo a su padre por el rabillo del ojo, esperándola en la puerta del gimnasio. Echo un vistazo al reloj de la pared y luego miro al hombre, alzo una mano para saludarlo y le sonrío.

Dejo que Hope haga un par de medios giros más y luego la aviso:

—Ya está aquí tu padre. Es más tarde de lo que pensaba. Podemos seguir practicando mañana.

—¿Ya? —Pierde la buena postura y su voz adopta el tono quejicoso e infantil de antes.

—Pues sí. —Bajo de la barra de un salto—. Puedes seguir practicando en casa, cuando hayas hecho los deberes.

Responde con una mueca, arrancándome una carcajada. Cuando baja, le tiro de una de las trenzas pelirrojas que le caen sobre la espalda.

—Si suspendes, tu padre no te dejará quedarte hasta tan tarde para practicar conmigo.

—Está bien —cede, aunque no parece nada contenta. Con un tono un poco más alegre, me pregunta—: ¿Mañana podemos trabajar en suelo?

—Ya veremos.

La acompaño a la puerta y saludo a su padre, que me da las gracias antes de llevarse a su hija, que acepta irse del gimnasio a regañadientes. Luego cojo mis cosas y me voy a casa. Ella no es la única que tiene que hacer deberes esta noche.

Pero antes de ponerme a ello, necesito ducharme y estar presentable para una entrevista en un pódcast. La última vez que me pidieron que participara en uno, cometí el error de pensar que solo tendría audio. Resultó que estaba equivocada, y me presenté recién salida del entrenamiento con el aspecto de un trol sudado. En fin.

Cuando llego a la residencia, todo se encuentra tranquilo. Subo a la cuarta planta, donde se oye música en algunas de las habitaciones. Las puertas están abiertas, pero el pasillo parece vacío.

Cuando llego a mi apartamento, sonrío al ver la escena que me encuentro. Colter y Quinn están acurrucados en el sofá, viendo la tele. Ella está hecha un ovillo a su lado, con la cabeza apoyada en sus piernas, y Colter le acaricia el pelo oscuro con aire distraído.

—Hola —saludo mientras cierro la puerta.

Quinn levanta un brazo perezosamente y Colter contesta:

—Hola, Aves.

—¿Qué estáis viendo? —Dejo caer mi mochila en el suelo y me siento en un extremo del sofá, a los pies de Quinn.

Mi compañera de piso estira las piernas y las pone encima de las mías.

—*Chapuzas estéticas* —contesta—. A una tía se le dio la vuelta la prótesis del culo. Ojalá lo hubieras visto. Daba muchísimo asco.

—Puaj.

—¿Qué haces esta noche? —me pregunta—. ¿Quieres venirte con nosotros después de ducharte? —Arruga la nariz, como si pudiera olerme.

Estoy sudada, pero tampoco apesto.

—No puedo. Tengo una entrevista para un pódcast.

—¿Tan tarde?

—Les dije que solo podía hacerlo entre semana si era después de mi entrenamiento. —Exhalo con fuerza. La verdad es que, ahora que me he sentado, no me apetece levantarme—. Debería ir a la ducha y luego pasar por la biblioteca, a ver si puedo reservar una de esas salas de estudio, para que no haya mucho ruido de fondo durante la entrevista.

—Puedes hacerla aquí. Nosotros vamos a ir a cenar al mexicano ese que tanto te gusta, pero te estábamos esperando. —Quinn aparta la vista del televisor para mirarme a mí.

Me ruge el estómago.

Ella esboza una sonrisa cómplice.

—¿Quieres que te traiga algo?

Me llevo una mano al abdomen y me río.

—Sí, por favor.

Cuando hace ademán de incorporarse, Colter se pone de pie, la ayuda a levantarse y la atrae hacia él para darle un suave beso en

los labios. Qué monos son. Cuando conocí a Colter, iba predispuesta a que me cayera mal porque estaba segura de que le rompería el corazón a mi amiga, pero es evidente que la adora.

—Dame dos minutos para que me ponga unos zapatos y coja una chaqueta —dice Quinn mientras se va a su habitación, que está en uno de los extremos del apartamento.

Sonrío mirando a Colter, que a su vez la está mirando a ella. Poco a poco, desvía la vista hacia mí. Cuesta distinguir cuál de los dos está más obsesionado con el otro, si él o ella.

—¿Cómo va la rodilla? —pregunta.

—Está bien. —Tenso la pierna y la doblo con más fuerza para sentir la articulación.

—Me alegro. —Cambia de postura, apoyándose en la otra pierna —. ¿Te sobraría algo de tiempo para entrenar a alguien durante el próximo mes, más o menos?

—¿Ya me estás echando de menos?

Suelta una suave carcajada.

—Qué va, no soy yo. Tengo un chaval nuevo en el equipo y tiene dificultades con las mismas cosas que me costaba hacer a mí. Se me ha ocurrido que tal vez tú seas justo lo que necesita.

—Me siento halagada —contesto con sinceridad—. No tendré mucho tiempo cuando empiecen las competiciones, pero voy a entrenar casi todos los días al gimnasio del club a última hora de la tarde. ¿Puede pasarse a esa hora?

—No sé muy bien qué horario tiene a última hora de la tarde. Sé que está libre durante el día.

—También puedo antes de los entrenamientos con el equipo, todos los días excepto los viernes. Tengo una clase en el laboratorio que termina tarde, pero los demás días estoy libre.

—Puede que eso le vaya mejor. Gracias. Ya le he hablado de ti,

pero he pensado que era mejor preguntarte antes de darle tu número.

—Sí, dáselo. Estaré encantada de ayudarle, si está en mi mano.

Asiente y se vuelve hacia la habitación de Quinn, que en esos momentos sale de su cuarto.

—Se lo diré. Gracias, Avery.

Mi amiga acude junto a él.

—¿Listo?

Él la rodea con un brazo y la aprieta contra él.

—Listo.

—¡Hasta luego! —Quinn me saluda meneando los dedos y sale con Colter del apartamento.

—Hasta luego —contesto. Me arrellano en el sofá y dejo caer la cabeza sobre los almohadones solo un segundo, pero luego me obligo a levantarme para ir a la ducha.



—¿Cómo te sentiste cuando ganaste una medalla de plata cuando nadie te creía capaz? —pregunta Mary, la entrevistadora. Ella también fue gimnasta. Compitió en los Juegos Olímpicos a principios de los dos mil, pero nunca ganó una medalla individual.

—Fue una pasada —contesto, y mis labios se curvan en una sonrisa sincera mientras afloran los recuerdos. Estaba demasiado emocionada y demasiado segura de mí misma como para que me asustara que la gente no me considerase una amenaza—. Estar allí era todo con lo que había soñado, todo aquello para lo que tanto me había esforzado. Y creía tanto en mí que no me importaba que nadie más lo hiciera.

—Y ahora que hay ciertas expectativas sobre ti…, ¿te motiva? ¿Te resulta más fácil o más difícil creer en ti después de algo así? —pregunta. Y es como si me clavaran un dardo en el pecho.

—Más difícil —admito, pero luego le sonrío de nuevo—. Pero me encantan los desafíos y sigo motivada al cien por cien para ganar.

A Mary le encanta la respuesta; lo sé porque a ella también se le ilumina la cara con una sonrisa. Detrás, tiene una pared llena de fotos enmarcadas y premios que ganó. Formó parte de dos equipos ganadores de medallas de oro y quedó en una buena posición en no sé cuántas competiciones nacionales. Me pregunto si, cuando mira atrás, hay algo de su carrera deportiva de lo que se arrepiente. Me gustaría planteárselo, pero enseguida se lanza a la siguiente pregunta.

—Cuéntame cómo ha sido volver de la maravillosa experiencia de los Juegos Olímpicos y empezar a participar en competiciones universitarias aquí en Valley. ¿Cómo te has sentido?

—Muy bien. Me gustan mucho los entrenadores y el programa de aquí, de la Valley U, y me da la sensación de que para mí ha sido un paso en la dirección correcta.

—Sin embargo, y aunque la mayoría de gente piensa que tanto la competición como las habilidades necesarias para el éxito son menos exigentes aquí que en el nivel profesional, la temporada pasada fue difícil para ti. ¿Por qué crees que te costó tanto?

Se me encoge el estómago, y casi puedo notar cómo se me forma el sudor en la frente, pero me las arreglo para seguir sonriendo, aunque me apetecería más decirle a Mary que se meta su pregunta incómoda donde le quepa.

—Creo que siempre hay altos y bajos. El año pasado fue un año de cambios para mí. Entrenadores nuevos, rutinas nuevas, una ciudad nueva… Mi vida entera cambió, y me ha hecho falta un

periodo de adaptación para sentirme cómoda.

Suspiro para mis adentros, aliviada por haber conseguido ofrecerle una respuesta que sonaba coherente en lugar de arrancarle la cabeza. Es cierto que el año pasado cambiaron muchas cosas. Y, además de todo lo que le he contado, ahora siento más presión que nunca. El mundo entero me está mirando, y eso no pasaba cuando nadie sabía quién era. Me pone nerviosa no estar a la altura de sus expectativas. O de las mías.

—¿Y qué hay de este año? ¿Tendrás la rodilla curada a tiempo para competir?

Es la pregunta del millón de dólares.

—Mis médicos se muestran optimistas, pero yo voy poco a poco.

—Bueno, vuelvas cuando vuelvas, yo estaré atenta para ver de qué es capaz Avery Oliver.

Capítulo siete

Knox

Tiro el casco al suelo, aprieto los dientes y suelto un gruñido de frustración. Si no pierdo los estribos por completo, es porque noto la mirada de Flynn sobre mí.

Llevo una semana entrenando, pero mis progresos son mínimos. A este paso, nunca estaré preparado para actuar. Tengo muchísimas ganas de rendirme, pero mi orgullo no me lo permite.

Me dejo caer al lado de mi hermano pequeño y nos quedamos a mirar a Colter y a su equipo, que empiezan a entrenar. Tienen otra cita el fin de semana que viene y han añadido un *backflip* en grupo a su actuación. Es un truco que a todos les resulta sencillo, pero coordinarse para que los tiempos y las alturas que alcanzan sean idénticos es más complicado.

Hoy Flynn no tenía entrenamiento de baloncesto, lo que no es habitual, así que cuando he ido a recogerlo lo he traído a la pista conmigo. Como Hendrick y Jane me han estado ayudando tanto llevándolo y trayéndolo y encargándose de las tareas de casa, ya echaba de menos pasar tiempo con él, los dos solos.

—Esto mola que te cagas —observa con una sonrisa cuando vuelven por segunda vez.

Esbozo una media sonrisa.

—Sí, son bastante buenos.

Hoy están los de siempre: Colter, Brooklyn, Oak y otro tipo de por aquí, Shane, al que todos llaman «mamá Oso» pero solo cuando no los oye, porque es un tipo grande y corpulento y él solo podría darles una paliza a todos juntos. También hay otros cuatro chicos más que han venido desde la costa oeste para entrenar juntos una última vez antes del fin de semana que viene.

El evento del fin de semana pasado fue el de menor calado de todos los que están por llegar, más bien una especie de ensayo con público. Los próximos meses irán desde Oregón a Texas y actuarán en recintos más grandes en los que ya están las entradas agotadas. O iremos, mejor dicho, ya que no sé cómo, pero he terminado metido en esto.

—¿Me enseñarías a hacer alguno de estos trucos? —Flynn se vuelve hacia mí un instante, pero enseguida clava de nuevo la mirada en la pista.

Enarco las cejas.

—Ni de coña.

—¿Por qué no?

—¿Quieres jugar al baloncesto en la universidad el año que viene? —Asiente—. Entonces mejor que te conservemos entero hasta que firmes con alguien.

No me mira ni responde, pero lo pillo poniendo los ojos en blanco.

—¿Vas a participar en el evento del fin de semana que viene? —me pregunta.

—Lo dudo. Todavía no soy capaz de nada impresionante. Quizá no esté preparado nunca, pero como ahora tengo tiempo es una buena forma de entretenerme.

Flynn aparta la mirada de los *riders*.

—Hendrick me ha contado lo que estás intentando hacer. Enseñarle a tu exentrenador que eres capaz de formar parte de un

equipo sin pegarle puñetazos a nadie.

Lo miro con las cejas levantadas.

—No le pegué ningún puñetazo a nadie. Solo le di un empujoncito.

—Pero tenías pinta de querer darle un puñetazo.

—Ah, por supuesto que quería. —Y, tal y como acabó la cosa, la verdad es que se lo podría haber dado—. No sé, quizá me esté pasando de optimista pensando que me dejarán volver, haga lo que haga.

—Qué va, yo creo que es buena idea.

—¿Sí?

—Sí. Es como cuando el entrenador Cook nos manda a alguno al banquillo por chupar demasiado balón. Siempre nos amenaza con dejarnos ahí hasta que echemos raíces, pero nunca lo hace. Solo necesita un poco de tiempo para calmarse; después nos da otra oportunidad. Y tu equipo también te la dará.

—Eso espero. No tengo ningunas ganas de que me salgan raíces.

Mi hermano sonríe. Después, contemplamos en silencio cómo las motos saltan por la rampa y dan volteretas en el aire.

—Vamos, tendría que llevarte a casa —le digo mientras me pongo de pie—. ¿Esta noche tienes deberes?

—Unos pocos. —Se pone de pie delante de mí. En el último mes ha crecido un par de centímetros más. Sigue siendo muy larguirucho, y está claro que todavía no se ha desarrollado del todo, pero algún día será el más alto y fornido de todos nosotros.

Flynn se queda delante de la camioneta mirando a los *riders* mientras yo termino de cargar la moto, y luego camina hacia atrás hasta subirse al asiento del copiloto. No aparta la vista de ellos ni un solo segundo.

—¿Cuánto tiempo hace desde la última vez que montaste en

moto? —le pregunto.

Él se encoge de hombros, casi hasta tocarse las orejas.

—No lo sé. Nueve años o así. Creo que tenía ocho.

Desde que mamá murió. Las cosas cambiaron mucho después de aquello. Me maldigo a mí mismo en silencio por no haberlo llevado conmigo. Yo montaba en moto para huir de todo, pero Flynn no tuvo esa opción. Supongo que por eso empezó a apuntarse a cualquier deporte que se practicara en su colegio.

—Deberíamos salir algún día. Conozco algunos buenos sitios en la parte este de la ciudad donde podemos llevar las motos y montar algo.

—Sí, claro. Como quieras.

Reprimo una sonrisa, porque me he dado cuenta de que está más entusiasmado de lo que muestra, pero se está conteniendo.

Más tarde, cuando ya estoy en la cama, tengo los músculos tensos y me encuentro tan exhausto que he de luchar contra el sueño para no quedarme dormido antes de que se haga de noche. Archer y Brogan están jugando a videojuegos y me llegan sus voces a través de las delgadas paredes.

Me pongo a mirar Instagram y le pongo «me gusta» a un par de fotos de tías con las que me he enrollado en el pasado. No recuerdo cuándo fue la última vez que salí y me solté un poco. He estado muy estresado desde que terminó la temporada.

Empiezan a llegarme mensajes como respuesta a mis «me gusta», pero antes de abrirlos veo la última publicación de Flynn. Me quedo sin aliento al leer el pie de foto. «Mi hermano es un genio. Ya veréis qué otros trucos sabe hacer». Y encima hay un vídeo en el que salgo yo haciendo un *heel clicker*. Y la verdad es que no tiene mala pinta. Me ha pillado desde el ángulo perfecto.

Lo veo una docena de veces, releo sus palabras y dejo que me

colmen de esperanza y determinación.

Me siento, soltando un gemido al incorporarme y cierro la aplicación. Le mando un mensaje a Colter antes de que me dé tiempo a pensármelo mejor.

Yo

Está bien. Mándame el

número de Avery.

Si Flynn me ve capaz de llevarlo a cabo, quiero hacer todo lo que esté en mi mano para demostrarle que tiene razón.

Capítulo ocho

Avery

—Ese ha estado mejor —le digo a Hope mientras ejecuta otro giro casi perfecto. Solo ha pasado un día, pero ya ha mejorado muchísimo.

—¿Puedo practicar ya las salidas? —Su emoción ante esa posibilidad es contagiosa.

—Sí, ya podemos practicar las salidas.

Chilla de emoción y se pone en posición en una de las barras para prepararse para una salida con mortal agrupado hacia atrás. Lo ejecuta a la perfección, y cada vez que salta en el aire sonríe un poco más.

Yo sigo practicando algunas de mis propias habilidades en la colchoneta; básicamente, saltos y giros. La rodilla aguanta bastante bien, pero hoy ya la he forzado mucho durante el entrenamiento anterior, así que no quiero pasarme.

—¡Guau! —Hope se sube a la barra y se queda muy quieta. En un principio, pienso que está maravillada con mi zancada con giro completo, pero enseguida me doy cuenta de que no me está mirando a mí.

Sigo la dirección de su mirada hacia la zona que hay justo detrás del gimnasio, desde donde pueden mirar los padres y los visitantes. No veo nada fuera de lo normal, así que la miro y le pregunto.

—¿Qué pasa?

—No es qué, sino quién. —Su mirada sigue pegada al mismo sitio, así que me vuelvo para mirar otra vez. Madres, padres, abuelos, hermanos… y él. Él.

Knox, el motero engreído del fin de semana pasado, está al fondo de la sala, vestido con unos vaqueros y una chupa de cuero negra. Hope no es la única que se ha quedado mirándolo: varias madres también están disfrutando con creces del espectáculo.

—¿Qué hace aquí? —mascullo entre dientes.

Su mirada es de lo más penetrante… y la tiene clavada en mí. Levanta una mano mientras yo lo miro embobada. Es tan guapo como recordaba. Es alto, con pelo castaño un poco más largo por arriba y más corto por la zona de las orejas. Tiene los rasgos muy marcados y una postura y una forma de moverse como si nunca se relajara del todo.

—Ahora vuelvo —le digo a Hope y le ordeno a mis piernas que se muevan hacia él.

Cuando se da cuenta de que me dispongo a hablar con él casi se le salen los ojos de las órbitas, pero intento que eso no me ponga nerviosa. Cruzo el gimnasio y entro en el vestíbulo por una puerta lateral. Knox viene hacia mí.

Hay bastante ruido, así que no hablo hasta que no estoy delante de él.

—Hola —saludo, dejando que mi estado de confusión quede patente en mi tono de voz—. ¿Has venido a verme a mí?

Me mira de arriba abajo, desde el maillot a los pies descalzos, y luego sube hasta el moño alto y despeinado.

—No me imaginaba que fueras gimnasta.

Me cruzo de brazos.

—¿Puedo ayudarte en algo?

—No estoy interrumpiendo tu entrenamiento, ¿no?

—No, en realidad no. Solo estoy ayudando a una amiga. ¿Qué haces aquí?

—Colter me ha dado tu número, pero me dijo que igual te pillaba por aquí, así que he decidido pasarme.

—Vale… —contesto despacio, esperando a que siga. ¿Por qué narices le habrá dado Colter mi número o le habrá dicho dónde encontrarme?

—Me dijo que te comentó lo de entrenarme, pero ahora que te veo la cara no sé si será verdad.

—¿Entrenarte a ti? ¿Para qué? —En ese momento, recuerdo que Colter me preguntó por mi disponibilidad. Pongo los brazos en jarras —. ¿El nuevo miembro de su equipo eres tú?

—No. —Niega con la cabeza al pronunciar la palabra, a la defensiva, pero enseguida recula—. O sea, sí, pero no es nada permanente. Tengo unos meses hasta que empiece la temporada.

—Claro. Porque eres piloto y corredor, las dos cosas. —Me aseguro de utilizar la terminología adecuada y él esboza una media sonrisa—. Pero ¿necesitas ayuda para montar en moto?

—Colter me dijo que a él le enseñaste algunos ejercicios de fuerza y control. —Se lleva una mano detrás de la cabeza y se frota la nuca. Salta a la vista que le incomoda mucho pedirme ayuda. Entonces ¿por qué lo hace?

—Bueno, más o menos… —Lo está simplificando, como si fueran un par de ejercicios. Como si le hubiera dicho a Colter que hiciese unas cuantas flexiones y unos abdominales, cuando en realidad hicimos muchas cosas diferentes—. Lo que hicimos fue más bien entrenar juntos.

—Entonces ¿no puedes ayudarme?

—Yo no he dicho eso. —Estaba más que dispuesta a ayudar al

nuevo miembro del equipo de Colter antes de saber que se trataba de Knox, pero este chico me pone muy nerviosa. No soy capaz de entender si realmente quiere o no quiere mi ayuda. Sus palabras no parecen encajar con su actitud.

—Mira, es evidente que estás ocupada, así que iré al grano. ¿Puedes anotar en algún lado qué ejercicios tengo que hacer? Puedo pasarme por aquí otro día a buscarlo, o si prefieres enseñármelos, puedo tener disponible una hora durante el día. ¿Estás libre mañana?

—Lo siento, pero no creo que…

—Te pagaré por tu tiempo, por supuesto, y por el programa de entrenamiento.

—No es por el dinero. —Colter no me pagó nunca ni un centavo, aunque lo intentó varias veces. Pero yo jamás lo habría aceptado. La verdad es que me divertía entrenar con él—. En realidad, no es nada que pueda anotar o enseñarte en una hora. No tengo un plan de entrenamiento oficial ni nada por el estilo.

Se me queda mirando como si no fuera capaz de entender por qué no me he puesto a escribirle una rutina de ejercicios enseguida.

—Pero Colter dijo que…

—La gimnasia trata de ir adquiriendo habilidades poco a poco. Dominas una cosa y luego añades otra —le explico, pero él sigue mirándome como si le estuviera vendiendo la moto—. Lo siento. No conozco otra manera de hacerlo.

Tiene unos ojos avellana preciosos; los describiría como deslumbrantes si no me estuviese fulminando con ellos.

—Vale. ¿Cuánto tiempo necesitarás para enseñármelo todo?

—Un par de horas como mínimo.

—Está bien. —Saca el móvil y se pone a mirar lo que supongo que será su calendario—. ¿Cómo te va mañana de dos a cuatro de la

tarde?

—Dos horas por sesión —puntualizo—. Colter venía cuatro o cinco veces por semana. Si no puedes, te diría que tres sesiones por semana como mínimo. Pero me haría a la idea de que el progreso será más lento.

—¿Te estás quedando conmigo? —Enarca una ceja oscura, la misma en la que tiene la cicatriz. Esa forma de mirarme hace que me sonroje. Él reformula la pregunta—: ¿Quieres que venga aquí dos horas cada día? ¿Para hacer qué? ¿Verticales y mierdas de esas?

—No, yo no quiero que hagas nada. Me has preguntado que cuánto tiempo te llevaría. Eso es lo que le llevó a Colter. —Me pongo recta y ese rubor que sentía en la cara empieza a bajarme por el cuello. ¿En serio? ¿«Verticales y mierdas de esas»? Si tan seguro está de que es una pérdida de tiempo, ¿para qué ha venido?

—Eso me parece un poco… excesivo. Ya estoy dedicando muchas horas a entrenar en la pista y por mi cuenta. —Aprieta los dientes y mira a cualquier parte menos a mí—. ¿Estás segura de que no me puedes anotar unas cuantas cosas para que las añada a mi rutina de ejercicios habitual? —Mueve una mano hacia la zona de las barras, donde está Hope, que nos sigue mirando—. Tus otros estudiantes son niños y tú tienes pinta de que te daría un ataque si se te rompiera una uña. No puede ser tan difícil, ¿no?

Hay que tener morro para venir aquí a pedir ayuda y luego insultarme, a mí y al deporte que practico.

—Pues en realidad es muy difícil —le contesto con los dientes apretados.

—Vale. Lo que tú digas. ¿Podemos empezar mañana?

—No. —Bajo las manos y doy un paso atrás.

—¿No?

—Mañana estoy ocupada, me había olvidado.

Sus bonitos rasgos se retuercen en una mueca de irritación, pero contesta.

—Vale. ¿Pasado mañana?

—Hum… —Miro al techo, como si me lo estuviera pensando—. Pues también estoy ocupada.

Entorna los ojos.

—Antes estabas libre.

—Ya, pero entonces no se me había ocurrido que se me podría romper una uña. —Ahogo un grito de forma teatral, me llevo las uñas cortas y poco cuidadas al pecho y lo fulmino con la mirada—. Preferiría rociarme con gasolina y prenderme fuego antes que ayudarte. —Doy otro paso atrás—. ¿No es tan fácil? Pues arréglatelas solo, gilipollas.

Capítulo nueve

Knox

—Mira, si es la alegría en persona. —Brogan pone un posavasos delante de mí—. ¿Agua? ¿Cerveza?

—Ponme un chupito de Jack Daniels. —Enarca las cejas—. Que sea doble.

—¿Qué te pasa? ¿Quieres hablar de ello? —pregunta antes de darse la vuelta para coger la botella del estante de atrás. Lo fulmino con la mirada mientras me llena el vaso—. Hay gente que piensa que hablar con sus camareros es terapéutico, sobre todo si el camarero soy yo, que tengo un rostro amable y una mirada profunda. —Esboza una sonrisa irónica y mueve las cejas arriba y abajo. Cuando termina de servirme, me bebo el chupito de un trago y le hago un gesto para que me sirva otro—. Ni hablar. —Aparta la botella de mí, que vuelvo a fulminarlo con la mirada—. No hasta que me cuentes por qué narices estás más malhumorado que Hendrick antes de conocer a Jane y por qué bebes como Archer durante las vacaciones de primavera.

—Dios, qué pesado —contesto, pero se lo digo sin acritud. Además, ya noto que la tensión de mi pecho empieza a relajarse. Y tengo tan pocas ganas de emborracharme como él de tener que levantarme luego de este taburete.

Brogan sigue trabajando detrás de la barra. Deja la botella de Jack

Daniels en la estantería, me sirve un refresco de cola y me lo pone delante.

—He sido un gilipollas.

—Perdona, ¿cómo dices? —Gira la cabeza y se lleva una mano a la oreja, como si no me hubiera oído bien.

—Vete a la mierda. Ya me has oído.

Suelta una risita que casi no se oye por encima del ruido del bar.

—¿A quién has cabreado?

Doy un trago del refresco antes de contestar.

—A…, a una chica.

Eso lo hace reír con más ganas.

—Cuéntamelo todo. No te guardes ni una palabra. Nada me gusta más que una historia en la que uno de los hermanos Holland mete la pata.

Brogan es el único de mis hermanos con el que no me unen lazos de sangre. Archer y él son los mejores amigos desde siempre. Cuando era pequeño, estaba siempre por casa para evitar quedarse en la suya, y a mamá le encantaba consentirlo. Creo que se debió de dar cuenta de lo mucho que él lo necesitaba. No conozco todos los detalles, pero tenía una situación familiar complicada. Un día, simplemente, dejó de volver a su casa. Y ahora es un hermano Holland más.

Contemplo la posibilidad de contarle toda la historia, pero entonces un grupo de mujeres sentado al otro lado del bar le hace gestos para que vaya.

—Ahora vuelvo, no te vayas. —Me señala y va hacia ellas.

Cuando me quedo solo con mis pensamientos, reproduzco la conversación con Avery. No estoy loco, ¿no? Me estaba pidiendo mucho. No creo que Colter se pasara tanto tiempo entrenando con ella.

Una gimnasta… Jamás se me habría ocurrido que aquella chica tan remilgada, con sus zapatillas blancas, fuese gimnasta. Bailarina, tal vez, o animadora. Tiene pinta de niña de papá, de ser una niña malcriada de familia rica.

Pero estaba guapa. Ese maillot de licra no dejaba nada a la imaginación. Que Dios lo bendiga. Y con todo ese pelo rubio recogido en lo alto de la cabeza, sin maquillaje, cubierta de tiza… Resultaba muy sexy con esa apariencia menos arreglada.

Aunque tampoco importa, porque no tengo dudas de que ahora estará planeando mi asesinato… Al fin y al cabo, la he insultado. Me ha pillado desprevenido. O sea, en serio, ¿dos horas al día? Con los horarios que tengo, no sé de dónde se cree que voy a sacar el tiempo.

Bajo la cabeza y me maldigo a mí mismo entre dientes. ¿Qué narices voy a hacer?

Brogan ha vuelto, pero ahora no me mira a mí, sino a un punto por encima de mi hombro.

—¿Cómo va, Colter?

Me doy la vuelta en el taburete.

—Hola. —Mi amigo mira a su alrededor maravillado—. Esto está llenísimo; no me lo puedo creer. Hendrick debe de estar muy contento.

—Ahora mismo anda por la trastienda, contando fajos de billetes —contesta Brogan con una sonrisa. Es una imagen graciosa porque eso no sería nada propio de nuestro hermano mayor, pero es cierto que al bar le va genial y yo me alegro mucho por él. Cuando éramos pequeños, el local era de mi madre. Estuvo cerrado un año después de su muerte, y luego papá lo vendió. Otro ejemplo más. Una cosa buena más que destruyó—. ¿Te pongo algo de beber? —le pregunta mientras deja otro posavasos frente al asiento vacío a mi lado.

Colter se sienta en el taburete.

—¿Tienes cerveza Bud de barril?

Brogan asiente y se va a servirle la cerveza en un vaso alto y congelado. Colter espera a tener su bebida, da un trago y se vuelve hacia mí con una sonrisa cómplice.

—Ya me he enterado de que has tenido una charla muy agradable con Avery.

—¿Cómo es posible que te hayas enterado ya? —pregunto, pero enseguida recuerdo por qué—. Ah, claro. Vive con tu novia.

Asiente y da otro trago de cerveza.

—¿Qué narices le has dicho? Estaba que se subía por las paredes, dando golpes por la residencia y mascullando no sé qué sobre gilipollas con egos el doble de grandes que la polla. Me he tenido que largar para que Quinn la tranquilizara. La he dejado encendiendo un palosanto.

La frustración que he sentido antes vuelve a aflorar.

—¿Mi ego? ¿Y el de ella? ¿Sabes que me ha dicho que preferiría prenderse fuego a ayudarme? —Colter suelta una carcajada, echando la cabeza hacia atrás. Pues nada, que al menos se divierta, joder—. ¿En serio? ¿Qué coño le pasa?

—Vale, vale. En fin, parece que no habéis empezado con muy buen pie.

—Eso es quedarse corto —murmuro, y luego lo miro con una expresión seria—. Dime una cosa…

—Pregunta.

—¿De verdad entrenaste con ella dos horas todos los días?

—Sí, diría que sí. Pasé mucho tiempo en ese gimnasio.

—¿Haciendo qué? —Me cuesta tanto creerlo que alzo la voz.

—Lo que hacían ellas. Quinn y yo acabábamos de empezar a salir juntos, así que al principio solo era una forma de pasar tiempo con

ella. Entonces formaba parte del equipo de gimnastas y entrenaban cada tarde, y después Avery y ella iban al gimnasio del club para practicar un poco más. —Se encoge de hombros y da otro trago de cerveza—. Yo también tenía que entrenar y era mucho mejor si mientras tanto podía ver a Quinn con unos pantaloncitos ajustados y un sujetador deportivo. ¿Has visto el pedazo de culo que tiene para ser tan menuda?

Cierro los ojos y niego con la cabeza. Quinn es guapa, pero no quiero tener esas imágenes de la novia de mi amigo en la mente.

—¿Y hacías todo lo que hacían ellas?

—No, claro. Yo no utilizaba las barras asimétricas ni las de equilibrios, ni intenté hacer ninguna de esas series acrobáticas que hacen ellas porque son una locura, pero sí hice todo lo que entraba dentro de mis posibilidades. Casi puedo abrirme de piernas del todo. ¿Quieres verlo?

—Desde luego que no.

Esboza una sonrisa de oreja a oreja.

—Ya sé que parece una tontería, pero te juro que nunca he entrenado más duro que con esas dos.

—¿Haciendo verticales y abriéndote de piernas? ¿Ese es el entrenamiento más duro que has hecho en tu vida? Voy a tener que presentarte a los entrenadores del equipo de Thorne.

Se ríe en voz baja.

—La verdad es que pensaba que Avery y tú os llevaríais bien.

—¿Por qué? Somos muy distintos. Venimos de mundos completamente diferentes.

—Los dos sois competitivos y trabajadores, y tercos hasta decir basta, por supuesto. —Me mira como te miran los amigos cuando son capaces de ver lo que escondes detrás de la fachada—. Ella es una gimnasta medallista olímpica y tú estás camino de ser el mejor

piloto de motocross que se ha visto en este deporte en años… —Se interrumpe—. No sé. Pensaba que os entenderíais, ya está.

Pero me he quedado pillado en una frase en particular.

—¿Has dicho «olímpica»? ¿En plan los Juegos Olímpicos?

—Sí. —Asiente—. Es buena.

Manda cojones. Soy todo un experto en meter la pata, joder.

—No lo sabía —contesto distraído.

Y ¿por qué la imagen de Avery con un par de medallas de oro colgadas del cuello me parece tan sexy? Me anoto mentalmente que después tengo que buscarla en internet, porque ahora no va a acceder a ayudarme de ninguna manera. Qué mal.

—¿Por qué ibas a saberlo? Tampoco es que vaya por ahí presumiendo de ello. Avery mola, y no lo digo solo porque Quinn me haría daño si no lo hiciera. Mi chica es de armas tomar. Es mejor no cabrearla, a no ser que quieras comprobar lo fuerte que pega.

—Aprecio mucho que intentes ayudarme, pero puedo hacer esto yo solo. Mañana llamaré a algún entrenador. —Seguro que hay alguien además de doña Remilgada (bueno, doña Remilgada Olímpica) que pueda enseñarme algunos ejercicios para mejorar la fuerza y la coordinación en las acrobacias con la moto. No la necesito a ella.

Colter hace un gesto con la mano, como quitándole importancia.

—Bueno, este finde no lo pienses más. Mañana doy una fiesta, ahora que están todos los miembros del equipo en la ciudad. Es una buena ocasión para que conozcas a los demás. Tráete un bañador y ven a relajarte en la piscina. Así descansas y te diviertes un poco. ¿Te acuerdas de lo que era eso?

—Que te den. Me divierto mucho.

—La verdad es que no —interrumpe Brogan.

Colter suelta una carcajada y se pone de pie mientras saca la

cartera.

—Yo invito —le digo.

—Gracias. —Se la vuelve a guardar—. Mañana a las dos. ¡Más te vale que vengas!

Brogan coge el vaso vacío en cuanto se va.

—Esta tal Avery suena bien. Me gusta.

—No lo dudaba.

Se ríe otra vez a mi costa y contesta:

—Y tiene toda la razón, tío. Tienes el ego el doble de grande que la polla.

Capítulo diez

Knox

—¡Has venido! —Colter se sacude el pelo mojado mientras sale de la piscina para saludarme.

—Por poco. —Echo un vistazo al patio. Es enorme y está lleno de gente, mucha más que solo los miembros del equipo—. He estado a punto de dar media vuelta al ver el sitio desde fuera; estaba seguro de que me había perdido.

—Está bien, ¿verdad? —Se vuelve y lo mira como si fuese la primera vez que lo ve.

¿Bien? Eso es quedarse corto. Es una jodida mansión en uno de los mejores barrios de Valley.

—Sí, tío. Es una pasada.

—Brooklyn y yo la hemos alquilado juntos. Sobre todo ella, que vive en la casa principal. Yo vivo en esa más pequeña que hay ahí. —Señala con la cabeza una casita a la derecha de la propiedad—. Vamos a buscarte algo de beber.

Al rato, tengo una cerveza en la mano y Colter me está presentando a Patrick, un chaval que acaba de terminar el instituto y que también vendrá de gira con el equipo, ayudando a montar y desmontar. Está emocionado por hablar sobre las carreras de motocross de la temporada pasada. Es muy fan, no mío, sino de las carreras en general. En otras circunstancias sería mi tema de

conversación preferido, pero entonces la veo… y todo se convierte en ruido de fondo.

Avery y yo cruzamos una mirada. Está al otro lado del patio y parece tan sorprendida de verme como yo lo estoy de verla a ella. Pero mi sorpresa no tarda en transformarse en pura e innegable atracción. Lleva el bikini más pequeño que he visto en la vida y el pelo recogido en dos trenzas que cuelgan por encima de sus hombros. Su cuerpo es una locura.

—Tierra llamando a Holland. —Colter me da un codazo.

Aparto la vista de ella.

—Perdona, ¿qué decías? —Mi amigo me sonríe, satisfecho de sí mismo. Yo lo fulmino con la mirada—. Podrías haberme avisado —le reprocho entre dientes.

—¿Habrías venido?

Sabe perfectamente que no.



No tardo mucho rato en encontrarme cara a cara con Avery. Quinn y ella se acercan mientras Colter cuenta la historia del día que Oak se dislocó un hombro y volvió a salir a ejecutar otra acrobacia cinco minutos después.

Quinn se acurruca contra el costado de Colter y yo me muevo para abrir el círculo y hacerle hueco a Avery. Huele a coco —supongo que será la crema solar— y al calor del verano. Tiene la piel de color dorado, salvo por una franja que revela su bronceado, porque se le ha movido una de las tiras del bikini rosa claro. No me había dado cuenta hasta ahora de lo bajita que es. Así, descalza, la cabeza apenas le llega a mi hombro.

Me ofrece una sonrisa rígida y se mantiene lo más lejos posible de mí. Basta con eso para que deje de pensar en lo sexy que es y tenga que reprimir una carcajada. Mira que es altiva y remilgada. Y una deportista olímpica, al parecer. No me extraña que se mosqueara tanto cuando cuestioné sus métodos.

Me termino la cerveza y echo un vistazo a su vaso vacío.

—¿Quieres algo de beber?

Se sobresalta como si le hubiese gritado en lugar de ofrecerme educadamente a ser su camarero personal.

—No, gracias.

—¿Te da miedo que te envenene?

—Se me ha pasado por la cabeza.

—No es mi estilo.

—Ya, claro. Tú eres más de comportarte como un capullo a las claras. —Ladea la cabeza mientras habla.

Eso ha dolido. Ha dolido y me ha provocado otra punzada esta sorprendente atracción que siento por ella. No suele gustarme que me traten como el culo, pero en su caso, siendo tan menuda, tan sexy y con esa pose de tía dura…

—Supongo que me lo merecía. —Al ver que no contesta, añado—: Te propongo una tregua.

Me mira con una ceja enarcada y una expresión escéptica. Joder, es guapísima, aunque esté cabreada. No, sobre todo porque está cabreada. Con un tono de incredulidad incuestionable, pregunta:

—¿Ahora quieres jugar limpio?

No, nena. Lo que quiero es jugar sucio. Desnudo y muy sucio.

—Al menos por hoy.

Sigue sin dar la impresión de fiarse de mí, lo que, teniendo en cuenta lo ocurrido, es comprensible.

—Vamos, te pongo algo de beber. Y puedes mirar mientras te lo

sirvo.

Y eso hace. Y luego no me lo tira a la cara.

Capítulo once

Avery

—Lo estás mirando fijamente otra vez.

—No. —Aparto la vista de Knox. Porque, sí, lo estaba mirando fijamente. Pero eso es solo porque quiero saber dónde está en todo momento para poder evitarlo.

No me puedo creer que haya tenido las agallas de presentarse aquí hoy y hacerse el simpático, como si ayer no se hubiese comportado como un capullo conmigo.

—Mentirosa. —Quinn me mira por encima de las gafas de sol en forma de corazón con una sonrisa demasiado cómplice—. Lo pillo. Está bueno. Míralo todo lo que quieras. Es más, creo que deberías ir allí y enrollarte con él.

Resoplo.

—De ninguna manera. Prefiero morirme sin volver a acostarme con nadie antes que dejar que me toque.

—¡No digas eso! —Mi amiga ahoga un grito y me da un puñetazo en el hombro. Estamos tiradas en unas tumbonas la una al lado de la otra, disfrutando de los últimos rayos de sol del día. Creo que debería ponerme un poco más de protector solar. Noto que se me está quemando la piel, pero es probable que este sea el último fin de semana que vaya a la piscina en mucho tiempo. Ahora que han empezado los entrenamientos, cada semana será más intensa que la

anterior hasta que empiecen las competiciones, a principios del año que viene.

Y como todavía no me he recuperado al cien por cien de la lesión, tengo un largo camino por delante. Todas esas sesiones extra de entrenamiento equivalen a menos tiempo para cosas como esta.

Quinn se incorpora y se vuelve, dejando las piernas colgadas a un lado de la silla.

—Voy a darme un chapuzón.

—Que te diviertas —canturreo, y entonces observó cómo se mete en la parte menos profunda de la piscina, donde Colter está con algunos amigos, entre los que se encuentra Knox. Su novio la coge, se la pone delante y la abraza por la cintura, sin dejar de hablar en ningún momento. Son adorables.

Cierro los ojos, ocultos tras las gafas de sol, y me relajo. No sé qué tiene esto de tumbarse al sol, con la música de fondo y la gente hablando y divirtiéndose a mi alrededor, pero es justo lo que necesitaba hoy. Aunque el capullo de Knox estaba excluido de mi fantasía, por supuesto.

Estoy a punto de ponerme boca abajo cuando una sombra se cierne sobre mí. Abro los ojos, que tenía medio cerrados, y me encuentro con el que me ha estropeado la fantasía. Y me está mirando.

—¿Qué quieres? —le pregunto, volviendo a cerrar los ojos. Si no lo miro, no puede molestarme que esté así de bueno. Los capullos no deberían tener derecho a estar tan buenos.

Aunque no lo veo, noto que se sienta en la tumbona que Quinn ha abandonado hace no mucho.

—Ponerme un poco moreno, nada más.

—¿Y no puedes ponerte moreno al otro lado del patio? —pregunto, y luego, en voz más baja, añado—: ¿O al otro lado de la

ciudad?

—Siento lo de ayer.

Eso me hace abrir un poco los ojos. Giro la cabeza hacia un lado y me fijo en su expresión.

—Suenas sincero y pareces sincero, pero no te creo.

—No digo cosas que no pienso.

—Ah, entonces ¿piensas que soy demasiado cursi para entrenar en serio?

—Yo no dije eso.

—Algo muy parecido —mascullo, volviendo a mirar al frente. Dijo que tenía pinta de que me daría un ataque si se me rompía una uña. ¿En serio? Como si las chicas no pudieran ser femeninas y capaces a la vez. Menudo capullo.

—Tú tampoco fuiste muy amable, por si no te acuerdas —contesta.

—No era yo la que iba pidiendo favores.

—En eso tienes razón. —Durante un par de minutos, no dice nada más. Justo cuando empiezo a pensar que eso ha sido todo y que nos vamos a quedar en silencio hasta que se aburra de estar aquí, habla de nuevo, esta vez en voz más baja—: No se me da bien pedir ayuda. La verdad es que lo odio. Soy capaz de cualquier cosa con tal de no tener que pedirle nada a nadie. Así que sí, fui un capullo e hice varios comentarios de mierda. Y la mayoría de las cosas que dije no tenían nada que ver contigo, pero las dije, y no tengo ningún inconveniente en reconocerlo. Lo siento, me creas o no.

No espera a que le conteste, aunque tampoco sería capaz, porque no hago más que dar vueltas a sus palabras una vez tras otra, tratando de encontrarles un sentido. Knox se pone de pie y se tira a la piscina a unos metros de mí, en la parte que más cubre. El agua me salpica en los dedos de los pies.

Mi ira se ha esfumado. Lo único que me queda es una extraña tristeza que no logro explicar. Y entonces me siento irritada porque le ha bastado con una disculpa, con admitir que se comportó como un capullo, para ablandarme. Y esta es la razón por la que los capullos no deberían tener permiso para estar así de buenos. Les da una ventaja injusta.

Me pongo boca abajo y escondo la cabeza debajo del hombro para no arriesgarme a que mi mirada se vaya hacia él sin mi permiso. «Soy capaz de cualquier cosa con tal de no tener que pedirle nada a nadie».

¿Por qué? No, ni hablar. No me importa.

Los segundos pasan como si estuvieran atravesando arenas movedizas. Suelto un gemido, me levanto y busco por el patio con la mirada hasta encontrarlo. Está en medio de la piscina, de espaldas a mí, charlando con la *rider* pelirroja, Brooklyn. No puedo ver su expresión, pero ella le está sonriendo, como si no fuese el mayor capullo del planeta.

Y antes de que el sentido común me convenza de lo contrario, me meto en la piscina y voy hacia él. No soy una gran nadadora, a pesar de que siempre me ha encantado el agua. Mientras mis amigos pasaban los veranos dando clase de natación, mis padres duplicaban las horas de entrenamiento de gimnasia.

Donde él está, el agua tiene una profundidad de solo metro y medio, pero como yo no soy mucho más alta me toca pelearme para flotar —y no con mucha elegancia— para aguantar a su lado sin hundirme hasta que se dé cuenta de que estoy ahí. Brooklyn me ve primero, y, cuando ella se vuelve hacia mí, él hace lo mismo.

No digo nada. Sobre todo porque no me he pensado bien lo que estoy haciendo.

—Voy a por otra cerveza —anuncia la guapa pelirroja cuando el

silencio se alarga lo bastante para volverse incómodo. Retrocede y va hacia las escaleras.

Mientras yo sigo moviendo brazos y piernas con esfuerzo para mantenerme a flote, Knox se queda ahí plantado mirándome, esperando a que diga algo. Sus ojos oscuros están clavados en mí; el pelo se le ve más oscuro por el efecto del agua. Es musculoso, tiene el pecho y los brazos cubiertos de tatuajes y un pendiente en un pezón. De repente, me acuerdo de por qué he venido y abro la boca para hablar…, pero, en lugar de eso, trago un montón de agua. Perfecto. Me voy a ahogar mientras le grito a este tío.

—¿Por qué lo sientes? —le pregunto cuando consigo hablar, pataleando con más fuerza. De repente, me rodea la cintura con un brazo y antes de que me dé tiempo a enterarme de lo que está pasando, estoy pegada a su costado—. Pero ¿qué haces? —Intento apartarlo de un empujón, pero no se mueve ni un centímetro—. ¡Suéltame!

Sigo empujándolo, pero no sirve de nada. Es fuerte y tiene el cuerpo duro como una piedra. Si no fuera tan gilipollas, quizá me fijaría en cómo los músculos le dibujan una V en la parte inferior del vientre, justo donde descansa su bañador rojo. O cómo bajo la luz del sol se le ven motitas doradas en los ojos castaños.

Sigo luchando contra él, pero es como intentar mover una pared.

—Siento haber sido un capullo.

—No me refería a eso.

—Entonces ¿a qué te referías?

—¿De verdad vamos a tener esta conversación mientras me tienes secuestrada? —Pataleo y me retuerzo, pero él se limita a mirarme y parpadear sin inmutarse. Está pegado a mí y parece que a las mariposas de mi estómago no les importa que sea un bruto, porque están demasiado emocionadas porque me esté tocando.

Sin mediar palabra, camina conmigo pegada a su costado hasta la parte menos profunda de la piscina. Cuando mis pies tocan el fondo, me suelta.

Pongo casi un metro de distancia entre los dos y me ajusto la parte superior del bikini. Se me había movido, así que estaba enseñando un buen trozo de teta. No las tengo tan grandes, uso solo una copa B, pero este bikini es tan pequeño que apenas me las tapa.

Knox se me queda mirando sin ni siquiera tratar de disimular.

—¿Siempre vas por ahí mangoneando a las chicas? —Intento mostrarme molesta, pero estoy sin aliento.

—Si la alternativa es dejar que se ahoguen, sí.

—Estaba perfectamente.

—No lo parecía, pequeña. —Alza un lado de la boca en una sonrisilla irónica. Un chiste sobre mi tamaño, qué original. Uf. ¿Por qué? ¿Por qué no podía haber dejado el tema en paz? No necesito saber por qué me ha pedido disculpas. Podría haberlo considerado como una anomalía extraña, como el avistamiento de un yeti.

Pero, como soy estúpida, he tenido que abrir la bocaza.

—¿Por qué te disculpas ahora? ¿Es para que te perdone y acceda a ayudarte?

—No. —Se echa a reír—. Ahora no voy a aceptar tu ayuda de ningún modo.

Un momento… ¿Qué?

—¿Por qué no?

—Estoy confundido.

—¿Es ese un estado habitual en ti?

Se ríe con ganas, soltando una carcajada sincera.

—Qué mona. Una rubia haciendo un chiste de tontos.

Me quedo boquiabierta.

—No soy tonta.

—Yo tampoco, princesa.

—Tampoco soy una princesa.

Alarga una mano y me tira de una de las trenzas.

—Te pareces a Elsa.

—Oh, vaya. La mejor princesa Disney. Vaya insulto. —Me cruzo de brazos.

—Claro, tú lo sabes bien.

Uf. Bajo los brazos y doy un paso al frente.

—Soy buena en lo que hago y ayudé a Colter. ¿Por qué has cambiado de opinión de repente?

Ayer estaba decidido. Luego me insultó, yo me negué y ¿ahora ya no quiere?

—¿Además de por mi instinto de supervivencia? —Vuelve a bajar la vista, contemplando lo que le dice mi lenguaje corporal: que estoy a la defensiva.

—Es halagador que creas que puedo hacerte daño.

—Es más bien que no quiero perder el tiempo. Tengo una cantidad limitada de horas y no puedo permitirme tirarlas a la basura peleándome contigo y sin lograr ningún avance. Aunque es una pena. Estás muy sexy cuando te cabreas. —Me guiña un ojo. Ha tenido las agallas de guiñarme un ojo.

¿Y se supone que eso es un cumplido? ¿No soy sexy el resto del tiempo? Uf, qué tío. Creo que es la persona más irritante que he conocido nunca.

—Entonces ¿por qué te molestas en disculparte?

—Me parecía un gesto amable.

—No eres una persona amable.

—Está bien. Lo retiro. ¿Contenta? —Vuelve a esbozar esa sonrisilla, como si discutir conmigo fuese una forma agradable de

pasar la tarde.

—No —replico entre dientes.

—Puedes aceptar mis disculpas o no, princesa, pero, hagas lo que hagas, tendrías que ponerte más protector solar. Te estás quemando. —Se agacha hasta que sus hombros desaparecen bajo el agua. Ahora me resulta mucho menos intimidante y más juguetón, pero estoy demasiado alterada para disfrutar de la imagen.



Después de salir de la piscina y aplicarme un poco de protector solar —no porque Knox me lo haya dicho, sino porque yo ya me había dado cuenta de que lo necesitaba—, me encuentro a Colter y a Quinn sentados alrededor de una chimenea apagada con un grupo de pilotos de fuera de la ciudad. Mi amiga me cede su sitio y se sienta en las piernas de su novio.

Knox mantiene las distancias. Parece que Brooklyn y él han hecho buenas migas, aunque ella tiene competencia: una morena muy guapa con un tanga y unas tetas operadas impresionantes. Se sienta en el borde de la piscina para presumir de cuerpo y le sonríe. Él le devuelve el gesto. Ahora ya no veo en su cuerpo ni rastro de la tensión anterior. Se le ve completamente relajado. Uf. Espero que lo asfixie con esos pechos turgentes y perfectos.

A medida que el día va llegando a su fin, el ambiente de la fiesta cambia. Empieza a llegar más gente que trae una energía renovada, y yo me siento agotada de tanto sol. Casi todos los que estaban dentro de la piscina salen y se sientan alrededor de los diversos braseros que hay por el jardín. Hay tres, además de una zona con asientos más grande al fondo del patio.

Quinn y yo nos ponemos los pantalones cortos y Colter nos da permiso para asaltar la nevera de su casa.

—Tienes la nariz roja. —Quinn se mete un par de pretzels en la boca mientras me mira.

Yo me la toco y hago una mueca al notar lo caliente que está.

—¿Está muy quemada? —Colter y ella niegan con la cabeza—. Bueno, tampoco hay nadie a quien quiera impresionar.

—¡Oye! Algunos de mis chicos molan un montón. —Mira a Quinn para que le dé la razón.

—Pero la mayoría tiene novia —repone ella—. Y ese chaval de ahí tendrá diecisiete años.

—Tiene diecinueve.

—No nos gusta nadie que sea más joven que nosotras —insiste—. ¿A que no, Ave?

—Supongo que no. —Cojo un pretzel de la bolsa que tiene en la mano.

—Te he visto un par de veces hablando con Knox —comenta ella con una sonrisa radiante—. Desembucha.

—La verdad es que no hay nada que contar.

—Me da igual. Quiero saber cada palabra que te ha dicho.

Intento hacer memoria.

—A ver… Bueno, primero se ha disculpado, y luego hemos discutido sobre si era sincero o no. Después me parece que nos hemos insultado un poco más. Me ha dicho que estaba sexy cuando me cabreaba, que le daba igual que aceptase o no sus disculpas y que ya no quería que lo ayudase porque no podía permitirse perder el tiempo discutiendo conmigo. Y seguro que me olvido de algunos insultos.

—¿Te ha dicho que estabas sexy? —La sonrisa en el rostro de Quinn es demasiado entusiasta. Y la de su novio es igual.

—Cuando me cabreo. —Lo que ocurre solo cuando él está presente.

—Da igual. Ha sido majo.

—Tú sí que eres sexy, cariño —interviene Colter.

Ella se vuelve hacia él.

—Oooh… Igual que tú.

Colter baja la mano a un lado de su cuello y la besa con ternura.

Le quito el paquete de pretzels a Quinn sin que se dé cuenta, me siento en la encimera y me pongo a comer mientras miro lo monos que soy. Cuando se separan un momento, mi amiga está como un tomate. Ya estoy acostumbrada a que se comporten así, por lo que retomo la conversación donde la habíamos dejado como si nada.

—No. No estaba intentando ser majo. También ha dado a entender que soy tonta porque soy rubia. —Solo después de que yo haya insinuado que el tonto era él, pero omito ese detalle—. Es muy pesado. Juraría que le gusta cabrearme. Me pregunto si su madre sabe que es un cerdo machista que se divierte insultando a mujeres.

Colter niega con la cabeza.

—Su madre murió cuando era bastante joven, así que lo dudo. Aunque siempre ha tenido bastante encanto con las chicas.

Mi corazón deja de latir. Me embarga una sensación desagradable, como cuando estoy en mitad de una salida de la barra y me doy cuenta de que algo no va bien, o como cuando meto la pata hasta el fondo. Me trago el pretzel, que de repente se me antoja sequísimo.

—Soy idiota. No tenía ni idea.

—No tenías por qué saberlo. —Colter se encoge de hombros—. Ya sé que Knox no es un ser de luz, pero es un buen tío. Ha sufrido mucho y su primer instinto cuando se siente acorralado es pelear.

—Tiene sentido —dice Quinn en voz baja—. Yo estaría hecha polvo si hubiera perdido a alguno de mis padres cuando era niña.

—Sí, pero no es solo eso. Él… —Quinn y yo estamos pendientes de cada una de las palabras que sale de la boca de Colter, pero debe de decidir que es mejor no contar nada más, porque se limita a negar con la cabeza—. Concédele una tregua, ¿vale? Hazlo por mí. No tienes por qué ayudarle, pero tiene razones para no ser el tío más fácil del mundo. —Me las arreglo para asentir—. Gracias —dice, y entonces se pone recto—. Debería volver ahí fuera. Algunos de los chicos vuelven a casa esta noche y quiero despedirme.

Quinn y él se dirigen a la puerta.

—¿No vienes? —me pregunta ella, mirando atrás.

—Sí, voy enseguida. Voy a echarme un poco de agua fresca en la cara.



Cuando vuelvo a la fiesta, la música está más alta, algunas chicas han empezado a bailar y la gente vuelve a estar chapoteando en la piscina.

Encuentro a Knox solo, de pie al lado de la puerta trasera de la casa principal. Se ha puesto una camiseta blanca y está mirando el móvil. Cuando me acerco, levanta la cabeza poco a poco.

—Princesa —elige decir para dirigirse a mí.

Respiro hondo y me recuerdo que le he prometido a Colter que sería más paciente con su amigo.

—No puedo prometerte que entrenar conmigo no vaya a ser una pérdida de tiempo, ni que vayas a obtener los resultados que obtuvo Colter. En parte porque no me había propuesto ayudarlo ni nada parecido, simplemente ocurrió, y también porque cada vez que hablo contigo termino con ganas de estrangularte. Pero estoy en el

gimnasio todos los días hasta más o menos las ocho de la tarde. Si puedes venir durante una hora varias veces por semana, haré lo que pueda. —No dice nada, pero enarca ligeramente las cejas. Aguanto la respiración—. ¿Te apuntas o no?

Capítulo doce

Knox

El lunes por la tarde, cuando llego al gimnasio, Avery me lleva en silencio a una parte al fondo de todo, donde no entrena nadie más. El suelo es de color violeta y me siento como si estuviera caminando por un trampolín.

—Yo ya he calentado, pero te voy a enseñar algunos ejercicios que puedes hacer por tu cuenta cuando llegues al gimnasio. —Se sienta y espera a que haga lo mismo.

Hacemos unos estiramientos mientras ella habla sin parar. Y va directa al grano. No entiendo la mitad de los ejercicios que incluye en el calentamiento, pero le sigo el ritmo, admirando sus piernas tonificadas y la facilidad con la que es capaz de moverse. No es que yo no esté en forma, ni mucho menos, pero mis movimientos carecen de la agilidad de los suyos. Hacemos orugas, caminamos realizando sentadillas, saltamos con las manos en alto… Con ese último me he ganado varias miraditas de los demás usuarios del gimnasio, así que seguro que tenía un aspecto fantástico.

Es lo único a lo que nos dedicamos durante veinte minutos. Luego me enseña a hacer la vertical. Estoy intentando no cerrarme en banda, pero la sesión está llegando a su fin y todas estas cosas las podría haber hecho en casa (aunque ni de coña las habría hecho).

—¿Quieres probar? —pregunta mientras se coloca detrás de la

oreja un mechón de pelo que se le ha soltado.

Bajo las manos al suelo y pateo en el aire, sosteniendo los pies por encima de mí. Aguanto la postura unos segundos, luego bajo los pies y me incorporo.

—¿Qué más?

—Tienes la fuerza suficiente para aguantar la postura, pero vamos a trabajar en el control cuando entras y cuando sales.

—¿Entrar y salir? ¿Te refieres a subir los pies y luego bajarlos?

—Mira cómo lo hago. —Sus movimientos son más lentos y fluidos, pero diría que ha hecho exactamente lo mismo que yo—. Prueba otra vez.

Repito el ejercicio y aguanto un poco más. La camiseta se me baja hacia las axilas y no veo una mierda. Me tambaleo un poco, pero soy lo bastante fuerte para aguantar la postura un rato. Justo cuando me dispongo a bajar, me rodea las pantorrillas con los dedos diminutos. Los tiene fríos. Gélidos. Como su corazón.

—Utiliza las manos para mantener el equilibrio —me indica.

—No me digas… —mascullo.

No puedo verla, pero estoy seguro de que ha puesto los ojos en blanco.

—Lo digo en serio. Concéntrate en presionar los dedos contra el suelo y cambia el peso suavemente hasta que encuentres el equilibrio. —Sigue aguantándome mientras yo experimento con la posición de las manos—. ¿Cómo te sientes?

—Eh… Bien, supongo.

Cuando me suelta, bajo las piernas y me incorporo.

—Quítate la camiseta —me ordena. Mira hacia el otro lado del gimnasio y saluda a alguien.

—¿Perdona?

Me vuelve a mirar a mí.

—Que te quites la camiseta. Te está molestando.

Divertido, me la quito y la arrugo hasta convertirla en una pelota.

—Si quieres verme desnudo solo tienes que pedírmelo, princesa.

—Los chicos flacos no son mi tipo. —Se da media vuelta.

¿Qué coño dice? Tiro la camiseta a suelo.

—No estoy flaco. Soy esbelto.

Me recorre el pecho con la mirada con una expresión casi apática.

—¿Alguna vez has hecho la vertical olímpica?

—Digamos que no. —Contengo un suspiro. ¿Cómo me va a ayudar hacer verticales a dar volteretas en el aire con la moto? Tenía mis dudas sobre si aceptar esto y debería haber hecho caso a ese pálpito. Estoy intentando de verdad mantener la mente abierta, y admito que tenía curiosidad por entrenar con ella cuando descubrí que era una deportista olímpica, pero este no me parece un buen uso de mi tiempo. Hoy he tenido que pedirle a Hendrick que fuese él a recoger a Flynn a su entreno para poder venir.

—Es así. —Separa un poco los pies y se inclina hacia delante, sin levantar los pies del suelo, y apoya las manos. Entonces levanta las piernas poco a poco y adopta la posición de la vertical tradicional. Sale de la postura del mismo modo que ha entrado—. ¿Lo has entendido?

Lo intento, imitándola. Cuesta más, pero consigo hacerla. Al menos, eso creo. Cuando bajo y la miro, no parece muy impresionada.

—La mejor forma de practicarla es con un colchón. —Se dirige a la pared del fondo, donde hay apoyado un gran colchón azul. Se pone delante de él y vuelve a hacer la vertical olímpica, pero esta vez utiliza la pared como guía—. Practícala ahí. Voy a saludar a una amiga.

Se gira, moviendo la cola de caballo, y me deja en esa esquina

oscura del gimnasio, que hoy está abarrotado de gente. Hay críos que deben de haber empezado el instituto hace poco, otros más pequeños y unos cuantos que tendrán más o menos la edad de Flynn. También hay otros deportistas mayores, de la edad de Avery, supongo.

Se detiene en las barras, donde hay un grupo de niñas practicando la rueda en la barra estrecha. No tendrán más de seis o siete años, pero impulsan sus cuerpecitos por los aires y, de algún modo, aterrizan sin caerse, como si llevaran haciendo esto desde que aprendieron a andar. No todas tienen el mismo nivel, pero son impresionantes.

Excepto una. Está practicando en la barra más baja de todas, que no estará a más de treinta centímetros del suelo y tiene un colchón debajo, y tiene lágrimas en los ojos. Lo intenta una vez tras otra, y cada vez que trata de salir de la rueda se le resbala el pie. El resto de las niñas la miran y la entrenadora intenta consolarla.

Avery se acerca despacio, habla un momento con la entrenadora y luego se acerca a la niña que llora y se agacha frente a ella. No sé leerle los labios, a diferencia de mi hermano Archer, pero su dulce sonrisa me indica que la está animando, tranquilizando, tal vez. La pequeña asiente y Avery se incorpora. Vuelve a intentarlo y esta vez Avery la intercepta y le recoloca las piernas mientras baja. Lo hacen así un par de veces. La entrenadora empieza a dar instrucciones a las otras niñas, que pronto vuelven a ponerse a trabajar en sus ruedas.

Yo sigo practicando la vertical, pero después de cada intento hago un parón para mirar cómo Avery ayuda a la niña. Ahora está subida en la barra con ella, y está haciendo la rueda simple para que la pequeña la observe. Admiro lo gráciles y fluidos que son sus movimientos. Son muy controlados. Yo, en cambio, me tambaleo al

hacer la vertical.

Me dejo caer en el suelo y dejo de fingir que estoy practicando. Avery me mira desde la barra y enarca una ceja. Yo le sonrío.

La verdad es que es muy sexy. Hoy lleva un maillot de color azul cobalto que le queda justo encima de las caderas y hace que sus piernas parezcan diez veces más largas. Tiene un cuerpo de acero.

Avery ayuda a la pequeña con unas cuantas ruedas más, y entonces la clase termina y todas las niñas se apresuran hacia la puerta. La niña le da un abrazo a Avery y luego echa a correr tras sus compañeras.

Miro al reloj gigante que cuelga de la pared mientras vuelve hacia mí.

—Lo siento, he tardado más de lo previsto —se disculpa.

—No pasa nada.

Ella también echa un vistazo al reloj.

—Ya ha pasado una hora.

—Pues sí. —Sesenta minutos, y lo único que he aprendido es que a Avery le gustan los tíos musculosos y que los niños pequeños se le dan sorprendentemente bien. Y ninguna de esas dos cosas me va a ayudar a mejorar mis habilidades en *freestyle*.

—¿Tienes unos minutos más?

—Ya he malgastado una hora entera, no me viene de unos minutos.

Capítulo trece

Avery

Estoy intentando con todas mis fuerzas no perder los estribos con Knox.

Se ha mostrado completamente desinteresado desde que ha llegado. Ha hecho todo lo que le he pedido, pero tiene pinta de querer estar en cualquier parte menos aquí.

Me siento en el suelo y él hace lo mismo, aunque, no sé cómo se las arregla para que esa acción parezca el doble de difícil.

—Abre las piernas, como has hecho cuando estabas de pie. —Se lo muestro—. Luego apoya las manos en el suelo y cambia el peso de sitio, de modo que quedes sentado con las piernas abiertas, así.

Knox observa con atención cómo aguanto el peso de mi cuerpo con las manos y luego prueba él. No es lo bastante flexible para tener las piernas completamente rectas, pero se las arregla para replicar la postura. Es fuerte y ágil. Antes, cuando lo he llamado flaco, solo quería meterme con él. No está tan cachas como Tristan, pero prefiero el tipo de cuerpo que tiene Knox. Está definido y musculoso sin ser demasiado corpulento.

Entre los músculos y los tatuajes, todas las chicas del gimnasio han estado comiéndoselo con los ojos desde que le he pedido que se quitase la camiseta. En fin, si tiene que ser un capullo, al menos que yo saque algo de todo esto.

Me gustan mucho sus tatuajes. Tiene uno de flores en la parte izquierda del brazo que le cubre también parte del pecho. Es precioso. Tiene rosas, vides y otros motivos que no logro distinguir sin mirarlo más fijamente de lo que debería.

Tiene otros tatuajes en las manos, en el pecho, en el brazo derecho, en la espalda y uno en la parte alta del muslo que atisbo cada vez que hace una vertical y se le arrugan los pantalones cortos alrededor de las caderas. Pero mi preferido es el de las rosas. No me lo habría esperado, pero quedan bien, rodeando su abultado bíceps.

Salta a la vista que tiene potencial más allá de lo que es capaz de hacer ahora. Quizá todo esto le parezca una tontería, pero le ha bastado con algunos ajustes en las manos y unas repeticiones en la colchoneta para mejorar las verticales.

—Bien —le digo—. Pon los pies un poco en punta.

Él se tambalea al mirarse los pies. No se ha quitado los calcetines, y verlo tratar de poner el dedo gordo en punta es lo mejor que me ha pasado en todo el día. Tras otra sesión en el que la entrenadora Weaver no me ha dejado practicar en la barra y me ha obligado a entrenar en suelo, me siento bastante irritada, aunque trate de disimularlo. Lo peor de todo es que cada día que me impide esforzarme demasiado me siento un poco aliviada, porque es un día más en el que no he de preocuparme por intentarlo y fracasar.

Y, por si fuera poco, hoy ha salido un artículo sobre los que se espera que sean los cinco mejores gimnastas universitarios este año. Y yo no salgo, salvo por una mención en el último párrafo que dice que tal vez sería una candidata a ello si lograra recuperar el nivel de hace dos años. «Si lograra». Si. ¡Si!

—Ahora sube a la vertical desde esta posición —le indico, volviendo a concentrarme en él. —Levanta las cejas, sorprendido, pero lo intenta sin mediar palabras. No sabe dónde poner las piernas

ni cómo moverse, y hay unos segundos en los que se rinde y se limita a aguantar la posición, como si yo le hubiese pedido un imposible. Deja caer el culo en el suelo. Es la primera vez que se muestra derrotado en la última hora, y la verdad es que me enorgullece un poco—. Puede que necesites empezar con las barras que están más elevadas, hasta que mejores la flexibilidad. Mira, es así. —Me siento con las piernas abiertas y subo las piernas y el cuerpo para entrar en la vertical.

Cuando vuelvo a sentarme frente a él, sonríe. Con tono provocador, pregunta:

—¿Ganaste una medalla de oro con eso?

—No gané un oro individual, y no.

—Oro, plata… Es más o menos lo mismo.

—¿Sí? ¿Te gustaría terminar segundo?

—Ni de coña —contesta enseguida—. Pero sigue molando un montón que fueras a los Juegos Olímpicos y encima quedases segunda.

—Ten cuidado, te estás acercando peligrosamente al terreno de los cumplidos.

—Tu entrenamiento es una mierda. ¿Mejor?

—No puedes hablar mal de un entrenamiento cuando ni siquiera eres capaz de ejecutar los ejercicios correctamente.

—Claro que soy capaz —replica, pero lo hace con una media sonrisa. Echa un ojo al reloj de la pared. Debe de ser la tercera vez que lo pillo mirando qué hora es. Estoy segura de que tiene otras cosas que hacer, corazones de mujeres que romper y todo eso. No quiero robarle su valioso tiempo.

—En fin, supongo que esto es todo por hoy. Mañana prepararé las barras, a ver si puedes subir desde ahí.

—Me muero de ganas —replica con aspereza.

—No tienes por qué venir si no quieres —le recuerdo. Estoy entrenándolo gratis, y dedicando a esto la misma cantidad de tiempo que él.

—Gracias por darme permiso, princesa. —Se pone de pie a toda prisa, coge su camiseta y se marcha.



La tarde siguiente, casi espero que no aparezca. Estoy practicando en la barra mientras Hope entrena salidas sobre el colchón. Nunca pierde la sonrisa, ni siquiera cuando no le sale bien.

Cuando Knox entra en el gimnasio, mira hacia todas partes, buscándome. Y en los segundos que pasan antes de que me encuentra, lo contemplo a placer. Lleva unos pantalones negros de deporte, una camiseta negra y unas deportivas negras. Seguro que el corazón también lo tiene negro, pero qué guapo es, maldita sea.

—¿Quién es ese? —La voz de Tristan me sobresalta. Se detiene al lado de la barra y se queda mirando a Knox.

—Es un amigo del novio de Quinn. —Bajo de un salto—. Estamos entrenando juntos.

Suelta un resoplido y se dirige conmigo hacia la puerta, donde Knox se está quitando las zapatillas y la camiseta.

—No es tu tipo, Ollie.

—Por suerte no estoy saliendo con él. De todos modos, ¿tú qué sabes quién es mi tipo?

—Está claro. Tu tipo soy yo.

Es un creído y está muy equivocado. Sí, claro, es atractivo, pero no es el tipo de chico con el que normalmente saldría. Nolan, mi último novio, también era deportista —estaba en el equipo de

baloncesto—, pero era dulce y romántico. Nada que ver con Tristan, que seguro que piensa que dejar que una chica se quede a dormir ya es romántico. Claro que Nolan terminó poniéndome los cuernos, así que supongo que al final resultó no serlo tanto.

Knox levanta la vista y me recorre las piernas desnudas y el maillot rosa con la mirada. Luego mira a Tristan, que cruza los brazos musculosos y saca pecho. Uf, cómo son los tíos. No me molesto en presentarlos.

—¿Estás listo? —le pregunto a Knox.

Él le echa un vistazo a Tristan y asiente.

Lo llevo de nuevo a la esquina donde practicamos ayer y hacemos los mismos estiramientos para calentar.

Esta noche vamos más rápido. Knox no habla hasta que no empiezo a colocar las barras paralelas en el suelo para que practique la vertical olímpica.

—Tu novio nos está mirando.

No me hace falta mirar para saber que se refiere a Tristan. Noto su mirada sobre mí.

—No es mi novio.

—¿Lo sabe él?

—Pies en punta. —Gruñe y obedece mientras yo sigo estirando. Hoy me duele la rodilla. El médico ya me avisó de que seguiría molestándome más que el resto del cuerpo si continuaba exigiéndome mucho en el gimnasio—. ¿Y tú? —le pregunto mientras muevo el brazo en círculos para que fluya mejor la sangre.

—Tampoco es mi novio.

—¿No me digas? —contesto irónicamente. Luego ladeo la cabeza —. Hum… Esa imagen no está mal.

Intento decidir cuál de los dos sería más dominante. Tristan es más corpulento, pero no, no me cabe duda de que sería Knox.

Él me dedica una sonrisilla y hace una pausa.

—Siento acabar con tu ilusión, pero yo no soy de tener relaciones serias.

—¿No me digas? ¡Qué sorpresa! Otro tío al que le dan miedo los sentimientos —contesto sin disimular mi irritación.

Hope me saluda desde la barra y pone una sonrisa de oreja a oreja al ver a Knox. Yo le devuelvo el saludo y cruzo los dedos para que no venga. Si se acerca demasiado a él puede que le babee encima.

—¿Y tú?

—¿Yo qué? —Me hago la tonta a propósito para ganar tiempo antes de contestarle.

—¿Sales con chicos o te limitas a devorarlos y luego escupir sus huesos por diversión?

Me río por la nariz de una manera muy poco femenina. No sé por qué, pero me gusta la idea de que piense que tengo esa capacidad.

—Ahora mismo yo tampoco soy muy de relaciones serias.

—Me sorprendes, princesa.

—¿Por qué? ¿Porque soy una chica y se supone que tenemos que ir por ahí con el corazón en la mano para que los chicos malotes y rompecorazones como tú nos lo pisoteéis?

—Estás soltera. Lo he pillado.

—Pues sí. Por decisión propia. —Ahora mismo, me resulta de suma importancia que eso último le quede bien claro.

—Sí, eso también lo he pillado. Aunque al muñeco Ken ese le encantaría hacerte cambiar de opinión. —Con otra sonrisilla, se pone a practicar la vertical olímpica otra vez. Ha mejorado un montón en solo un día. No hago ningún comentario, así que añade—: Quizá deberías dejarlo. Me parece que no te iría mal liberar tensiones.

Hago círculos con el cuello.

—No sabría cómo hacerme liberar tensiones ni aunque le diese un manual.

Suelta una carcajada explosiva que me pilla desprevenida.

—Lo sabía. Ya te has liado con él.

Maldita sea. No pretendía darle esa información.

—Nos liamos una vez —le aclaro mientras noto cómo me sube el rubor a las mejillas—. Y no volverá a pasar nunca más.

—Yo creo que sí, si depende de él.

—Creo que ya estás listo para otro ejercicio. —Mis niveles de irritación están escalando posiciones. Lo único que quiero es subirme un ratito a la barra para centrarme un poco.

Aparto las barras paralelas y llevo a Knox a las barras de equilibrio. Supongo que tendré que arriesgarme a que Hope le babee encima, porque cuando llegamos ella sigue allí, practicando las salidas. Acaricio una barra vacía y le pregunto:

—¿Te importa si nos ponemos contigo?

—Madre mía, ¡claro que no! —Mira a Knox con una sonrisa.

—¿Quieres que me suba ahí arriba? —Enarca las dos cejas oscuras y niega con la cabeza.

—Aunque sería divertido ver cómo lo intentas, no. La barra es algo demasiado avanzado para ti. —Señalo las anillas que cuelgan del techo, detrás de nosotras—. He pensado que tú puedes entrenar ahí mientras yo practico un poco por mi cuenta.

—¿Demasiado avanzado? —No parece muy convencido.

—Tiene razón —interviene Hope—. Es más difícil de lo que parece.

—Ah, ¿sí? —Knox le sonríe; es una sonrisa sincera, no uno de sus gestos indiferentes o con dobles sentidos.

—Esta es mi amiga Hope —la presento señalándola con la cabeza.

—Hola, Hope. Yo soy Knox. Eres muy buena. Te he visto haciendo saltos mortales, giros… No sé. Parece difícil.

—Gracias. Avery me ha estado ayudando. —Es evidente que las palabras de él la han emocionado.

Knox no deja de sonreírle. Es muy… educado, muy halagador con ella. Supongo que tengo la sorpresa escrita en la cara, porque, cuando me mira, cambia la expresión.

—¿Qué?

—Nada. —Aparto la vista.

Hope observa a Knox agarrarse de las anillas.

—Eres un poco viejo para empezar a entrenar para ser gimnasta.

Me río, pero enseguida me muerdo el labio inferior para contenerme.

—No quiere ser gimnasta.

—Entonces ¿estás intentando ligar con Avery?

—Hope… —la reprendo.

—¿Qué? Solo es una pregunta. —Sigue insistiendo, a pesar de que me he puesto roja—. Un chico de mi clase de teatro musical se apuntó solo para conseguir que Anna Laurie saliera con él y le funcionó.

—No está aquí para que salga con él, está entrenando, igual que hacía Colter con Quinn y conmigo.

Se queda pensativa un segundo.

—Pero Colter está saliendo con Quinn, ¿no? Pensaba que eso de entrenar con vosotras era solo una excusa para pasar tiempo con ella.

En fin, joder. Eso tiene, al menos, una parte de verdad.

—Sí, pero esto no es lo mismo.

—Pues es una pena —repone, dirigiéndose a Knox—. Tú estás bueno y Avery necesita un novio nuevo. El último no estaba tan bueno como tú y era un mentiroso y un infiel y un…

—Vale, ya le has contado suficiente. —Evito por todos los medios

mirar a Knox. Quiero mucho a esta chica, pero tiene que aprender a no soltar cada cosa que se le cruza por la cabeza. O eso, o yo tengo que dejar de contarle mis intimidades.

—Ay, está mi padre ahí. Me tengo que ir. —Baja de la barra de un salto, me saluda con la mano y luego se despide de Knox—. ¡Espero verte la próxima vez!

En un abrir y cerrar de ojos ya se ha marchado, y ahora me toca a mí lidiar con las consecuencias de su incontinencia verbal. Miro a Knox de reojo y me lo encuentro sonriendo muy satisfecho de sí mismo.

—No estás tan bueno. Lo que pasa es que tiene trece años y tú vas por ahí sin camiseta —le espeto.

Asiente distraído.

—¿Estaba hablando de Tristan? ¿El ex mentiroso e infiel?

—No, ya te he dicho que Tristan y yo no salimos juntos.

—Solo fue un rollo que te dejó insatisfecha. —Esa sonrisa traviesa no hace más que ensancharse.

—Un error de borrachera que jamás volverá a repetirse —aclaro, más para mí misma que para él.

—¿Tan mal lo hacía?

Le lanzo a Tristan una mirada furtiva. Decir que lo hizo mal no me parece justo, teniendo en cuenta lo borrachos que estábamos.

—No creo que lo hiciera mal. Creo que lo hicimos mal los dos.

Knox recorre mi cuerpo con la mirada lentamente, y luego vuelve a subir igual de lentamente hasta mi cara.

—Princesa, si salió mal, fue culpa suya.



—¿Mañana a la misma hora? —le pregunto el jueves cuando se nos acaba el tiempo. Hemos entrenado juntos cuatro días y me ha dado la sensación de que se sentía más frustrado con cada día que pasaba. Solo ha sido agradable en los momentos que estaba Hope.

Hoy apenas si ha pronunciado dos palabras. Ha mejorado en cada ejercicio que le he hecho practicar, y Hope le ha revelado más detalles con los que ponerme a mí más roja que un tomate, pero nada de ello ha servido para alegrarle la cara.

—No. —Niega con la cabeza—. Me voy fuera con Colter y el equipo.

—Ah, es verdad. —Me pongo el chándal y las zapatillas—. ¿Ya harás alguna acrobacia?

Sé que suena fatal, pero con tanto entrenar juntos me había olvidado de por qué lo hacía. Me paso casi todas nuestras sesiones intentando superarlas sin querer estrangularlo.

—Es poco probable. —Niega con la cabeza suavemente y añade—: Voy a ayudar a montar y a desmontar hasta que mejore.

—¿Te están sirviendo nuestras sesiones?

—¿Te refieres a las verticales y todas estas cosas que me mandas hacer? —Enarca una ceja, como si la respuesta fuese obvia—. No, que yo sepa.

Eso ha dolido.

—Vaaale… ¿Alguna sugerencia?

—Si tuviera alguna idea de cómo hacerlo solo, no te habría pedido que me enseñases a hacer acrobacias. —Se pone la camiseta, despeinándose al hacerlo. Me descubro deseando pasarle los dedos por el pelo.

—Si todo esto te parece una tontería, ¿por qué sigues viniendo?

Se encoge de hombros.

—Supongo que es mi último recurso.

Capítulo catorce

Avery

Tristan vive en un complejo de apartamentos fuera del campus que está lleno de estudiantes universitarios. Es especialmente popular entre los miembros del equipo de hockey, que viven a dos edificios de él.

Hoy estamos en su casa, en el balcón, donde nos llega el ruido de varias otras fiestas. Entre todas, da la sensación de que la Valley U en pleno está aquí. Los que sí que están son la mayoría de los miembros del equipo de gimnasia, tanto los chicos como las chicas. Los vecinos de enfrente de Tristan, Nico y Whitley, forman parte del equipo universitario de golf y se han traído a muchos de sus compañeros.

Todavía es pronto, así que el ambiente es agradable y distendido. Ha sido una semana muy larga; a Quinn ni siquiera le ha hecho falta insistir para convencerme. Necesitaba hacer algo que no fuera obsesionarme con el entrenamiento… El mío y el de Knox.

No hago más que rememorar la frase de ayer. «Supongo que es mi último recurso». No me gusta pensar que el tiempo que le he dedicado no es más que un intento desesperado para él, pero ya sabía que no estaba muy convencido cuando accedió a entrenar conmigo. El verdadero problema, lo que hace que me entren ganas de morderme las uñas y destrozarme la manicura, es no saber si he

logrado que note alguna diferencia o no. Me dijo que no lo creía y eso me dolió.

—¿Quieres otra copa? —me pregunta Tristan. Estoy con la mirada perdida, contemplando la fiesta pero sin verla.

Sacudo la cabeza para aclararme las ideas.

—No, estoy bien.

Se sienta en la silla libre que hay a mi lado. El pelo rubio le cae sobre los ojos, y él se lo aparta moviendo la cabeza.

—¿Qué tal la rodilla?

—Bien —contesto enseguida.

Entorna los ojos y baja la vista hacia mis piernas desnudas.

—Todavía no estás al cien por cien en los entrenamientos.

—¿No me digas? La entrenadora me tiene entrenando en suelo. Quiere que vaya poco a poco para que no vuelva a lesionarme.

—Menuda tontería. —Si me quedara cerveza en el vaso, me sentiría tentada de tirársela a la cara—. Te está tratando como a una niña pequeña. Ya podrías estar dando todo de ti si quisieras. Lo que no entiendo es por qué no te esfuerzas al máximo. Solo faltan dos meses y todo el mundo está a la espera de ver si vas a dejar que esta piedra en el camino termine con tu carrera o si vas a tener la ambición suficiente para que te motive todavía más. —Tristan lleva compitiendo y siendo el centro de todas las miradas desde que tenía dieciséis años. Ha participado dos veces en los Juegos Olímpicos y ganó medalla en ambas ocasiones. No lo entiende. Nadie ha dudado nunca de su talento, ni tampoco ha atribuido sus éxitos a un golpe de suerte—. Admítelo. —Se acerca más a mí y se permite rozarme el muslo con las puntas de los dedos—. Al menos conmigo. Te conozco, Ollie.

—Que un día te diera permiso para magrearme, estando borracha, no significa que me conozcas. —Aparto la pierna y me pongo de pie

—. Creo que sí quiero otra copa.

En el interior del apartamento, entro en la cocina y me preparo otra bebida. Un chorro de vodka con un refresco de fresa. Quinn está en el salón jugando a videojuegos. Gana otra ronda de Mario Kart, le pasa el mando a alguien y viene hacia mí. Me quita el vaso sin preguntar y da un trago sin dejar de mirarme a los ojos.

—De nada —mascullo secamente, aunque en realidad no me ha molestado. Empiezo a prepararme otra copa.

—¿Por qué tienes esa mirada asesina? ¿A quién tengo que gritarle? —me pregunta con los ojos muy abiertos.

En ese momento, Tristan entra en la cocina y, cuando entablamos contacto visual, lo fulmino con la mirada. Sigue adelante, entra en el salón y desaparece por el pasillo que conduce a los dormitorios. Tiene un apartamento de dos habitaciones, aunque viva solo. Convirtió el segundo dormitorio en una sala para entrenar. Lo sé porque es ahí donde nos enrollamos. Un minuto me estaba metiendo con él por tener un gimnasio en su propia casa y al siguiente me estaba besando. Puaj. Nunca más.

—Ah, ya veo. Me lo tendría que haber imaginado. —Mi mejor amiga levanta la voz y le grita—: ¡Eres un capullo, Williams! —Me hace reír que sea tan leal, aunque no tenga ni idea de lo que ha pasado—. Lo siento —añade con sinceridad—. ¿Qué te ha hecho?

—Nada, ser tan encantador como siempre. —Doy un trago y toso. Esta vez me he pasado un poco con el vodka.

Ella me dedica una sonrisa comprensiva.

—¿Quieres que nos vayamos? Me han dicho que los chicos de hockey también tienen gente en casa.

—No, estoy bien. —No quiero que Tristan se entere de lo mucho que me ha afectado lo que me ha dicho.

—Puedo ponerle papel film en el váter o llamar a la policía para

quejarme por el ruido.

Sonrío y niego con la cabeza.

—No me dejes sola y ya está, ¿vale?

Entrelaza su brazo con el mío.

—Jamás.

—¡Quinn, te toca! —grita alguien desde el salón.

Se le iluminan los ojos, pero enseguida se contiene.

—Esta noche ya no juego más.

—Ve —le digo—. Yo puedo ir a mirar.

—Pero tú odias los videojuegos.

—No los odio, es solo que no se me dan bien. Pero puedo ser tu animadora personal. —Aunque tendrá que decirme cuándo animarla, porque la verdad es que me cuesta seguir lo que pasa.

Me siento entre Quinn y un golfista de primero. Todo el mundo está jugando, así que me entretengo mirando el móvil y bebiendo más rápido de lo normal. De vez en cuando, levanto la vista para ver qué está pasando en el juego, aunque el nivel de emoción de Quinn es el mejor indicador posible. Cuando gana, se pone a gritar y saltar, y cuando pierde se queda sentada, en silencio y haciendo morritos.

El móvil le pita tres veces seguidas y vibra encima del sofá, entre nosotras dos.

—Es Colter —le digo tras echar un vistazo a la pantalla.

—Dile que soy la reina del Mario Kart. Estará muy orgulloso —contesta.

Le hago una foto ahora que está totalmente concentrada y luego se la envío, junto a las palabras exactas. Contesta con un: «Esa es mi chica ♡».

Me río por la nariz.

—Está muy orgulloso.

Se le ilumina la cara cuando le transmito el cumplido.

Le pregunto cómo está yendo la gira.

Colter

Genial. Estamos en una feria en
Chandler. Está lleno.

Vacilo. Quiero preguntarle si Knox ha participado en el evento, pero no sé si será raro. Pero entonces pienso que por qué no, al fin y al cabo, estamos entrenando juntos. Lo raro sería no preguntar, ¿no?

Colter:

Qué va, todavía no. Pero está
avanzando. Te agradezco mucho
que estés entrenando con él.

—Aunque no le esté sirviendo de nada —mascullo para mí misma.

En ese momento, Quinn chilla victoriosa, suelta el mando de la videoconsola y coge el teléfono. Y, tan rápido que no sé ni cómo lo ha hecho, hace que Colter aparezca por FaceTime. Le cuenta a su novio lo increíble que es con los videojuegos y él le da la razón y le sonríe con ganas.

Hay mucho ruido aquí. Acaba de llegar un grupo grande de chicos del equipo de golf.

—No te oigo —protesta Quinn.

—Ve a divertirte, cariño —le contesta él—. Mándame un mensaje cuando llegues a casa.

—Espera —le pido a Quinn antes de que cuelgue y le indico con un gesto que me pase el móvil.

—Avery quiere hablar contigo. —Me da el teléfono y yo salgo del salón. En el pasillo hay un poco menos de ruido.

—¿Qué pasa? —Colter espera a que hable con una expresión de preocupación.

—Sobre Knox… —Exhalo con fuerza—. No creo que le esté ayudando en nada.

Esboza una sonrisa.

—Seguro que sí.

—Yo no estoy tan segura.

—Vale. Bueno, ¿qué necesitas de mí?

—No lo sé. ¿Ideas? ¿Qué es lo que más le cuesta?

—Los trucos.

—Sé más específico —insisto.

Se pasa una mano por el pelo.

—Knox es un animal en la moto. Es capaz de hacer lo que quiera. Pero cuando está en el aire y no tiene todo el control, duda de sí mismo. El *freestyle* trata de perder el control sin perderlo de verdad, ¿entiendes? —Asiento. Lo entiendo a la perfección, porque con la barra pasa más o menos lo mismo. La clave es la confianza—. Podrías preguntarle a él —añade. Hago una mueca y Colter se echa a reír—. Espérate a conocerlo. No es tan malo.

Quinn aparece a mi lado.

—Te devuelvo a tu novia.

Mientras Quinn se despide, me muerdo la uña del dedo pulgar y pienso en lo que me ha dicho Colter.

—Vale. —Quinn interrumpe mis pensamientos y se mete el móvil en el bolsillo de los pantalones cortos—. Necesito otra copa, y luego nos vamos a la fiesta de hockey.

Mientras se rellena el vaso, recibo un mensaje de Colter: un vídeo corto de un piloto subiendo por la rampa a toda velocidad y

surcando los aires, haciendo una acrobacia en la que levanta el cuerpo de la moto. Por su forma de moverse, está claro que es Knox.

Lo veo cinco veces. Lo ralentizo, hago zoom, examino cada segundo de metraje. Ni siquiera sé qué es exactamente lo que busco. Supongo que algo que me sirva de ayuda. Mientras lo miro por sexta vez, me llega otro mensaje de Colter. No contiene palabra alguna, solo un número de teléfono.

Y sé muy bien a quién pertenece.

Capítulo quince

Knox

Adorables hermanos

Hendrick

El Instituto Valley ha ganado.
Flynn ha sido el mejor jugador.
Veintiún puntos.♨

Brogan

Lo ha petado. El otro equipo ha
tenido que probar tres
estrategias defensivas para que
no encestara. #imparable

Archer

¿Quién coño ha vuelto a
cambiar el nombre del grupo?

Hendrick

Qué pregunta… 👀
Brogan.

Brogan

😈♡♡

Archer

Knox, ¿cómo va el evento?
¿Esta noche actúas tú también?

Yo

Qué va. Creo que todavía tardaré bastante. Felicidades, hermanito. ¿Cuántas asistencias?

Hendrick

No creo que ahora vaya a mirar el móvil. Ha ido a casa de Pete después del partido.

Brogan

Hablando de fiestas… Me piro. Hasta luego, pringaos.

Hendrick

Así que Adorables
hermanos, ¿eh?

Niego con la cabeza y le mando un mensaje a Flynn por privado para felicitarle e informarle de que llegaré a casa esta misma noche, por si luego necesita que vaya a buscarlo.

Queda una media hora para que empiece el evento. Todo está preparado y Colter y su equipo de *riders* están calentando y haciendo los últimos ajustes mientras el público se va acomodando.

Mi parte ya casi ha terminado. Voy a estar pendiente por si alguien necesita algo, aunque suelen arreglárselas solos. Si les hace falta algo, no se quedan esperando a que nadie lo haga por ellos. Supongo que, como yo contaba con todo un equipo a mi alrededor que se dedicaba a asegurarse de que tuviera todo lo que necesitaba, se me había olvidado que eso era un lujo.

Colter sale de la pista con la moto y se detiene delante de mí.

—Mola, ¿eh?

—Sí.

Me dedica una sonrisa cómplice.

—Dentro de poco estarás calentando con nosotros.

—No sé yo…

—¿Cómo va con Avery?

—¿Quieres saber la verdad? —pregunto. Él asiente, así que contesto—. No sé si me está sirviendo de mucho.

—No lo dejes. Quizá a ti no te funcione, pero te juro que para mí marcó la diferencia. Es más dura que una roca.

—Sí —coincido con una risita—. Sí que lo es.

—No sé si vais a acabar matándoos o arrancándoos la ropa.

—Lo primero, seguro. —Aunque no es que no haya pensado en lo segundo.

Se echa a reír, apoya un pie en el suelo y se me queda mirando a través del visor del casco.

—¿Por qué no vas a sentarte con el público?

Frunzo el ceño, confundido.

—¿Ya me estás echando?

Le brillan los ojos, divertido.

—Es para que tomes algo de distancia. Observa los trucos. Obsérvalos bien, analiza. Te falta muy poco para clavarlo.

Ya llevo dos semanas observando, pero saltaría a la pata coja con los ojos vendados si él pensara que eso marcaría la diferencia.

—¿Y Patrick?

—Puede arreglárselas solo. —Colter revoluciona el motor y se marcha.

Me aseguro de que Pat lo tenga controlado y de que tenga mi número y le informo de dónde estaré por si necesita algo. Luego salgo por la puerta lateral.

Cuando Colter me dijo que el evento de Valley era pequeño en comparación con los demás, no mentía. Este estadio está lleno hasta los topes y la energía es trepidante. La emoción me vibra debajo de la piel; me recuerda a cuando era niño y me apuntaba a pequeñas carreras locales. Los eventos de motocross son más grandes y llamativos, pero la energía no tiene ni punto de comparación. Es simple de una forma que había olvidado, aunque quizá solo lo esté idealizando ahora que lo veo desde la barrera.

Echo de menos estar ahí fuera. Hasta echo de menos a Mike y sus recurrentes sermones sobre hacerlo mejor y esforzarse más. Como si no me hubiera esforzado para ser el mejor. Me he dejado la piel. No me hacía falta ningún sermón. Para mí, ganar es un deseo primario, latente, anidado en lo más profundo de mi ser. No quiero hacer nada si no trato de ser el mejor en ello.

Encuentro un sitio en la parte superior de la primera sección y me acomodo. Hay un niño saltando en las gradas a mi lado con una moto de juguete en la mano y los ojos pegados a la pista. Su madre me lanza una mirada de disculpa que no es necesaria. Yo todavía me siento así cada vez que estoy en una carrera, simplemente, he aprendido a dejar el cuerpo quieto mientras en mi interior salto con una emoción incontrolable.

La verdad es que no le había dado mucho crédito al consejo de Colter. No creía que fuese a cambiar nada por sentarme entre la gente. Los he visto ejecutar estas acrobacias un millón de veces en la pista de entrenamiento, pero no sé qué tendrán las luces del estadio y la dosis extra de adrenalina de sus movimientos… que hacen que lo vea todo bajo una nueva luz.

Bajo de las nubes cuando noto que me vibra el móvil en el bolsillo. Empiezo a ponerme de pie, ya que espero que sea Pat. Pero es alguien inesperado: Avery.

Me vuelvo a sentar y releo su mensaje dos veces.

Número desconocido

He estado pensando. Quizá
tengas razón y mis entrenos
sean una mierda. Ah, soy Avery.

Sonrío y escribo una respuesta.

Yo

No eres Avery. Avery jamás
admitiría que sus entrenos son
una mierda.

Su respuesta es un selfi en el que mira a la cámara con cara de pocos amigos.

Yo

¿Se acaba el mundo? Aquí en Chandler todo parece normal, pero igual es que todavía no nos hemos enterado.

Avery

Para ser justos, tampoco es que tú me lo hayas puesto fácil. Si vamos a seguir adelante, necesito saber que hay compromiso de tu parte.

Yo

He ido todos los días a hacer verticales. ¿Qué más pruebas necesitas? ¿Un juramento de sangre?

Avery

Tentador.

Tres puntitos parpadean en la parte inferior de la pantalla, lo que indica que todavía está escribiendo. Vuelvo a mirar hacia la pista.

Ahora mismo estamos en mitad de una pausa en los saltos, y Brooklyn está dando vueltas de pie encima de la moto. Luego baja de un salto, se detiene frente a la valla y revoluciona el motor hasta quemar rueda. La gente se vuelve loca.

Bajo la vista hacia la pantalla.

Avery

Haré todo lo que esté en mi
mano por ayudarte, pero
necesito que seas abierto con
todo lo que te proponga.

Yo

Pongo el límite en hacer
la rueda.

Me manda otro selfi cabreada. Esta vez, miro tras ella, para ver qué hay en el fondo. No sé dónde está, pero hay gente. Será un piso, o tal vez una casa. Hay unos chicos detrás de ella y uno de ellos la está mirando seguro.

Yo

¿Dónde estás?

Avery

No cambies de tema,
amiguito.

¿Amiguito? ¿En serio?

Colter y el equipo forman filas para uno de sus trucos sincronizados. Se sincronizan de maravilla. Siento un ramalazo de orgullo, y esa es la única explicación de lo que le escribo justo después.

Yo

Está bien. Cuenta conmigo.
Haré todo lo que quieras.

Pasan varios minutos sin que me conteste.

Avery

Vaya. Ha sido más fácil de lo
que pensaba. ¿Eres Knox, no?

Me hago un selfi y se lo envío.

Avery

El extraterrestre ha hecho un
buen trabajo con tu cara. Es
casi idéntica.

Yo

¿Es esa tu forma de decirme
que te gusta mi cara?

Avery

😳 Nos vemos el
lunes.

Yo

Ahí estaré.

Estoy a punto de guardarme el móvil en el bolsillo cuando recibo un último mensaje.

Avery

Ah, se me olvidaba… Ve
preparándote para hacer la
rueda.

Capítulo dieciséis

Avery

—No pienso subirme ahí.

Todo el optimismo al que me había aferrado este fin de semana se disipa cuando Knox me mira con el ceño fruncido, terco como él solo.

—Dijiste que harías todo lo que yo quisiera —le recuerdo.

Suspira y se acerca a la barra. Se detiene un segundo, como si no estuviera seguro de cómo subirse. Vaya, me había olvidado de que no para todo el mundo es tan fácil como respirar. No obstante, antes de que me dé tiempo a bajar para enseñarle cómo hacerlo, Knox se impulsa para subir, demostrando una fuerza impresionante en el tren superior.

Reprimo una sonrisa al ver que se pone recto y se tambalea un poco antes de encontrar el equilibrio. A juzgar por su expresión, no creo que reírme ahora mismo sea lo más conveniente.

Después de calentar y de practicar un poco con la cama elástica y el foso, cruzo los dedos para que esto funcione. Y si no… En fin, al menos habré disfrutado de unos minutos encima de la barra. La entrenadora Weaver no tiene por qué enterarse.

—Bien. —Recupero ligeramente la compostura—. Quiero que hagas un mortal hacia atrás y que caigas al foso. —Enarca una ceja oscura—. Es totalmente seguro. Tan fácil que hasta un niño de cinco

años podría hacerlo —me burlo.

—¡Oooh! ¿Puedo enseñárselo? —me pide Hope con una expresión suplicante. Está en la barra de al lado.

Se pone en posición antes incluso de que acepte. Hace una rueda antes del mortal atrás y aterriza en el colchón en lugar de en el foso.

Knox aprieta los dientes.

—¿Necesitas verlo otra vez?

—No —contesta enfurruñado. Cuando Hope vuelve a subir a la barra, él le ofrece el puño para chocar en silencio, aunque a mí me sigue mirando con la misma expresión. Ella choca el puño contra el suyo alegremente y se sonroja.

—Solo una vez. Luego volveremos al suelo —le digo.

—Entonces ¿para qué lo hacemos? ¿Te estás riendo de mí?

—Dijiste que harías lo que yo quisiera. Solo quiero ver si lo decías en serio.

Resopla, pero por fin se desplaza hasta el extremo de la barra. Vacila.

—No te lo pienses. Igual que antes.

—Sí, pero ahora estoy en la cuerda floja. —Hincha las mejillas, exhala… y va a por ello.

Siento un alivio inmediato. Lo ha conseguido. Me acerco para ver su cara al salir del foso de recepción.

—¿Eso es una sonrisa? —le pregunto con los brazos en jarras. Intenta borrársela de la cara, pero los labios le delatan—. Es divertido, ¿verdad?

—No lo sé. Creo que lo he borrado de mi mente. ¿Has terminado ya con las novatadas?

—Sí. —Bajo de la barra de un salto—. Y has aprobado el examen.

Quizá todavía haya esperanza para él. Necesito que confíe en mí. Y sí, claro, verlo subirse a la barra ha sido divertido, pero lo que en

realidad quería comprobar era que no tenía intención de discutírmelo todo.

—Vale. Vamos a seguir haciendo mortales hacia atrás cayendo en el foso, pero quiero que te centres en la postura y la técnica. —Empieza a seguirme, pero al cabo de un segundo vuelvo la vista atrás y veo que se ha parado a mirar el móvil. Voy hacia él—. ¿Qué? ¿Estás quedando con un rollo?

—No. —Está mirando el móvil con el ceño fruncido. Sus dedos vuelan por encima de la pantalla.

Me pregunto si también fruncirá el ceño durante el sexo.

—Solo tenemos media hora —le recuerdo. En circunstancias normales, estaría más que dispuesta a seguir en el gimnasio hasta que me echasen, pero hoy he quedado con unos compañeros de clase para estudiar para un examen de psicología.

—Me ha surgido algo. Debo irme.

—¿Ahora?

—Sí. —Se mete el móvil en el bolsillo y se dirige a paso ligero a la salida sin ni siquiera disculparse.

Empiezo a seguirlo, pero es demasiado rápido y yo estoy demasiado perpleja para alcanzarlo.

¿Qué coño acaba de pasar?



Al día siguiente, sigo que echo humo. Me pasé la noche esperando un mensaje en el que se explicara por haberse marchado de ese modo. Estuve a punto de rendirme y escribirle yo para ver si todo iba bien.

Estoy apoyada en una silla de cara a la puerta con los ojos

pegados a ella, a ver si aparece. No lo pillo. Pasa de estar implicado al cien por cien a largarse antes de la hora sin darme ni una explicación siquiera.

Se acabó. No soporto esta situación. No puedo ayudarle si se niega a tomárselo en serio. He llegado a mi límite.

Knox llega con tres minutos de adelanto. Y aunque cuando entra está mirando a su alrededor, sin detenerse en ningún lugar concreto del gimnasio, hay algo que de repente atrae su mirada hacia mí.

Se me acerca caminando cada vez más despacio.

—Hola.

—Hola —repito como un loro. Tenía pensado enfrentarme a esto con frialdad y profesionalidad. Simplemente, hacerle saber que la cosa no funciona y marcharme. Pero, ahora que lo tengo delante, toda la frustración que siento vuelve a salir a la superficie—. Estás vivo.

—Esto…, sí.

—La verdad es que pensaba que no ibas a aparecer. —Es mentira. No sé cómo, pero sabía que volvería, aunque fuera solo para decirme que mis entrenamientos son una mierda y que lo deja.

—¿Y por qué no habría de aparecer?

—Pues no sé, quizá porque ayer te largaste antes de la hora o porque parece que cada entrenamiento sea una tortura para ti.

—Me surgió algo. —Frunce el ceño—. Estabas justo a mi lado. Te dije que tenía que irme antes.

—Mira, concluyamos que esto de entrenar juntos ha sido un fiasco gigantesco y que lo mejor será que pasemos página. —Estoy agotada. No puedo fallarme a mí misma y también a él—. Te mandaré algunos ejercicios para que los añadas a tu rutina de entrenamiento habitual.

Es lo que tendría que haber hecho desde un principio. Le doy sus

ejercicios y listo. Me incorporo y paso por su lado en dirección al aparcamiento.

Él corre detrás de mí. Me alcanza cuando llego a mi Bronco.

—Espera, Avery. Lo siento.

Mira por dónde, la palabra que no se le ocurrió ayer.

—No, lo siento yo. Ya se veía que esto no iba a funcionar. Eres…

—Mi hermano pequeño, Flynn, ha suspendido matemáticas —me suelta.

Vale. No es la respuesta que esperaba.

—Esto… Vale.

—Su nota media está casi por debajo de la requerida para practicar deportes, así que ayer me escribió su entrenador y me pidió que nos reuniéramos de inmediato.

Tengo muchas preguntas, pero la primera que sale de mi boca es:

—¿Por qué te escribió a ti?

—Porque soy su tutor legal. —Se pasa la mano por el pelo. Es evidente que se encuentra incómodo, lo que me hace sentir como una mierda.

—¿Por qué no me lo dijiste en lugar de largarte de repente sin darme ni siquiera una explicación?

—Porque no me gusta hablar de mi familia y de lo jodida que es nuestra situación, ¿vale? Puedo estar implicado al cien por cien y a la vez no querer compartir contigo hasta el último detalle de mi vida. —Aprieta los dientes en un gesto severo, duro. Me muerdo el labio inferior. Mierda. Mierda. Mierda. Soy lo peor. Pensaba que me estaba dando largas y es posible que haya exagerado un pelín—. ¿Todo bien, entonces? —pregunta, más sereno, pero con la misma dureza en los ojos oscuros.

Siento que soy yo quien debería hacerle esa pregunta.

—Sí, todo bien, Knox, pero sigo sin estar segura de que esto sea

buena idea. No sé cómo ayudarte. Pensaba que si te obligaba a salir de tu zona de confort te serviría de algo, pero igual esto está por encima de mis habilidades.

—Ya me has ayudado.

Unas palabras que jamás esperaba oír de la boca de Knox Holland.

—¿Qué quieres decir?

—Mira. —Me pone el móvil delante, y se acerca más a mí al hacerlo. Presiona el brazo contra el mío y percibo el aroma de su colonia.

Me cuesta concentrarme en la pantalla. El vídeo se mueve demasiado, pero es evidente que se trata de él. Cuando llega al punto más alto del salto, mueve las piernas a un lado y se suelta de una mano. Todo pasa tan rápido que no me da tiempo a asustarme por si sale mal. Me quedo sin aliento.

Sigo viendo el vídeo. Aterriza y luego corre hacia la cámara; su lenguaje corporal deja muy claro que está extasiado con el salto, hasta que para la grabación.

—Eso ha sido una pasada —le digo con sinceridad.

—Lo sé. —Luce una sonrisa de orgullo. Comparado con la expresión de frustración y la aspereza de hace apenas unos instantes, está totalmente transformado.

—Pero no creo que yo te haya ayudado a conseguir eso.

—Sí que me has ayudado. Mira, tienes razón. No te lo he puesto fácil. Y mantengo que hacer la rueda es una puta mierda, pero, no sé, de algún modo ahora soy más consciente de mi propio cuerpo. Incluso cuando estoy saltando por los aires.

—¿En serio? —Una llamita de esperanza se enciende en mi pecho.

—En serio. —Knox se aparta y se queda ante mí—. No me des por perdido.

—Está bien. Si tú estás dispuesto, yo también lo estoy.

—¿Seguimos, entonces? —pregunta de nuevo, con la voz colmada de un cauto optimismo.

—Sí. —Abro el Bronco—. Pero esta noche no.

Baja la mirada hacia mis piernas desnudas y luego vuelve a subir, como si acabase de darse cuenta de que no llevo la ropa de deporte habitual. Juraría que, cuando me mira a los ojos, veo cierta decepción en su rostro.

—¿Por qué no? ¿Tienes una cita?

—Una sesión de estudio.

Recupera la sonrisa juguetona y chulesca de inmediato.

—Ah, vale.

—Descansa —le recomiendo mientras abro la puerta del coche—. Mañana lo vas a necesitar.

Capítulo diecisiete

Knox

—¿Seguro que practicas en esa cosa o solo te gusta usarla como asiento? —pregunto al entrar en el gimnasio y encontrarme a Avery sentada en la barra de equilibrio. Casi siempre está esperándome ahí.

En lugar de contestarme, se pone de pie, hace una especie de giro muy elegante, una rueda y un mortal hacia atrás en el extremo que está más cerca de mí. Luego se incorpora sobre los dedos de los pies con la cabeza bien alta y me mira.

—¿Mejor? —pregunta, apoyando las plantas de los pies.

—Pues no sé. Puede que necesite verlo de nuevo. —O una docena de veces más. Está buenísima cuando presume de lo que sabe hacer. Sobre todo cuando presume para mí.

—Hoy ya he entrenado. Te toca a ti. —Me da un golpecito con el cuerpo menudo antes de dirigirse a la pista de impulso.

Me ha tenido toda la semana haciendo saltos mortales y piruetas en el foso de espuma. Es bastante divertido, aunque a ella no se lo pienso reconocer. También es agotador. No recuerdo haber tenido nunca tantas agujetas. Y eso tampoco se lo pienso reconocer.

Nos ponemos a estirar sin que me tenga que decir nada. A estas alturas, ya he memorizado toda la rutina de ejercicios. Se inclina hacia delante, básicamente doblando su cuerpo en dos con las

piernas abiertas. Yo hago una versión menos flexible, porque no me llego ni siquiera a los dedos de los pies.

Ella se ríe, se acerca a mí y pone los pies en línea con los míos.

—Dame las manos. —Se inclina hacia delante y alarga los brazos hacia mí.

Me da vergüenza lo mucho que tiene que inclinarse hasta que alcanzo las puntas de sus dedos. Nos damos las manos y ella se inclina hacia atrás un centímetro.

—Ay —me quejo. Mis músculos protestan ante el exceso de estiramiento. Ella se limita a sonreír y a tirar de mí un poco más—. Eres pequeñita, pero aterradora.

—Gracias. —Me sonríe con dulzura.

—Bueno, ahora en serio. ¿Entrenas por la noche o es que te gusta estar aquí?

Tarda unos instantes en responder.

—Me lesioné la rodilla hace unos meses, en una competición. Hice una hiperextensión y me jodí el ligamento cruzado anterior. En verano me operaron y ya he terminado con la rehabilitación, pero no he podido practicar mucho más. Supongo que vengo porque forma parte de mi rutina. Entreno lo que puedo en las colchonetas. Esto es lo máximo que he hecho en la barra en un mes.

Si eso es lo que hace estando oxidada…, mataría por verla cuando esté en plena forma.

—Estaba bastante bien para no haberlo hecho en un tiempo.

—¿Bastante bien? —Resopla y sonríe.

—Siento lo de tu rodilla.

—Gracias.

Cambiamos de estiramiento y ahora soy yo quien tira de ella hacia mí. Tiene una flexibilidad impresionante. Se me cruzan por la mente un montón de pensamientos sucios.

—¿Knox? —pregunta.

Carraspeo.

—Perdona, ¿qué?

—Te he preguntado por el hombro.

—Ah, está bien. —Hace un par de días tuve una mala caída después de un truco y el hombro derecho me molesta un poco. Nada que no pueda soportar. Ni siquiera se lo habría comentado a ella, pero ayer no conseguía mantener las verticales más de unos segundos. Me estudia con atención unos instantes, como si estuviera intentando descifrar si es un farol—. Lo digo en serio.

Dejo de estirar y me levanto para hacer una vertical. Luego me vuelvo a poner de pie. Entonces me fijo en que me está mirando con una expresión divertida, todavía sentada en el suelo.

—Vale. Ya te había creído, pero si querías presumir, por mí no te cortes. Me gusta el espectáculo.

Se echa hacia atrás, apoyándose sobre los brazos, y me mira con esos ojos de un intenso color azul. Me encanta que me mire.

—Si quieres un espectáculo, tendrías que venir a verme correr.

Ladea la cabeza.

—¿Es una invitación?

Me descubro asintiendo.

—Sí. Cuando quieras.

Me tiende las manos y la ayudo a levantarse, pero tiro con demasiada fuerza. Es muy menuda; se tropieza y se me estampa contra el pecho. Se echa a reír y yo también.

—Muy delicado —comenta, sarcástica, sin dejar de reírse. Nos quedamos así un segundo de más; ella con la mejilla apoyada en mi pecho desnudo y yo abrazándola.

Da un paso atrás y baja la vista, rompiendo el hechizo.

—¿Qué te parece si practicamos un poco más el mortal hacia

atrás? Ayer te salía bastante bien.

Sigo su ejemplo, imitando todo lo que hace en silencio, aunque yo soy mucho menos grácil. Me hace saltar y girar desde el suelo, encima de un bloque, hacia la cama elástica.

—Vale. Se te da bien. Probemos uno doble —dice.

La observo con escepticismo. Pone los ojos en blanco, se coloca en posición en la cama elástica y me hace una demostración. Estoy tan obnubilado mirándole las piernas tonificadas y cómo se le ajusta el maillot a las curvas que no me entero de lo que estaba intentando enseñarme. Es guapísima, eso es indiscutible. Ya me di cuenta la primera vez que la vi, porque era evidente, pero eso no es lo único que me atrae de ella, y sus sesiones de entrenamiento se están convirtiendo en un infierno de dolor de pelotas.

Sale del foso y me espera. Lo intento lo mejor que puedo, pero me paso y hago casi un triple. Cuando salgo, tiene una sonrisa de oreja a oreja.

Sonrío avergonzado y pruebo de nuevo. Normalmente, cuando practico, suele dejarme para irse a hacer otra cosa. Estira, trabaja en suelo o en la barra. Nunca se va muy lejos, pero tampoco la tengo encima todo el tiempo. Hoy, en cambio, se queda conmigo. A veces interviene para enseñarme algo, pero sobre todo me observa.

—¿Cuánto tiempo llevas haciendo gimnasia?

—Empecé a los tres años —contesta—. Y compito desde los seis. Podría haber empezado antes, pero mis padres pensaban que era demasiado pequeña para dedicar todo mi tiempo a una sola cosa. Además, es caro, así que supongo que no se lo puedo reprochar.

—El motocross también es caro. —Apoyo las manos en las caderas mientras recupero el resuello entre salto y salto—. Archer y yo solíamos ir a cortar el césped de los vecinos o a hacer otros trabajos para comprar piezas de la moto y pagar la entrada de las

competiciones.

—¿Archer?

—Mi hermano.

—¿No se llamaba Flynn?

—Es otro hermano.

Enarca una ceja.

—¿Cuántos tienes?

—Cuatro.

—¿Cuatro? —Pone unos ojos como platos. Yo asiento. Todo el mundo reacciona igual—. ¿Y eres el mayor?

—El segundo. Tengo veintitrés años, Hendrick tiene veintiséis, Archer y Brogan casi veintidós y Flynn diecisiete. —Me percato de que está calculando las edades, intentando encontrarle un sentido a la dinámica familiar. No le doy más información. Dudo que tenga ganas de oírme hablar sobre la muerte de mi madre y sobre que papá se largó cuando Hendrick se fue a la universidad—. ¿Y tú? —pregunto para llenar el silencio—. ¿Tienes hermanos?

—Sí, un hermano pequeño, Tommy. Tiene trece años.

—¿También es gimnasta?

—No, qué va. Le gusta la música. Toca unos cuatro instrumentos distintos; la verdad es que mola bastante como hermano pequeño. —Por cómo habla de él, se nota que tienen buena relación—. ¿Y tus padres? —pregunta con un tono más dulce—. Supongo que no están presentes si eres el tutor de Flynn.

—No, no están presentes. —No le digo más, aunque veo en su rostro que aún tiene miles de preguntas. Intento hacer otro doble mortal hacia atrás, pero no consigo la velocidad adecuada y aterrizo a mitad del tercer giro, dándome de bruces contra la espuma.

Debe de sentirse mal por mí, porque pregunta:

—¿Quieres que nos tomemos un descanso?

—Ni hablar.

Sonríe, como si ya supiera que no me iba a rendir tan fácilmente.

Veinticinco minutos después, ya estoy empezando a cogerle el tranquillo. Avery me ofrece su botella de agua mientras me tomo un descanso.

—Gracias. —Le doy un buen trago y se la devuelvo.

—Venga, inténtalo una última vez por hoy. Tú puedes. Aprieta el abdomen, abre el pecho y controla la rotación. No te lo pienses demasiado.

—¿Que no me lo piense? —Me río por la nariz—. Me has dicho un montón de cosas de las que tengo que acordarme y luego ¿quieres que no me lo piense?

—Exacto, es así de fácil. —Me mira y hace aletear las pestañas. Me entran ganas de besarla, aunque dudo que eso forme parte de su plan de entrenamiento.

Me coloco y repaso mentalmente todas las indicaciones que me ha dado. Tengo el abdomen activado, me yergo todo lo alto que soy y, cuando salto, me concentro en mi cuerpo y en los giros en lugar de en flexionar las piernas y en rotar lo más rápido posible, como he hecho en los anteriores intentos. Estoy seguro de que no va a terminar bien, pero se debe de obrar algún milagro, porque por fin consigo girar dos veces y aterrizar con los pies en el foso.

Me dirijo al borde para salir. Ella me espera en el lateral con una sonrisa.

—Felicidades. ¿Lo ves? Solo necesitabas que te dijera que no te lo pensaras demasiado. —Me tiende una mano para ayudarme a salir. Se la cojo, pero en lugar de dejar que tire de mí, soy yo quien tira de ella.

Chilla sorprendida al caer a mi lado. Cuando resurge entre los bloques, los gritos se transforman en carcajadas.

—¡Serás capullo! —Me da un golpe en el hombro. No me ha dado fuerte, pero me vengo lanzándole un bloque de espuma de todos modos. No tardamos en vernos inmersos en una batalla campal, tirándonos esas piezas blandas el uno al otro entre carcajadas—. Vale, vale. —Sujeta uno de los bloques delante de la cara—. Una tregua.

Asoma por detrás para ver si cedo.

—Está bien. —Alzo las manos en un gesto de rendición, pero la ataco en cuanto suelta su cuadrado.

Veo que se está preparando para ir a por mí otra vez, así que voy hacia ella y la rodeo con los brazos para que deje de lanzarme bloques de espuma.

—¡Suéltame! —me exige, pero medio en broma, mientras se retuerce para liberar los brazos.

—Solo si sueltas el bloque.

—¡No! —Se contorsiona con más fuerza. La tela sedosa de su maillot se desliza contra mi cuerpo. Entre lo que ella lleva puesto y que yo voy en pantalones cortos, es difícil no fijarse en lo bien que su cuerpo encaja con el mío.

Estoy dedicando tanto tiempo a entrenar, tanto en la pista como aquí, que no he hecho mucho más. El gran ausente de mi calendario es el sexo. Y ahora que tengo su culo acurrucado contra la entrepierna no puedo pensar en otra cosa… Pero ella no tarda más de un segundo en darse cuenta de contra qué se está frotando. Inhala aire de golpe y se queda paralizada.

—Tregua —dice sin aliento, y lanza el bloque para demostrar que habla en serio.

La suelto y se aleja casi de un salto. Tiene los rasgos teñidos de vergüenza, pero antes de salir del foso coge otro bloque y me lo lanza a la cara. La sigo con una sonrisa de oreja a oreja y voy a la

puerta a por mis cosas.

—¿Esta noche también tienes grupo de estudio? —le pregunto mientras se pone unos pantalones cortos encima del maillot. No tengo ni idea de a qué se dedica además de a la gimnasia, y me ha entrado una curiosidad repentina. ¿Saldrá mucho? ¿Se irá de fiesta?

—No, pero tengo que ponerme al día con los deberes —contesta de forma despreocupada—. ¿Y tú?

—Yo no estudio. —Le guiño un ojo—. ¿Y mañana?

Me mira con curiosidad.

—¿Por qué te interesa tanto mi horario de repente? ¿Piensas pillarme desprevenida y tirarme bloques de espuma a la cabeza cuando menos me lo espere?

—Es tentador. —Me río—. Pero no. Me preguntaba si te apetecería quedar conmigo.

—Quedamos cada día.

—Ya sabes a qué me refiero.

—¿Me estás pidiendo una cita? —me pregunta con cautela.

—No, una cita no. Quedar y ya está.

—¿Cuál es la diferencia?

Dios, me saca de quicio.

—Si no quieres, no pasa nada.

—No he dicho eso. —Pero los dos sabemos que es como si lo hubiera dicho—. Mañana por la noche tengo planes.

No sé si se cree que voy a ir preguntándole por todos los días de la semana, rezando porque esté libre para mí alguno de ellos, pero no lo hago. Asiento y dejo el tema.

—Tengo una especie de encuentro con unos patrocinadores. Va a ser horrible. Se suponía que iba a acompañarme Quinn, pero resulta que vienen sus padres y al final se irá a cenar con ellos.

—Un encuentro con patrocinadores, ¿eh? —Recuerdo algunos a

los que me tocó asistir a mí. Ir a cenar o de copas, charlar con gente rica que no tiene ni idea de nada pero finge que sí—. Suena a que será una mierda de noche.

—Será un asco, por supuesto, pero no puedo librarme. —La miro y asiento, comprensivo—. A no ser que quieras venir conmigo… —Se echa a reír como si estuviera de broma.

E igual estoy loco, pero acepto el ofrecimiento sin dudar.

—¿A qué hora?

—No lo decía en serio. No quieres venir, créeme.

—Claro que quiero ir. Hacer la pelota se me da genial.

Se queda pensativa unos instantes mientras se deshace la cola de caballo.

—¿Lo dices en serio?

—No, en realidad se me da fatal, pero mañana estoy libre.

—Me refiero a si dices en serio lo de querer venir. —Me mira con los ojos entornados—. ¿Dónde está la trampa?

—No hay ninguna trampa.

—¿Qué ganas tú?

Se me escapa una carcajada.

—Nada, te lo juro. —Es evidente que sigue pensando cuál puede ser mi motivación, así que decido ser sincero—. Te lo debo. —Abre la boca para protestar, pero me adelanto y añado a toda prisa—. Es lo menos que puedo hacer, y tenía intención de quedar contigo de todos modos.

—Pero yo no he dicho que sí a eso de quedar sin que sea una cita.

—Me refería a quedar aquí, para entrenar.

—Ah. —Se le tiñen las mejillas de un bonito color rosa.

—Así no podrías darme órdenes ni tirarme bloques de espuma a la cabeza.

—Yo no estaría tan seguro.

Capítulo dieciocho

Avery

Knox y yo hemos quedado directamente aquí, así que lo estoy esperando en el aparcamiento. Debería entrar y dejar que se encuentre conmigo dentro, pero la verdad es que necesito sacar coraje para ver a las personas que me esperan dentro.

En Bella Hunter siempre me han tratado bien. Les debo mucho. Fue una de las primeras empresas que se puso en contacto conmigo y se ofreció a financiarme. Cuando ellos me invitaron a formar parte de su equipo ni siquiera había ganado una medalla olímpica todavía. Luego vinieron muchos otros patrocinadores, a los que no puedo culpar por no haber creído en mí previamente, pero siempre me gustó que el equipo de Bella hubiera visto algo en mí antes de aquello.

Por desgracia, eso es indisociable de la presión de estar a la altura de sus esperanzas.

En ese momento, el rumor de una moto interrumpe el tamborileo constante de mi pie sobre el pavimento. Cuando entra en el aparcamiento, todo vestido de negro, siento que me da un vuelco el corazón. Moto negra, pantalones negros, chaqueta negra y casco negro.

Es la misma moto que llevaba la noche que lo vi por primera vez. Aunque mis conocimientos sobre motocross son muy limitados, sé

que es diferente que la que usa para correr y para hacer *freestyle*. Es más grande, pero sigue siendo muy elegante. Y muy Knox.

Encuentra un sitio y apaga el motor. Está de cara a mí, pero no puedo verle los ojos a través del visor del casco.

Me dirijo hacia él poco a poco. Baja de la moto y se quita el casco a la vez, con un movimiento fluido que hace que me dé un vuelco el estómago. Es como un anuncio de chicos malos, y hay algo en mi interior que me pregunta a gritos que dónde hay que firmar. Necesito encontrar de una vez el modo de controlarme cuando esté con él. Ayer, cuando me tiró al foso y me agarró para que dejara de lanzarle bloques de espuma, me puse a frotarme contra él sin darme cuenta siquiera de que lo estaba haciendo. Y, fuese a propósito o no, lo disfruté un montón. Es lo más cercano al sexo que he tenido en meses. Patético.

—Hola —saludo mientras él deja el casco sobre el asiento de la moto y se quita la chaqueta. Me alegro de haber sido la primera en hablar, porque se me seca la lengua al mirarlo. Está que quita el hipo. Se ha puesto una camisa negra que le marca los músculos del pecho y los brazos y unos sencillos pantalones negros con un cinturón, negro también. Lleva el pelo alborotado, pero, por alguna razón, eso hace que ese atuendo tan elegante le quede todavía mejor. Está buenísimo, y salta a la vista que sabe arreglarse.

Me lo estoy comiendo con la mirada e intentando hacerme la indiferente, pero no soy la única que está disfrutando de las vistas. Los ojos de Knox se han detenido en algún punto inferior a mi barbilla. Se me eriza la piel, muy consciente de que su mirada recorre mi vestido ajustado. Me observa de una manera que hace que me ardan las entrañas, y me da un subidón de autoestima que esta noche necesito con desesperación.

—Hola —me saluda por fin y me mira a los ojos—. ¿Qué pasa?

—Nada, ¿por qué?

Niega con la cabeza con suavidad.

—Pareces nerviosa.

—No, estoy bien. —Eso es ser bastante generosa con el significado de la palabra «verdad»—. Solo estoy ansiosa por entrar.

Estoy más bien ansiosa por subirme con él a su moto y largarme lo más lejos posible de aquí, pero no quiero que Knox sepa que estoy asustada, no sé por qué.

Me da la sensación de que no me acaba de creer, pero echa a andar y dice:

—Vale. Vamos allá.

Mientras entramos en el restaurante, le hago un resumen de lo que necesita saber:

—Bella Hunter, la marca de ropa deportiva, es una de mis patrocinadoras desde hace ya casi tres años. Los que han venido son Kelly y Michael. Michael es mi contacto principal, pero Kelly es la directora de la empresa. Han pasado por aquí para visitar una tienda nueva que han abierto en California, así que esto debería ir rápido. Unas copas, puede que también una cena… Depende de cuántas copas de vino se beba Kelly. Si bebe mucho, le entran ganas de hablar, así que querrá quedarse más rato. Si no, querrá irse cuanto antes. No me parece el tipo de persona que se queda mucho rato en ningún sitio, supongo que por eso viaja tanto. Ah, y hagas lo que hagas, no le preguntes por su perro. Es un carlino. Si le sacas el tema se pasará una hora hablando de él sin parar, haya bebido o no. Y…

—Oye. —Knox me coge de la mano y me obliga a pararme. Las mariposas de mi estómago se detienen de golpe y, cuando sus dedos ásperos se aferran a los míos, se me acelera el pulso—. Relájate, no soy un paria social. Soy capaz de tener una

conversación informal sin ponerte en evidencia.

—Eso no es lo que me preocupa.

Y es verdad. Lo que me preocupa es decir algo inadecuado, por ejemplo, si me preguntan por los entrenamientos o por la rodilla. ¿Y si mencionan el artículo en el que afirman que no seré capaz de recuperar el nivel que tenía antes de la lesión?

No sé si me cree o no, pero me suelta la mano, aflojando los dedos hasta que los míos quedan libres. Siento un cosquilleo en la piel en los puntos en los que me estaba tocando.

—Ahí están —le anuncio al verlos.

Lo guío a través del abarrotado restaurante. Kelly y Michael están escuchando con una sonrisa a Tristan, que seguro que les está deleitando con historias sobre lo maravilloso que es. Nadie más ha venido acompañado, así que ahora me siento un poco más incómoda por haber traído a alguien. Pero ya está hecho. Tristan es el primero en verme, y justo después clava la mirada en Knox, que está a mi lado.

Cuando se pone de pie, desvía la atención de Kelly y Michael hacia mí. No tardan en imitarlo.

—Hola. —Les dedico una sonrisa. No es falsa, pero sí que me esfuerzo más de lo normal para demostrarles que me alegro de verlos.

—Avery, me alegro de verte —saluda Kelly. Da un paso al frente para abrazarme con un solo brazo. El otro lo tiene ocupado con una copa de vino.

Knox espera detrás mientras nos saludamos, pero luego me aparto un poco para presentárselo. Michael y Kelly le estrechan la mano. Tristan se limita a señalarlo con la barbilla y le dice.

—¿Qué hay? ¿Te has perdido?

—No. He venido con Avery. —A Knox no parece afectarle lo más

mínimo, o igual no quiere darle esa satisfacción, pero yo lo fulmino con la mirada por haber intentado incomodarlo.

—Hace una noche muy agradable. ¿Qué os parece si cogemos nuestras copas y salimos al patio? —propone Kelly.

Nos mira, esperando una respuesta. Ninguno de nosotros se atrevería a llevarle la contraria, pero, además, me parece una buena idea. Así habrá más sitio para los egos de Tristan y Knox. Mientras salimos, este último me susurra:

—No me habías dicho que Ken también estaba invitado.

—No me lo preguntaste.

Se pone delante de mí, impidiéndome el paso. Una chispa de advertencia resplandece en su mirada.

—No juegues conmigo, princesa. ¿Estoy metido en un jueguecito de mierda para ponerlo celoso?

—No. —Me horroriza un poco que me crea capaz de caer tan bajo —. Ya te lo dije, no estoy interesada en él.

Aprieta los dientes, pero asiente y se da la vuelta para seguir a los demás. Los cinco nos sentamos a una mesa en el patio, cerca de la barra. Kelly es la única que está bebiendo alcohol, pero los demás pedimos algo también y nos sentamos.

—Bueno, ¿cómo van los entrenamientos? —Michael lanza la primera pregunta, dirigida a Tristan y a mí.

Este espera un poco para ver si quiero responder primero. Tengo el estómago del revés.

—Bien —responde al fin—. Muy bien. Tengo muchas ganas de empezar a competir otra vez.

Michael y Kelly parecen complacidos con su respuesta. Sonríen y se inclinan hacia él de forma inconsciente, como si estuvieran esperando que les diera más información. A Tristan se le dan bien este tipo de encuentros, este tipo de conversaciones. Siempre sabe

qué decir y qué persona ser. No solo en un contexto como este, sino también en las entrevistas y las apariciones públicas.

—¿Y tú, Avery? —pregunta Kelly, volviéndose hacia mí—. ¿Cómo va la rodilla?

—Bastante bien. El médico cree que podré seguir haciendo cualquier acrobacia, tanto en las rutinas en barra de equilibrio como en las asimétricas.

—¡Es una noticia fantástica! —responde Michael, dedicándome una sonrisa idéntica a la que antes dirigía a Tristan.

La expresión de Kelly, en cambio, no es tan fácil de descifrar.

—¿Te sigue limitando durante los entrenamientos?

—Un poco —contesto, vacilante.

—Yo creo que tiene la rodilla bastante estable. Durante los entrenamientos se la ve genial —interviene Tristan de forma inesperada. Nunca es tan amable conmigo, lo que dispara todas las alarmas en mi cerebro—. Lo único que necesita es dar todo de sí y practicar como si su carrera estuviera en juego.

Y ahí está. Aprieto los dientes, pero intento adoptar un tono dulce al contestar:

—Ya estoy dando todo de mí. Simplemente, soy cautelosa. Es pronto y no quiero arriesgarme a lesionarme otra vez por hacer un sobreesfuerzo demasiado pronto.

—Tiene sentido. —Michael me dedica una sonrisa más dulce y tranquilizadora. Le brillan los ojos.

—No te lo crees ni tú, Ollie. —Tristan niega con la cabeza sin mirarme—. Te dieron luz verde para entrenar. Yo me estaría volviendo loco si hubiera tenido que parar tanto tiempo como tú. En mi opinión, cada semana que pasas conteniéndote es una semana perdida.

Me arden las mejillas de vergüenza. Me molesta que me haya

llamado la atención delante de Michael y Kelly, pero lo peor de todo es que temo que tenga razón. Porque, aunque una parte de mí sí se está volviendo loca, vivo con un miedo constante que me persigue. Vivo preguntándome si el mejor momento de mi carrera ya ha quedado atrás.

—Se tarda mucho tiempo y mucha práctica en recuperarse después de una lesión, pero Avery es inteligente y tiene talento. Lo conseguirá seguro y entonces alcanzará un nivel mejor aún. Es la gimnasta con más talento de la última década. Sería una estupidez dar un paso atrás en su recuperación cuando está a punto de empezar la temporada. —La voz de Knox es como un bálsamo para mi orgullo herido.

—Vaya, te ha bastado entrenar con ella unas semanas para ser un experto en gimnasia —repone Tristan. Su sarcasmo está escondido en un tono lo bastante desenfadado como para que nuestros anfitriones no se den cuenta de que está intentando provocarle.

—No soy ningún experto, por supuesto, pero he tenido bastantes lesiones. —Cuando Knox habla, todo el mundo lo escucha con atención. Tiene esa clase de carisma. Es callado, pero nunca pasa desapercibido—. Una vez me rompí la muñeca y, desde que el médico me autorizó para entrenar hasta que pude hacerlo con normalidad, pasaron semanas. No todo es fuerza bruta y aguantar. A veces has de ser paciente y darte tiempo para curar, aunque no quieras. Puedes ser imprudente o paciente, pero todos sabemos que para subir al podio no hay atajo que valga.

—¿Imprudente o paciente? —Tristan parece encontrar muy graciosas las palabras de Knox—. ¿Y quién te dio ese consejo?

—Ricky Carmichael.

—¿Quién? —pregunta Tristan. Su sonrisa se convierte en una mueca burlona.

—Es un piloto de motocross —le aclara Knox—. No esperaba que lo conocieras.

Es evidente que a Tristan no le va a impresionar lo que opine un piloto de motocross, pero ahora mismo me importa un pimiento lo que piense Tristan.

—Una leyenda del motocross —puntualiza Kelly con una sonrisa—. ¿Conoces a Ricky?

—No. —Knox niega con la cabeza—. No lo conozco bien. De un día.

—Ya decía yo que me sonabas. —Kelly ladea la cabeza—. Corriste con Thorne la temporada pasada.

—Sí, señora. —Esboza una media sonrisa y abre mucho los ojos, sorprendido—. ¿Sabe de motocross?

—Conozco los nombres más importantes en todos los deportes. Es mi trabajo. —Separa un dedo de la copa de vino y nos señala—. ¿Cómo os conocisteis?

—Nos presentó un amigo en común —responde Knox.

—Entonces ¿ahora estás instalado en Valley?

—Sí. Soy de aquí de toda la vida. —Knox desliza un brazo por el respaldo de mi silla y lo apoya en mis hombros desnudos. Lo miro. Él levanta la vista enseguida, casi con desinterés, pero entonces me roza la rodilla con la suya por debajo de la mesa.

«Gracias», le digo moviendo los labios, y respiro hondo por primera vez desde que nos hemos sentado. Me alegro de haberme quitado de encima la conversación y de que la atención esté en otra persona. Poco después, volvemos a charlar sobre gimnasia y dejo encantada que sea Tristan quien lleve la voz cantante a la hora de responder las preguntas de Kelly y Michael.

La hora pasa relativamente rápido. Kelly bebe de la misma copa de vino todo el tiempo y, como había predicho, anuncia que Michael

y ella deberían ir tirando.

—He de responder varios correos antes de irme a dormir, pero vosotros tres quedaos si os apetece. La cena y las copas corren de mi cuenta —insiste. Nos ponemos de pie para despedirnos. Abrazo a Michael y a Kelly y Tristan hace lo propio—. Nos vemos en la exhibición de la Valley U —añade Kelly antes de sacar el móvil del bolso—. Knox, buena suerte la próxima temporada.

—Gracias, señora.

—Hasta pronto —se despide Michael.

—¡Adiós! —Los saludo con la mano.

En cuanto se han marchado, Tristan hace ademán de imitarles.

—¿Vas tirando, Ollie? Te llevo si quieres.

—Eh… No. —Miro a Knox—. Aún no me voy.

Se queda parado, como si estuviese esperando a que cambie de opinión. Al final aprieta los dientes y asiente.

—Llámame si necesitas algo.

Cuando se va, relajo los hombros, aliviada. He sobrevivido. Y en gran parte es gracias a Knox.

—Qué noche tan divertida —dice secamente. Ladeo la cabeza y lo miro con una expresión de incredulidad—. ¿Qué? —Se echa a reír—. Lo ha sido. A Ken casi le ha explotado la cabeza cuando nos ha visto entrar juntos. Solo por eso ha merecido la pena.

—Te provoca un extraño placer cabrear a la gente.

—No lo niego. —Sonríe y señala el interior del restaurante con la cabeza—. ¿Te apetece comer algo?

—No tengo mucha hambre. —Todavía tengo el estómago cerrado, aunque ya haya pasado todo. Veo una sombra de lo que creo que es decepción en el rostro de Knox. ¿Le sienta mal que no quiera cenar o es que quiere pasar más tiempo conmigo? No me creo para nada que solo quiera «quedar». A no ser que con «quedar» quiera decir

sexo. Y no puedo acostarme con un chico al que entreno todos los días. Si el sexo no es bueno, luego nos sentiremos incómodos, y si lo es tendré aún más razones para frotarme contra él mientras entrenamos. Ninguna de las dos posibilidades es una opción inteligente. Todavía estoy sufriendo diariamente las consecuencias de encontrarme con el último tío con el que me enrollé. Tener que ver a dos de ellos en el gimnasio todos los días sería demasiado.

Caminamos despacio hacia el aparcamiento. Knox va a mi ritmo con las manos en los bolsillos.

—¿De verdad te rompiste la muñeca? —le pregunto al llegar a mi Bronco. Aprieto el botón para desbloquearlo y Knox me abre la pueta.

—Sí. Tuve una mala caída entrenando y se me partió, sin más.

Hago una mueca de dolor.

—¿Y lo del consejo de Ricky Carmichael?

—No era una cita textual. Creo que me dijo que no hiciera nada imprudente durante una temporada. Pero le hice caso, y en aquella época no había mucha gente a la que hiciera caso.

—¿Y ahora sí? —bromeo.

Suelta una carcajada y asiente.

—A ti te hago caso.

—Y sé lo mucho que te cuesta.

—¿Qué puedo decir? Me gusta ser yo el que da las órdenes. —Se le oscurecen los ojos, en los que destella una chispa juguetona. Su tono es prometedor y sus palabras están a medio camino entre una provocación y la verdad.

Noto un aleteo en el estómago. Aprieto los muslos.

—Gracias por lo de esta noche. Por haberme acompañado, por contar esa historia…, por todo. Me daba pavor responder preguntas sobre la rodilla y mis entrenamientos. Todo el mundo quiere que

haya vuelto al punto en el que estaba. Y nadie lo desea más que yo, pero…

—Lo conseguirás. —Asiento como si estuviera de acuerdo. Albergo esa esperanza, pero no estoy segura. Sin embargo, que Knox lo crea me da un poco más de seguridad—. En serio. He visto vídeos tuyos en los Juegos Olímpicos. Eras fenomenal. Desprendías una determinación que sigo viendo en tu expresión cada vez que te subes a la barra. Además, sé que eres más terca que una mula. No has terminado con la gimnasia.

—¿Me has buscado? —Me sorprende. Y siento que me derrito por dentro.

—Pues claro —contesta como si nada.

Debería habérmelo imaginado cuando ha dicho que soy la gimnasta más talentosa de una generación. Pero eso era antes de la lesión. Seguro que la gente ya ha empezado a ponerlo en duda.

—Hay mucha gente que no cree que vaya a recuperar el nivel que tenía antes.

—Les demostrarás que se equivocan, princesa.

Me hincho como un pavo. Tengo un nudo de emoción en la garganta; no sería capaz de hablar ni aunque supiera qué decir.

Knox espera a que suba al Bronco y cierra la puerta. Le saludo con la mano y él me sonríe, se da la vuelta y se va hacia su moto.

Arranco el coche, pero no me muevo. Sigo dando vueltas a sus palabras. «Les demostrarás que se equivocan, princesa». Está tan seguro. Tan seguro… de mí.

«No lo hagas, Ave». Pero no he terminado de pensarlo y ya he apagado el motor para ir tras él.

Cuando me ve, ya se ha puesto la chaqueta y ha arrancado la moto, pero se detiene.

—Vale —le digo al llegar junto a él.

—¿Vale, qué? —Se sienta en la moto con el casco en las manos. El corazón me late desbocado ante la promesa de la emoción, de la diversión. Dos cosas que seguro que están garantizadas cuando Knox Holland está al mando.

—Has hecho todo lo que te he pedido, así que esta noche puedes dar las órdenes tú.

Knox me pasa su casco con una sonrisa traviesa que siento hasta en los dedos de los pies.

—Sube.

Capítulo diecinueve

Avery

Me tiemblan las manos al ponerme el pesado casco. Subo el visor para que él pueda mirarme a los ojos. Me devuelve la sonrisa y veo una chispa de aprobación en sus ojos de color avellana. Luego se mueve hacia delante para hacerme sitio en el asiento.

—¿Adónde vamos? —pregunto mientras me subo a la moto, lo que no es nada fácil con este vestido.

—A dar una vuelta. —Revoluciona el motor—. Agárrate fuerte, princesa.

Es la única advertencia que recibo antes de que arranque. Pego un grito y me agarro de su chaqueta a ambos lados de su cintura. Me acerco más a él mientras el viento nos azota y me acurruco contra su cálida espalda. El pulso se me acelera a la misma velocidad que la moto al salir del aparcamiento. Sonrío contemplando la noche; adoro la sensación de estar abrazada a él mientras recorre la ciudad hasta llegar a una autopista más despejada de dos carriles.

Ya no tengo tanto miedo, pero las mariposas de mi estómago y la presión entre mis piernas crecen y crecen con la vibración del asiento. Es como hacer un salto mortal sobre la barra pero con un chico guapo sin camiseta mirándote mientras tanto. O quizá esa es la fantasía que se ha alojado en mi mente desde que Knox empezó a

venir al gimnasio.

No sé cuánto rato vamos en moto, ni tampoco cuánta distancia recorremos. Me siento cómoda así con Knox, en una situación en la que no se espera nada de mí. Sube, ponte el casco, agárrate fuerte. Es fácil. Y excitante.

Reduce la velocidad al doblar hacia un camino de tierra. No distingo nada hasta donde me alcanza la vista, aunque, de repente, eso cambia. Estamos en una especie de circuito, no sé si abandonado o en mal estado. Cuando nos acercamos, me doy cuenta de que, en realidad, la pista está en óptimas condiciones y es solo lo demás lo que se encuentra en ruinas. Hay unas gradas desvencijadas y un cobertizo que tal vez antaño sirvió como almacén pero que ahora está tan inclinado hacia la derecha que creo que bastaría un empujón para derrumbarlo.

Hay un grupo de gente aparcada justo al lado de la pista: motos de todos los colores con sus propietarios apoyados en ellas, y más chicos y chicas rodeándolos. Y más gente sentada en el centro, con mantas y neveritas a su alrededor. Tardo unos instantes en comprender que este es el lugar por donde se mueve Knox. Por donde sale, donde pasa el rato. Apostaría dinero por ello. Sobre todo a juzgar por las miradas asesinas de varias de las chicas que nos observan cuando Knox entra en la pista. Se detiene justo al llegar ante un grupo de gente.

Uno de los chicos que está por allí se nos acerca.

—¡Knox Holland! Pensaba que esta noche no venías.

—Cambio de planes.

El chico me echa un rápido vistazo, pero su atención se vuelve de inmediato hacia la moto. Suelta un silbido.

—Vaya, qué bien. Voy a avisar a los demás.

—Gracias.

El chico se aleja caminando hacia atrás y le sonríe.

—Si me dejas darle una vuelta te doy veinte dólares.

—Por veinte dólares no dejo ni que le pongas un solo dedo encima.

—¿A la moto o a la chica? —Esboza una sonrisilla y desliza la mirada hacia mí.

Knox baja de la moto y me tiende la mano.

—A ninguna, pero, sobre todo, a la chica.

Yo estoy intentando descubrir cómo bajarme de la moto sin enseñarlo todo. Knox se da cuenta y se pone delante de mí sin decir nada, para que nadie más me vea. En un santiamén, y sin pensar demasiado en que a él se lo voy a enseñar todo haga lo que haga, paso la pierna por encima y me pongo de pie. Él coloca ambas manos a los lados del casco y me lo quita con suavidad.

—Tengo pelo de casco —digo con una carcajada mientras me paso los dedos por la melena enredada.

—Estás guapísima. —Me aparta un mechón rubio de la cara y me lo pone detrás de la oreja. Luego deja el casco sobre el asiento de la moto y me da la mano para guiarme hacia el centro de la pista—. Vamos. Está a punto de empezar.

—Espera… —Miro atrás. Ahora hay tres motos más aparcadas al lado de la suya. Los *riders* nos están mirando, y podría ser producto de mi imaginación, pero parecen nerviosos—. ¿Vamos a ver una carrera?

Se me acelera el corazón.

—Tú sí. —No comprendo del todo lo que quiere decir hasta que no me lleva junto a dos chicas que están sentadas en una manta de franela naranja y azul. Reconozco a la pelirroja: es una de las *riders* del equipo de Colter—. ¿Te acuerdas de Brooklyn?

—Eh… Claro. —La saludo con la mano. Ella no me devuelve el

gesto; se limita a levantar las dos cejas oscuras.

—Quédate con ella, ¿vale? —me dice Knox y se da la vuelta para marcharse sin esperar respuesta.

Lo atrapo en unos pocos pasos.

—Espera. ¿Vas a correr tú?

Está tranquilo y despreocupado, como si no pasara nada. Se para y se da la vuelta como si tuviera todo el tiempo del mundo. Pero sé que no es así. Ahora me resulta muy obvio. Los demás chicos lo están esperando, revolucionando los motores de sus motos con impaciencia.

—No te preocupes. No va a durar mucho rato. Volveré antes de que te dé tiempo a echarme de menos. —Me guiña un ojo y, entonces sí, corre hacia su moto. Me quedo ahí plantada mirándolo hasta que se pone el casco y arranca, y entonces vuelvo junto a Brooklyn, que señala un sitio vacío en la manta con una expresión que no definiría precisamente como amistosa.

—Esta es Tate —dice señalando a la chica rubia que está sentada a su otro lado.

—Hola. Soy Avery.

Tate me saluda con la mano, pero enseguida nos ponemos a mirar a los chicos, que se están preparando para empezar.

—¿Son buenos los demás corredores? —pregunto sin apartar los ojos de Knox. Lo que quiero preguntar es si son tan buenos como él, pero no sé cómo preguntar eso sin parecer una de sus fans.

—Fletcher solía correr en Moto GP —responde Brooklyn. Le queda claro al momento que no tengo ni idea de a qué se refiere. Resopla y añade—: Es bueno.

—Y Bobby también —añade Tate—, pero Knox solo ha perdido una vez y he oído por ahí que ese día tenía gripe o algo así.

—Probablemente Knox se inventó ese rumor él mismo. —Brooklyn

me sonríe, divertida—. Tu chico es bueno, y no te habría traído si pensase que iba a perder.

Me da un vuelco el estómago y noto el rubor en el rostro.

—No es mi chico. Hemos quedado, sin más. Lo estoy entrenando.

—Oh, ya lo sé. —No se le borra la sonrisilla de la cara—. Los chicos del equipo son más cotillas que yo. Hasta esta noche, pensaba que «entrenar» era un eufemismo para follar.

—¿En plan que me estaba acostando con él para que le fuese mejor con la moto? —pregunto con voz demasiado aguda al tiempo que ignoro las palpitaciones que siento entre las piernas solo de pensarlo.

—No es del todo disparatado. El sexo es bueno para la autoestima, y eso es clave cuando te dedicas a saltar por los aires con una moto —contesta, se encoge de hombros y me mira con más atención—. Pero se te ve demasiado tensa para estar follándotelo.

Me quedo a cuadros. Totalmente sin palabras.

—Ah, no, ya —consigo mascullar—. No, no me acuesto con él.

—Al menos, no todavía —replica, y vuelve a concentrarse en la pista.

Me pregunto qué habrán comentado que la haya llevado a pensar que Knox y yo nos estamos acostando. ¿Qué les habrá contado Knox? Además, también me pregunto cómo de bien lo conoce. ¿Habla por experiencia propia? Aunque no dudo que acostarse con Knox ayudaría a cualquier chica a liberar tensiones. Si el sexo se le da la mitad de bien que comportarse como un capullo irritante, entiendo por qué se lo tiene tan creído.

—De todos modos, ha mejorado en algunas cosas —añade—. Sea lo que sea lo que haces con él, parece que funciona. —Algo me dice que eso es lo más parecido a un cumplido que escucharé jamás de boca de esta chica. En fin, si quiere pensar que lo que le está

ayudando a mejorar es mi vagina mágica en lugar de mis entrenamientos, que lo piense. No será lo peor que alguien haya pensado de mí.

Una mujer con unos pantalones cortos negros y un top rojo entra en la pista con una bandera de cuadros blancos y negros. Knox se baja el visor, se inclina hacia delante y se aferra al manillar. Hace girar la rueda trasera de la moto, y una nube de humo sale por el tubo de escape.

La chica levanta la bandera por encima de su cabeza. Tiene un cuerpo increíble, lleno de curvas que no le da ningún miedo mostrar, pero algo me dice que ahora mismo ninguno de los chicos está pendiente de ella. Aunque no vea los ojos de Knox, sé que los tiene clavados al frente, y que nada lo distraerá.

La luna está escondida detrás de las nubes; los altos reflectores iluminan cada una de las curvas del circuito. Ninguno de ellos tiene todas las bombillas, pero alumbran lo suficiente para que la pista negra se vea a pesar de la oscuridad.

El corazón me late desbocado, expectante. Con un rápido movimiento, la mujer baja la bandera y las tres motos salen disparadas. Van tan rápido que cuesta seguirlas con la mirada, aunque al único que yo intento distinguir es a Knox. Tengo el cuerpo entero en tensión mientras lo contemplo ir en cabeza, una vuelta, y luego dos.

Casi no puedo ni mirar, pero tampoco soy capaz de apartar los ojos de él. Va como una exhalación. Un solo movimiento en falso, un pequeño despiste, podría tener consecuencias desastrosas. Tengo el corazón en un puño y mi pulso va tan rápido como él.

En la última vuelta, Knox se adelanta un poco, pero todavía tiene a los otros dos pisándole los talones. Están tan cerca que no entiendo cómo no chocan.

En la última curva, siento que se me va a salir el corazón por la boca. Me pongo de pie, y Brooklyn y Tate también.

—Venga, tú puedes —oigo que Brooklyn dice en voz baja para sí —. ¡Acelera!

Y, casi como si la hubiera oído, la moto de Knox parece encontrar una marcha más que los otros dos: la distancia entre él y sus competidores aumenta y entonces cruza la línea de meta a toda velocidad.

Dejo escapar una bocanada de aire. Dios mío, ¡ha ganado! Me pongo a saltar y cojo a Brooklyn del brazo.

—¡Ha ganado! —Ella se queda mirándome la mano—. Perdón. — La suelto a toda prisa. Ella esboza una sonrisa divertida.

Pone las manos en forma de bocina y grita:

—¡Bien hecho, Holland! —Y entonces me mira—. Deberías ir a buscar a tu chico antes de que vaya otra a darle el beso de la victoria.

—¿El beso de la victoria? —pregunta Tate, pero enseguida añade —. Aaah, ¡claro! El beso de la victoria. Sí, no es una victoria oficial hasta que no se ha enrollado con al menos una chica después de cruzar la línea de meta.

No me molesto en comentar lo que opino al respecto, pero no quiero ni pensar en que Knox bese a otras chicas ahora mismo. Voy hacia él tan rápido como mis piernas me permiten. Está recorriendo la pista de nuevo, esta vez más despacio. Cuando llego a la meta, la está cruzando de nuevo. Gira la moto bruscamente hacia un lado y, tal y como me ha advertido Brooklyn, un rebaño de chicas lo rodea para felicitarlo en cuanto se detiene. También hay algunos chicos, pero ellas son más insistentes y no me gusta ni un pelo que se le acerquen tanto.

Él mira a su alrededor mientras se baja de la moto y se quita el

casco. Los chicos le dan palmaditas en la espalda y las chicas le aprietan las tetas contra el brazo. Doy un paso atrás y dejo que se bañe en las mieles del éxito, aunque no puedo evitar fulminar a sus admiradoras con la mirada. ¿Es que no me han visto llegar con él? En fin, supongo que no tengo derecho a sentirme así, porque no somos nada, pero aun así… Me parece una cuestión de decencia. Mantened las manazas lejos de mi… lo que sea que es Knox.

Se abre paso a través del grupo. No ignora a nadie, pero tampoco se detiene a hablar con ellos. Viene directo hacia mí. Tiene el pelo más desmelenado que nunca, igual que su sonrisa.

—Felicidades —le digo cuando llega hasta mí.

—Gracias, princesa.

Doy un paso hacia él y lo abrazo. Dios, qué bien huele. A cuero y a metal y a sexo. Al sexo del sucio, del bueno.

Brooklyn aparece a mi lado.

—Buena carrera. No sabía si ibas a dar el acelerón a tiempo.

—No deberías dudar de mí —le contesta él en tono de broma.

—Claro, cómo no. Estamos hablando del gran Knox Holland. —Pone los ojos en blanco y se va.

—Es un ser de luz, ¿eh? —comento con ironía.

—Mola bastante cuando la conoces un poco mejor.

—Esto… Brooklyn me ha dicho no sé qué sobre un beso de la victoria. Que no has ganado oficialmente hasta que lo recibes.

—¿El beso de la victoria? —Enarca las cejas—. ¿Y quieres ser tú la que me lo dé? ¿Es eso lo que me estás diciendo?

—Bueno, has ganado. —Me encojo de hombros—. Y esta noche mandas tú, ¿recuerdas? Así que… lo que quieras.

—Es peligroso que me digas eso, princesa. —Baja la voz—. Te tendría doblada contra la moto tan rápido que no sabrías ni por dónde te da el aire.

Sus palabras me acaloran, hacen que me arda el vientre, que me quede sin aliento.

—No creo que me molestara mucho —contesto—. Es más, creo que me gustaría.

Estudia mi rostro con ojos oscuros, tal vez intentando discernir si estoy hablando en serio o no. Y estoy hablando muy en serio. Se queda tan cerca de mí que siento el calor que irradia de él. Una de sus manos se acerca a mi mejilla. Lleva guantes y el tacto del cuero cálido me resulta de lo más placentero. Me acaricia la piel con el pulgar y luego baja la mano a mi cuello al tiempo que borra el poco espacio que nos separaba.

Y no deja de mirarme a los ojos. He dejado de respirar.

—¿Quieres que te bese? —He perdido la capacidad de hablar, así que asiento—. Eso no es una respuesta.

—Sí —consigo pronunciar la palabra. O eso creo. Yo no puedo oírla por culpa del rugido de la sangre en mis oídos, del estruendo de los latidos de mi corazón. Sé que no es buena idea que me enrolle con Knox mientras lo entreno, pero hay ya tanta tensión entre nosotros que… ¿Tan malo es que nos besemos un poquito? Van pasando los segundos, pero él sigue sin dar el paso—. Bésame, Knox.

Suelta una especie de chasquido y baja la cabeza.

—No puedes evitar darme órdenes, ¿no? Menos mal que queremos lo mismo.

Y sus labios se adueñan de los míos. Con fuerza, controlándome desde el preciso instante en que me tocan. Abro la boca de inmediato y mete la lengua para acariciar la mía. Es posible perderse en los besos de Knox. Yo lo hago. No quiero parar nunca.

Lo agarro de la chaqueta, intentando atraerlo más hacia mí. Es él quien está al mando; es brusco, pero de algún modo también tierno,

por la forma como me acaricia la cara. No sé cuánto tiempo pasa besándome así, pero, cuando se detiene, el mundo que nos rodea vuelve a pasar a un primer plano. Se oye a la gente hablar, reír; el sonido de los motores y las ruedas en la pista.

—Vámonos de aquí —dice con voz ronca, mientras yo sigo desconcertada, perpleja, por la ausencia de su boca sobre la mía.

Me tiemblan las piernas. Me coge de la mano y tira de mí en dirección a su moto. He de correr un poco para seguirle el ritmo. Cerca de su moto, hay un grupito de chicos bebiendo. Cuando llegamos, Knox me suelta la mano para coger su casco y me lo pone despacio y con cuidado. Como si no me estuviera muriendo de ganas de largarme de allí. Sus besos prometían muchas más cosas, y estoy impaciente por recibirlas. Hago a un lado todas mis preocupaciones, seguirán aquí mañana; este momento, en cambio, se me antoja fugaz.

—Sube a la moto, princesa. E intenta no enseñarle las bragas a todo el mundo.

No es una tarea fácil, pero me subo mientras tiro del vestido hacia abajo. Justo cuando Knox se dispone a subir, uno de los chicos se acerca tambaleándose.

—El legendario Knox Holland lo ha vuelto a hacer. —Su tono de voz es jocoso bordeando la burla—. Supongo que ganar es fácil cuando tienes patrocinadores que no hacen más que tirarte billetes y que te compran lo mejor de lo mejor.

—No sabes de lo que hablas. —Knox trata de ignorarlo, pero el tipo lo agarra del hombro y le impide subirse a la moto.

—Ah, claro. Te dieron la patada. —El chico mueve un dedito como si estuviese regañando a un niño—. Tienes que aprender a controlar ese mal genio que tienes.

Knox aprieta los dientes, pero por lo demás parece tranquilo,

como si esto no le afectara.

—Piérdete, Justin. Estás borracho y quedando como un imbécil.

El chico se tambalea de nuevo, dándole la razón a Knox.

—El otro día vi a tu viejo por aquí.

Veo que Knox se pone tenso. Pasa solo una fracción de segundo antes de que vuelva a ponerse la máscara de indiferencia, pero la tensión estaba ahí.

—Me alegro por ti —replica Knox, se lo sacude de encima y pasa una pierna por encima de la moto.

—No, porque si quieres hablar de quedar como un imbécil… Estaba intentando que la gente corriera contra él, con lo acabado que está… —Knox me pone una mano en la pierna y el tipo me mira. Me doy cuenta, por cómo me toca, que está nervioso. Es una caricia suave, pero firme a la vez. Necesita algo que lo ancle, y me alegra serlo. Dudo que se haya dado cuenta de que lo ha hecho.

Por desgracia, el tío decide intentar cabrear a Knox una última vez. Del porqué no estoy muy segura. Knox es más alto y más corpulento, y este chaval tiene pinta de no ser capaz de ganarle ni a mi hermano.

—Una moto cara, un coñito caro… ¿Cuánto ha pagado por ti, cariño? ¿Se puede pagar a plazos? No soy Knox Holland, pero no pasa nada, en un par de años ya habrá pasado a la historia. —Se ríe de su propio chiste.

Knox se baja de la moto en un abrir y cerrar de ojos. Va hacia él y le da un empujón.

—Cierra la puta boca.

Lo ha pillado desprevenido, aunque el tío tendría que habérselo visto venir. Le ha tocado las narices. Retrocede tambaleándose y se cae de culo. Y, por razones que escapan a mi comprensión, sigue con una sonrisa pintada en la cara.

—Knox —lo llamo, casi susurrando, al ver que cierra las manos en dos puños. Todo el mundo nos está mirando. Knox podría matar a este chico en una pelea. El otro no tendría nada que hacer.

Brooklyn aparece entre la gente y le pone una mano en el brazo. Él se estremece y luego centra su atención en ella, como si ya no reparase en nadie más. Ella me señala con la cabeza y Knox da media vuelta. Se sube en la moto, arranca y nos vamos antes de que el tipo logre ponerse de pie.

Capítulo veinte

Knox

Las manos de Avery se me clavan en los costados cuando tomo una curva con demasiada rapidez camino de la ciudad. Mierda. Dejo de abrir gas y bajo la velocidad. Para cuando llego al aparcamiento vacío del restaurante y me detengo al lado de su Bronco, mi ira se ha transformado en frustración.

Apago el motor, pero ninguno de los dos se mueve.

—Lo siento —le digo sin mirarla.

Se baja de la moto y se queda de pie, al lado. Echo de menos el calor de su cuerpo.

Sube el visor del casco, pero en sus ojos no hay ni rastro del terror o la inquietud que esperaba encontrar en ellos.

—¿Por qué te disculpas? Ese tío era un gilipollas.

—No tendría que haberte llevado allí. —No sé en qué estaba pensando. Un circuito en las últimas no es un lugar digno de ella. Somos de dos mundos diferentes. Y, si antes no se había dado cuenta de eso todavía, ahora le habrá quedado bien claro.

—Estoy bien. —Se quita el casco y lo deja en la parte trasera de la moto. Tiene el pelo rubio alborotado y se le ha subido el vestido rosa por los muslos. ¿Cuántos vestidos rosas y ajustados tiene esta chica? Espero que muchos. Está perfecta, joder. Cuando vuelve a hablar, bajo la vista hacia sus labios—. Estoy bien, Knox, en serio. ¿Cómo

estás tú?

—¿Te preocupas por mí, princesa? —Sonrío al ver el desasosiego en su mirada. Lo que acaba de pasar no es más que un pedacito de cotidianeidad para mí. Es adorable que piense que yo pudiera estar en peligro. Conozco a Justin desde que éramos críos. Es inofensivo. Un gilipollas, de eso no hay duda, pero nunca le he visto pegarle a nadie. Aunque a él sí que le ha tocado encajar más de un golpe.

—Ese tipo te ha dicho cosas bastante feas.

—Solo está amargado porque su carrera como piloto no despegó nunca. —El fracaso tiene ese efecto en la gente. Lo he visto en otras personas y yo mismo me he sentido así a veces. No debería haber permitido que las palabras de Justin me afectaran tanto. Sabía que estaba intentando provocarme, aunque no entiendo qué intentaba demostrar. ¿Que soy de sangre caliente? ¿Que no soy capaz de controlarme? No sé seguro si tendrá razón, pero el caso es que me he dejado llevar.

—No sabía que te habías quedado sin equipo. —Avery se acerca y su pierna roza la mía. Descansa una mano sobre mi chaqueta—. Lo siento.

Esbozo una media sonrisa. Es graciosa.

—¿Y tú por qué tendrías que disculparte?

—Por nada. Lo siento y ya está. ¿Qué pasó?

—Me peleé con uno de mis compañeros porque se estrelló contra mí en el campeonato. Le di un empujón delante de los medios. La liga no ve con buenos ojos la violencia entre los pilotos y los propietarios del equipo eligieron entre él o yo.

Esperaba que me mirase distinto, pero no lo hace.

—¿Qué hizo él? —Frunzo el ceño, confundido—. Tuvo que hacer algo para que le empujaras —me aclara.

—¿Qué te hace pensar eso?

—Acabo de ver cómo ese tipo te provocaba. Te estaba pidiendo a gritos que le pegaras y no lo has hecho.

Creo que es la primera vez que alguien da por hecho que mi mal genio no fue el causante de la pelea. Me quedo perplejo al ver lo poco que le cuesta confiar en mí.

—Link no hizo nada. A ver, sí, me dijo algunas cosas y me estrellé por su culpa, pero no tendría que haberle puesto la mano encima. Es lo que buscaba.

—Entonces ¿por qué lo hiciste?

Aprieto los dientes.

—Ese día era el cumpleaños de mi madre. Murió hace diez años. Este año habría cumplido cincuenta y quería ganar por ella. Y en lugar de eso, la jodí.

—Cometiste un error en un muy mal día. Eso es todo.

Un error que me lo costó todo.

—No era el final que imaginaba para esta noche —le digo, intentando cambiar a un tema de conversación más ligero.

—Ya, yo tampoco. —Me sonríe—. Pero si quieres hablar de ello, estoy aquí. —Al ver que no digo nada, lo pilla—. Vale. Bueno, ¿quieres venir conmigo a mi residencia? Seguramente Quinn esté en casa de Colter, pero, incluso aunque esté, tengo una habitación individual.

—Otro día. Es tarde.

Su sorpresa es obvia.

—¿Me estás rechazando?

Noto un espasmo en la polla en señal de protesta. Está aquí con ese vestidito, como una puta diosa, y todavía me dura su sabor en los labios.

—Estoy intentando ser noble. No me provoques, princesa.

—¿Por qué?

Me vuelvo a subir a la moto, porque no confío en ser capaz de no tocarla.

—Porque no soy de tener relaciones. Y eso no va a cambiar porque nos acostemos.

—¿Y quién te ha dicho que yo sí soy de tener relaciones?

No hace falta que lo diga. Quizá quiera probar cómo es eso de tener rollos sin compromiso durante un tiempo, pero al final querrá algo serio. Y yo no soy así.

Sin embargo, antes de que me dé cuenta de lo que está pasando, se ha subido en la moto delante de mí y me ha puesto los brazos sobre los hombros.

—Ya sé que no cambiará nada. No me voy a convertir en una acosadora dependiente. Estás bueno, pero no tanto.

Enarco las cejas y una suave risa alivia la tensión de mi pecho. La cojo bruscamente de la cadera y la atraigo hacia mí.

—Ah, ¿sí?

Irradia fiereza y determinación hasta que deslizo la otra mano por debajo del borde de su vestido. Suaviza la expresión del rostro y entreabre los labios mientras deslizo una mano enguantada por su muslo. Debería parar. Debería irme a casa y cascármela. Llamar a otra persona. Pero… nunca se me ha dado bien ser noble.

Llego al vértice de sus muslos y le rozo con el pulgar el clítoris cubierto de tela.

—Si me quitara los guantes, ¿notaría lo empapada que estás por mí?

—Sí. —Cierra los ojos.

Es preciosa. Está excitada y desesperada por mí. Quiere ver cómo es estar con un tipo como yo, y yo la deseo, así que dejo de contenerme. Ella ya tiene claro de qué va esto.

Aumento la presión y trazo círculos rápidamente sobre su clítoris

hasta que su respiración se transforma en pequeños jadeos. Sigo hasta que empieza casi a restregarse contra mi mano y entonces la deslizo por debajo de las bragas, tiro de ellas y dejo que caigan de golpe sobre su parte más sensible. Se tensa y ahoga un grito, pero ya estoy aliviando la presión con los dedos, deslizándoselos por la carne hinchada.

—Knox… —Pronuncia mi nombre de tal forma que otro deseo se despierta en mí: que no fuesen solo mis dedos lo que está enterrado en su interior.

—Córrete, princesa.

Y lo hace. Se muerde el labio inferior como si estuviera intentando contener esos jadeos y gemidos tan sexis. Pero yo los quiero todos para mí, así que llevo la boca a la suya y los engullo mientras ella se frota contra mi mano, dejándose llevar por las oleadas de placer.

No me detengo hasta que no noto cómo se relaja entre mis brazos. Deja caer la cabeza contra la mía; coge aire. Le recoloco las bragas y quito la mano. Ella mira el guante cuando lo saco de debajo del vestido y se sonroja al ver lo mojado que está el cuero.

Llevo esa misma mano a sus labios, le acaricio el carnoso labio inferior con el pulgar y vuelvo a besarla.

Cuando nos separamos, tiene los ojos de un intenso azul y la piel sonrosada.

—Al final me acabarán gustando las motos.

Capítulo veintiuno

Knox

Me pongo de pie y aplaudo cuando suena la sirena que marca el final de la primera mitad de partido.

—¡Bien hecho, Flynn!

Mi hermano no levanta la vista, pero cuando sale corriendo de la cancha veo que luce una tímida sonrisa.

—Juraría que en cada partido juega mejor —dice Hendrick.

Asiento mientras vuelvo a sentarme. Estoy de acuerdo. Lo hace increíble. Nuestro hermanito pequeño juega en otra liga en lo que respecta a los deportes. El baloncesto no es ni siquiera el deporte en el que más destaca.

—Vamos a por algo de comer —dice Brogan y Archer lo sigue—. ¿Queréis algo?

Hendrick y yo negamos con la cabeza. La multitud ha empezado a dispersarse; todo el mundo va directo a la cafetería o a hacer cola en los puestos de comida.

Yo estoy mirando el móvil. Hoy no he podido ir a mi sesión de entrenamiento con Avery porque tenía el partido, pero nos hemos estado escribiendo. Tonterías, más que nada. Me acaba de mandar un vídeo de un niño de tres años haciendo la vertical olímpica y me ha dicho que lo mire para tomarlo como ejemplo.

La verdad es que no estoy seguro de que sea broma. Lo más

probable es que no. Contesto con el emoji del pulgar hacia arriba y contesto: «Mira a estas chicas para tomarlas como ejemplo» y le paso el enlace de Pornhub.

Hendrick se apoya en el respaldo y pone los pies encima del asiento de delante mientras yo me río solo.

—Este sitio está siempre igual.

—Ya —contesto sin levantar la vista.

—Se me hace raro pensar que algún día vendré con mis propios hijos y seguirá exactamente igual.

Levanto la vista. Tardo unos segundos en asimilar lo que acaba de decir.

—¿Hijos? ¿Está Jane embarazada?

—¿Qué? ¡Qué va! Solo estaba pensando en voz alta.

—¿En niños?

—Bueno, sí. Algún día. Jane quiere terminar la universidad y casarse primero, y yo quiero tener una casa y asegurarme de que el bar vaya bien.

Habla en serio. Madre mía. Sabía que su vida estaba cambiando. Jane y él se prometieron hace un año y ella prácticamente vive en nuestra casa, pero ¿niños? ¿Una casa? ¡Joder!

—Una pequeña Hollywood. —Sonrío al imaginarme a Hendrick como padre. Será un capullo mandón con cualquiera que le haga daño a sus hijos, que, no me cabe duda, lo tendrán comiendo de sus manos—. Espero que se parezcan a Jane.

—Ya, yo también. —Suelta una carcajada.

Avery me contesta con un selfi en el que me hace la peineta. Yo me río y le mando el emoji del angelito.

—¿A quién le escribes? —pregunta mi hermano mayor.

—A Avery, la chica que me está entrenando.

—La gimnasta —repone, más una afirmación que una pregunta.

—Sí.

—¿Estás saliendo con ella?

—No —contesto a toda prisa mientras me guardo el móvil en el bolsillo.

—Venga ya. No hagas como Flynn cuando le pregunto si le gusta una chica. Le estás mandando mensajes y riéndote. No soy idiota.

—Solo estamos hablando.

—¿Desnudos?

—¿Así es como hablas tú con la gente? —me burlo—. No me extraña que no tengas amigos.

—Ya sabes a qué me refiero. ¿Te la estás follando o no? —pregunta justo cuando un grupo de padres pasa por nuestro lado. Las miradas de desaprobación que nos lanzan no tienen precio. Hendrick les sonríe a modo de disculpa y yo me llevo el puño a la boca para no reírme.

Archer y Brogan vuelven con algo de comida para picar antes de que hayamos podido recuperar la compostura. Brogan me lanza un paquete de M&Ms. Siempre le digo que no quiero nada y él siempre me trae algo. Creo que lo hace para compensarme lo pesado que es. Se sienta delante de nosotros, pero Archer se queda de pie con una expresión contemplativa.

—La carne de burro no es transparente —le digo, acompañándolo de las señas correspondientes. El equipo de Flynn está volviendo a la cancha. Aunque no puedo verlo.

—Creo que he visto a papá ahí fuera —dice por fin.

—¿Qué? —Hendrick se pone recto.

Me quedo de piedra, pero no tardo en reaccionar.

—No puede ser. No se atrevería a presentarse aquí —le digo por señas.

Archer tuvo un accidente cuando era pequeño que le provocó una

pérdida de audición. Es una persona con discapacidad auditiva y tiene que llevar audífonos. También sabe leer muy bien los labios, pero hablar en lengua de signos es la forma más sencilla de asegurarnos de que no se pierda nada en una conversación importante.

—Parecía él, la verdad —seña Brogan—. Pero, claro, hace mucho tiempo que no veo a vuestro viejo.

Papá no vino a casi ningún evento deportivo ni escolar en todos los años que Hendrick, Arch y yo estuvimos escolarizados. Dudo que sepa siquiera que Flynn todavía no se ha graduado. Dejó de estar pendiente de nosotros hace mucho tiempo y yo me he asegurado de que siga siendo así.

—¿Dónde estaba? —seña Hendrick mirando hacia la cafetería.

—En el pasaje cubierto de ahí fuera… No he podido verlo bien. —Archer se interrumpe—. Lo más probable es que no fuese él.

—Voy a ir a mirar. —Hendrick se pone de pie y se va antes de que me dé tiempo a decirle que no se moleste. No era él. No es posible.

Tamborileando con el pie, oteo la cancha, donde Flynn está haciendo lanzamientos desde el perímetro. Aplaudo e intento sacar los pensamientos de nuestro queridísimo padre de mi mente, pero Archer y Brogan siguen hablando de él.

—¿Cuándo fue la última vez que lo viste? —pregunta Brogan.

Archer se queda pensativo mientras se lanza pasas recubiertas de chocolate a la boca.

—Ni me acuerdo. El año pasado me mandó una postal por mi cumpleaños.

—Ah, ¿sí? —pregunta. No lo sabía. No es la única vez que ha intentado ponerse en contacto con nosotros. A mí me mandó varios mensajes, hasta que lo bloqueé, y hace unos años se pasó por casa el día del aniversario de la muerte de mamá, pero solo lo vi yo y me

lo quité de encima enseguida. No quería que jodiera a nadie más presentándose en casa en un día que todos odiamos.

—Sí, pero verlo, creo que no lo veo desde mi graduación. ¿Y tú? —pregunta Archer y espera mi respuesta.

—Ha pasado mucho tiempo.

En ese momento vuelve Hendrick, negando con la cabeza.

—No lo he visto.

—Ya os lo he dicho. No era él —contesto, pero sigo con el estómago encogido.



En casa, estoy en el garaje pegándole al saco cuando Hendrick sale al patio.

—¿Qué haces, viejo? —le pregunto mientras paro el saco con una mano. No hemos llegado a casa hasta las nueve y ha pasado otra hora antes de que me asegurase de que Flynn había hecho todos los deberes, había cenado y se había duchado. Hendrick estaba en su cuarto con Jane cuando he bajado al garaje. Daba por hecho que todo el mundo se habría ido ya a la cama.

Se pasea de un lado a otro delante de mí.

—No puedo dejar de pensar en lo de hoy. ¿Crees que papá estaba ahí?

—No lo sé —admito.

Frunce las cejas oscuras.

—Este verano se pasó por casa un día. Dijo que quería ver cómo estábamos y preguntó por Flynn.

—¿Qué? —Levanto la voz—. ¿Por qué no me lo habías contado?

—Porque sabía que te subirías por las paredes. Tú no estabas,

tenías una carrera, y cuando volviste empezaste a entrenar para el campeonato. No quería distraerte con esto. Me encargué yo y no lo sabe nadie.

Exhalo un suspiro de alivio. Tanto Hendrick como Archer y yo estamos de acuerdo en lo que respecta a papá. Ninguno de nosotros lo quiere cerca. Sin embargo, no sé cómo reaccionaría Flynn. Era demasiado pequeño para acordarse de la mierda de padre que era. No quiero que pase por todo lo que pasamos nosotros, no quiero que tenga que aguantar esa dinámica en la que papá aparecía y desaparecía según le daba el viento. Cada vez que venía nos emocionábamos por su vuelta, pero cuando se marchaba aún sufríamos más decepción.

Y tampoco es que fuese un gran padre cuando estaba en casa. La verdad es que nos volvía locos. Queríamos que estuviera con nosotros, pero entonces aparecía y era como si se nos hubiera olvidado lo cabrón que era. Mamá y él discutían constantemente, y él se enfadaba cuando éramos demasiado revoltosos o hacíamos demasiado ruido, es decir, siempre. Mi moto se convirtió en mi salvación.

No sé por qué coño malgasté tantos años deseando que decidiera por fin que quería hacer de padre. Se le daba de pena. Estábamos mejor sin él. Todavía lo estamos.

—¿Te acuerdas de Justin Pushner? —le pregunto a Hendrick.

—Sí. Iba a tu clase, ¿no?

Asiento.

—Lo vi la otra noche. Me dijo que había visto a papá merodeando por el circuito. Entonces no me lo creí, pensaba que solo quería sacarme de mis casillas, pero puede que fuera verdad.

—Mierda. —Hendrick se pasa una mano por la cara—. ¿Crees que está viviendo aquí otra vez?

—Espero que no.

Pero no puede ser una coincidencia que alguien mencione haberlo visto en la ciudad dos días seguidos.

Capítulo veintidós

Avery

El cumpleaños de Colter cae en sábado por la noche. Los chicos han vuelto durante la tarde, según me ha dicho Quinn.

Cuando entro en el Tipsy Rose, ya sé que Knox está aquí. He visto su camioneta aparcada fuera, pero, además, Quinn me ha escrito hace diez minutos para informarme de que «el amigo con el que quedo» ya ha llegado. Más que una advertencia, me lo ha dicho para que me haga ilusión venir. Y probablemente también para que me diese prisa.

Ayer, la entrenadora me dio luz verde para practicar en el potro y estaba desesperada por recuperar el tiempo perdido. He tenido que darme un buen baño de hielo antes de ser capaz de arreglarme para salir.

Estoy hecha un manojo de nervios, aunque no quiero admitirlo. Me emociona verlo, pero… es más que eso. Me tiene embobada. Lo de la otra noche fue… No tengo palabras. Nos hemos ido mandando algún que otro mensaje, pero eran sobre todo cosas de gimnasia o alguna que otra tontería con doble sentido.

Al primero que veo es al cumpleañero. Está sentado en un taburete delante de la barra, con Quinn subida en sus piernas. Me abro paso entre la gente con la mirada gacha. Este bar y otro que hay más abajo en esta misma calle son los preferidos de los

estudiantes de la Valley U, pero esta noche hay una mezcla de gente. Además de nosotros, hay un público un poco mayor. Veo a gente que reconozco de la uni, pero a nadie que me resulte lo bastante familiar como para acercarme a él.

Un grupo de chicos con chaquetas de motero se me quedan mirando cuando ladeo el cuerpo para pasar por su lado. Al verme, Quinn baja de las piernas de su novio para venir a saludarme.

—¡Has venido! —Me rodea el cuello con los brazos y me apretuja con fuerza, moviéndose de un lado a otro.

—Hola —contesto riéndome un poco—. ¿Me echabas de menos?

—Yo siempre te echo de menos —responde de inmediato, y luego se aparta y me lleva a la barra tirando de mi mano con firmeza.

—Feliz cumpleaños —le digo a Colter.

—Gracias, Avery.

Y entonces lo veo. Está en la barra y se lleva el vaso a los labios mientras habla con la camarera. Ya me ha visto, así que ahora me siento como si fuese él quien tiene la sartén por el mango. Su mirada es puro fuego, y noto que me sonrojo mientras él traga y deja el vaso sin apartar los ojos de mí.

—¿Qué quieres beber? —me pregunta Quinn, desviando mi atención de Knox.

—Sprite, supongo.

Colter lo pide por mí. Knox llega antes de que me lo sirvan.

—Princesa —me dice a modo de saludo.

Pongo los ojos en blanco. Supongo que ese mote no va a pasar a mejor vida. Le contesto diciendo su nombre con el mismo tono burlón:

—Knox.

Los dos nos sonreímos. Me gustaría pensar que ahora mismo su mente ha retrocedido hasta ese aparcamiento, a cuando me metió la

mano por debajo del vestido, porque es justo ahí donde va la mía cuando lo veo rodear el vaso con esos mismos dedos.

Alguien me empuja desde atrás y caigo contra él, que alarga la mano que tiene libre y me ayuda a recuperar el equilibrio. Esos fuertes dedos que justo estaba mirando me rodean el brazo y evito por muy poco darme de bruces contra su pecho.

Qué bien huele. Y qué guapo está. Lleva una camiseta gris oscuro, unos vaqueros y unas botas negras.

En ese momento, Quinn pega un chillido, rompiendo el embrujo bajo el que me hallo.

—¡A-babe! ¡Es nuestra canción!

Tardo unos instantes en identificar qué canción es, pero para entonces ya me ha cogido del brazo para arrastrarme al otro lado del bar, donde la banda está tocando un remix de «Good 4 U».

En realidad, es su canción. Que no se me malinterprete, me gusta cantarla y bailarla, pero quien la considera un himno personal es Quinn. Le encanta Olivia Rodrigo.

—¡No te preocupes! Todavía te está mirando —grita.

—¿Quién?

—Knox. ¡Sabía que si te apartaba de él se volvería loco!

La miro y niego con la cabeza.

—No sé si eres malvada o un genio.

—Un poco de las dos cosas —contesta con una sonrisa.

La gente se ha reunido delante del escenario, aunque la mayoría están mirando y bebiendo, en lugar de bailar. Una de las mejores cosas de Quinn es que no le importa mucho lo que piensen los demás. No necesita que la gente esté bailando a su alrededor para levantar los brazos en el aire y mover las caderas al ritmo de la música.

Y a mí no me cuesta mucho seguirle el ritmo. Nos soltamos la

melena durante lo que queda de canción y la cantamos junto a la banda.

No me olvido de Knox, pero ahora mismo no puedo verlo.

La siguiente canción es más lenta. Nos volvemos hacia el escenario y nos mecemos al ritmo de la música.

—Knox está muy guapo —contesta Quinn, que todavía no ha recuperado el resuello. Yo asiento—. ¿Qué hay entre vosotros dos? ¿Piensas seguir enrollándote con él o fue cosa de una sola vez?

—Pues no lo sé. Me olvidé de preguntárselo mientras me llevaba al orgasmo en un aparcamiento vacío.

Reprime una carcajada y yo le sonrío. La otra noche se lo conté con todo lujo de detalles en cuanto puse un pie en casa, por supuesto. Necesitaba contárselo a alguien para poder revivirlo.

Colter aparece por detrás de Quinn, la abraza por la cintura y le da un beso en la mejilla.

—Cariño, necesito a mi compañera para los dardos.

Ella me mira, como pidiéndome permiso.

—Ve, diviértete. Yo voy a bailar un poco más —le digo.

—Ven a mirar. —Se apoya en su novio sin moverse de sitio.

—Sí, Quinn siempre juega mejor cuando tiene público. —Colter le da otro beso en la mejilla.

Ella asiente.

—La verdad es que me encanta que haya gente mirándome mientras derroto a hombres incautos que dan por hecho que es la primera vez que juego.

Sí, eso parece propio de ella. Los sigo hasta la zona de atrás, donde hay unas mesas de billar y algunos juegos recreativos. Esta sala está un poco apartada del resto del bar, así que la música no se oye tan fuerte. Me siento en un taburete vacío que hay junto a la pared, al lado de las dianas. Quinn y Colter van a jugar con dos de

los compañeros de equipo de este último, Oak y Shane. Miro a mi alrededor para ver si veo a Knox, pero debe de estar todavía en la barra.

Mientras animo a Quinn para que tenga el público que tanto desea, se me acerca otro de los amigos de Colter.

—Hola. —Baja la cabeza para mirarme a los ojos—. ¿Puedo invitarte a una copa?

—No, gracias. —No he llegado a coger el Sprite que he pedido, pero no quiero que este chico se piense lo que no es si dejo que me invite a una copa.

—Me llamo Mitch —dice.

—Avery.

Señala a Colter con la cabeza.

—¿De qué conoces al cumpleañero?

Señalo a mi mejor amiga, que justo en este momento está levantando las manos con ademán victorioso. No soy muy entendida en el juego de los dardos, pero supongo que ha sido un buen lanzamiento.

—Quinn es mi compañera de piso.

—Ah. —Se acerca más y se apoya de lado en la pared. Es un chico alto y corpulento, supongo que hacia la mitad de la veintena. Tendrá veinticuatro años como mínimo, e imagino que como máximo podría haber cumplido ya los treinta. Es guapo. Tiene unos ojos impresionantes y el pelo largo, hasta la barbilla, detrás de las orejas. Objetivamente, debería sentirme atraída por él, pero ahora mismo tengo una única adicción, y esa adicción es un hombre llamado Knox Holland.

El susodicho aparece en la sala de los billares justo cuando Mitch se dispone a decirme algo más. Se acerca a mí con una media sonrisa. Odio la necesidad imperiosa que siento de retorcerme en el

asiento, culpa de las mariposas que revolotean en mi estómago.

Mitch se endereza y le tiende la mano.

—Holland, me alegro de verte.

—Yo también —contesta Knox.

Mitch no se ha percatado de las intenciones de Knox. Se ha pensado que se ha acercado para saludarlo, pero yo sé que no es así. Aunque no me esté mirando, siento la atracción que vibra entre los dos.

—¿Cómo te va? —pregunta Mitch—. Siento mucho lo de Thorne.

Una emoción aflora en el rostro de Knox, pero la aplasta tan rápido que dudo que el otro chico se haya dado cuenta.

—Gracias. Estoy bien.

—Tú siempre caes de pie. —Mitch vuelve a mirarme, moviéndose hacia mí para incluirme en la conversación—. Estaba hablando con…

No lo negaré: me sorprende que ya se haya olvidado de mi nombre. Mitch abre unos ojos como platos y yo me pongo colorada. Knox, en cambio, sonríe todavía con más ganas y mira con una expresión burlona a su amigo, que sigue intentando recordar mi nombre.

—Amanda, ¿no? —dice Knox dando un paso hacia mí—. Creo que ya nos conocemos.

—Eso, ¡Amanda! —Mitch sonríe avergonzado.

No es que quisiera nada con él, pero eso duele.

—Mis amigos me llaman Mandy —le digo a Knox con una voz empalagosamente dulce—. ¿De verdad nos conocemos? Creo que no lo recuerdo.

—¿No? —Contesta con voz grave. Se desliza sobre mi piel como gravilla—. Pues yo juraría que nos hemos cruzado un par de veces. No consigo recordar dónde.

Debo de estar como un tomate, pero le devuelvo la sonrisa. No

pienso ser yo la que claudique.

—Supongo que no fue muy memorable entonces.

Mitch nos mira primero a uno y luego a otro. Me pongo de pie. Me tiemblan un poco las piernas por culpa de esta conversación llena de dobles sentidos.

—Disculpadme, tengo que hablar con mi compañera de piso. —Voy directa hacia Quinn, que está emocionadísima. Colter y ella han ganado la partida, y Quinn se tira a mis brazos cuando la felicito. Luego me convence para jugar con ella. Acepto, contenta de poder evitar a Mitch y que me llame Amanda.

Colter coge a Knox, que sigue por aquí, y los cuatro empezamos a jugar. No se me da muy bien clavar el dardo donde apunto, pero confío en que Quinn nos haga ganar, o que al menos evite una derrota humillante.

—Así que Mandy, ¿eh? —me dice Knox en voz baja.

—Solo para los amigos.

Se acerca a mí y baja la voz.

—¿Y para los amigos ocasionales con derecho a roce?

Se me acelera el pulso.

—Tú puedes llamarme Amanda.

—Como tú digas, princesa. —Se echa a reír.

No hablamos mucho durante la partida, que ganamos (gracias, Quinn), pero mi mejor amiga y su novio se van a la pista de baile en cuanto termina.

—Pareces un poco aburrida —observa Knox cuando nos quedamos a solas—. Se me ocurren algunas formas de remediarlo.

—No estoy aburrida. Es que no conozco a nadie, además de a Quinn y a Colter.

—Y a mí.

—Y a ti. —Sigue con esa sonrisa engreída pintada en la cara. En

ese momento, alguien lo llama y él se vuelve un instante, le hace un gesto a quien sea, y vuelve a centrar su atención en mí—. No hace falta que te quedes aquí para hacerme compañía. Quinn y Colter no tardarán en volver.

—¿Es esa tu manera remilgada de pedirme que me largue?

—¿Qué? No, yo…

Me interrumpe con una carcajada.

—Vamos, princesa. Puedes rebajarte a estar conmigo hasta que vuelva tu amiga.

En la pared del fondo hay varias máquinas de juegos. Hay una para lanzar pelotas de fútbol, un viejo videojuego de Donkey Kong y dos juegos de conducir, uno con una moto y otro con un coche.

No me sorprende ni un ápice que se dirija al de la moto.

—Qué suerte, lo han puesto especialmente para ti.

Da unos golpecitos en el asiento.

—Sube.

Lo miro levantando una ceja, pero él me coge de la mano y tira de mí. No me resisto más. Al menos esta noche llevo unos vaqueros en lugar de un vestido. Me siento en la moto roja. Está unida a una base, pero se mueve hacia los lados. Delante hay una pantalla.

Acaricio la parte superior de la moto y luego me agarro al manillar.

—Nunca he conducido una moto. —Él mete unas monedas en el juego y luego aprieta unos botones en la pantalla. Yo estoy más pendiente de él que de las opciones que selecciona—. ¿Quieres que finja ir en moto?

Él se inclina hacia mí y susurra.

—Preferiría tenerte en la mía otra vez, pero me conformo con esto por ahora.

Sus labios están tan cerca que solo tendría que levantar la cabeza para que nuestras bocas se tocasen. Contemplo la posibilidad de

hacerlo, pero entonces se aparta, aprieta el botón verde y empieza la partida. Mi lado más competitivo sale a relucir. Pruebo el acelerador y el freno para ver cómo va. Los demás pilotos del juego me adelantan cuando yo todavía estoy intentando entender cómo funciona.

—Se trata de que seas la primera en cruzar la línea de meta —me indica divertido.

—Cállate. Puedo yo sola —le espeto, aunque es evidente que eso no es verdad. Paso más tiempo intentando no salirme de la pista que otra cosa.

Dejo de estar pendiente de Knox y me concentro únicamente en el juego. No quiero llegar a la meta la última y no hago más que salirme del maldito carril, lo que me tiene muy frustrada.

Me sobresalto al notar su cuerpo tras el mío. Con el pecho pegado a mi espalda, me pone los brazos a los lados de los míos, cubriéndome las manos con las suyas. Como él controla la moto, logro acelerar un poco más. Llego en el puesto número doce.

Los dos nos apoyamos en el asiento cuando la carrera termina. Miro atrás y le digo:

—Podía yo sola. No necesitaba tu ayuda.

—Lo siento. No he podido evitarlo. Verte dando tumbos por la pista era demasiado para mí. —Me aparta el pelo para ponérmelo detrás de los hombros—. ¿Te apetece que nos vayamos un rato?

—No puedo. —Se me pone la carne de gallina por donde él me roza.

—¿Por qué no?

—Es el cumpleaños de Colter.

—¿Y qué?

Me río y niego con la cabeza.

—Que esta noche el protagonista es él.

—Ya le he invitado a una copa y lo he felicitado —contesta, pero me sonríe, como si él supiera tan bien como yo que tenemos que quedarnos.

—¿Cuándo es tu cumpleaños?

—El 5 de septiembre. ¿Y el tuyo?

—El 2 de agosto. —Me vuelvo hacia él, poniendo las dos piernas en un solo lado de la moto. El silencio es como un peso entre los dos. No es incómodo, pero me apresuro a interrumpirlo de todos modos—. ¿Qué tal tu semana?

Se muerde el labio inferior y se inclina hacia mí.

—Parecía prometedora al principio, pero los dos últimos días han sido un poco aburridos.

Me sorprende que tontee tan abiertamente conmigo. Esta noche tenía la esperanza de que volviéramos a enrollarnos, pero parece tan seguro de tenerme ganada que no puedo evitar hacerme la difícil.

—¿Me has echado de menos? —pregunto, pero, sin darle tiempo a responder, añado—: ¿A mí o a mis fantásticos entrenamientos? —Se ríe. Le brillan los ojos—. Espero que hayas disfrutado de los días libres, porque tengo algunas ideas para la semana que viene.

—Me muero de ganas. —Lo dice con un tono sarcástico, pero los ojos le delatan. Probablemente no se muera de ganas por entrenar, pero lo que veo en ellos no es desinterés, sino excitación—. ¿Quieres algo de beber? —Se baja de la moto, que, sin su peso, se inclina hacia la derecha.

Yo también me levanto.

—Agua.

Vamos a la barra. La camarera atiende a Knox de inmediato a pesar de que hay más gente esperando, y lo hace con una expresión amistosa y de familiaridad. Yo la fulmino con la mirada mientras ella escucha el pedido y lo llama por su nombre de pila. Luego, él me da

mi agua, coge su botella de cerveza y le da las gracias. Apoya una cadera conta la barra y se vuelve hacia mí.

—Tu amiga te está buscando.

—¿Quinn? —Me doy la vuelta y, efectivamente, la veo en un extremo de la zona de baile, recorriendo la barra con la mirada. Cuando me ve, desvía la vista hacia Knox y me sonríe.

—Temía que te hubieras ido —dice cuando llega hacia nosotros. Se abanica la cara y echa un vistazo a mi agua. Se la paso antes de que me la pida.

—Disculpadme un momento —dice Knox, y me coge de la cintura antes de marcharse.

Lo sigo con la mirada y veo que se mete detrás de la barra para ayudar a la camarera con algo. Se le ve muy cómodo ahí, como si, quizá, no fuese la primera vez que le echa una mano. Ambos intercambian algunas frases, pero no consigo oír lo que dicen.

—No me iría sin avisarte —le contesto a Quinn—. Pero no creo que me quede mucho rato. No conozco a nadie.

—Conoces a Colter y él conoce a todo el mundo.

—No es lo mismo.

—¿Y qué pasa contigo y con…? —señala con la cabeza en la dirección en la que se ha ido Knox.

Miro hacia la barra. Knox ya no está, y la camarera tampoco. Noto una punzada de celos y vergüenza. Knox y yo no somos nada. Me ha pedido que me fuese con él y yo le he dicho que no. ¿Qué esperaba? ¿Que no se buscase a otra?

—No lo sé.

Hace un ruidito, contrariada, pero se anima enseguida.

—Antes he visto a uno de los vecinos de Tristan en una mesa, con algunos de los chicos del equipo de golf.

—No hace falta que hagas de celestina para convencerme de que

me quede —le contesto con una carcajada—. No me voy a ir todavía, aunque no tardaré mucho.

—Vale. Así tengo más tiempo para convencerte de que te quedes toda la noche. Después del bar, iremos a casa de Colter y Brooklyn.

Colter y varios de sus amigos han juntado tres mesas. Quinn se sienta al lado de su novio y yo al lado de ella. Los chicos están contando historias y hablando de motos. No me entero de mucho, así que no puedo evitar perderme en mis pensamientos.

Al cabo de un rato, aparece Knox. No lo veo sentarse, pero la siguiente vez que lo busco me lo encuentro sentado al otro lado. Y la siguiente, una chica muy guapa con el pelo negro como la noche y unos tatuajes de colores preciosos está sentada en su regazo. Él está inclinado hacia atrás, pero ella le ha rodeado el cuello con los brazos. No me hace falta oír la conversación para saber que le está tirando los tejos. O él a ella. Estaría impresionada porque haya encontrado a dos chicas con las que reemplazarme en menos de una hora si no estuviera tan celosa. Cuando ella le enreda los dedos en el pelo, me obligo a apartar la vista.

Me quedo más rato de lo que pretendía, pero cuando Colter anuncia que se van a su casa, me dispongo a irme a la mía.

—¿Estás segura? —me pregunta Quinn, con los ojos muy abiertos y llenos de esperanza. Sé que se ha dado cuenta de que estoy disgustada, pero no consigo verbalizarlo. Knox no me debe nada. Nos liamos una vez, sí. ¿Y qué?

—Segurísima. Ve a divertirte con tu chico. Nos vemos mañana.

—Vale. —Me da un fuerte abrazo.

El grupo se dispersa enseguida. Cuando le doy un abrazo a Colter y le deseo un feliz cumpleaños, muchos de los chicos ya se han ido.

No sé cuándo se ha desenredado Knox de esa chica que estaba sentada en sus piernas, pero se ha quedado rezagado. Es evidente

que me está esperando. Voy hacia él para despedirme. No quiero dejar las cosas en un punto tan incómodo.

—¿Nos vemos en casa de Colter? —pregunta.

—No, no lo creo.

Una parte de mí cree que intentará hacerme cambiar de opinión, pero entonces alguien lo llama desde la barra. Esta vez es el camarero, que tiene las manos alrededor de la boca en forma de bocina. Knox lo mira y el chico le hace gestos para que vaya hacia allí. Luego lo veo estrechar el hombro de la camarera, como si quisiera tranquilizarla. Ella le sonríe a Knox y luego me mira a mí como si estuviera deseando que ardiera por combustión espontánea. Ya había llegado a la conclusión de que Knox y ella se habían enrollado, pero esta situación me resulta muy desagradable. Yo no voy por ahí peleándome con otras chicas por un chico. No es propio de mí. Y me da la sensación de que él está siempre rodeado por un séquito de mujeres dispuestas a luchar por su atención.

—Me parece que otra de tus amigas está esperando para quedar contigo —le digo, parafraseándolo a propósito para que le quede claro que no soy idiota. Le saludo con la mano y me aparto—. Nos vemos el lunes.

Capítulo veintitrés

Knox

Cuando termino de ayudar a Erika ya no queda nadie en el bar. Avery se ha ido hace rato. Incluso echo un vistazo al aparcamiento por si está esperando por ahí, pero no veo su Bronco por ningún sitio.

Me cago en todo.

Me siento en la moto y le mando un mensaje a Colter para ver si ha ido a su casa. Me contesta enseguida.

Colter

No, se ha ido a casa al salir del bar. ¿Vienes?

Yo

Todavía no lo sé. Igual me voy a casa.

Colter

Ya, claro. Quinn me ha dicho que te diga que eres idiota y

que espera que la polla se te reseque y se te caiga.

—Joder —murmuro.

Yo

¿Se puede saber qué le he hecho yo?

Colter

No me lo ha dicho claramente, pero creo que puede que el problema sea que te liaste con Avery a principios de esta semana y luego te has metido con otra chica en la trastienda del bar delante de sus narices.

Leo el mensaje dos veces y, por fin, uno los puntos. Y me echo a reír. Vaya, doña Remilgada está celosa. Tengo un subidón de adrenalina que no se puede comparar con nada.

Yo

¿Está en su residencia?

Colter

Sí.

Colter

O sea, no.

Colter

Has perdido tu oportunidad,
colega. De todos modos, Avery
es demasiado buena para ti.
Idiota.

Enarco las cejas al tiempo que se me escapa una sonrisa.

Colter

Esa era Quinn.

Yo

No me digas.

Colter

Es muy protectora y pega
fuerte. Yo no la cabrearía.

Me parece que es demasiado tarde.

Colter

Tengo que irme, antes de que

me vuelva a quitar el móvil,
pero para que lo sepas: Quinn
se queda a dormir aquí.
Diviértete.



No le mando un mensaje a Avery para avisarla de que voy a su residencia, lo que probablemente sea un error. ¿A quién se le ocurre presentarse en casa de una chica sin ser invitado? Supongo que la respuesta es que a mí. A mí se me ocurre.

He conseguido que Quinn me dijera el nombre de la residencia y el número de apartamento después de prometerle que dejaría que me diera un puñetazo en las pelotas si Avery no se alegraba de verme. Así de seguro de mí mismo estoy. Estaba celosa, y no porque le importe que me enrolle con otras personas. Ya la he avisado de que las relaciones no son para mí. No, no se ha puesto así porque sea posesiva. Estaba dolida. Aunque se ha hecho la indiferente cuando le he preguntado si quería que nos fuéramos juntos, tenía la esperanza de que esta noche nos volviéramos a enrollar. Y yo también, joder.

Llamo a la puerta y tamborileo contra mi muslo con el pulgar. El pasillo está en silencio. He pasado por varias puertas abiertas con gente en las habitaciones, pero la mayoría de los estudiantes no están. O ya están durmiendo. Miro qué hora es. Joder, puede que ya se haya ido a la cama. Llamo más fuerte. Con cada segundo que pasa, más seguro estoy de que no va a contestar.

Me meto la mano en el bolsillo para coger el móvil y escribirle, sin dejar de llamar, y justo en ese momento la oigo al otro lado de la

puerta.

—Madre mía. Ya voy, un momento.

Sigo con la mano alzada, a punto de llamar, cuando la puerta se abre.

—¿Knox? —Se queda ahí plantada, mirándome. Es evidente que le sorprende verme. Pero yo… Cuando la miro bien se me queda la boca tan seca como el desierto. Lleva unos pantaloncitos rosas diminutos y un top blanco, y entre las dos prendas hay varios centímetros de piel desnuda. Se ha recogido el pelo en una cola de caballo y va descalza. Madre mía. La voy viendo en situaciones diferentes y cada vez pienso que no puede estar más buena. Y, no sé cómo, pero siempre me equivoco—. ¿Qué haces aquí?

—¿Puedo pasar?

—¿Se te han ido al garete tus otros planes para esta noche? —pregunta mientras se hace a un lado y me abre la puerta—. ¿Cómo sabes dónde vivo?

Ignoro la primera pregunta.

—Quinn —contesto. Entro y miro a mi alrededor. Es la primera vez que pongo un pie en el dormitorio de una residencia universitaria. Es más grande de lo que imaginaba, pero por lo demás es igual que lo que se ve en las películas y las series de televisión—. He entrado detrás de unos chicos que venían de una fiesta.

En esta habitación hay un sofá, una silla y un televisor. Hay dos puertas, una a cada lado, que supongo que darán a los dormitorios. Una está cerrada y la otra abierta y con la luz encendida.

—Vale, pero ¿por qué?

Cojo una carpeta de anillas que tiene su nombre escrito de una mesita.

—¿En qué te quieres graduar?

—Todavía no lo he decidido —contesta; está cada vez más irritada.

Me quita la carpeta y la pone encima de una mochila que hay en el suelo—. ¿Qué haces aquí, Knox?

—Quería verte. —Me detengo ante una foto enmarcada que hay encima del mueble del televisor. Avery y Quinn sonríen mirando a la cámara, ambas con sus maillots del equipo de la Valley U.

—Estaba a punto de meterme en la cama. —Se cruza de brazos—. ¿No deberías estar en la fiesta de Colter, o liándote con la camarera, o con alguna otra chica?

Ahí está. La pullita de celos que estaba esperando.

—No me he liado con Erika.

—¿Quién? —pregunta, pero sé que sabe a quién me refiero. Se sonroja.

—La camarera.

—Ah —contesta como si nada.

—Es su primera semana de trabajo en el bar. De hecho, es su primera semana como camarera. La primera noche en un fin de semana no es fácil.

—Bueno, pues me alegro de que pudiera contar contigo —contesta, aunque no parece alegrarse en absoluto.

Dios, no puede ser más terca.

—Ya. En general, mi hermano no echaría a alguien a los leones de ese modo, pero ha pillado la gripe y nadie ha podido sustituirlo.

—Tu hermano… —repite con tono interrogante.

—Es el dueño, sí. No es que yo sea un gran camarero, pero sé dónde están las cosas y soy capaz de cambiar un barril de cerveza, así que a veces, cuando hay mucho lío, voy detrás de la barra y echo una mano.

Veo cómo va uniendo los puntos, cómo su lenguaje corporal se suaviza a medida que comprende que le estoy diciendo la verdad. Pero entonces se pone rígida otra vez.

—Había tantas chicas tirándote los trastos que era fácil equivocarse.

—¿Y por qué no eras tú una de ellas? —le pregunto. Tengo verdadera curiosidad. Si quería enrollarse conmigo, ¿por qué no me lo ha dicho?

—No necesitas que te alimente más el ego.

—Esto no va de mi ego. ¿Tenías la esperanza de que yo terminara la noche aquí contigo o no?

—En parte sí —admite.

—Entonces ¿por qué no lo dices y punto? —Nos habríamos ahorrado mucho tiempo. Ya estaríamos desnudos.

Sus ojos azules cobran vida con una chispa de exasperación. Se encoge de hombros de forma exagerada.

—Porque… No lo sé, ¿vale? No he tenido rollos sin compromiso nunca y no sé cómo se hace.

Y que lo digas. De eso ya me di cuenta la otra noche.

—Ya te dije que no quiero una relación.

—Ya lo sé. No te estoy pidiendo eso. Lo que digo es que esto se me da mal. —Nos señala a los dos—. ¿Quién era la otra chica? La morena del pelo largo y los tatuajes.

—Es solo una amiga a la que conozco desde hace mucho tiempo.

—¿Una amiga con la que te has enrollado?

—¿De verdad quieres que conteste a eso?

Niega con la cabeza.

—Estaba celosa.

—No tenías por qué. La única persona con la que estaba interesado en irme eras tú. —Entorna los ojos, como si estuviese intentando descifrar qué hay de cierto en mis palabras—. ¿Por qué te has ido corriendo del bar en lugar de decirme todo esto? ¿Esperabas que fuera detrás de ti?

—No. No esperaba que te presentaras aquí, te lo prometo.

—Bien. Porque yo no voy detrás de nadie.

—Ya, pero aquí estás.

Estamos en un callejón sin salida. Ninguno de los dos quiere claudicar. Sin embargo, cada segundo que estoy aquí plantado es un segundo que no la estoy besando.

Doy un paso al frente, la cojo de la mano y la atraigo hacia mí. Y sus labios se curvan por fin en una sonrisa.

—Pero aquí estoy. —Le acaricio con los dedos la curva del cuello y ella se deja querer. Tiene la piel suave y caliente.

Nos lanzamos a la vez. Nuestras bocas colisionan en un intento frenético por acercarse la una a la otra. Sabe a pasta de dientes de menta. Deslizo la mano hasta su nuca y la agarro de la cola de caballo.

Y, así, la guio hacia el dormitorio. Ella me baja la chaqueta por los hombros y yo acabo de quitármela y la tiro encima de la silla del escritorio.

Cuando deslizo las manos por debajo de su camiseta, aparta la boca de la mía.

—Espera… Yo… —Se mueve y se muerde el labio—. ¿Podemos…?

Cada vez que se interrumpe o balbucea me detengo de golpe, como si me hubiera pedido a gritos que lo hiciera. Siempre parece tan segura de todo…

—¿Quieres parar? —Retrocedo un poco para ver mejor su expresión.

—No. O sea, sí. —Pone las manos sobre mi pecho—. Quiero enrollarme contigo, pero ¿podemos esperar un poco para follar?

—Oh… —Esto no es lo que me esperaba.

—Es que… Después de mi última relación, me prometí a mí misma que me tomaría las cosas con más calma. Sé que parece una

tontería, porque no estamos saliendo juntos, solo nos estamos enrollando, pero ahora mismo pongo mis límites con el sexo.

Me quedo en silencio, no porque para mí sea una razón para dejarlo, sino porque estoy intentando comprenderla.

Ella prosigue:

—Nolan…, mi ex…, me puso los cuernos.

No sé qué contestarle, así que le acaricio la espalda, lo que espero que sea un gesto reconfortante. Después de que mi padre se marchase para siempre, he sido muy cuidadoso a la hora de decidir a quién permito formar parte de mi círculo más íntimo. Es una de las razones por las que no tengo relaciones serias. La gente no puede decepcionarte si no esperas nada de ellos.

Así que, aunque nunca he tenido una relación lo bastante íntima como para que puedan ponerme los cuernos, el concepto es parecido. No confía en la gente, y eso sí soy capaz de comprenderlo.

—No entiendo por qué no pudo ser honesto y decirme que quería romper conmigo o acostarse con otras personas —prosigue—. En lugar de eso, tuve que enterarme porque corría el rumor de que se había enrollado con su exnovia en una fiesta mientras yo estaba fuera, en una competición.

Se calla y me mira como si esperase que me largara ahora que sé que no vamos a follar. Menudo capullo, su ex.

—La gente es egoísta —contesto—. No tuvo nada que ver contigo.

—Ya lo sé, pero aquí estoy, con un tío bueno en mi dormitorio, y estoy rechazando lo que creo que sería un sexo estupendo.

La atraigo hacia mí. La tengo tan dura que solo ese contacto me hace gemir.

—¿Quieres que me vaya? Podemos seguir otro día.

—No. Ni hablar. —Se muerde el labio otra vez, pero esta vez está mirándome el pecho y se ruboriza—. Quiero seguir. Desde la otra

noche no puedo pensar en otra cosa que no sea en tus manos.

Me embarga una oleada de alivio. Tengo tantas ganas de ella que solo pensar en marcharme ahora me resulta doloroso. Y no es una sensación con la que esté familiarizado.

—Ah, ¿sí? —Me siento en la cama y me la subo en el regazo. Ella se queda sin respiración; le aletean las pestañas. Bajo las manos hacia sus caderas y extiendo los dedos, dejando que mi pulgar se cuele por debajo de sus pantalones cortos.

—Sí —contesta sin aliento. Me rodea el cuello con los brazos y frota las caderas contra mí.

Yo sigo acariciándole el clítoris con el pulgar mientras ella se restriega contra mí. Nuestros besos son húmedos y blandos.

Empieza a temblar. Se está acercando.

—¿Puedo? —pregunta, bajando la mano al botón de mis vaqueros.

Asiento y me meto su labio inferior en la boca mientras ella, con manos torpes, intenta desabrocharme los vaqueros. Cuando al fin lo consigue, empuja mi pecho para que me tumbe.

Con una sonrisa, me acomodo con una mano detrás de la cabeza mientras ella baja por mi cuerpo y me quita los pantalones. Luego se quita los shorts; y siento un espasmo en la polla al ver el pedacito de encaje rosa que le tapa el coño. Me está dando argumentos muy convincentes para que el rosa se convierta en mi nuevo color preferido.

Se sube a horcajadas sobre mí. Ahora solo nos separan mis bóxers y sus bragas. Se acomoda encima de mí y notar su peso sobre la polla basta para que se me escape otro gemido. No necesito enterrarme en ella esta noche, pero no puedo negar que sería una puta pasada.

Levanto las caderas y ella cierra los ojos y gime. Descanso una mano sobre su cintura; a ella no le hace falta más que un pequeño

gesto para animarse a frotarse de nuevo contra mi cuerpo. Toma lo que necesita de mí y me acerca peligrosamente al momento de estallar, sin que ni ella ni yo hayamos tocado siquiera mi polla.

Se para y me mira.

—¿Qué? —pregunto. Vuelve a morderse el labio carnoso. Yo alargo una mano y lo libero de entre sus dientes—. ¿Qué necesitas?

—A ti. Tus manos. Por favor. Nunca me había gustado tanto como la otra noche.

Me incorporo y nos cambio de sitio, de modo que ella queda debajo de mí. Despatarrada, como un sueño húmedo. Joder. Una descarga de placer me recorre la espina dorsal.

Vuelvo a acariciarle el labio inferior con el pulgar.

—Esta boca que tienes es la hostia de sexy, princesa.

Curva los labios en una sonrisa.

—¿Te estás imaginando cómo sería tenerla rodeando tu polla?

—Si no lo estaba imaginando antes, lo estoy imaginando ahora. —Lo estaba imaginando antes también, por descontado.

—Yo también —contesta.

Joder, cómo me pone.

—Luego. Ahora estoy ocupado. —Bajo las manos por su cuerpo hasta rozar sus bragas con las puntas de los dedos. Me muevo para besarle la barriga y engancho los dedos a los lados de la tela de encaje para bajarle las bragas—. ¿Te las puedo quitar?

—Sí.

Me falta tiempo para hacerlo. Y entonces la tengo totalmente desnuda debajo de mí y me pregunto si no me moriré por verla así y no poder follármela.

—Eres preciosa. —Deslizo un dedo por su abertura y me lo llevo a la boca. Ella se sonroja; se le dilatan las pupilas mientras chupo su sabor de mi dedo—. ¿Puedo comerte, princesa?

Asiente a toda prisa.

Me pongo entre sus piernas, casi sudando. Alterno entre los dedos y la lengua y ella se retuerce bajo mí, gimiendo mi nombre. De vez en cuando, se frota contra mí y luego se aparta, como si estuviese intentando posponer su inminente orgasmo.

Es más paciente que yo. No puedo esperar más, necesito verla desatada, necesito llevarla al límite. La sujeto con firmeza por las caderas y le chupo el clítoris con fuerza mientras la follo con dos dedos. Y no hace falta más.

Grita. Me agarra del pelo con las dos manos mientras el cuerpo se le arquea sobre el colchón. Cuando los restos de su orgasmo la abandonan a oleadas, relaja las manos y el cuerpo. La beso con dulzura en los muslos y el vientre y me tumbo en la cama a su lado.

El único sonido que se oye son nuestros jadeos… hasta que Avery se echa a reír.

—¿Qué te hace tanta gracia, princesa?

—Nada —contesta sin dejar de reírse. Dejo caer la cabeza a un lado para mirarla y la descubro sonriéndome—. Me acabas de follar hasta dejarme tonta sin follarme siquiera.

Suelta otra carcajada.

Solo consigo que se calle cuando me vuelvo a poner encima de ella.

Su sonrisa es contagiosa. Enrollarme con ella es divertido de una forma que creo que es nueva para mí.

—Ahora me toca a mí. —Me aparta de un empujón y se pone entre mis piernas.

—Tan mandona como siempre… —Apenas consigo pronunciar la frase antes de que me baje los calzoncillos y me envuelva la polla con esos labios carnosos. Y al cabo de unos segundos se la mete hasta el fondo.

No puedo dejar de mirarla. La chupa arriba y abajo despacio, demasiado despacio, joder. La cojo de la cola de caballo otra vez para guiarla.

—Dios, Avery. Esa boca se hizo para chuparme la polla.

Se le iluminan los ojos. Se la mete más adentro, hasta que le sobreviene una arcada, y la saca. No recuerdo la última vez que deseé que una mamada durase más y más tiempo, pero contemplar su pelo rubio y sus enormes ojos azules mientras me la chupa es tan increíble como la sensación de sus labios alrededor de mí. Si tenía que renunciar a follar por esta mamada, ha merecido la pena.

Aguanto todo lo que puedo, y cuando siento que estoy a punto de correrme en su garganta, la aparto y termino yo mismo sobre mi barriga y mi pecho.

Dejo caer la cabeza en el colchón e intento recuperar el resuello. Avery va a buscar una toalla para que me limpie, y cuando estoy a punto de vestirme para irme, se deja caer a mi lado.

—¿Te quedas? —pregunta.

—Yo no doy ni arrumacos ni carantoñas, princesa.

—¿Porque no te gusta o porque va en contra de tus reglas para los rollos sin compromiso?

Me froto la nuca, pensativo.

—Supongo que por las dos cosas.

—Vale, pues nada de arrumacos ni de carantoñas. —Se queda pensativa unos instantes—. ¿Y si nos quedamos tumbados el uno al lado del otro y vemos la tele hasta que tengamos energía para empezar otra vez?

No entiendo qué diferencia hay, pero pensar en volver a enrollarme con ella basta para convencerme.

—Hecho.



—¿Qué hora es? —pregunta Avery con voz soñolienta.

—Temprano. Sigue durmiendo. —Me pongo los vaqueros y empiezo a buscar mi camiseta… hasta que me doy cuenta de que Avery está durmiendo con ella puesta.

Se pone de lado y bosteza.

—¿Nos vemos mañana?

—Sí. —Cojo mi chaqueta de encima de su silla y vacilo. Nunca había tardado tanto en irme después de estar con una chica. Yo no voy detrás de nadie. No me quedo a dormir ni le hago arrumacos a nadie. Ni me quedo mirando a nadie como un tonto enamorado—. Nos vemos mañana por la tarde.

De camino a casa me despierto un poco. Casi no he dormido, pero le prometí a Flynn que hoy iríamos a montar en moto.

Al llegar a casa y entrar por el garaje, lo encuentro todo en silencio. Sin embargo, me sobresalto al ver a Hendrick plantado en medio de la cocina, vestido con un pantalón de chándal y una camiseta.

—¿De dónde sales? —pregunta con una ceja enarcada.

—¿Me estabas esperando despierto? Qué bonito. —Tiro las llaves en la encimera y me paso la mano por el pelo—. He salido.

—¿Con una chica? —Baja la voz, adoptando un tono más burlón, y esboza una sonrisa de oreja a oreja.

El olor a café recién hecho me atrae hacia la cafetera. Me sirvo uno y me estremezco. Odio el sabor, pero me escuecen los ojos de no haber dormido.

—¿Qué haces despierto?

—No podía dormir más y me duele todo el cuerpo por haberme pasado el día en la cama.

—Tienes mala cara, pero menos que ayer —le digo, estudiándolo. Va despeinado y sin afeitar, pero ya no huele a enfermo.

—No me encuentro tan mal como ayer. —Se frota la cara—. Hoy tengo que ir al bar. ¿Tú qué vas a hacer?

—Le prometí a Flynn que lo llevaría a montar en moto.

Hendrick aprieta los labios y frunce el ceño, preocupado.

—Ten cuidado. Hace mucho tiempo que no lo hace.

—Ya lo sé. —Lo fulmino con la mirada. Preferiría caminar sobre ascuas calientes antes que dejar que Flynn se hiciera daño—. Llevo mucho más tiempo cuidando de él que tú. —Se le cae la máscara de padre preocupado de repente, dejando paso a una expresión de culpabilidad. Mierda. No sé por qué he dicho eso. Hendrick ya se siente bastante mal por el tiempo que estuvo fuera, jugando al fútbol americano, y tampoco es que yo le guarde rencor por haber sido yo quien se quedó en casa. Solo quería que se diera cuenta de que no soy un puto irresponsable en lo que respecta a Flynn—. Vamos a hacer un recorrido fácil, cerca de las cascadas. Vamos solos él y yo y dejaré que sea él quien marque el ritmo —lo tranquilizo con un tono menos acusador.

Hendrick recupera la sonrisa.

—Recuerdo cuando íbamos por allí. Salíamos temprano por la mañana, montábamos en moto unas horas, bebíamos y nadábamos todo el día y luego cargábamos las motos en la camioneta y volvíamos cuando ya era de noche.

Asiento. Tengo los mismos recuerdos. Cuando nos hicimos mayores, Hendrick y yo dejamos de pasar tanto tiempo juntos. Él tenía a sus amigos populares del equipo de fútbol y a mí no me iba ese rollo. Además, tampoco me habrían querido por allí de haber sido distinto. Sin embargo, de vez en cuando decidíamos hacer algo juntos un día. Archer y Brogan vinieron conmigo algunas veces

cuando Hendrick se graduó, pero les interesaba más nadar y beber que montar en moto. En aquel entonces Flynn era demasiado pequeño, y cuando por fin fue lo bastante mayor yo ya no quería que nadie me acompañara. Montar en moto se había convertido en mi vía de escape. Hace mucho tiempo que no lo hago por diversión con ninguno de ellos.

—Debería ducharme y despertar a Flynn.

Cuando lo hayamos cargado todo y salgamos hacia allí, será la hora perfecta. El sol acabará de salir y el aire todavía será fresco. Me bajo la cremallera de la chaqueta y me río.

Hendrich me mira el pecho desnudo con una mirada divertida.

—¿Qué pasa, has perdido la camiseta en algún sitio?

—Qué va —le contesto.

No la he perdido. Sé exactamente dónde está.

Capítulo veinticuatro

Knox

La tarde siguiente, cuando entro en el gimnasio, Avery me sonríe y me saluda con la mano desde la barra de equilibrio.

Me quito los zapatos y voy hacia ella.

—Hola.

Baja de un salto a mi lado y me pone las manos en los hombros para no perder el equilibrio.

—Hola.

Su mirada se desliza hacia mis labios, como si estuviera considerando besarme. Me pasa lo mismo. No he pensado en otra cosa desde que me fui de su residencia.

—Se me ha ocurrido que podríamos intentar añadir una pirueta a tu mortal hacia atrás.

—No puedo quedarme. —Le sonrío a modo de disculpa—. Me había olvidado de que Flynn tiene un partido de baloncesto esta noche. Tengo el tiempo justo de ir a casa y ducharme antes de que empiece.

La devoro con la mirada. El maillot de hoy es negro y lo único en lo que puedo pensar es el cuerpo firme que esconde debajo.

—Podrías haberme mandado un mensaje.

—Sí, pero entonces no podría haber hecho esto. —Bajo la boca hacia ella y le doy un beso suave y breve. No es exactamente del

tipo que tenía en mente, pero el gimnasio está lleno de gente.

Cuando me aparto, Avery sonríe. Luego mira a su alrededor, me da la mano y dice:

—Ven conmigo.

Mueve las piernas tan rápido que no me da tiempo ni de preguntarme adónde me lleva. Al fondo del gimnasio hay otra habitación; una especie de armario, más bien. La luz está encendida y tengo el tiempo justo de mirar a mi alrededor, ver los materiales y entender que es un almacén antes de que me abrace y, de puntillas, presione los labios contra los míos.

Ninguno de los dos pierde el tiempo. La apretujo contra mí y la beso como he deseado besarla desde ayer por la mañana. La pena es no poder follármela mientras lo hago. De momento, tendré que conformarme con esto.

—Creo que soy adicto a tu boca —le digo mientras le succiono el labio inferior. Mis manos recorren los lados de su cuerpo, desde las caderas hasta la curva de sus pechos.

He de aferrarme a la pizca de contención que me queda para lograr separarme de ella antes de arrancarle el maillot y hacer que se corra.

Me sonríe, feliz, y suelta una risita al bajar la vista.

—Ups…

Me miro la camiseta, que ahora está cubierta de tiza.

—Bueno, de todos modos, ahora iba a casa a ducharme. —Me recoloco la polla empalmada—. Eso va a ser más duro de solucionar.

—Vaya juego de palabras. —Sonríe todavía más.

—Tengo que irme. Nos vemos mañana.

—Vale, pero tendré que ser el doble de mandona para compensar el que te hayas rajado hoy.

Le guiño un ojo.

—No veo la hora.



Al día siguiente, voy al Tipsy Rose a comer. Brogan está detrás de la barra, con los brazos apoyados y un libro de texto abierto. Cuando me siento frente a él, levanta la vista.

—Acabo de poner tu hamburguesa de pavo en la parrilla.

Enarco una ceja con curiosidad.

—¿Estás rastreando mi localización otra vez?

—No te des tantas ínfulas. Tengo las notificaciones activadas para todos vosotros. Si estáis a cinco kilómetros de aquí, me entero.

Me río.

—¿Y en qué se diferencia eso de rastrear mi localización?

—¿Quieres que te escupa en la comida? —pregunta mientras me sirve un agua y me la pone delante.

—Poca gente para ser la hora de comer, ¿no? —Miro a mi alrededor. Hay un par de chicos sentados a una mesa viendo una competición de bolos en televisión y otro en la barra, picoteando un plato de patatas fritas.

—Sí, hoy está tranquilo. —Le llega una notificación al móvil. Se queda mirándola tanto rato que me aburro de esperar y me pongo a ver la tele. Son los destacados de deportes. Noticias de fútbol americano, predicciones sobre hockey y una noticia sobre un nuevo entrenador para un equipo universitario de baloncesto. Se me encoge el estómago cuando empiezan a hablar sobre motocross, concretamente sobre los cambios en el equipo de Thorne.

—Oye —dice Brogan—. Esa gimnasta que te está ayudando… ¿Cómo se llamaba?

Aparto la vista del televisor y parpadeo un par de veces antes de entender lo que me ha preguntado.

—Avery.

—¿Avery Oliver? —Gira el teléfono para enseñarme un vídeo. Sale el muñeco Ken, Tristan, pero la cámara enseguida se gira hacia Avery.

—¿Qué coño es esto?

—Jornada de medios.

—¿Por qué tienes un vídeo?

—Lo están retransmitiendo en directo. —Sigo mirándolo de hito en hito—. Las chicas están buenas. Un amigo sigue las redes sociales del equipo y me lo ha enviado.

—¿Y tú lo estás mirando como un baboso?

Pone los ojos en blanco.

—Hacen entrevistas, preguntas, enseñan la parte que no se suele ver…

—Eso es como decirme que te compras las revistas pornográficas por los reportajes.

—Nadie compra ya revistas pornográficas.

Aprieto los dientes. No se trata de eso, pero entra otro cliente en el bar antes de que me dé tiempo a discutírselo. Brogan me da su móvil como si me estuviese retando en silencio, como preguntándome si soy capaz de mirar y no disfrutarlo. Qué idiota. Lo cojo y veo cómo la operadora de cámara va de gimnasta en gimnasta, preguntándoles con voz alegre qué desayunan el día de una competición. Me parece un aburrimiento, pero me espero para oír la respuesta de Avery.

Cuando le toca a la chica que está antes que ella, aparece en el plano, lo bastante cerca para que pueda fijarme bien en Avery. Lleva el pelo suelto, en lugar de recogido en una coleta o un moño, como

le gusta llevarlo para entrenar. El maillot es de una tela azul brillante, de manga larga, pero con el corte de los muslos alto, lo que le permite lucir las piernas musculosas. Tiene el móvil en una mano. Parece estar mirándolo para matar el tiempo.

La cámara se mueve hacia ella. Sonríe, pero no se le ilumina la cara al hacerlo, como de costumbre. Parece nerviosa.

«¿Qué desayunas el día de una competición?», repite la chica.

«Eh… Una tostada, una tortilla y un plátano».

Su respuesta no me sorprende; es su expresión lo que llama mi atención. No puedo quitármela de la cabeza, ni siquiera cuando la cámara sigue su camino.

Dejo el móvil de Brogan en la barra y saco el mío.

Yo

Se te ve nerviosa.

Avery

Hum… ¿Me persigues?

Yo

He venido a comer al bar; mi hermano lo estaba viendo. Al parecer las chicas del equipo de gimnasia «están buenas».

Avery

¿No estás de acuerdo?

Yo

El azul se acaba de convertir en mi color preferido. ¿Jornada de medios?

Avery

Sí. Fotos, entrevistas, preguntas tontas… Que no se me olvide decirle al mánager del equipo que las visualizaciones que tenemos son de babosos que solo quieren mirarnos a nosotras.

Yo

Dudo que le sorprenda. Doy por hecho, por lo que dices, que no eres muy fan de las fotos.

Miro el móvil de Brogan, que sigue reproduciendo las jornadas. Ahora la cámara muestra a una chica a la que están fotografiando. Está de pie frente a un fondo blanco iluminado por todas partes.

Salta y posa para las cámaras, rodeada de los flashes.

Avery

No, esa parte no está
tan mal.

Yo

¿Y qué lo estropea? ¿Saber que
lo vemos babosos como Brogan
y yo?

Avery

LOL, qué va. La próxima vez que
esté delante de la cámara
intentaré subirme bien las tetas
y sacar el culo, solo para ti.

Me río para mis adentros, pero, a pesar de su tono jocoso, no me libro de la sensación de que hay algo del día de hoy que le da pavor.

Yo

Te lo agradezco mucho. Aunque
igual es mejor que me mandes
una foto en lugar de hacerlo en
un vídeo público, porque
entonces sí que no podrás
quitarte de encima a tanto

baboso.

Avery

¿Te refieres a otros de tu misma especie?

Yo

Exacto.

Recibo una foto suya al cabo de un segundo. Tiene un hombro hacia delante, la cabeza hacia un lado y las tetas apretujadas exageradamente hacia arriba. Es preciosa hasta cuando se burla de mí.

Yo

Ah, perfecto. Manda más. Igual se las puedo vender a mi hermano #lasgimnastasestanbuenisimas

Estoy sonriéndole al móvil, pero aún me pregunto qué es lo que no le gusta de la jornada de medios. Pensaba que a las chicas les encantaba vestirse y que les hicieran fotos.

Avery

Qué encanto.

Yo

Ese soy yo.

Yo

Bueno, ¿qué tienes en contra de la jornada de medios? ¿Por qué pareces querer estar en cualquier otra parte?

Avery

No es verdad.

Yo

Sí que lo es. Tienes la misma cara que pones cuando te habla Ken.

Espero que lo niegue.

Avery

Odio las entrevistas.

Interesante…

Yo

¿Por qué?

No me parece la típica persona que se pone nerviosa hablando con la gente, sobre todo si el tema es la gimnasia artística.

Avery

Siempre me hacen las mismas preguntas. «¿Cómo tienes la rodilla?». «¿Estarás preparada para competir cuando empiece la temporada?». «¿Será esta temporada mejor que la anterior?». Y no es solo lo que preguntan, sino lo que no preguntan. Todo el mundo quiere saber si lo de los Juegos Olímpicos fue un golpe de suerte o si soy capaz de competir a ese nivel todo el tiempo.

No me esperaba esa parrafada. Leo el mensaje un par de veces. Ha sido una sorpresa que responda con tanta honestidad, pero el miedo que se desprende de sus palabras me parece sincero. Quiere demostrar que es capaz de hacerlo. Lo entiendo.

Yo

Esas preguntas son una mierda, así que dales una respuesta de mierda. «Mi rodilla está mejor que nunca». «Ya estoy preparada. No veo la hora de competir». «Nunca había

estado tan en forma como ahora».

Avery

O sea, ¿que mienta?

Yo

Bueno… Se trata de creértelo un poco.

Avery

¿Es eso lo que haces tú en las entrevistas?

Yo

No, yo suelo decir gilipolleces de las que luego me arrepiento.

Avery

¿Como, por ejemplo, que tu compañero de equipo debería volver a competir con los aficionados?

Me echo a reír, pero me da vergüenza que haya visto ese vídeo. Es

lo que dije segundos antes de darle un empujón a Link.

Yo

¿Quién es ahora la babosa? Me siento halagado.

Avery

Pues no te sientas tan halagado. Era el primer resultado cuando te busqué en Google.

Yo

¿Cuál era el segundo? ¿Mi vídeo sexual?

Empieza a escribir, pero la burbujita con los tres puntos desaparece.

Yo

Era broma.

Yo

Cuando vuelvas a competir ya les demostrarás lo increíble que eres pero, de momento, mantén la cabeza bien alta y diles lo

que quieras. No dejes que te
hagan dudar de ti.

Avery

👍

Yo

¿Es esa tu forma de decirme
que no me vas a hacer ni caso?

Avery

No. Estoy repitiendo
mentalmente lo que me acabas
de decir. Soy increíble.

Yo

Y que lo digas.

Se queda callada y me pongo otra vez a ver la retransmisión. La gente está mandando comentarios, lo que me da una idea. Es la cuenta de Brogan, así que ¿qué más me da? Sonrío, escribo las palabras y le doy a enviar.

Un segundo después, la chica que hay detrás de la cámara lo lee en voz alta mientras se acerca a Avery.

«Brogan6 dice que Avery Oliver es su gimnasta preferida de todos los tiempos y que no ve la hora de verte ganarlo todo esta temporada. Ah, y hay más gente que está de acuerdo con él. ¡Eres

la preferida de los fans!».

Avery se sonroja y mira a cámara con una expresión confundida. Después de eso, la operadora de cámara sigue su camino, pero yo recibo un mensaje.

Avery

Gracias. O dale las gracias a tu hermano.

Yo

De nada, princesa.

Cuando la entrevistan veinte minutos después y la primera pregunta es si su rodilla está preparada para la temporada de competiciones, ella mira directo a la cámara, esboza una sonrisa tan ancha que nadie diría que es forzada y contesta: «Mejor que nunca».

Capítulo veinticinco

Avery

—¿Me estás escuchando? —le pregunto a Knox.

Me está mirando las piernas fijamente.

—¿Eh? —Ladeo la cabeza y le lanzo mi mirada más impertinente y autoritaria. Contesta con una sonrisa—: Era broma. Sí, te he oído. Subir despacio y bajar despacio.

Por cómo pronuncia esa última parte, estoy segura de que se refiere a algo totalmente distinto a lo que tengo yo en mente. Siento que me arde la cara, que las mariposas de mi estómago echan a volar. Desde que ha entrado en este gimnasio, he pasado cada minuto imaginando que sus manos vuelven a recorrer mi cuerpo. Si esto forma parte de algún jueguecito retorcido para que esté tan desesperada y cachonda que no logre concentrarme en torturarle con los ejercicios, está funcionando. La sesión de entrenamiento de hoy ha consistido más en besos robados y pequeñas caricias que en practicar.

—Me voy a ayudar a Hope. Tú quédate aquí y sigue trabajando en eso. —Distancia. Eso es lo que necesitamos. De lo contrario, voy a acabar abalanzándome sobre él en mitad del gimnasio.

Él sonríe y asiente. Me da la sensación de que sabe exactamente lo que me pasa.

La entrenadora Weaver me ha dado luz verde para entrenar en

todos los aparatos. Ya hago mis rutinas completas en barra y en salto. La única pega es que mi nivel en las salidas en barra de equilibrio ya no es el que era. Estoy intentando concentrarme en lo positivo, pero quiero estar de vuelta al cien por cien para la primera competición.

—Tu novio está bueno —comenta Hope cuando me subo en la barra a su lado.

—No es mi novio —contesto enseguida, sin pensar—. Solo estamos… Yo no… Él… —Me callo, pero su sonrisa de adolescente arrogante hace acto de presencia.

—¿Se te ha comido la lengua el tío bueno?

Le saco la lengua en cuestión. Yo también sé comportarme como una adolescente.

—Veamos cómo haces el giro completo y luego practicaremos el flic flac con mortal atrás en plancha.

Su sonrisa deja paso a una expresión de determinación. Se coloca rápidamente en posición. Al menos es fácil hacer que se olvide del tema.

Y resulta que también lo es que me olvide yo, porque me concentro solo en Hope y en ayudarla con sus habilidades en la barra hasta que, casi una hora después, Knox se nos acerca y se sienta en el suelo, delante de nosotros. Está sudado y lo único que pienso es que no debería estar permitido ser tan guapo. Mientras yo voy dando indicaciones a Hope para que ejecute el flic flac con mortal atrás en plancha, me dedica una sonrisa.

Hay algo especial en la forma en que lo hace. Se me graba a fuego en la piel; me marea. Me vuelvo hacia Hope meneando la cola de caballo.

—Levanta los brazos y el pecho enseguida y concéntrate en elevar las caderas.

—Ya lo estoy haciendo —masculla, frustrada y quejicosa. Echa un vistazo a Knox, como si le diera vergüenza que no la vea ejecutar las acrobacias a la perfección.

—Lo estás haciendo genial. Sigue practicando en la colchoneta; ahí te será más fácil. Yo tardé una vida en conseguirlo.

—¿Me lo puedes enseñar todo junto otra vez? —Saluda con la mano a su padre, que acaba de llegar, y añade—. Por favor.

—Vale. —Salto a la colchoneta.

—No, en la barra.

Vacilo. Hace siglos que no hago esta serie acrobática en la barra de equilibrio, pero su mirada suplicante es más fuerte que yo.

—Está bien. Una vez.

Me subo a la barra a su lado. Miro a Knox de soslayo y descubro que me está observando con una mezcla de admiración y excitación, y eso hace que me sienta aún más segura de mí misma. He hecho esto millones de veces y siento la rodilla más fuerte con cada día que pasa.

Sin darme demasiado tiempo para preocuparme por hacerlo bien delante de ellos, hago el flic flac y luego un mortal en plancha de una pierna y otro mortal en plancha de una pierna. Cuando salgo, me pongo muy recta y levanto las manos por encima de la cabeza. Siento que se me escapa una sonrisa, noto un cosquilleo en la punta de los dedos, una sacudida de emoción. Madre mía, ha sido genial.

Hope me está mirando boquiabierta.

—¡Guau, Avery! Espero ser la mitad de buena que tú algún día.

Me ruborizo al oír el cumplido.

—No seas boba. Tú serás mucho mejor que yo.

Sonríe de oreja a oreja, baja de la barra y nos saluda a Knox y a mí con la mano. Cuando bajo yo, él se pone de pie y se me acerca despacio.

—Eso ha sido impresionante —dice.

—Ni que fuera la primera vez que me ves haciendo acrobacias.

—Ya, pero no así.

Me da otro arranque de confianza y eso disipa algunas de mis dudas. Quizá sí que vaya a estar preparada para la temporada de competiciones.

—¿Qué haces esta noche? —pregunta mientras se pone la camiseta. Es la peor parte de nuestras sesiones de entrenamiento: cuando se viste y se va.

—No lo sé, ¿por qué?

—He pensado que podríamos hacer algo juntos. Tengo que pasar por casa, pero después estoy libre.

—Suena divertido. Me encantaría conocer a tus hermanos.

—Oh, yo… —Se rasca la cabeza y enarca una de las cejas, la que está cortada por una cicatriz—. ¿Sí?

—Sí, claro, ¿por qué no iba a querer conocerlos?

—No sé. Por muchas razones. Somos un poco difíciles de soportar.

—Si te soporto a ti, serán pan comido.

Se ríe, de nuevo con esa sonrisa chulesca en los labios.

—No tienes ni idea de dónde te estás metiendo, princesa.



Knox para frente a una casita blanca, no muy lejos del campus de la Valley U. Aparco en la curva y salgo del coche. Hay varios vehículos más; supongo que son los de sus hermanos.

Me tiro del dobladillo de los pantalones cortos mientras me dirijo a la puerta. Me meto las manos en los bolsillos y me las vuelvo a sacar. Estoy nerviosa. Son cuatro hermanos, y por poco que se

parezcan a Knox… Va a ser interesante.

Él me está esperando al lado del garaje, que tiene la puerta abierta. Lo único que hay dentro es material de gimnasio, salvo por una mesa de trabajo con herramientas en el fondo.

—No hace falta que nos quedemos —insiste—. Solo necesito echarle un vistazo a Flynn y ducharme. Luego podemos ir a tu residencia.

—¿Estás intentando mantenerme alejada de ellos?

—Deberías tomarme la palabra.

Me echo a reír.

—Quinn está en la resi estudiando con unos amigos de clase, así que, a no ser que quieras oír lo mal que pronuncian el francés, tu casa es la opción más segura.

—Luego no te quejes de que no te lo advertí —contesta entre dientes y me guía hacia el fondo del garaje.

Me he duchado después de entrenar y luego, mientras daba órdenes a Knox y a Hope en el gimnasio, tampoco he hecho gran cosa, pero me habría traído ropa más bonita de todos modos si hubiera sabido que íbamos a estar juntos esta noche. Juntos y desnudos, a juzgar por las miradas que me echaba mientras entrenaba. No tenía más opciones que unos vaqueros cortos y la camiseta que me he puesto hoy para ir a clase.

En cuanto abre la puerta del garaje que da a su casa, el ruido estalla a nuestro alrededor. Se oyen unas fuertes voces masculinas por encima del sonido de la televisión. Apenas me da tiempo a fijarme en la distribución ni en ningún otro detalle, porque nos vemos envueltos en el caos de inmediato. La cocina da a la sala de estar y el comedor está al lado. Hay tres chicos sentados en sofás de cuero frente a la televisión y otro en la cocina, al lado de una chica rubia muy guapa.

—¡Hola! —saluda uno de los chicos del salón al ver a Knox, pero enseguida se vuelve de nuevo hacia el televisor. Sin embargo, a los pocos segundos gira la cabeza otra vez. En esta ocasión me mira a mí. Y lo hace muy fijamente y durante demasiado rato. Estoy segura de que me he puesto como un tomate, sobre todo cuando todos los demás se percatan de mi presencia y, en consecuencia, todas las caras se vuelven hacia mí.

—Esta es Avery —me presenta Knox, señalándome con el pulgar. Y luego repite mi nombre en señas, o, al menos, eso creo. Aprendí el alfabeto de la lengua de signos en la escuela primaria, pero lo tengo un poco oxidado.

El único que consigue comportarse con normalidad, como si no pasara nada, es Knox. Se vuelve hacia mí y dice:

—Estos son mis hermanos. Y Hollywood. O sea, Jane. La prometida de Hendrick.

Jane es la primera que viene hacia mí y, cuanto más se acerca, más guapa la veo. Me suena de algo, pero no sé de qué. Y me está mirando con una sonrisa enorme y una expresión de incredulidad. Espero que no se piense que Knox y yo somos novios o algo así. Quizá habría sido mejor enfrentarnos a la clase de francés de mi residencia.

—Hola. Avery, ¿no? —pregunta, como si temiera no haber oído bien mi nombre.

—Sí. Hola. —Saludo con la mano.

—¡Por fin otra chica por aquí! Gracias a Dios.

—¿Te apetece algo de beber? —me pregunta el hermano que está en la cocina, que luce una sonrisa tan ancha como su novia.

—Eh… Sí, claro.

Presa del pánico, miro a Knox para que me eche una mano. Sin embargo, él está como si no pasara nada, aunque todos me estén

observando como si esto fuese más serio de lo que en realidad es. Pone los ojos en blanco y dice:

—Relájate, Hollywood. Es la chica que me está ayudando en el gimnasio. —Jane asiente, pero sigue mirándome fijamente y con los ojos muy abiertos. Me da en la nariz que no le está haciendo mucho caso—. Bueeeno —añade Knox. Se acerca, se pone entre nosotras dos y me coge de los hombros para darme la vuelta.

Y basta esa caricia inocente para que se me incendie la piel. Porque tengo recuerdos muy vívidos de lo que saben hacer esas manos.

Cuando llegamos al salón, distingo al hermano pequeño al instante. Tiene carita de niño, el pelo castaño rojizo alborotado y las mejillas coloradas. Aunque está callado, me mira de reojo de vez en cuando. Los otros dos se ponen de pie. El más alto me observa con una sonrisilla traviesa, da un paso al frente y, susurrando pero lo bastante alto para que se le oiga, dice:

—¿Te ha traído a la fuerza? Parpadea dos veces si estás bajo coacción.

Oigo que Knox suelta un gemido. Me quita las manos de los hombros, se coloca delante de mí y empuja a su hermano con ademán juguetón para apartarlo. Luego se pone a hacer señas al tiempo que habla.

—Gracias por hacer que la situación sea lo más incómoda posible. Ahora ya sabéis por qué nunca traigo a nadie.

Su hermano se ríe por lo bajo.

—Soy Brogan, y no te preocupes, no te tendremos en cuenta que te veas con este capullo.

Knox niega con la cabeza y suspira como si estuviese molesto, pero se nota que aquí se siente cómodo.

—Ese es Archer, a Hendrick lo has conocido en la cocina, y este es

Flynn.

—Hola —repito mientras saludo con la mano y miro a mi alrededor.

Y entonces Knox le da una patadita a Flynn en el pie, le pregunta por las clases y el entrenamiento y los demás vuelven a ignorarnos.

—Perdona por lo de antes. —Jane aparece a mi lado con dos copas de vino—. Es que, como en esta casa hay un exceso de testosterona, me he emocionado porque hubiera venido otra chica. Toma, una ofrenda de paz, o como quieras llamarlo, para disculparme por haberte entrado demasiado fuerte. —No puedo evitar sonreírle. En principio, acepto el vino solo para que no se sienta mal, pero en cuanto le doy un trago me noto un poco más cómoda—. ¿Os vais a quedar a cenar? —pregunta.

Knox no está escuchando, así que niego con la cabeza y contesto:

—No estoy segura.

—Bueno, si os queréis quedar, estamos haciendo de sobra.

—¿Os ayudo con algo?

—No, tranquila, no hace falta. Antes era Knox el que cocinaba cada noche, pero desde que empezó a entrenar contigo, Hendrick y yo le hemos cogido el gusto. Es bastante divertido.

Intento imaginarme a Knox cocinando, pero soy incapaz.

Jane se acerca al sofá, donde está sentado Brogan, y le aparta la pierna.

—Moveos un poco y hacedle sitio a Avery.

Empiezo a protestar, pero Jane no parece estar acostumbrada a que le lleven la contraria. Brogan se aparta sin pensárselo dos veces y sin despegar la vista de la pantalla. Archer y él están jugando a una especie de videojuego.

Me siento con mi copa de vino. Brogan se apoya en el respaldo del sofá y me roza el hombro con el suyo. Es un chico corpulento, más

que los otros.

—Es raro que no nos hayamos cruzado contigo por el campus.

—¿Vas a la Valley U? —pregunto, rodeando la copa de vino con ambas manos.

—Sí —contesta Brogan—. Y Archer y Jane también.

—¿En serio?

Él asiente.

—Es nuestro último año. ¿Y tú?

—Yo estoy en segundo.

De repente, recuerdo de qué me suena Jane.

—Un momento. Jane es…

—Ivy Greene —termina Brogan por mí con una sonrisa de orgullo —. Sí.

—Knox no me lo había dicho. —Ivy Greene, o Jane Greenfield, es un icono en la Valley U. Fue una niña actriz, una estrella de la televisión, y ahora estudia aquí. Yo no la había visto nunca por el campus, así que estaba casi convencida de que no existía de verdad.

—Me da en la nariz que hay muchas cosas que Knox no te ha dicho, a no ser que contigo sea mucho más parlanchín que con nosotros.

Brogan le da un codazo a Archer, que está sentado a su lado, y le dice algo por señas. Archer asiente. Knox tampoco me había contado que uno de sus hermanos fuera sordo. En fin, supongo que es cierto, hay muchas cosas que no me ha dicho. Tampoco esperaba que le abriera su corazón a una chica a la que únicamente trata desde hace unos meses. Sin embargo, me da la sensación de que solo con estar aquí ya lo conozco un poco mejor.

Como todo el mundo está ocupado, escucho la conversación entre Knox y su hermano pequeño. Están hablando sobre universidades, creo. Knox le está preguntando si ha tenido noticias de un

entrenador de Illinois, y Flynn no hace más que encogerse de hombros y negar con la cabeza. No se muestra muy comunicativo, pero Knox sigue insistiendo, hasta que por fin aparta la vista y empieza a mirar a su alrededor, como si no supiera dónde estoy. Cuando me descubre sentada al lado de Brogan con una copa de vino en la mano, sonríe.

—Perdona. No tenía intención de dejarte sola con estos animales salvajes —se disculpa mientras se dirige al borde del sofá para ponerse frente a mí.

—Tampoco mordemos —protesta Brogan—. Somos animales salvajes muy juguetones a los que les gusta divertirse.

—Pues ve a divertirte con otro. —Knox ladea la cabeza y da un paso atrás y yo me pongo de pie para seguirlo, notando el peso de cinco pares de ojos sobre mí. Salimos del salón y recorremos un pasillo hasta llegar a la última puerta. La abre y me hace un gesto para que entre.

—Tengo que ducharme, pero he pensado que preferirías quedarte aquí en lugar de aguantar a mis hermanos adorándote todo el tiempo. —Pone los ojos en blanco.

—Son majos.

—Son un grano en el culo. —Se coge del marco de la puerta de lo que debe de ser el baño y me mira unos segundos—. Ahora vuelvo.

Empiezo a pasearme por la habitación en cuanto oigo el sonido de la ducha, ansiosa por explorar cada detalle. Es de buen tamaño, lo bastante grande para que quepa una cama de matrimonio en medio. Tiene un marco sencillo de madera oscura y una mesita de noche a juego. La mesa está vacía, salvo por un cargador.

Echo un vistazo a la puerta del baño y abro el primer cajón. Lo primero que veo es una caja de condones y un bote de lubricante, que rueda hasta chocar contra la madera. Me estremezco al oír el

ruido y lo cierro a toda prisa.

Las paredes están pintadas de un gris claro; las cortinas, que son negras, están cerradas. Echo un vistazo a la cama. El edredón también es negro. Me echo a reír; al menos es coherente.

La cómoda, que está frente a la cama, es de la misma madera oscura que esta y la mesita de noche. Dos de los cajones —el de los calzoncillos y el de los calcetines— están entreabiertos, y no fisgo en ninguno de los otros. Encima de la cómoda hay un montón de ropa doblada. Me acerco para olerla y me embarga el aroma de Knox, a cuero y a limón.

Sobre la cómoda hay otro televisor, y ya solo me queda un objeto de interés: su armario. Es un vestidor adyacente, así que entro. Está casi vacío. En un lado tiene ropa colgada y en el otro no hay nada, solo lo que diría que es la ropa para la moto, que está en un montón en el suelo.

Cuando lo oigo cerrar el grifo de la ducha me vuelvo para irme, pero dos fotos colgadas en la cara interior de la puerta llaman mi atención. Ninguna está enmarcada; están pegadas con celo en un lugar que supongo que Knox mira de vez en cuando. En una hay un niño de no más de cinco o seis años al lado de una mujer. El niño debe de ser él; tiene la misma sonrisa. Una sonrisa cautelosa, reservada, aunque salta a la vista que era feliz. Y la mujer es preciosa, con el pelo castaño claro y unos enormes ojos marrones. Su sonrisa es lo opuesto a la de Knox. Ancha, sin reservas, repleta de tanta felicidad que prácticamente traspasa la fotografía.

En la otra salen sus hermanos y él, ya mayores. Quizá se la hayan hecho hace poco. Están delante de la barra del Tipsy Rose. Knox está al lado de Hendrick, que le rodea los hombros con un brazo a él y con el otro a Archer. Brogan está tumbado encima de la barra y Flynn sentado en un taburete.

Salgo corriendo del vestidor, solo unos segundos antes de que vuelva Knox. Está vestido, pero aún tiene el pelo mojado.

—Qué rápido —comento y doy un trago de la copa de vino, que tenía olvidada.

—Perdona. ¿Te he dado tiempo suficiente para fisgonear?

Me echo a reír. No me molesto en fingir que no es lo que estaba haciendo.

—Sí, pero, por desgracia, no he encontrado nada interesante. No he visto látigos, ni cadenas, ni mordazas…

—Pues no habrás buscado muy bien. —De repente, su actitud cambia. Ahora me mira de una manera muy parecida a como me miró antes de reclamar su beso de la victoria.

—Ah, ¿no? Enséñamelo.

Niega despacio con la cabeza.

—No. Todavía no. Me muero de ganas de saborearte otra vez.

Me quedo sin respiración y, un segundo después, su boca está sobre la mía. Me quita el vino de la mano sin dejar de besarme y lo deja en la mesita de noche. Luego me obliga a retroceder hasta que mis muslos chocan con la cama.

Todo sucede muy rápido. De repente, estoy tumbada boca arriba y él me está cubriendo el cuerpo de besos. Me levanta la camiseta para descubrir más de la superficie de mi piel y me desabrocha el botón de los vaqueros. Lo ayudo a quitármelos, pero me da un cachete en la mano cuando intento hacer lo mismo con las bragas.

—Quiero desenvolverte solo.

Siento un cosquilleo en el estómago mientras baja poco a poco la prenda de color rosa. Me abre las piernas en cuanto me la quita y su mirada me quema en la piel. Entonces me besa con suavidad la cara interna de los muslos y la parte baja del vientre. Me mira a los ojos y, justo después, acerca la boca a mi entrepierna y empieza a lamer

mis pliegues.

—Oh, Dios… —gimo con frenesí.

Juraría que puedo verlo sonreír antes de volver a hacerlo. Me tiemblan las piernas. Bajo las caderas hacia él, desesperada porque quiero más, y él responde dándome un cachete en el coño. No ha usado demasiada fuerza, pero estoy tan excitada que me duele. Sin embargo, pronto empieza de nuevo a palpitar, presa de un placer totalmente desconocido.

—Aquí mando yo, princesa. Sé buena y quédate quietecita.

La única razón por la que lo obedezco es porque no me hace esperar: su boca me asalta de nuevo. Esta vez añade más presión y alterna entre lametones para chuparme el clítoris.

—Knox… Más, por favor. —Gritos de éxtasis interrumpen mis palabras. No es la primera vez que un chico me hace algo parecido, pero nunca había experimentado sensaciones como estas.

Me mete un dedo y no tarda en añadir un segundo.

—Mira qué coño tan bonito. Qué estrecho. Qué ansioso está. —Me baja un poco para poder seguir penetrándome con los dedos mientras me chupa y me succiona el clítoris.

Y yo me deshago en sus manos. Me corro con fuerza; mi cuerpo se queda rígido y luego empieza a temblar, pues el orgasmo se niega a terminar. Mis brazos ya no pueden sostenerme, así que me dejo caer en el colchón. Dura tanto que me resulta casi doloroso, pero el dolor se funde en el placer y yo lo persigo, frotándome contra su cara en el camino. Él me da otro cachete y, de inmediato, lo alivia con dulces lametones hasta que mi cuerpo deja por fin de retorcerse.

En cuanto paro de temblar, me embarga un subidón de adrenalina. Me incorporo a toda prisa y, con mi ayuda, se quita la camiseta y luego los vaqueros y los bóxers, que también son negros.

Lo miro a los ojos cuando libera la polla. La tiene larga y gruesa, lisa y dura. Es perfecta. No me extraña que sea un creído y un capullo. Me acerco más a él, rodeo su miembro con las manos y luego aproximo los labios a la punta para besársela.

—¿Sigues siendo adicto a mi boca?

—Ni te lo imaginas.

Me acaricia el labio inferior con el pulgar y luego me empuja la cabeza hacia su polla larga y gruesa. Me mira y traga saliva. Empieza a subirme la camiseta, pero no quiero parar para quitármela. Para mi sorpresa, me permite llevar las riendas. Me deja recorrerlo con los labios en todo su esplendor, metérmelo en la boca un poco más hondo cada vez.

Cuando llego al tope de mi garganta, me agarra del pelo y me insta a acelerar el ritmo. Siempre me ha encantado hacer mamadas; me hace sentir sexy y poderosa. Sin embargo, ahora, al ver el placer que aflora en los rasgos de Knox —un placer que le estoy proporcionando yo—, siento más que eso. Siento pura euforia. Intenta retener el poco control que le queda hasta el último segundo posible, y luego me la saca de la boca y se masturba hasta llegar al clímax. Se corre en mi pecho y en la parte inferior de mi camiseta.

Estoy demasiado embelesada para que me importe, y él me mira las tetas como si fuesen lo mejor que ha visto en su vida. Siempre me había sentido acomplejada con mis pechos. Son un poco más grandes que los de la mayoría de las gimnastas, pero diría que más pequeños que la media. Sin embargo, ahora mismo no me siento insegura en absoluto.

Se sube los pantalones, se la guarda y desaparece en el baño. Cuando vuelve, lleva una toalla en la mano.

—Por eso quería quitarte la camiseta. —Sonríe, deja la toalla encima de la cama y me quita la camiseta.

—Vaya. —Me limpia y luego se lleva tanto mi camiseta como la toalla al baño—. Yo creo que este era tu plan desde el principio, para tenerme desnuda.

—Quédate así si quieres, princesa, yo no te lo voy a impedir, pero creo que sería un poco incómodo que te sentaras a la mesa con el coño al aire.

Me lanza una camiseta que coge del montón de la ropa doblada que hay encima de su cómoda mientras yo sigo intentando comprender lo que acaba de decir.

—Ahora no puedo salir. —Aún oigo la televisión y las voces amortiguadas de sus hermanos—. Se darían cuenta de que estábamos…, ya sabes.

—Odio ser yo el que te quite la venda de los ojos, princesa, pero saben a qué habías venido desde que te han visto entrar por la puerta.

Intento taparme la cara con la camiseta en lugar de ponérmela, pero Knox me la quita de las manos y me la coloca él mismo. Deslizo los brazos por las mangas y luego me levanto para ponerme las bragas y los pantalones. Me encanta que me preste sus camisetas. Son grandes y suaves.

Por desgracia, cuando me levanto, veo que me llega por debajo de los pantalones. Salta a la vista que es suya.

—Creo que me voy a quedar aquí dentro.

Él se ríe y me coge de la mano.

—Vamos. Algo tendrás que comer.

Capítulo veintiséis

Knox

Cuando salimos para cenar, Avery está roja e intenta esconderse detrás de mí. Todos se han sentado ya a la mesa para comer.

Miro a Jane con una ceja enarcada y la sonrisa que me devuelve es respuesta suficiente. Me basta para saber que esta cena familiar es cosa suya. Casi nunca nos sentamos a cenar todos juntos. Nuestros horarios son distintos y siempre hay alguien que tiene prisa por comer para irse a algún sitio o para hacer alguna cosa.

Cojo dos platos y le doy uno a Avery, que se sirve una pequeña porción de guiso de pollo, que ya está todo revuelto. Luego, valoro las opciones que tenemos para sentarnos. Hay sitios libres enfrente de Brogan o al lado de Jane. Brogan esboza una sonrisilla, como si estuviera deseando decir algo que me provoque ganas de darle una paliza, pero es más probable que sea Jane quien someta a Avery a un tercer grado.

Aparto una silla, le indico a Avery con un gesto que se siente y luego yo hago lo propio justo enfrente de Brogan, por si me toca darle alguna patada por debajo de la mesa.

—Gracias por la cena. Huele muy bien. —Avery acerca la nariz al plato e inhala—. Echo de menos la comida casera. Sobrevivo a base de pedir comida a domicilio y del bar de ensaladas de la cafetería.

—Es una receta de Knox —contesta Jane. Está sentada con los

codos apoyados en la mesa y el tenedor colgado distraídamente de los dedos. Salta a la vista que está mucho más interesada en nuestra invitada que en comer.

Avery me mira.

—La saqué de internet —aclaro encogiéndome de hombros.

Ella curva los labios en una sonrisa, como si le hiciera gracia que cocine, o que busque recetas por internet. La cantidad de pizzas congeladas que puede comer uno es limitada y pedir comida a domicilio cada noche sale caro. No soy un chef ni mucho menos, pero aprendí a arreglármelas en la cocina con la ayuda de Google y el método de prueba y error.

—Bueno, Avery —dice Jane—. ¿Cuánto tiempo hace que eres gimnasta?

Reprimo un suspiro y le lanzo a mi futura cuñada una mirada tan amenazadora que la mayoría de la gente se sentiría intimidada. Por desgracia, ella no me tiene ningún miedo. Sabe perfectamente que si le tocara un solo pelo de la cabeza, Hendrick me arrancaría los huevos.

—Desde los tres años.

—Y compite desde los seis —añado, y luego me quedo muy quieto. ¿Cómo narices me he acordado de eso?

—Exacto. —Avery me sonríe—. Es lo único que se me ha dado bien en esta vida, la verdad.

—A mí se me ocurre al menos una cosa más —murmuro en voz baja, de forma que solo pueda oírme ella.

Pero nadie más me está prestando atención a mí, porque Jane sigue tirando de la conversación.

—A mí me encanta la gimnasia —prosigue—. Te vi en los últimos Juegos Olímpicos. Tu rutina en barra de equilibrio era tan buena que sentí escalofríos. Y también eras la que iba mejor peinada.

—¿La mejor peinada? —le repito a Hendrick solo moviendo los labios. Se encoge de hombros, pero salta a la vista que está tratando de aguantarse la risa.

—Gracias. —Avery le dedica a Jane una sonrisa radiante. Parece sinceramente complacida con el cumplido—. A mí me encanta tu color de pelo. ¿Eres así de rubia natural?

Me apoyo en el respaldo de la silla y observo a las dos chicas, que siguen charlando sobre su pelo y cosas así. Yo me pensaba que Jane era medio fan de Avery, pero resulta que la adoración es mutua.

Mis hermanos y yo nos miramos, divertidos con la situación.

En cuanto se produce una pausa en su conversación, Brogan se aclara la garganta. Demasiado tiempo ha aguantado callado; tendría que haberme imaginado que iba a intervenir.

—Ave, ¿tienes algún vídeo de Knox haciendo ejercicios de gimnasia?

—Se llama Avery. —Lo digo muy despacio y señalándolo con el tenedor—. Y no. No te va a enviar metraje en el que yo salga haciendo el ridículo para que me hagas chantaje.

Mi hermano sonríe de medio lado.

—A mí me gusta Ave. Te voy a llamar así. Bueno, ¿tienes o no?

—Depende —contesta Avery—. ¿Cuánto estarías dispuesto a pagar?

Me quedo de piedra. Me vuelvo hacia ella al tiempo que todos los demás se echan a reír.

—Oh, pagaría mucho.

Miro a mi alrededor y me encuentro con que mi familia está mirando a Avery como si aún les cayera mejor por estar dispuesta a participar en una estratagema para chantajearme. Qué cabrones. Hasta Flynn está sonriendo.

Y a mí me cuesta no hacerlo. Estas personas lo son todo para mí y

ella encaja a la perfección. Es un alivio, y a la vez una sorpresa. No podría estar con una chica si a mis hermanos no les cayera bien, aunque solo nos estuviéramos enrollando.

—Hablando de Knox —interviene Archer mirando a Avery—. ¿Sales mucho? ¿A fiestas? ¿Bares?

Avery nos mira a ambos primero, pero luego se vuelve hacia Archer para responder:

—No muy a menudo. Entre las clases y los entrenamientos estoy bastante ocupada.

—¿Qué tiene que ver eso conmigo? —le pregunto a Archer de viva voz y en lengua de signos a la vez.

Aprieta los labios y sonríe.

—Nada, solo me preguntaba si sabría que hay tíos mucho mejores por el campus. No hace falta que te rebajes a estar con él. —Vuelve a mirar a Avery—. Podría presentarte a algunos de mis compañeros del equipo.

Daba por hecho que Brogan soltaría alguna chorrada, pero ¿Archer? Seño la palabra «gilipollas» donde no pueda verla Avery, que, por su parte, no pierde el tiempo para responder. Es evidente que le gusta meterse conmigo tanto como a ellos.

—Uf, menos mal. Pensaba que esto era lo mejor que Valley podía ofrecerme. ¡Qué alivio!

Mis hermanos se ríen y Jane los regaña, aunque también está esforzándose por no soltar una carcajada. Yo me inclino hacia delante y le pongo a Avery una mano en el muslo. Abro los dedos sobre su piel suave y se lo estrecho. Ella da un respingo y se muerde el labio. Me inclino hacia ella, le aparto el pelo del cuello y susurro:

—Ten cuidado, princesa. A ver si voy a tener que enseñarles lo mucho que te gusta que te toque.

Me mira con esos penetrantes ojos azules y el corazón me da un

vuelco.

—¿Me lo prometes? —susurra en tono provocador mientras hace aletear las pestañas.

Madre mía, me vuelve loco. No me canso de ella.

Puede que no sea el mejor chico para ella a largo plazo, pero esto es demasiado bueno para cortarlo ya.

No sé cuándo decidí que no me interesaban las novias o las relaciones. No fue un momento concreto que ahora pueda recordar. Sé que, en teoría, la gente puede tener relaciones que funcionan, pero supongo que evitarlas me pareció la mejor manera de asegurarme de que hubiera una cosa menos en la que pudiera acabar siendo como mi padre. Además, cuidar de mis hermanos ya llena el cupo de responsabilidades que soy capaz de manejar.

Y, como no es algo que haya deseado nunca, tampoco he perdido mucho tiempo imaginando cómo sería tener a alguien en mi vida del modo que Hendrick tiene a Jane. Aunque no necesito reflexionar mucho para darme cuenta de que Avery es la clase de persona que querría a mi lado si las cosas fuesen distintas.

Capítulo veintisiete

Knox

Avery me sonríe mientras voy hacia ella a lomos de mi moto. Hoy no tenía entrenamiento y ha venido al circuito después de clase a verme practicar. Esta vieja pista de tierra no es gran cosa. Está lejos de la carretera principal, donde no hay nada más que desierto mires hacia donde mires, pero se está bien. Después de haberme pasado el verano viajando y compitiendo en circuitos de todo el país, este sigue siendo mi preferido. Es donde aprendí a montar en moto, así que aquí me siento como en casa.

Me quito el casco y me siento junto a ella en la parte trasera de la camioneta.

—¿Qué te ha parecido? —le pregunto.

—En los vídeos me parecía fácil. Da mucho más miedo en persona.

Me echo a reír y le doy un empujoncito con el hombro.

—Y lo dice la chica que hace mortales en una barra de equilibrio y se lanza desde el potro.

—El potro no es tan alto. —Esboza una sonrisa irónica—. Estás muy sucio.

Reconozco esa mirada. Si no estuviera cubierto de tierra y sudor, me sentiría tentado de desnudarla aquí mismo. En lugar de eso, me acerco a ella y le rozo los labios con los míos. Le mordisqueo el

carnoso labio inferior. Ojalá hoy hubiera pasado de montar en moto. Podría haber disfrutado el día entero en la cama con ella.

Cuando me aparto, veo a Colter, que acaba de aparcar a mi lado, y a Brooklyn, que va junto a él. Dentro de unos minutos estará aquí el resto del equipo y nos pondremos a entrenar juntos.

—Hola —saluda Colter, que sonríe con un poco más de entusiasmo al ver a Avery—. Justo ahora vengo de tu residencia.

—Ya lo sé. Te he oído antes de irme. —Arruga la nariz.

Colter suelta una carcajada.

—¿Cómo te ha ido hoy en la pista? —me pregunta.

—Bien. —Me levanto para ayudarle a descargar las motos, pero Brooklyn me para con un gesto para hacerlo ella misma. Después de bajar su moto, Brooklyn se va a calentar.

—Bueno, vosotros dos ¿qué? —Colter nos señala—. ¿Estáis juntos?

Mierda. Tenía que ser Colter quien necesitara poner nombre a mis relaciones por mí.

—Solo estamos quedando —contesta Avery enseguida, y pone los ojos en blanco como si estuviera pensando lo mismo que yo.

Él levanta las manos, como disculpándose.

—Lo siento, lo siento.

—Siempre tienes algo que sentir —mascullo de forma que solo me oiga él.

—La primera vez que Knox trae una chica a la luz del día, y soy raro por pensar que tenéis algo más, además de estar follando… —Hace una mueca, se sube a la moto y arranca.

Pues que se joda, porque no estamos follando. Me río, pero cuando miro a Avery veo que se está mordiendo el labio inferior.

—No le hagas caso —le digo. ¿Por qué todo el mundo tiene que darle tanta importancia a que estemos quedando?

—¿Es verdad lo que ha dicho? —pregunta—. ¿Nunca has traído una chica a la luz del día?

Me encojo de hombros.

—No lo sé.

Es posible…

—¿Alguna vez has salido con alguien?

Joder. Empieza a hacer calor.

—Supongo que eso depende de lo que entiendas por salir con alguien.

—Me lo tomaré como un no —contesta, pero se ríe y parece de buen humor—. No pasa nada. Me gusta cómo están las cosas entre nosotros, solo tenía curiosidad. Por como hablaban tus hermanos, el otro día también fue la primera vez que llevabas una chica a casa.

—Lo fue. —Eso no me hace falta pensármelo—. Siempre se meten donde no les llaman, así que lo más fácil es no llevar a nadie.

Asiente, pensativa.

—Tiene sentido. Yo también prefería ir a casa de mi ex en lugar de que él viniese a la mía. A Quinn no le caía muy bien. Además, su casa era mucho más bonita. Mi cama no es muy grande, como ya sabes.

Se ríe de nuevo y me mira como si esperase que hiciera lo mismo, pero no puedo. Me he quedado pillado pensando en la posibilidad de que se esté liando con otros chicos. ¿Tendrá una ristra de chicos con los que se enrolla? Debería. Es preciosa y divertida. Simplemente, no se me había ocurrido hasta ahora. Y tampoco debería. Al fin y al cabo, solo estamos quedando.

—¿Sigues quedando con él? —Uso «nuestra frase» con toda la intención y la odio al instante.

—Ni hablar.

Hay rencor en su voz. Supongo que es lo que pasa cuando te

enteras de que tu novio te está poniendo los cuernos. En fin, aún tuvo suerte. Cualquier tío que le ponga los cuernos a Avery debería hacérselo mirar.

—¿Y con Ken?

Una sombra de sonrisa le acaricia los labios.

—No me digas que estás celoso.

—No. —No estoy celoso, ¿no?

—Te dije que no volvería a tener nada con él. Tristan y yo no hacíamos buena pareja. —Se estremece solo de pensarlo. Y yo también—. ¿Y Brooklyn y tú?

La chispa de celos en sus ojos es sexy de cojones, pero no le miento.

—Nunca nos hemos enrollado. Tiene novio.

—¿De verdad?

Asiento.

—Un ejecutivo o algo así. Creo que es mayor que nosotros. Nunca lo trae por aquí.

—Vaya. Estaba segura de que había algo entre vosotros. En la fiesta de la piscina parecíais tener buen rollo, y aquella noche en el circuito también.

—La única chica que recuerdo de esos dos días eres tú, princesa.

—Mentiroso —me espeta, pero se le suaviza la expresión, me rodea el cuello con los brazos y me besa—. Entonces, tú y yo solo estamos quedando, ¿no?

—Mmm… —La sujeto de la barbilla y la beso.

—Bien. Porque no estoy preparada para salir con nadie. —Baja de la camioneta de un salto y se me queda mirando con una expresión descarada y provocadora—. Y aún menos con un tipo que ni siquiera sabe hacer un doble *nac* cuatro sesenta, o como se llame.

Me lanzo a por ella. Bajo de la camioneta como un rayo y le rodeo

la cintura con los brazos antes de que salga corriendo. Ella suelta un gritito y se ríe.

—Se llama doble *backflip nac*.

—Es lo que he dicho.

Entierro la cara en la curva de su cuello y le doy un mordisco juguetón. Ella se retuerce para girarse hacia mí y me devuelve el mordisco, esta vez en el pecho. Aún le brilla la risa en los ojos.

Y, cuando dejamos de reírnos, no nos apartamos.

—Ahora mismo no estoy quedando con nadie más —dice, y tardo unos segundos en recibir el impacto de esas palabras. No se está enrollando con otras personas. Menos mal, joder—. Y no lo haré mientras nosotros estemos…, bueno, lo que sea.

—No, yo tampoco. —Intento no obcecarme con la extraña sensación que se me despierta cuando me doy cuenta de que ni siquiera se me ha cruzado por la mente llamar a ninguna otra chica. Aunque nunca he tenido novia, no es la primera vez que me estoy enrollando con alguien de forma exclusiva. Nada que haya durado mucho, un mes o dos, hasta que uno de los dos se aburría. No me imagino cansándome nunca de Avery, pero eso no quiere decir nada. Estamos bien juntos y ya está. Además, ha dicho que ella tampoco quiere nada serio.

Complacida, curva los labios en una sonrisa.

—Tengo que irme. Le prometí a Hope que me pasaría por el gimnasio para echarle una mano.

La beso en los labios.

—Vale. Yo tendría que volver a la pista y perfeccionar mi doble *nac* cuatro sesenta.

Se ríe.

—Escríbeme cuando vuelvas. ¿O nos vemos el lunes por la tarde?

—Sí.

La suelto a regañadientes.

Avery se dirige a su Bronco y se vuelve para despedirse de mí con la mano antes de entrar y abandonar el circuito de motocross en dirección a la carretera. La miro hasta que el polvo de las ruedas esconde el vehículo casi por completo.

Capítulo veintiocho

Avery

—Esta noche necesito salir.

Quinn levanta la cabeza del ordenador y me mira con unos ojos como platos, confundida.

—¿Quién eres tú y qué has hecho con mi mejor amiga?

Me siento en su cama y le lanzo un cojín.

—¿Tienes planes o no?

—No, pero me han dicho que el equipo de fútbol celebra una fiesta de pijamas.

—¿En serio? ¡Es perfecto! —Algunos de los miembros del equipo de fútbol de los últimos cursos viven en una casa enorme fuera del campus. Solo celebran un par de fiestas al año, pero siempre son increíbles. El semestre pasado organizaron una fiesta de grafiti para la que cubrieron la casa entera con sábanas blancas. Todo el mundo llevaba ropa que pudiera ensuciarse y rotuladores y pintura para decorarlo todo, desde el techo a ellos mismos. Todavía se habla de esa noche.

—¡Madre mía! ¡Vamos a ver qué nos ponemos, tengo un montón de ideas! —Salgo disparada hacia mi habitación para rebuscar entre mi ropa. Técnicamente, el chándal que llevo puesto ya serviría, pero lo divertido de estas fiestas es meterse en el tema.

Mientras barajo opciones en mi armario, oigo entrar a Quinn.

—¿Tienen algo que ver estas ganas repentinas de salir con que Knox esté fuera?

—No —contesto a toda prisa, pero, al ver que obtengo un silencio como respuesta, me vuelvo hacia ella—. No, en serio. Bueno… No es solo por eso. —Con una media sonrisa, se sienta en mi cama, prestándome toda su atención—. Me gusta —admito entre dientes.

—¿Y? —insiste ella, sonriendo cada vez más.

—Cállate. Es un problema. Estamos quedando y no nos enrollamos con otras personas, pero ambos hemos dicho que no queremos una relación, así que ¿qué narices estoy haciendo?

—No lo sé, A-babe.

Yo tampoco. Hoy me he pasado todo el día y toda la noche pensando en él. Estoy totalmente obsesionada. No le mentí cuando le dije que no estaba preparada para salir con alguien, pero no puedo evitar que me guste. No sé qué hacer, pero creo que necesito cambiar un poco las cosas, antes de que me encariñe demasiado. Para que siga siendo algo sin compromiso, pero estableciendo yo las condiciones.

—Bueno, pues ya sabes por qué necesito salir. —Puede que no sea el mejor plan del mundo, pero es mejor que quedarme aquí encerrada esperando a que me escriba—. ¿Te apuntas o no?

—¡Claro! —contesta con dulzura—. ¿Cuándo he rechazado yo una fiesta?

Treinta minutos después, Quinn y yo ya hemos apartado todo lo que podemos ponernos en un montón de ropa encima de mi cama: pantalones de franela, tops, zapatillas, antifaces para dormir, *bralettes*, prendas que tienen más de lencería que de pijama e incluso algunas mascarillas para el rostro que hemos vetado de inmediato.

Quinn elige un top y unos pantalones cortos de algodón y luego se

pone una bata calentita por encima por si tiene frío. Yo me decanto por unos pantalones de seda negros y un *bralette* de encaje rosa pálido. No he dormido nunca con esto puesto, pero el conjunto es mono. Quinn se calza las zapatillas y yo cojo el antifaz para dormir y me la pongo a modo de diadema.

Nos sacamos unas cuantas fotos antes de salir, posando y sonriendo ante la cámara para presumir de modelito. Publico en Instagram una en la que salimos las dos antes de irnos y, de camino hacia el Bronco, recibo una notificación que me avisa de que Knox le ha dado un «me gusta».

Vuelve esta misma noche. Una parte de mí se muere por verlo y la otra (la que está intentando evitar que mi corazón termine roto en mil pedazos) cree que no debería correr a sus brazos a cada oportunidad de quedar con él.

—Repite conmigo —me digo por lo bajo—. No es nada serio.

—¿Cómo dices? —pregunta Quinn mientras se acomoda en el asiento del copiloto.

—Nada, nada. —Dejo el móvil en la consola central—. ¿Has hablado con Colter?

—Sí, nos hemos escrito hace un rato. La última noticia que tengo es que iban con retraso por la lluvia.

—Ah. Entonces supongo que llegarán todavía más tarde.

—No me sorprendería que se quedaran a pasar la noche y volvieran por la mañana, sobre todo si sigue lloviendo. La autopista siempre es un caos cuando llueve.

Una sensación muy parecida a la decepción me retuerce el estómago, pero es una tontería, porque esta noche ya tenía planes.



Cuando llegamos a la fiesta, la casa de dos plantas ya está llena de gente.

—Creo que me he muerto y estoy en el cielo —murmura Quinn mientras subimos las escaleras. Hay gente jugando a las cartas y otros tomando chupitos en la cocina.

Los chicos van en bóxers y calcetines. Algunos se han puesto unos pantalones de chándal de cintura muy baja, y la mayoría va sin camiseta. Todas las chicas llevan outfits parecidos al nuestro, salvo por una valiente que se ha puesto un bikini de color nude tan diminuto que es casi como si no lo llevara. La oigo contarle a alguien que ella duerme desnuda, así que esto era lo más parecido que tenía. Muy inteligente.

La música de la planta de abajo se escucha incluso aquí arriba, pero hasta que no empezamos a bajar las escaleras estrechas que llevan hasta allí, cada una con una copa en la mano, no se oye alto de verdad. Lo cierto es que agradezco el ruido, y me descubro con más ganas de bailar y de beber de las que pensaba.

Estoy con mi mejor amiga; su novio y mi… lo que sea se han ido a pasar el fin de semana fuera y lo único que quiero es divertirme. Nos sentamos en un par de sillas plegables que han puesto en el lado opuesto al de la cabina del DJ y la pista de baile desde donde podemos oírnos mientras hablamos.

Me bebo la primera copa muy rápido, y luego uno de primero me ofrece un White Claw y me lo bebo también.

—Vas fuerte hoy —comenta Quinn.

Me siento ligera, noto que vibro de felicidad.

—Vamos a bailar. —Tiro de ella hacia la cabina del DJ, tan cerca que los altavoces hacen que me tiemblen las entrañas. Ahora mismo no me importa nada. Ni que el nivel general de mis rutinas haya bajado, ni que me hayan dejado fuera de una estúpida lista de los

mejores gimnastas ni que puede que esta noche Knox se enrolle con otra persona.

Ese ha sido un pensamiento inesperado. ¿Es eso lo que temo? Me dijo que no se estaba liando con nadie más, pero estamos hablando de Knox Holland. No tengo razones para desconfiar de él, pero… en fin, desde lo de Nolan ya no me resulta tan fácil confiar en la gente.

No abandonamos la pista de baile hasta que Quinn se queja de que está empezando a sudar y no quiere estropearse el pelo. Volvemos a la planta superior, donde el ambiente es más fresco y más tranquilo. Tristan está en la cocina charlando con Corey, otro de los chicos el equipo. Nos ve antes de que se me ocurra una forma de evitarlo.

—Eh, Ollie, Quinn. —Nos saluda con la cabeza mientras da un trago de su copa. Lleva unos calzoncillos con la bandera de Estados Unidos y no puedo evitar sonreír. Es muy propio de él. Completamente ridículo.

—¿Te has traído también las medallas de oro? —le pregunto. Me niego a darle la satisfacción de mirarlo de arriba abajo. Tiene el cuerpo musculoso y definido; estoy segura de que hay otras chicas que lo encuentran atractivo. Simplemente, yo ya no soy una de ellas. Lo estropea con su personalidad.

—No. Para verlas tendrás que venir conmigo a casa. —Me recorre el cuerpo con la mirada.

Quinn resopla.

—Qué sutil, Tristan.

Mi amiga tira de mí y yo me despido meneando los dedos.

—¿Sabes qué? —dice entre risas.

—¿Qué?

—Ha llovido tanto que han cancelado el evento. Están de vuelta y a punto de llegar. —Se me acelera el corazón—. ¿Quieres que

vayamos a casa de Colter? Me ha dicho que estarán allí.

Me saco el móvil del sujetador, donde me lo había guardado para bailar. Lo que llevo puesto no me dejaba muchas otras opciones. Siento un cosquilleo en el estómago al ver el nombre de Knox en la pantalla: me ha mandado un mensaje hace quince minutos preguntándome qué hago esta noche. No, no, no. Nada de cosquilleos. No tenemos nada serio.

—Pero si solo llevamos una hora aquí…

Me mira confundida.

—Ya, pero Colter y Knox… Pensaba que querrías estar con ellos.

—¿Le has dicho a Colter dónde estábamos?

—Sí. —Frunce el ceño. Con esa expresión, está muy mona.

Le contexto a Knox y, mientras escribo, voy leyéndole el mensaje a Quinn:

—«En una fiesta de pijamas. Me han dicho que os han cancelado el evento por la lluvia. Pasaos por aquí si no tenéis nada que hacer». —Añado la ubicación y pulso el botón de enviar—. Listo. Ya saben dónde encontrarnos.

La miro con ojos suplicantes. No puedo ir corriendo a su encuentro en cuanto vuelve a la ciudad. Eso es lo contrario a no ir en serio.

Por fin cede: se lo veo en la cara. Curva los labios en una sonrisa y se guarda el móvil.

—Sí, vale. Tienes razón. Estoy de fiesta con mi mejor amiga. Colter puede esperar.

—Gracias. —Le doy la mano y se la estrecho.

—De nada. —Se pone recta y le echa un vistazo a la fiesta—. Vale. ¿Cómo deberíamos celebrar nuestra independencia?

Un segundo después, empieza a cantar la letra de «Independent Women» de Destiny’s Child. Sonrío y tiro de ella hacia la planta de

abajo.

Empezamos a jugar al *beer pong* con Tristan y Corey. Quinn es la mejor a los dardos, pero la campeona encestando pelotitas en vasos de cerveza soy yo.

—¿Cómo es posible que en esto tengas tan mala puntería? —le pregunto cuando no le da ni a la mesa, sino a la entrepierna cubierta de rojo, blanco y azul de Tristan.

—¿Qué quieres decir? —pregunta con aire inocente—. Si he dado en el blanco.

Estoy lo bastante achispada como para partirme de risa.

—Se ha pasado de frenada —intenta intervenir Corey, pero Quinn y yo estamos en nuestro mundo, riéndonos como locas, aunque probablemente estemos siendo desagradables con todos los demás.

Nos las arreglamos para ganar la primera partida, pero Tristan es demasiado competitivo para rendirse, así que echamos otra. Es un toma y daca entre él y yo; ni fallamos ni les damos a nuestros compañeros la oportunidad de hacerlo. Es una partida de él contra mí. Lanzo la pelota y la encesto en el vaso que tiene más cerca y luego le sonrío de oreja a oreja. No lo oigo gemir, pero sé que lo hace porque echa la cabeza hacia atrás y se queda mirando el techo. Un vaso más y seré la campeona. Me vuelvo hacia Quinn con los brazos en alto y la descubro buscando a alguien entre la multitud en lugar de admirando mis increíbles habilidades.

—¡Oye, me has dejado colgada! —protesto, pero entonces sigo su mirada y…

El alcohol me ha hecho entrar en calor y me ha desinhibido por completo. Por suerte, la música está demasiado alta como para que se oiga el «¡Hostia puta!» que se me escapa.

Knox me sonríe como si lo hubiera oído de todos modos. Está al otro lado de la habitación, entrando detrás de Colter. Este lleva unos

pantalones de chándal y una camiseta, así que no llama la atención, pero Knox… Knox lleva su atuendo de siempre: unos vaqueros negros y una camiseta. Si no hubiera pasado la noche con él, estaría tentada de creer que no se quita el uniforme negro ni para dormir. Como todo el mundo enseña mucha carne, destaca entre todos los demás. Es el único que no ha seguido el código de vestimenta.

Quinn corre hacia su novio y salta a sus brazos. Él la coge, la besa y luego la vuelve a dejar en el suelo para admirar cómo va vestida.

—Madre mía, cariño. Estás sensacional.

—Sensacional —repito la palabra despacio.

Knox sonríe mientras termina de recorrer la distancia que nos separa.

—¿Qué tiene de malo «sensacional»?

—Nada, si eres una mujer de cincuenta años. —Me lo quedo mirando, impactada porque esté aquí de verdad—. Has venido. —No me contesta. Se limita a sonreírme—. No vas en pijama —observo, por si no se había dado cuenta de su error. Aunque ya es consciente de ello, por supuesto. Estoy borracha.

—Un tío ha intentado impedirle el paso en la puerta, hasta que lo ha fulminado con la mirada —dice Colter, mirando a su amigo con una sonrisa.

—Esperaba no estar aquí mucho rato. —Mira a su alrededor.

—No tienes que quedarte si no quieres. —Me doy la vuelta demasiado rápido, pero me agarro de la mesa y no pierdo el equilibrio. Tristan está observando atentamente la conversación. Su mirada oscila entre Knox y yo. Tiene la pelota en la mano. Me está esperando.

—¿Preparado? —le pregunto.

—Te estaba esperando, Ollie. —Aprieta los dientes y desvía la mirada hacia donde supongo que está Knox.

No sé si estoy decepcionada porque Knox no se haya vestido para la fiesta, como ha hecho Colter. O quizá lo que me duele es que piense que el tema de la fiesta es una tontería. A ver, ha venido, y sé perfectamente que no debe de ser lo que más le apetecía. Ha venido para verme a mí… O porque quería enrollarse conmigo. Porque eso es lo que hacemos. Entrenamos juntos y nos enrollamos. No vamos a fiestas temáticas ni hacemos otras cosas típicas de parejas.

Tristan lanza por fin la pelota. Golpea el borde de un vaso y rebota. Reacciono demasiado despacio, pero una mano aparece ante mí y la coge.

Knox da un paso hacia la mesa. Se ha quitado la camiseta y se ha desabrochado los pantalones. Mientras sostiene la pelota con una mano, con la otra se despoja de los vaqueros y los zapatos. Yo me muerdo el labio para no sonreír demasiado mientras observo cómo se lo quita todo menos los bóxers negros. Me mira y enarca una ceja, como si me estuviera desafiando a hacer algún comentario. Yo no digo nada, pero noto una presión en el pecho.

Ocupa el puesto de Quinn, pero mis maravillosas habilidades en el *beer pong* se ven seriamente mermadas por culpa del chico medio desnudo que tengo al lado. Mi puntería se ha ido a la basura.

Tristan aprieta los dientes, lanza la pelota y la mete en un vaso. Me lo bebo, lanzo la pelota y vuelvo a fallar.

Knox me pilla mirándolo a él cuando debería estar prestando atención a la partida. Da un paso hacia mí y presiona el brazo contra el mío, acariciándome suavemente el muslo.

—¿Te gusta lo que ves, princesa?

—Me gustan muchas de las cosas que veo. —Aparto la mirada y finjo estar mirando a todos los chicos de la fiesta—. Si has visto a un chico medio desnudo, los has visto todos.

—Mentirosa. —Me pone delante de él, apoyando mi espalda en su pecho, y me rodea con los brazos.

Tristan encesta la pelota en el último vaso y Knox, sin soltarme, la saca y se bebe el contenido. Luego lo deja en la mesa y me acaricia un lado de la cara con la nariz—. ¿Otra?

—No, gracias. —Tristan me mira. Tiene los labios apretados. Ni siquiera creo que yo le guste tanto. Lo que le pasa es que odia perder.

Cuando se va, me vuelvo hacia Knox para mirarlo, todavía entre sus brazos. Me da un vuelco el corazón y se me acelera el pulso. ¿En qué estaba pensando? Ahora mismo, no hay nada que desee más que abalanzarme sobre él. Ha venido solo por mí; tal vez eso signifique algo. Tal vez sí que podríamos ser algo.

—Las fiestas de pijamas son más divertidas con una cama, ¿no crees? —le digo.

Esboza una sonrisilla.

—No podría estar más de acuerdo.

Se vuelve a poner los zapatos, coge su ropa y me conduce hasta la salida. Colter y Quinn deciden quedarse un poco más, aunque, teniendo en cuenta que cuando todavía no hemos acabado de subir las escaleras ya han empezado a enrollarse en mitad de la pista de baile, no creo que tarden mucho en seguir nuestro ejemplo.

—El Uber más cercano está a cinco minutos —me informa mirando el móvil—. Lo sabía. Tendría que haber conducido yo en lugar de venir con Colter.

—Tengo el Bronco aquí. —Señalo en la dirección en la que lo he dejado.

Cuando lo ve, aparcado en la calle, da un paso hacia él, pero enseguida se detiene.

—No sé si puedo conducir ese coche.

—¿Por qué no?

—Es rosa.

—¿Y qué? —Me echo a reír. Él me mira y ladea la cabeza—. ¿De verdad quieres esperar cinco minutos más teniendo mi coche ahí delante? —pregunto con los brazos en jarras. Se lo piensa, lo que me hace reír—. Vamos. —Lo cojo de la mano y tiro de él. Abro el coche y me instalo en el asiento del copiloto.

Knox sube. Parece que conducir mi vehículo le genera un verdadero conflicto, y me parece adorable. Por dentro también es rosa. Tiene los asientos rosas, el salpicadero rosa y el cambio de marchas rosa. Soy plenamente consciente de que parece el coche de Barbie. Y me encanta.

—Esto solo lo hago por ti, princesa —dice antes de arrancar.

Me quedo dormida durante el camino. Al llegar a la residencia, Knox me abre la puerta e intenta cogerme en brazos.

—Ya puedo yo —farfullo, y doy varios pasos tambaleándome hasta que acude a toda prisa y me ayuda a no caerme. En fin, tal vez no pueda yo.

Su risa es el único sonido que reverbera por el aparcamiento.

—Qué poca tolerancia al alcohol. ¿Te has emborrachado así con solo unas cervezas?

—¡No estoy tan borracha! —protesto, aunque los dos sabemos que es mentira.

Cuando llegamos a mi habitación, me dejo caer en la cama y miro al techo. Todo me da vueltas.

Noto que el colchón se hunde a mi lado, bajo el peso de Knox, que me tiende un vaso de agua.

—Bébetelo.

Me incorporo y lo cojo, pero me tiro encima más cantidad de agua de la que consigo meterme en la boca. Él se ríe, coge el vaso para

dejarlo en la mesita de noche y desaparece. Espero que no se vaya.

—¡Dame un minuto y estaré lista para que nos enrollemos! —grito.

Como respuesta recibo un silencio. Quiero sentarme, pero me parece demasiado esfuerzo. Y, al cabo de un instante, noto que tira de mí para ayudarme a incorporarme. Knox me sonríe con una expresión casi de ternura.

—Levanta los brazos.

Obedezco incluso antes de entender lo que quiere. Me sube el *bralette* y noto un cosquilleo en la piel en cuanto me toca. A pesar de mi aturdimiento y mi ebriedad, mi cuerpo cobra vida con sus caricias.

—¿Son rosas todas tus posesiones? —Sostiene el sujetador culpable.

—Mira quién habla, el señor sexy que va siempre de negro.

Sonríe de medio lado y me pone una camiseta, tapando mis pechos.

—¿Por qué me estás vistiendo? —le pregunto—. ¿Es que no vamos a…? —Muevo las cejas en lugar de terminar la frase.

—Esta noche no. —Apaga la luz y se sube a la cama conmigo.

Casi por un acto reflejo, me pongo de lado y me acurruco contra él.

—Gracias por venir a la fiesta. Siento haber bebido demasiado.

—A todos nos ha pasado alguna vez. —Me acaricia el pelo y me atrae hacia sí, de forma que termino con la cabeza apoyada sobre su corazón. Sus latidos rítmicos me arrullan.

Me gusta tanto que hasta me duele un poco.

—Te he echado de menos.

Al cabo de un segundo de silencio, contesta:

—Yo también.

Entierro mi sonrisa en su pecho y lo abrazo por la cintura.
—Oye, Knox…
—Dime.
—Esto son arrumacos.

Capítulo veintinueve

Knox

—Ha sido el mejor que te he visto hacer hasta ahora. —Colter levanta el puño para chocarlo contra el mío cuando detengo la moto a su lado. Tiene una enorme sonrisa en la cara, como de costumbre —. Lo estás consiguiendo, tío. Con un mes más, estarás preparado para hacer todo el espectáculo con nosotros. Solo falta que logres sincronizarte con los demás en los trucos grupales.

Me siento genial. Estos tíos me caen bien, y aunque me preocupaba pasarme a *freestyle*, por si los cambios en la técnica tenían algún impacto en las carreras, me parece que ahora corro incluso mejor. Tengo más control sobre la moto y sobre mí mismo, y hace que me duela un poco menos no haber tenido noticias de Mike.

Pensaba que, a estas alturas, alguien me habría llamado, si no Mike, algún otro equipo. Tengo ganas de enseñarle a todo el mundo lo mucho que he mejorado, lo preparado que estoy para la temporada.

—¿Te vas ahora a entrenar con Avery? —pregunta Colter mientras se levanta del asiento, sin soltar el manillar.

—No, esta noche tiene una cena con el equipo.

Me sonríe.

—¿No la vas a ver después?

—No seas cotilla, capullo. Ya tengo bastantes en casa.

Se ríe.

—Creo que hacéis buena pareja.

Lo miro con una expresión divertida.

—¿Quién eres tú y qué has hecho con mi amigo Colter? Hace algún tiempo, eras tú el que se enrollaba con varias chicas cada noche. A tu lado, yo parecía un monaguillo.

Hace una mueca.

—Ya lo sé. Antes de conocer a Quinn era un ligón. Pero he cambiado.

—Parece una tía guay, un poco loca, tal vez. Me alegro por ti. Pero eso de que has cambiado… Venga ya. ¿Me estás diciendo que la próxima vez que estés soltero no irás de flor en flor para recuperar el tiempo perdido?

—Te hablo muy en serio. —Se ríe, pero su tono es sincero—. Estoy bastante convencido de que esto es de verdad. De que es la definitiva y todo eso.

Suelto una carcajada, pero la expresión de él no cambia.

—¿En serio?

—Sí. Estoy ahorrando para encontrar un sitio para mí, para luego pedirle que se venga a vivir conmigo.

—Joder. No tenía ni idea.

Se encoge de hombros.

—Pensaba que quizá…

—¿Qué?

—Pues que quizá Avery y tú ibais por el mismo camino. He visto cómo la miras. Y este fin de semana no te has fijado en ninguna otra chica. Te gusta.

Empiezo a negar con la cabeza y a decirle que Avery y yo no tenemos nada serio, por mucho que me guste, pero algo llama mi atención. Alguien, más bien. No sé si es por la postura, por las

manos metidas en los bolsillos y el pie un poco girado hacia fuera, o si es por la vieja gorra negra que lleva usando desde hace diez años, pero sé que es él al instante.

—¿Qué coño hace aquí?

Colter sigue mi mirada.

—¿Ese es tu viejo?

—No es mi nada.

Conduzco la moto hacia mi camioneta, que es donde está él. Y, sin mirarlo, le pregunto:

—¿Qué haces aquí?

—Había oído por ahí que ahora hacías *freestyle*, pero no me lo creía —me dice con desdén. Ha bastado una frase de su boca para que yo ya esté apretando los puños—. No pensarás dejar las carreras por esto, ¿no? —Señala con desprecio la pista, donde Colter acaba de saltar tras coger impulso en la rampa—. Esto es poco para ti. Sé que te han echado de Thorne, pero no los necesitas. Puedes ganar tú solo.

—Ahórrame el numerito de padre cariñoso y dime qué haces aquí, papá. —Pronuncio la última palabra con todo el desprecio de que soy capaz. No lo llamo «papá» porque se haya comportado como tal, sino para recordarle que nunca lo ha hecho.

—Quería verte, a ti y a tus hermanos. Y sabía que antes tenía que hablar contigo.

Levanto la vista hacia él e intento discernir si va en serio. Tiene más canas por la zona de la sien que la última vez que lo vi, y las arrugas de alrededor de la boca están más pronunciadas. Por el resto, está igual. De todos mis hermanos, yo soy el que más se parece a él.

—Ni hablar.

Se pone rojo, pero consigue controlar su genio. Aun así, sigue

habiendo tensión en sus palabras.

—Hendrick ha vuelto a casa y se ha prometido y tengo entendido que Flynn está a punto de graduarse y que a Archer le va genial con el fútbol. Sé que he cometido errores, que no estuve cuando me necesitabais.

—Nunca te necesitamos. La única que se ocupaba de nosotros era mamá. —Dios, las veces que deseé que apareciera. Se perdió carreras, cumpleaños, vacaciones. Aprendí a no necesitarlo desde bien pequeño, pero tardé mucho tiempo en dejar de desear que estuviera a mi lado. Todavía me acuerdo de la primera vez que gané una carrera. Estaba emocionadísimo por contárselo, pero para cuando volvió habían pasado ya dos meses y me parecía una estupidez.

—Tienes razón. —Esboza una sonrisa triste—. Pero ahora estoy aquí. ¿Es que no cuenta?

—Para mí no.

—Pero tal vez sí cuente para tus hermanos. ¿Sabe Flynn que he intentado verlo durante estos años?

Siento que tiemblo de ira, que se me retuercen las entrañas. No es la primera vez que se presenta aquí asegurando que ha cambiado y que quiere vernos. Por suerte, siempre me las he arreglado para interceptarlo antes.

—No, porque no pienso dejar que juegues con él. No puedes aparecer cuando te dé la gana y fingir que te importa y luego esfumarte. Y una mierda. No te lo pienso permitir. Ni ahora ni nunca.

Flynn ni siquiera se acuerda de cómo eran las cosas cuando papá vivía en casa. No tuvo que llorar su marcha, lo que agradezco. Perder a su madre ya fue lo bastante duro para él.

—Lo único que pido es verlo. Debería poder decidir por sí mismo si quiere hablar conmigo o no. —Pone un papel debajo de uno de los

limpiaparabrisas—. Mi número. Al menos piénsate si dárselo a tus hermanos.

Cargo la moto a toda prisa. No veo la hora de alejarme de él. Cuando abro la puerta de la camioneta, le advierto:

—No te acerques a ninguno de nosotros.



Estoy tan furioso que me hierve la sangre. No puedo quedarme quieto. Me paseo de un lado a otro del salón mientras informo a Hendrick y a Archer sobre lo que acaba de ocurrir. Brogan también está presente. Flynn todavía anda entrenando. He venido directo a casa para hablar con ellos antes de que él volviera.

—Ya me temía que pasaría algo así —responde Hendrick al tiempo que seña para Archer. No siempre tenemos todas nuestras conversaciones también en lengua de signos, pero sí lo hacemos siempre que es importante.

—Hace más de un año desde la última vez que se puso en contacto conmigo. Tenía la esperanza de que hubiera pillado que no lo queremos aquí. —Aprieto los dientes con fuerza.

—¿Qué te ha dicho? —pregunta Hendrick.

—La misma mierda de siempre. Ha pedido perdón y ha dicho que quería vernos a todos.

—¿Ha intentado ponerse en contacto contigo directamente? —le pregunta Hendrick a Archer.

Este asiente y contesta:

—Solo aquella vez. Flynn nunca me ha comentado que se haya puesto en contacto con él.

Estamos en silencio, salvo por la televisión que se oye de fondo,

en voz baja. Están hablando sobre motocross, peo ahora mismo me da igual.

—No podemos seguir ocultándoselo —opina Hendrick.

Esas palabras son como una bofetada.

—¿Se puede saber por qué no?

—Porque ya es lo bastante mayor para decidir si quiere o no tener una relación con papá.

Estoy tan perplejo que no me salen las palabras. Hendrick odia a papá tanto como yo, estoy seguro.

—Odio decirlo, pero estoy de acuerdo con él —interviene Brogan —. No sé si mi palabra cuenta para algo, pero si fuese mi padre el que está intentando ponerse en contacto conmigo, querría al menos saberlo.

Miro a Arch, buscando apoyo. Él siempre es razonable.

—Tal vez tengan razón. —No parece muy contento, pero es evidente de qué lado está.

—¿Me lo estáis diciendo en serio? —Los miro de hito en hito—. ¿Se os ha ido la olla o qué? Ni de coña pienso dejar que vuelva a nuestras vidas.

—Flynn no recuerda toda la mierda que vivimos nosotros —dice Hendrick.

—Exacto. Es el único al que papá no le jodió la vida, y no pienso darle la oportunidad de hacerlo ahora.

Capítulo treinta

Avery

Cuando estoy a punto de meterme en la cama y ver la tele un rato, Quinn grita mi nombre desde el salón.

—¡Dime! —contesto.

No me responde, pero oigo voces. ¿Ha invitado a gente? Voy a la puerta y abro. Knox está en la entrada de nuestro apartamento, saludándome con la mano con una sonrisa.

Hoy he tenido que cancelar nuestro entrenamiento porque tenía una cena con el equipo y estoy tan contenta de verlo que tardo unos segundos en darme cuenta de que le pasa algo. No parece disgustado, exactamente, pero está distinto. Algo no va bien.

Da un paso al frente, tan letal como una pantera. Quinn me sonríe mientras yo me retiro un poco para dejarlo entrar en mi cuarto. Luego cierro la puerta.

—Perdona por venir sin avisar —se disculpa, mirando a su alrededor. Mi habitación está hecha un desastre.

—No pasa nada. —Aparto el ordenador y la libreta de la cama, los pongo en el escritorio y me vuelvo hacia él.

Aún sonríe, pero luce una mirada muy oscura y está tenso de un modo que no comprendo pero que me pone nerviosa, expectante.

—Bien. —Viene hacia mí, me coge en brazos y me besa con fuerza, con dureza.

Yo me deshago contra él, rodeándolo con los brazos y las piernas.

—¿Me echabas de menos? —Sonrío mientras lo beso.

Su respuesta consiste en succionarme el labio inferior. Me apretuja contra la pared; la tiene dura, ya la noto contra mí. Se me acelera el pulso cuando despega la boca de la mía y me besa el cuello. Mientras tanto, desliza una mano por debajo de mi camiseta.

Gime al ver que no llevo sujetador. Me cubre un pecho con la mano callosa y me lo pellizca. Luego se agacha para llenarme el cuello de besos húmedos y apasionados. Me roza un pezón con los dientes y después me lo lame.

Dejo caer la cabeza hacia atrás.

—Echaba de menos tu boca.

—Ah, ¿sí? —Se aparta para mirarme, tan petulante y creído como siempre. Asiento. Se me acelera el corazón al compás de las sensaciones que se despiertan entre mis piernas—. Yo también echaba de menos la tuya. —Me baja el labio inferior con el pulgar y me lo suelta—. Esta boca será mi puta perdición.

Me lleva a la cama y me tira sobre el colchón. Me quita los pantalones cortos y las bragas en un abrir y cerrar de ojos y, en otro, su boca ya está sobre mi coño.

No hace mucho que estamos enrollados, pero se ha aprendido mi cuerpo a conciencia. Estoy a punto de correrme y él sigue vestido de pies a cabeza.

Me incorporo y me las arreglo para quitarle la camiseta.

—Sigues llevando demasiada ropa —protesto. Sonríe y me ayuda a despojarle de los vaqueros y los bóxers. Se queda de pie el tiempo justo para desnudarse, y luego se vuelve a poner encima de mí. Tiene un cuerpo increíble. Los tatuajes, los músculos, el piercing del pezón… Sin embargo, nada me excita tanto como su mirada.

Alargo los brazos hacia él y lo atraigo hacia mí lo suficiente para

besarlo. Podría pasarme horas haciéndolo sin cansarme jamás. Alzo las caderas de forma instintiva, desesperada por acercarme más y más a él. Y, de repente, la punta de su polla se acerca a mi entrada y se cuela, solo un poquito. Ahogo un grito. La sensación es increíble y solo ha sido la punta.

—Mierda, lo siento. —Knox se aparta a toda prisa.

Casi quiero decirle que no pasa nada, que deberíamos hacerlo de una vez, pero me acobardo. Confío en él, pero sé que, si lo hacemos, cuando todo esto termine me dolerá todavía más.

—Espera. —Lo empujo para ponerlo boca arriba y me subo encima de él.

Lo deseo. Me encanta verlo apretar los dientes cuando deslizo el coño sobre su erección. Me restriego despacio contra él varias veces más; él traga saliva, le palpita una vena en el cuello. Veo lo mucho que le está costando contenerse, y eso no hace sino animarme a continuar.

—Si sigues así, me voy a correr —me advierte con voz ronca.

—Yo también. —Me froto con más fuerza.

—¡Ah! ¡Joder!

Me tiembla todo el cuerpo; siento que tengo los brazos de gelatina, pero intento sostenerme. Justo cuando pienso que voy a desplomarme sobre él, toma las riendas: pone las manos sobre mis caderas y me mueve por encima de él. Me deshago gimiendo su nombre con fuerza, con la cabeza enterrada en su piel. Él es más silencioso al alcanzar el clímax, pero tiembla, aferrándose a mí con una fuerza implacable, mientras se derrama sobre mi vientre. Ambos nos quedamos en silencio, intentando recuperar el resuello.

Cojo mis pantalones cortos para limpiarme y voy a buscar una toalla para él. Se pone los calzoncillos y los vaqueros y yo mi chándal preferido. Y entonces nos tumbamos en la cama.

Knox está apoyado en el cabezal. Todavía tiene esa expresión tan extraña, y sé que hay algo más, que existe alguna razón para que se haya presentado aquí, al margen de que tuviera ganas de enrollarse conmigo. Esa máscara que lleva puesta, que protege con tanto celo sus emociones, lo aleja un poco del chico engreído del que me estoy quedando prendada y lo acerca un poco más al capullo que pensé que era el día que lo conocí.

—¿Qué tal tu día? —le pregunto acurrucándome contra su costado. Se me acaba de ocurrir que tal vez esto haya sido una despedida. Se me acelera el corazón; el pánico empieza poco a poco a adueñarse de mí.

—Largo. ¿Y el tuyo?

Trago saliva, a pesar del nudo que tengo en la garganta.

—Bien. Siento haber tenido que cancelar el entrenamiento.

—No pasa nada. De todos modos, al final he estado ocupado con una cosa.

—¿Va todo bien? —No aguanto ni un minuto más con esta incertidumbre. No creo que sea tan frío como para venir hasta aquí, liarse conmigo y luego darme la patada, pero la posibilidad se me pasa por la cabeza.

Primero pienso que va a esquivar la pregunta o que va a hacer como si nada, pero se queda pensativo y en silencio, y, al final, dice:

—Mi padre se ha presentado hoy en la pista.

—Oh. —Siento más sorpresa que alivio. Me cuesta encontrar algo que decir.

—Ya. —Se ríe con amargura.

—¿Viene a menudo?

—No. —Aprieta los dientes—. La verdad es nunca ha estado presente. Mis padres se separaron cuando éramos pequeños y él iba y venía cuando le daba la gana. Y, cuando yo tenía trece o catorce

años, mi madre murió. Cáncer.

—¿Cuidas de Flynn desde los catorce años?

Niega con la cabeza y responde:

—Bueno, más o menos. Justo después de su muerte, sí que hubo una temporada en la que mi padre estuvo en casa. Un año o así. Pero era camionero, por lo que incluso entonces había temporadas en las que nos tocaba arreglárnoslas solos. Luego, a medida que fue pasando el tiempo, empezó a volver cada vez menos a menudo.

—¿Y nadie sabía que estabais solos?

—Aparecía cada dos semanas, más o menos, lo bastante a menudo para que nadie hiciera preguntas. Y nosotros tampoco pensábamos contar nada. No queríamos que nos separaran ni que se nos llevaran los servicios sociales.

Se me encoge el estómago. Antes de cumplir los trece años, mis padres ni siquiera me dejaban quedarme sola en casa. Yo pensaba que era una tontería y me quejaba, diciendo que no necesitaba ninguna niñera. Así que no me lo puedo ni imaginar.

Con no más de dieciséis o diecisiete años, el único que podía cuidarlo era su hermano mayor, y encima tenía tres más pequeños de los que ocuparse. Siento un ramalazo protector por él, lo que es ridículo, porque Knox no me necesita. Ha construido una vida en la que no necesita a nadie.

—Nos las arreglamos —añade, como si pudiera leerme el pensamiento—. Y luego Hendrick consiguió una beca para jugar al fútbol americano. No creo que quisiera dejarnos a nosotros, pero sí escapar de todo aquello, ¿entiendes? —No, no lo entiendo. No me entra en la cabeza. Sin embargo, asiento—. Fue entonces cuando las ausencias de mi padre empezaron a volverse cada vez más largas, hasta que simplemente dejó de venir.

—¿Cómo sobrevivisteis?

—Dejé el instituto y busqué un trabajo. Arch contribuía, y Brogan también. Ni siquiera es mi hermano biológico, pero hizo todo lo que pudo por ayudarnos.

—¿Brogan no es tu hermano de verdad?

—Es mi hermano, sin duda, pero no, no tenemos lazos de sangre. —Sube una mano y la posa sobre la mía, que está sobre su pecho para luego acariciarme los nudillos con el pulgar—. Archer y él son los mejores amigos desde que tengo memoria. La situación familiar de Brogan también era muy complicada. A ver, ni que nuestra familia no fuese disfuncional, pero nos teníamos el uno al otro y contábamos con mamá. Él era hijo único y sus padres pasaban de todo. Nuestra madre lo acogía. Dejaba que se quedase siempre a dormir, le hacía regalos también a él en Navidad y en su cumpleaños… Como si fuera uno más.

Lo rodeo con un brazo y lo estrecho lo más fuerte que puedo.

—Parece que era una mujer maravillosa.

—Sí, molaba mucho. —Apoya la cabeza sobre la mía—. La recuerdo viendo los Juegos Olímpicos por la televisión. Le encantaba la gimnasia femenina. Se habría quedado superimpresionada contigo.

—¿A qué se dedicaba? —le pregunto. Quiero saber más sobre esa madre a la que, salta a la vista, quería muchísimo.

—Era la dueña del Tipsy Rose. Bueno, entonces se llamaba Rosie's Place.

—¿En serio? —Sonrío—. Siempre me había preguntado de dónde venía el nombre.

—Es un guiño a mamá. —Con eso confirma mis sospechas. Desvío la mirada hacia su brazo izquierdo. También explica los tatuajes. Las rosas. Tiene montones de ellas dibujadas en la piel. Me incorporo y lo miro a los ojos—. A mí también me tienes muy impresionado —

confiesa, y siento un cosquilleo en el estómago. No es la primera vez que me halaga, pero esta vez se me antoja más importante. Y algún día quiero que me explique todas las razones por las que lo tengo impresionado, pero ahora mismo no.

—Tú también me tienes impresionada a mí. Hiciste algo muy noble al cuidar de tus hermanos. Al cuidarlos todavía.

Se encoge de hombros, como si no fuese nada. Muy propio de Knox.

—¿Siempre quisiste dedicarte a las carreras? —le pregunto.

—Sí. Tuve que parar durante unos años, por esta razón. No tenía ni el dinero ni el tiempo para viajar a las carreras. Pensaba que aquello se había terminado para mí, y lo había asumido, pero entonces Hendrick volvió a casa y me animó a retomarlo. Me dijo que, si no lo intentaba, me arrepentiría toda la vida. —Su sonrisa me indica que, gracias a todo lo que sufrieron, entre ellos se creó un vínculo irrompible.

Todo lo que pasó lo ha convertido en un hombre maravilloso, en un hombre que está dispuesto a renunciar a todo por la gente a la que quiere. Y eso es muy sexy.

Quiero preguntarle más. Quiero saber, concretamente, qué significa que su padre se haya presentado en la pista, pero Knox me besa con suavidad y me sonríe, y ya no quiero arrastrarlo de nuevo a esos recuerdos tan dolorosos.

—¿Qué haces el domingo? —me pregunta.

—Pues no lo sé, ¿por?

Esboza su sonrisilla habitual.

—Quiero llevarte a un sitio.

—Vale.

No necesito saber adónde. Iría a cualquier lugar en el que estuviera él. Soy absolutamente adicta a sus besos, pero además,

con cada detalle que conozco, más prendada me quedo de él.

Capítulo treinta y uno

Knox

El domingo, cuando Avery aparca delante de casa, me encuentra cargando las motos en la camioneta.

Se le ven los ojos un poco cansados, pero está tan preciosa como siempre. Lleva un top de tirantes blanco, unos vaqueros y un gorrito negro hasta las orejas.

—Ya sé que no te gusta mucho el café, pero no quería presentarme aquí con las manos vacías —dice mientras me tiende uno de los vasos.

—Gracias. —Lo acepto y la beso en los labios.

Echa un vistazo a las motos, que ya están en la parte trasera de la camioneta.

—¿A qué hora llegasteis anoche?

—No era muy tarde. —Anoche volvimos de un evento de *freestyle* en California. Era poco más de medianoche cuando llegamos, así que, técnicamente, estoy cansado, pero lo de hoy me tiene tan emocionado que no necesito cafeína para funcionar.

—¿Quieres que te ayude a descargar? No tengo ni idea de cómo se hace, pero tengo fuerza para levantar peso.

Niego con la cabeza y sonrío. Se cree que las tengo que descargar.

—Puedes ayudarme a descargar cuando lleguemos al sitio al que vamos.

—Un momento. —Esboza una sonrisa de oreja a oreja—. ¿Vamos a montar en moto?

—Sí. —Termino de sujetar la segunda moto.

Ella titubea. Se le desdibuja la sonrisa.

—Pero yo no sé montar en moto.

—Pues menos mal que yo sí.

Durante el trayecto, me cuenta cómo le ha ido el fin de semana y luego nos quedamos en un silencio cómodo. Es bonito estar con Avery. Le gusta mirar por la ventana y admirar el paisaje tanto como a mí. Me descubro queriendo saber más sobre ella, y creo que es porque no necesita ni espera nada de mí, a diferencia de tantas otras personas en mi vida.

—¿De qué parte de Texas eres?

La ventanilla está bajada y el aire fresco de la mañana le azota el pelo alrededor del rostro. Se pone un mechón detrás de la oreja y contesta:

—De un pueblo de las afueras de Houston.

—¿Lo echas de menos?

—Echo de menos a mi familia, pero la verdad es que no echo de menos lo demás. Pero me sabe mal vivir lejos. Mi hermano vino a muchos de mis entrenamientos y de mis competiciones y yo no puedo hacer lo mismo por él.

—Se dedica a la música, ¿no?

Una sonrisa le ilumina el rostro.

—Exacto. Empezó aprendiendo piano, luego, guitarra, y la última vez que hablé con él le estaba rogando a mis padres que le compraran una batería. Mi padre hará que se la pida durante al menos dos meses para asegurarse de que la quiere de verdad, pero al final cederán. Siempre nos han apoyado mucho con nuestros hobbies.

Siento una punzada de dolor. ¿Cómo habría sido crecer en una familia como esa? En general, no suelo permitir que mis pensamientos vayan por esos derroteros. Yo tuve a mamá, que hizo todo lo que estuvo en su mano por cuidarnos. Desear que las cosas hubiesen sido distintas es como pensar que ella no fue suficiente. Y lo fue. Lo fue todo.

Cuando llegamos al destino y empiezo a bajar las motos, la emoción de Avery se transforma en un nerviosismo tímido, casi temeroso.

—Esta es tuya —le digo dando unas palmaditas en la moto rosa y negra—. Por si no era obvio.

Ella la contempla y una parte de su miedo se disipa.

—¿Esta moto es tuya? No me puedo creer que Knox Holland sea propietario de algo que es en parte rosa.

—Y no lo soy. Lo eres tú. —Se vuelve hacia mí con el ceño fruncido—. La he comprado para ti —le aclaro, y entonces me muevo un poco, incómodo, porque está perpleja.

—¿Me has comprado una moto?

—No es que sea nueva ni nada parecido. Se la pillé a Brooklyn y le cambié algunos de los…

Me interrumpe con un beso. No termino lo que iba a decir; ni siquiera me acuerdo de qué era. La boca de Avery es un paraíso.

—Es el mejor regalo que me han hecho nunca —confiesa al separarse de mí—. Me gusta muchísimo, me encanta, pero no puedo aceptarla.

—¿Cómo que no? Es un regalo. Y no me ha costado tanto. Tenía la mayoría de las herramientas y las piezas a mano. —Todavía no parece muy convencida de aceptarla—. Espera a ver el resto de tu equipación. —Le guiño un ojo.

Saco la ropa y el resto de las cosas del asiento de atrás. Rosa y

negro, por descontado.

—Knox, en serio. Es demasiado.

—Qué va. Es lo justo y necesario.

La ayudo a ponerse la chaqueta. Es negra con la cremallera rosa. Los pantalones van a juego. El casco es uno de los míos, pero las gafas de protección y los guantes son completamente rosas.

—¿Te gusta? No creo que cuando el sol esté arriba del todo necesites la chaqueta, pero por la mañana hace frío para montar en moto.

—No me lo voy a quitar nunca —contesta mientras se sube los pantalones. Le quedan grandes, así que se deja los vaqueros, pero todo lo demás le sienta de maravilla.

Mientras ella termina de prepararse, cojo mi equipación. Cuando es hora de salir, vuelve a tener esa expresión de trepidación en el rostro, pero está tan sexy con las botas negras, los vaqueros, la chaqueta, el casco y las gafas que me cuesta concentrarme en nada que no sea ella.

—Menos mal que llevas tantas capas. —Me inclino y le beso la punta de la nariz a través del casco antes de ponerme el mío.

—¿Estoy bien?

—No. Estás buenísima.

Me siento en su moto para enseñárselo todo. Me escucha con tanta atención que siento un escalofrío.

—Vale. —Me echo hacia atrás y doy unas palmaditas en el asiento —. Siéntate para que lo repasemos.

Ella me obedece, poniéndome el culo en la entrepierna. Su pelo rubio, todavía azotado por el viento, me hace cosquillas en la cara. Se lo aguanto con una mano y me inclino por encima de su hombro. No puedo resistirme a besarle el cuello. Nunca he llevado de paquete a nadie en una moto de motocross. En realidad, no son

para eso, pero, de pronto, siento el impulso de dejar la mía aquí y que sea ella quien me lleve por ahí.

Le hago varias preguntas e intento prestar atención para asegurarme de que lo haya entendido todo bien, pero estoy distraído.

—Creo que ya lo has pillado. Daremos una vuelta por aquí hasta que te sientas lo bastante segura para ir por el otro camino.

Se pone de pie para bajar de la moto y, al hacerlo, me planta el culo delante de la cara. Mis manos van a por él por voluntad propia.

Ella se echa a reír y lo pone en pompa, así que le doy un cachete en una nalga. Con lo sexy que está así vestida, voy a tenerla dura todo el día.

Y no me molesta en absoluto.

Capítulo treinta y dos

Avery

Knox me da unas nociones básicas para aprender a usar la moto. Me enseña cómo controlarla y cómo sentarme, lo que no era tan obvio como yo pensaba. Tardo un rato en memorizarlo todo. Monta a mi lado mientras camino con la moto, concentrándome solo en desembragar, en poner los pies en las estriberas y en acelerar un poco para practicar la frenada.

Después de eso, montamos el uno al lado del otro por una zona plana y despejada. Me deja marcar el ritmo a mí, pero resulta que tengo más ganas que nunca de impresionarlo, así que me concentro todo lo que puedo.

No sé cuánto tiempo lleva montando su moto a mi lado cuando por fin empiezo a sentirme cómoda con la mía, pero cuando me arriesgo a mirarlo, veo que luce una sonrisa de satisfacción.

—Lo estás haciendo muy bien. Sígueme, ¿vale?

Asiento a toda prisa. Cuando él toma las riendas y acelera, mi corazón no tarda en seguirle el ritmo. Mira hacia atrás a menudo para ver si estoy bien. Solo me tapa un poco, pero me cuesta apreciar las vistas porque estoy demasiado ocupada intentando no caerme de la moto. Es una pena. Sobre dos ruedas, Knox está como pez en el agua. Todos sus movimientos son expertos y habilidosos, y me encanta que me haya traído hasta aquí para vivir esta

experiencia con él.

Se detiene al final de un sendero. Un poco más lejos hay un camino de gravilla por un lado y un montón de arbustos del desierto por otro.

—Volveremos por la ruta por donde hemos venido. Hacia la mitad del trayecto hay un desvío. Ahí el camino se vuelve más estrecho y tiene algunas partes con muchos baches, pero nos lo tomaremos con calma. Si tienes algún problema, paras o te apartas a un lado y esperas a que regrese a por ti. No te perderé.

Espera a oír mi aprobación.

—De acuerdo —le contesto con una sonrisa, aunque, como llevo el casco puesto, no puede verla.

Sin embargo, me da la sensación de que él también me sonríe a mí. Se pone de pie sobre los pedales y arranca.

—Creído… —murmuro.

Tal y como me ha advertido, el camino es más estrecho y tiene muchos más baches que la carretera en la que he practicado, pero no está tan mal. Al menos, no hasta que llegamos a unas curvas que me obligan a frenar y acelerar constantemente. Knox es paciente y atento, y se vuelve todo el rato para ver si estoy bien. Vamos cuesta abajo, y cuanto más avanzamos, más refresca.

Exhalo de alivio cuando el camino se abre un poco y podemos ir el uno al lado del otro de nuevo. Me giro hacia él, que me indica con un gesto que mire hacia delante.

Y me quedo sin aliento. Desde la carretera se ve un risco en la montaña del que baja una cascada. Knox se acerca un poco más al acantilado y se detiene. Yo paro a su lado y me levanto las gafas.

—Mola, ¿verdad?

—Es precioso. No tenía ni idea de que existía.

—Casi nadie lo sabe. Está bastante lejos de la universidad, así que

solo vienen lugareños, senderistas o *riders*. Es aún más bonito en verano, después de la temporada de monzones.

Contemplo las hermosas vistas unos segundos más y luego lo miro a él.

—Gracias por haberme traído aquí.

—De nada. —Baja la cabeza hacia la moto—. ¿Qué tal el viaje?

—Sigo de una pieza —bromeo.

—Tienes madera de motera.

—No lo creo, pero es divertido, aunque no pueda ir muy rápido ni hacer los truquitos que haces tú.

Revoluciona el motor de la moto como para darme la razón. Si eso intentara hacerlo yo, seguro que soltaría el freno sin querer y acabaría precipitándome por el acantilado.

—Pues si puedo hacer esos truquitos es gracias a ti.

Eso es una mentira bien gorda. Habría encontrado otra forma de conseguirlo. No hay nada que Knox no pueda hacer; es demasiado terco.

—Lo digo en serio —insiste—. Te debo mucho.

—Puedes pagarme haciendo verticales sin camiseta.

—Eso está hecho. —Me guiña el ojo y se inclina hacia mí como si fuese a besarme, pero ha de conformarse con golpear suavemente su casco contra el mío.

Gira la moto, la aparca y me indica que haga lo mismo. Nos quitamos los cascos y las gafas y lo dejamos todo ahí. Me coge de la mano con firmeza antes de empezar a bajar por la empinada ladera que lleva hacia el final de la montaña por un camino bastante bien delimitado. La cascada cae en una poza rodeada por enormes rocas por las que es bastante difícil pasar.

Knox se encarama a una de las rocas más grandes, se vuelve y me coge de las dos manos para ayudarme a subir. Luego se sienta

con las piernas colgadas hacia delante.

—Esto es impresionante. —Me siento a su lado, imitando su lenguaje corporal.

—Es uno de mis sitios preferidos de todo Valley —comenta contemplando la cascada.

—Así que a Knox Holland le gustan las cascadas. ¿Quién lo iba a decir?

—Las cascadas son alucinantes. —Tiene la cara sucia y el pelo alborotado. Es una mezcla perfecta y sexy entre un motero malote y un chico dulce y juguetón.

—¿Cuáles son los otros? —le pregunto mientras me paso una mano por el pelo. Acabo de caer en la cuenta de que seguro que estoy tan sucia y despeinada como él.

—¿Los otros qué?

—Tus otros sitos preferidos.

—Ah. —Se inclina un poco hacia atrás y ladea la cabeza para mirarme—. La pista donde entreno, el Tipsy Rose… Supongo que mis otros sitios de Valley preferidos son menos emocionantes.

—¿Y fuera de Valley? Has viajado mucho por las carreras.

—Al final todos los circuitos te empiezan a parecer iguales. En realidad, no me importa mucho dónde esté, siempre que tenga mi moto.

Pongo una mano detrás de mí para recostarme, como él. Las puntas de nuestros dedos se tocan.

—Yo tengo una barra preferida. —Me mira con una ceja oscura enarcada en una expresión interrogante—. En el gimnasio al que iba antes, cuando vivía en casa. Era perfecta. Su posición en el gimnasio, la sensación bajo los pies y las manos… Solía tumbarme encima solo para pensar, o para visualizar mis rutinas.

—La verdad es que pensaba que eran todas iguales.

Ahogo un grito, haciéndome la indignada.

—¿Son todas las motos iguales?

—Tienes razón. —Se desliza un poco hacia delante y salta de la enorme roca en la que estábamos sentados, desapareciendo de mi vista.

—¿Estás loco? —chillo. Me acerco al borde con cuidado para asegurarme de que no se haya matado. Me lo encuentro de pie, sonriéndome. El agua le llega a los tobillos.

—Seguramente —contesta. Ahueca las manos y las mete en el agua. El agua helada. Y sé lo fría que está porque después de mojarse un poco la cara y el pelo, empieza a salpicarme a propósito.

Chillo otra vez y retrocedo.

Cuando me atrevo a asomar de nuevo al otro lado, parece encantado consigo mismo. Me tiende la mano.

—¿Me vas a tirar agua otra vez? —le pregunto antes de aceptársela.

—Sí. Pero aquí abajo me la puedes devolver.

Deslizo la palma de la mano en la suya. Tiene los dedos congelados. Cuando bajo las piernas por el borde, acerca la otra mano a mi cintura y me baja al agua poco profunda. Y yo la pateo de inmediato para mojarlo. Lo hacemos varias veces, riendo y chillando, hasta que Knox me rodea la cintura con un brazo y me atrae contra su pecho firme. Me besa; tiene la boca caliente y me olvido de todo lo que no sea él, del frío y de todo lo que nos rodea. Podríamos estar metidos en lava y creo que me quemaría de mil amores si así pudiera besar a Knox un segundo más. Hay algo especial en él; nunca tengo suficiente.

—¿Estás lista para volver? —me pregunta cuando paramos de besarnos.

—Supongo… —Me gusta estar aquí, lejos de todo y a solas con él.

No quiero que termine.

Me sonríe, como si supiera exactamente cómo me siento.

Subimos caminando a buscar las motos. Esta vez, me resulta más natural ir a lomos de ella, y cuando remontamos la colina me las arreglo para seguirle el ritmo a Knox sin ralentizarlo demasiado. Me había dado la sensación de que nos habíamos alejado más de lo que lo hemos hecho en realidad, y cuando llegamos a la camioneta todavía no me siento preparada para marcharme de aquí.

Sube primero mi moto y la sujeta.

—Ha sido muy divertido —comento mientras me quito la chaqueta. Ahora que estamos al sol y lejos del agua, hace mucho más calor.

—¿Y por qué tienes esa cara tan triste? —pregunta volviéndose hacia su moto.

—Porque ya se ha terminado —protesto. Él echa la cabeza hacia atrás y suelta una carcajada—. ¿Volverás a traerme algún día?

—Siempre que quieras. —En lugar de meter su moto en la caja de su camioneta, se sube y arranca—. Sube, princesa —me pide mientras se pone el casco y me pasa el mío.

No vacilo casi ni un segundo. Obedezco sin cuestionarlo. Él me mira de arriba abajo, fijándose en los vaqueros, el top y el casco, y sonríe.

—Agárrate fuerte —me advierte.

Y entonces arranca. Acelera enseguida, y yo me agarro fuerte a su cintura. Sé queda en el camino más ancho y más liso, pero estar aferrada a él mientras conduce la moto como un experto es tan emocionante… Me duele la cara de tanto sonreír.

Entonces para la moto y baja los pies al suelo. Con un brazo musculoso, me rodea la cintura y me pone delante de él, para que estemos cara a cara sin bajar de la moto. Ahora estoy sentada a

horcajadas sobre el asiento y sobre él.

Si no lleváramos puestos los cascos, lo besaría hasta hacerle perder el sentido. Y, por cómo me mira, creo que él está pensando en lo mismo. Revoluciona el motor y, de forma instintiva, me abrazo a él para no caerme. Y así es como conduce ahora, conmigo mirando hacia atrás y el pecho pegado al suyo. El corazón me da saltos de alegría. Me siento libre, como si no pesara nada, y a la vez también me siento segura.

Coge velocidad y hace un caballito que me hace chillar de la impresión. Y estoy segura de que noto cómo vibra su pecho cuando se ríe de mí.



Cuando llegamos a su casa, los vehículos que suelen estar aparcados delante han desaparecido. Todo está tranquilo, al menos, por lo que se ve desde la calle. El silencio supone un fuerte contraste con el escándalo que había la última vez que vine.

—¿Dónde están todos? —pregunto, abrazada a mi nueva chaqueta de motera.

—Flynn tenía entrenamiento, Hendrick debe de estar en el bar, y no sé dónde andarán Archer y Brogan. —Se pasa una mano por el pelo—. Un momento de paz y tranquilidad, por una vez.

Rodea la camioneta y me frota la mejilla con el pulgar. Yo sigo el movimiento con la mirada y me sonrojo.

—Estoy hecha un desastre. —Estoy llena de polvo. Los vaqueros se han llevado la peor parte, pero me he mirado en el retrovisor de su camioneta y sé que la cara y el pelo también han sufrido las consecuencias—. Debería volver a la residencia y ducharme.

—Puedes ducharte aquí.

—Pero no he traído ropa para cambiarme.

—Puedes coger lo que quieras de la mía. Las camisetas están en el primer cajón y los pantalones cortos y los de chándal en el último de la derecha. Aunque seguro que ya te acuerdas, de cuando estuviste fisgoneando.

—Hum… —Me pongo una mano en la barbilla y miro hacia arriba, como si estuviese sumida en mis pensamientos—. ¿Qué me pondré? ¿La camiseta negra o la otra camiseta negra?

Sonríe; que me meta con él le hace gracia; no le molesta en absoluto. Me da un beso y se aparta.

—Dúchate tú primero. Yo voy a descargar las motos.

Me dirijo hacia la puerta.

—No creo que tu ropa interior sea de mi talla.

La coge al vuelo.

—Pues no te pongas.

En el interior de la casa reina un silencio casi espeluznante, aunque las pruebas de que aquí viven cinco hermanos están por todas partes. Batidoras de proteínas vacías en la encimera de la cocina, material de todo tipo para hacer deporte… Y zapatillas: pares y más pares de deportivas por todas partes.

Cuando llego a la habitación de Knox, cojo una camiseta limpia y un pantalón de chándal y los llevo al baño adyacente. Suelto una carcajada al ver mi imagen en el espejo. Las puntas de mi cola de caballo ya no son rubias, sino marrones, y tengo churretes por toda la cara, alrededor de los ojos y en el cuello. Quitarme los vaqueros es toda una gesta. El polvo los ha dejado rígidos y se han enganchado a la piel como si estuviesen hechos de pegamento. Los doblo, los dejo encima del mueble del baño y entonces me quedo ahí, contemplando mi reflejo, mientras mis pensamientos rebotan de

un lado a otro a toda velocidad, como una máquina de pinball.

Hoy ha sido el mejor día que puedo recordar en… siglos. Conducir la moto de motocross ha sido divertido, pero ni por asomo la mejor parte.

Lo mejor ha sido Knox.

Inesperadamente dulce, leal, más terco que nunca. La persona más generosa que he conocido en la vida. Me ha comprado una moto. ¡Una moto rosa! Aunque no fuese cara y ya tuviera muchas de las piezas…, me la ha regalado porque quería hacerme feliz. Creo que nunca me habían hecho un regalo tan especial.

Siento un cosquilleo nervioso en el estómago. Me lavo la cara y el cuello a toda prisa, cojo lo que necesito de la mesita de noche y vuelvo al garaje.

Knox se ha quitado la camiseta. Ya ha guardado mi moto en el garaje, y ahora está en la camioneta soltando las cuerdas que sujetan la suya. Lleva los pantalones de motero bajos, a la altura de las caderas, y se le marcan los músculos de la espalda mientras se mueve.

Mira hacia atrás cuando me oye acercarme. Sus ojos de color avellana echan chispas cuando me ve con el top blanco y las bragas negras.

—¿Te acuerdas del día que fuimos a la pista y te vi correr?

—Sí. —Deja olvidada la moto y baja de un salto de la camioneta.

Me dirijo adonde tiene aparcada la moto de carreras, en un lado del garaje, y acaricio el asiento con una mano.

—Te dije que haría todo lo que tú quisieras. —No lo estoy mirando, pero noto el peso y el ardor de su mirada—. Y tú me contestaste algo parecido a «es peligroso que me digas eso. Te…».

—Te tendría doblada contra la moto tan rápido que no sabrías ni por dónde te da el aire —termina él.

Me vuelvo, me apoyo en el cuero frío del asiento y le enseño el preservativo que he robado de su mesita de noche.

—¿Sigues queriendo eso?

El corazón me late desbocado. Se acerca a mí con pasos lentos y controlados. Lo único que lo delata es la avidez de su mirada.

Cuando por fin llega hasta mí, me coge el preservativo de la mano y se lo mete en el bolsillo.

—Creo que ya hemos comprobado que no necesito un preservativo para follarte hasta dejarte tonta.

Me coge de la cadera con una mano y me besa con presteza. Cuando me mordisquea el labio inferior, un millón de mariposas echan a volar en el interior de mi estómago. Todo lo que siento se me antoja enorme, difícil de cuantificar, pero lo vierto en mis besos y en el modo en que me aferro a él, intentando acercarme hasta lo imposible. Quiero más, más, más…

Me da la vuelta, de forma que quedo de espaldas a él, y luego me obliga a bajar hasta que quedo con la barriga apoyada en el asiento y el culo levantado en el aire. Todas las razones que tenía para no acostarme con él me parecen irrelevantes. Después de que Nolan me engañase, no quería confiar en nadie. Estaba asustada, quería proteger mi corazón. Pensaba que había sido por mi culpa. No que me engañase, sino no haber logrado conocerle bien, no haber visto cómo era.

Quizá no llegué a conocerlo o quizá solo vi lo que quise ver, pero Knox nunca ha intentado esconder quién es. Siempre ha sido honesto conmigo, incluso cuando no me ha gustado lo que tenía que decirme.

Confío en él. Me ha ganado día tras día, enseñándome tanto lo bueno como lo malo.

Me acaricia con suavidad la espina dorsal y luego su boca

desciende hasta mi hombro. El gemido que se escapa de sus labios vibra contra mi piel sensible. Luego desliza los labios hasta mi cuello y me lo besa, me lo chupa y me lo mordisquea hasta que estoy jadeando y frotando el culo contra él.

Ya noto lo dura que la tiene, aunque no se haya quitado los pantalones.

—No sabes las ganas que te tengo. —Las palabras suenan susurrantes, jadeantes.

Mete un dedo bajo el elástico de las bragas, me las baja y se agacha para acabar de quitármelas. De pronto, me pongo nerviosa. Su camioneta impide que nos vean desde la calle, pero si sus hermanos llegan a casa o si alguien se pasara por aquí, me verían desnuda de cintura para abajo y con el culo levantado.

Pero cuando Knox me abre las piernas y gime de nuevo, deja de importarme.

—Eres perfecta, joder. —Me acaricia una nalga con los labios y se sube una de mis piernas al hombro. Esta nueva postura hace que la entrepierna me tiemble de expectación. Desliza los dedos largos y callosos por mi abertura y por mi clítoris, hacia arriba y luego hacia abajo, con ademán lento y provocador—. Voy a hacer que te corras, princesa. No te preocupes. Llevo todo el día pensando en este coño.

Me arde el cuerpo entero y, justo entonces, me mete un dedo. Gimo como respuesta.

—Knox… —empiezo a decir, pero ahogo un grito cuando me mete dos dedos más, dilatándome. El placer me golpea una y otra vez. Me cuesta pensar; soy incapaz de formar palabras.

Y cuando siento el calor de su boca, me rindo. Dejo de intentarlo y permito que las sensaciones me embarguen. Mantiene el ritmo con los dedos y alterna entre chuparme y mordisquearme. Yo me froto contra su cara, buscando el orgasmo sin vergüenza alguna. Sin

embargo, hoy no tengo suficiente con eso.

—Te quiero a ti —le digo con voz ronca—. Lo quiero todo. Fóllame hasta dejarme tonta.

Se detiene. Me incorporo un poco y lo miro.

—¿Estás segura?

—Segurísima. —No se mueve y me pregunto si tal vez lo habré hecho esperar tanto que ya no le apetezca hacerlo conmigo, así que añado—. Si todavía quieres.

Enarca las cejas de forma casi cómica.

—Princesa, llevo soñando con follarte desde la primera vez que te vi con ese vestidito rosa y las zapatillas blancas.

—¿En serio?

Me mira a los ojos, y cuando pronuncia la frase siguiente, en ellos no hay ni rastro de fanfarronería ni provocación.

—En serio, Avery. Lo deseé ese día y todos los días desde entonces.

Me da un vuelco el corazón al oír su confesión. Y, en un segundo, paso de estar doblada encima de su moto a estar entre sus brazos, mientras me besa con más pasión de la que me ha besado nunca. Lo siento en todas partes. Mis manos vagan por su pecho y por su abdomen y luego siguen bajando; le desabrocho los pantalones y se los bajo. Suelta un gemido cuando le rodeo la base de la polla con los dedos. Me da la vuelta y me pone sobre la moto, como si no pudiera esperar más.

El corazón me late desbocado mientras espero. Oigo el sonido del envoltorio del condón al romperse, y también el de nuestros jadeos. Casi no puedo soportar la expectación.

Me quedo sin aliento cuando me roza el coño con la punta de su polla.

—Agárrate fuerte, princesa. —Me penetra y pongo los ojos en

blanco. Mi cuerpo se estira para acomodarlo. No me ha metido más que unos pocos centímetros, pero es increíble. Me siento tan llena, tan completa…—. Qué estrecha —murmura con la voz entrecortada mientras sigue penetrándome más y más. Cuando por fin la tengo entera dentro, ambos nos quedamos quietos.

—Qué grande —contesto.

Me la saca y vuelve a penetrarme varias veces hasta que puedo recibirlo sin problemas. Nuestros movimientos aún son lentos y controlados, pero noto que el orgasmo se acerca rápidamente. Knox se inclina sobre mí y me gira la cara con una mano para poder besarme mientras está enterrado dentro de mí. Es tan sensual y reconfortante que casi se me saltan las lágrimas.

Separa la boca de mis labios y me muerde justo donde el cuello y el hombro se encuentran. Acelera sus movimientos, embistiéndome cada vez más fuerte.

No me puedo creer que me haya contenido durante tanto tiempo. Podríamos llevar semanas haciendo esto. Es aún más increíble de lo que imaginaba.

Cuando empiezo a gimotear y a gritar su nombre, Knox me aprieta las nalgas, clavándose aún más en mí.

—¿Te vas a correr en mi polla, princesa?

—Estoy a punto, pero me gusta tanto que no quiero que se termine…

—No te preocupes. No pienso parar hasta que pierdas la cuenta de las veces que te has corrido. —Y entonces empieza a embestirme tan rápido que grito, que lo aprieto tanto que le cuesta meterla y sacarla.

Y, antes de que me dé tiempo siquiera a recuperar el resuello, me golpea otra oleada de placer.

—Avery… —Knox pronuncia mi nombre con voz grave y ronca. Se

me nubla la vista, veo estallidos blancos de placer; y tras corrernos ambos nos quedamos inmóviles. Me tiemblan las piernas; agradezco tener algo que me sostenga.

Nos quedamos quietos unos segundos, recobrando el aliento. Knox desliza las manos por mi cintura y apoya la frente en mi espalda. Siento que me besa la columna vertebral con dulzura.

Cuando me la saca y se va a tirar el condón, me esfuerzo por volver a sentirme las piernas.

—¿Estás lista, princesa? —pregunta volviendo hacia mí. Sigue con los pantalones puestos, aunque estén desabrochados.

—¿Para qué?

Esboza una sonrisilla y me coge en brazos.

—No pensarás que ya he terminado contigo, ¿no?

Capítulo treinta y tres

Knox

—¿Me estás escuchando? —me pregunta Avery, y yo despego la vista de sus piernas para mirarla a los ojos.

—Pues claro. —Pone los brazos en jarras—. Que apriete la barriga, que lo haga lento y controlado y blablablá.

No tengo ni idea de si es eso lo que ha dicho, pero es una apuesta segura.

Avery se echa a reír y Hope se une a ella.

—Estás muy pillado —comenta, entre irritada y admirada.

Avery nos ignora a los dos.

—Necesito practicar mi rutina en la barra, así que confío en que no os metáis en líos si os quedáis solos.

Le miro el culo mientras se aleja y vuelvo a ponerme con las anillas. Hope está entrenando saltos, pero entre intento e intento, se sienta en una colchoneta que hay junto a las anillas a charlar conmigo. Habla todo el tiempo, así que no me hace falta decir mucho. Estoy tan acostumbrado a Flynn y a sus silencios, que resulta un cambio agradable.

Me habla sobre gimnasia, sobre el chico que le gusta, sobre que sus padres están preocupados porque pasa demasiado tiempo practicando este deporte y no le da ninguna oportunidad a otras actividades… Y, de repente, se aísla de todo lo que la rodea, echa a

correr y salta en el trampolín. Gira ese cuerpecito por encima del potro y aterriza de pie. Es impresionante.

He decidido tomarme un descanso y mirar el entrenamiento de Avery en la barra. Tras el último salto, Hope viene y se sienta en la colchoneta, a mi lado.

—Está preocupada —me dice.

—¿Quién? ¿Avery?

—Sí. Su primera competición es el fin de semana que viene.

—A mí me parece que está preparada —contesto, dirigiéndole a Hope una mirada interrogante. No quiero meterme donde no me llaman, pero no acabo de entender por qué Avery está preocupada. Es una bomba. La he visto ejecutar esta rutina montones de veces y siempre la clava.

—Y lo está —contesta Hope, pero su tono de voz me indica que no me lo está contando todo.

Cuando mi hora de entrenamiento está llegando a su fin, me acerco a Avery, que sigue practicando en la barra.

—¿Ya es la hora? —pregunta al verme.

—Más o menos. Me apetecía ver a una experta en acción antes de irme. —Se sienta en la barra. Me dedica una sonrisa no muy distinta a otras que he visto en ella, pero recuerdo lo que ha dicho Hope y me pregunto si no será un mecanismo de defensa, para que nadie se dé cuenta de que en realidad no está feliz—. Hope me ha dicho que tu primera competición es la semana que viene.

—Sí, el sábado. —Exhala con fuerza.

Apoyo las manos en la barra, al lado de donde está sentada.

—¿Estás con los nervios y la emoción de la primera carrera de la temporada?

—Sobre todo nervios —admite.

—¿Por qué?

—Hace nueve meses que no compito. Desde que me lesioné la rodilla.

—Pero ahora está bien, ¿no?

Asiente distraída.

—Sí, me la noto bien.

—Estás preparada. Te he estado observando.

—O sea, que me has estado mirando las tetas y el culo mientras entrenaba, ¿no?

Me echo a reír.

—No te voy a mentir, eso también lo hago a menudo.

Deja caer las piernas a un lado y balancea los pies hacia delante.

—Pero todavía no me la noto como siempre. Vacilo antes de las salidas y a veces me tambaleo un poco en los giros.

Me pongo entre sus piernas y apoyo las manos en sus muslos desnudos.

—A veces necesitas la adrenalina de la competición para perfeccionar esos detallitos.

Asiente, como si estuviese reflexionando sobre eso.

—Tal vez tengas razón. Antes no me estresaba tanto.

—Pues claro que tengo razón. Yo siempre tengo razón.

Pone los ojos en blanco.

—Es solo que…

—¿Qué es lo que te preocupa en realidad? —le pregunto al ver que se queda encallada intentando dar voz a sus cavilaciones.

—¿Y si nunca recupero esa sensación? ¿Y si lo de los Juegos Olímpicos fue un golpe de suerte y nunca logro competir otra vez a ese nivel? No sé si podría seguir con esto. Me encanta, pero prefiero abandonar a seguir compitiendo convertida en una versión descafeinada de la gimnasta que solía ser. —Exhala con fuerza. Tiene los ojos azules llenos de angustia.

La cojo de la mano y entrelazo sus dedos con los míos.

—No fue un golpe de suerte. Tu éxito no fue por pura potra, te lo ganaste porque trabajas duro y porque tienes un montón de talento. He visto tu dedicación, día tras día. Lo conseguirás. —Asiente, pero no parece muy convencida—. Vamos —propongo.

—¿Adónde?

—Tengo que pasar por casa un rato, pero luego podemos ir adonde tú quieras.

Me da la sensación de que lo que quiere es quedarse en este gimnasio para siempre o hasta que logre ejecutar su rutina tal y como pretende, pero la levanto de la barra sin darle tiempo a protestar.

—Si de verdad quieres seguir practicando cuando te haya dado de cenar, te traeré de vuelta y me pondré a hacer verticales o algo así mientras tú entrenas. —Curva los labios en una débil sonrisa—. Hasta me quitaré la camiseta, para motivarte más.

Y, por fin, una sonrisa sincera le ilumina el rostro. Y yo haría cualquier cosa porque no se le borrara.



Flynn está sentado a la mesa haciendo los deberes mientras yo me encargo de la cena. Hendrick sigue en el bar y Archer y Brogan todavía no han vuelto de entrenar, pero llegarán de un momento a otro.

Avery se lava las manos y pregunta:

—¿Qué puedo hacer?

—Nada, princesa. Tú descansa.

—Cállate. No pienso quedarme de brazos cruzados mientras tú me

haces la cena.

—Vale, vale… ¿Quieres cortar esa cebolla?

Coge la tabla y un cuchillo y se pone manos a la obra mientras Flynn y yo charlamos sobre cómo le ha ido el día. Dentro de poco empieza la temporada de visitas a universidades y tengo que hablar con Colter para asegurarme de que ninguna de ellas coincida con las citas de *freestyle*.

—¿Cuál es tu primera opción? —le pregunta Avery, levantando la vista de la tabla de cortar.

—Houston —contesta enseguida.

—¿De verdad? —pregunto yo. No sabía que tuviera preferencias. Siempre que hablamos de la universidad decía que iría donde pudiera jugar.

Él asiente y se sonroja.

—Yo me crie cerca de allí. Muchos de mis compañeros del instituto fueron allí, y tengo una amiga que va allí. Bueno, llamarla amiga quizá sea demasiado generoso. Entrenaba con ella antes de los Juegos Olímpicos.

Flynn y yo intercambiamos una mirada, ambos con una expresión divertida.

—¿Qué pasa? —La voz de Avery adopta unas notas de incertidumbre. Nos mira primero a uno y luego al otro—. ¿Estoy metiendo las narices en una conversación familiar?

—¿Qué? ¡Qué va! —Suelto una carcajada, lo que la confunde todavía más.

—¿De qué te ríes? —pregunta, poniéndose una mano en la cadera.

—No es nada. Es que has dicho «entrenaba con ella antes de los Juegos Olímpicos» como si eso fuera lo más normal del mundo.

—Ah.

Parece más avergonzada que si le hubiera dicho que sí, que estaba metiendo las narices en una conversación familiar que nada tenía que ver con ella. Aunque no habría sido capaz de bromear con eso sin soltar una carcajada.

Sin dejar de reírme, me acerco a ella y la beso en los labios con suavidad.

—Eres una pasada, princesa. Tienes que estar orgullosa.

Se derrite con mis atenciones de inmediato, y he de recurrir a toda mi fuerza de voluntad para apartarme antes de olvidarme de la cena e incendiar la casa. Lo que me recuerda que Flynn está aquí.

Me arriesgo a mirarlo mientras recupero la compostura y, como sospechaba, nos está observando con expresión de curiosidad. Carraspeo y le digo a Avery:

—Ya sigo yo.

—¿Seguro?

—Sí, sí.

Va al otro lado de la encimera y se sienta al lado de Flynn.

—Bueno, ¿y por qué Houston?

Doy por hecho que se va a encoger de hombros o contestar que no lo sabe, pero contesta:

—Acaban de contratar a un entrenador especializado en lanzamientos, Luka Champe. Era el lanzador de relevos de los Diamondbacks en los primeros dos mil, pero se lesionó el hombro y jugó solo durante unas pocas temporadas. Se retiró y desapareció una temporada, pero hace unos cinco años aceptó un trabajo de entrenador en una universidad muy pequeña y en dos años llevó a un equipo mediocre al campeonato nacional. Mataría por jugar para él.

—Luka Champe… —repito el nombre despacio—. Creo que me acuerdo de él. Tenías su tarjeta enmarcada encima del escritorio.

Parece darle vergüenza que me acuerde de eso, pero asiente.

—¿Vas a ir a ver la universidad? —le pregunta Avery.

—Qué va. Está demasiado lejos. —Flynn niega con la cabeza y juguetea con un boli que tiene en la encimera.

—Podríamos organizarnos para ir algún fin de semana —le ofrezco mientras repaso mentalmente mi agenda. No quedan muchos fines de semana libres hasta el comienzo de la temporada de motocross.

Y Flynn también debe de saberlo, porque no insiste.

—¿Y qué otras universidades tienes en mente? —le pregunta Avery—. A mí me encantó ir a verlas. Fui a tantas que mis padres me suplicaron que eligiera de una vez.

Flynn y ella siguen hablando del tema mientras yo preparo la cena. O está embelesado con ella o le gusta mucho charlar sobre universidades, pero habla más de lo que le he oído decir de golpe en… De hecho, nunca lo había oído hablar tanto.

Brogan y Archer llegan justo cuando estoy sacando las enchiladas del horno. Avery vuelve a la cocina y me pregunta dónde están los platos y los cubiertos. Pone la mesa y, aunque todos la miramos un poco incómodos, nadie es capaz de decirle que casi nunca comemos en la mesa. En lugar de eso, cenamos los cinco juntos mientras ella lleva casi todo el peso de la conversación.

Me he convertido en Flynn. Apenas encuentro mi voz; me dedico a verla interactuar con mis hermanos. En general, a la gente le resultamos bastante abrumadores, pero ella parece sentirse totalmente cómoda, aunque Flynn se llena la boca de enchiladas y Archer se va a buscar otra bolsa de nachos cuando nos terminamos la segunda. Se la lanza a Brogan, que está al otro lado del salón, como si fuese un balón de fútbol americano, y ella ni se inmuta. Si el caos que la rodea la incomoda, lo disimula de maravilla.

Mis hermanos se esfuman en cuanto terminan de cenar. Avery y

yo somos los últimos en volver a la cocina a meter los platos en el lavavajillas. Sin mediar palabra, limpia la encimera mientras yo guardo las sobras en una fiambrera para Hendrick.

Hasta que no terminamos, no me percato de que la preocupación que sentía antes ha vuelto a asomar tímidamente a su rostro. Sonríe, pero cuando cree que no miro, se muerde la uña y pone esa mirada perdida y distante.

—Gracias por echarme una mano. —La abrazo por la cintura. No me ha molestado que me ayude y eso que siempre me molesta que la gente me ayude.

—Gracias por hacerme la cena. Eres un buen cocinero.

Suelto una risita.

—Me apaño.

—No me digas que el creído de Knox Holland es modesto con sus habilidades en los fogones… —se burla, llevándose una mano al cuello en un gesto dramático.

Y entonces me adueño de su boca, como llevo deseando hacer toda la noche. Ella me rodea el cuello con los brazos y se apretuja contra mí. Lo único que quiero es llevármela a mi cuarto y quedarme allí con ella toda la noche.

—Oye… —le digo al separarme de sus labios, contemplando el rubor de sus mejillas y sus labios carnosos—. ¿Quieres volver al gimnasio?

Se le iluminan los ojos, pero disimula enseguida.

—¿Por qué?

—Estaba pensando que no me vendría mal otra sesión de entrenamiento. Antes estaba un poco distraído.

—¿Te refieres a que estabas demasiado entretenido mirándome el culo para concentrarte?

—Evidentemente.

Se ríe.

—No hace falta. Me las arreglaré, como tú has dicho. Estoy segura de que me preocupo por nada.

Pero se preocupa.

—A mí me ha pasado muchas veces. Si este fin de semana tuviera una carrera, querría estar en el garaje trasteando con la moto o en la pista.

Se muerde el labio inferior.

—No hace falta que vengas, pero gracias por entenderlo. ¿Te escribo luego?

—Sí, me parece bien. Debería estar un rato con Flynn, a ver si encuentro un hueco para llevarlo a Houston.

—Eres un buen hermano. —Me da un beso en los labios y me entran ganas de suplicarle que se quede, aunque no lo hago. Lo que sí me acompaña durante el resto de la noche son sus palabras.

Capítulo treinta y cuatro

Avery

El sábado vamos a la Universidad Lakeshore para la competición de gimnasia. Es un viaje de menos de dos horas, así que viajamos en un autobús alquilado. Llegamos temprano, para que nos dé tiempo a prepararnos y a calentar.

Casi todas las competiciones universitarias se celebran en la cancha de baloncesto de la universidad anfitriona. Colocan las colchonetas y los suelos específicos encima y disponen el resto de materiales y aparatos en las cuatro esquinas del gimnasio.

El tamaño y la disposición son siempre muy parecidos, así que debería sentirme como en casa, pero todo es distinto. El suelo elástico es verde en lugar de azul, y se me antoja más duro que el que acostumbro a utilizar, y la barra está fría y me resulta desconocida cuando la acaricio antes de calentar.

Soy una gimnasta *all around*, y suelo competir para la Valley U en las cuatro disciplinas, pero esta vez la entrenadora Weaver me está haciendo competir solo en barra de equilibrio. Intento que eso no me desanime ni me confunda. Sé que me está dando la oportunidad de volver al ruedo sin agobiarme, ya que la de hoy es más bien una exhibición que no cuenta para la clasificación general de la temporada. Sin embargo, no consigo librarme de esa preocupación constante por no lograr nunca recuperar el nivel que tenía antes de

mi lesión.

Mientras estiro con mis compañeras, me aíslo de todo eso y visualizo la rutina. Me imagino ejecutando cada movimiento a la perfección.

La barra es la última disciplina de hoy, así que me dedico a animar a las chicas en los ejercicios de salto, suelo y barras paralelas. Se oye música animada y la energía reinante vibra en el aire. Aunque sea duro y mi futuro esté en el aire, no soy capaz de imaginarme dejando la gimnasia.

Cuando por fin llegamos a los ejercicios de barra, me asalta otra oleada de nervios. Me quito los pantalones y la chaqueta de chándal que llevaba para calentar y me pongo de pie al lado. Soy la última, así que tengo un poco de tiempo antes de que me toque. Más tiempo. Siento que llevo esperando una eternidad.

Saco el móvil de la mochila para releer el mensaje que me ha mandado antes Knox.

Knox

Buena suerte hoy, aunque no la necesitas. Tú puedes. Escríbeme cuando termine. x

Esa pequeña «x», que simboliza un beso, hace que se me llene el estómago de mariposas. Knox no es muy de besos y abrazos. Me ha dejado claro lo que quiere: quedar conmigo y que nos enrollemos. Sin embargo, últimamente pasamos tanto tiempo juntos que las líneas han empezado a desdibujarse. Sé que liarse conmigo no es lo único por lo que le intereso, pero puede que, al margen del sexo, lo único que sienta por mí sea amistad. Aunque, ¿podría estar

enamorándose de mí, como yo de él?

El equipo masculino no compite hoy, pero unos cuantos de ellos han venido a mirar. Tristan, que va vestido con los pantalones azules de chándal de la Valley U y una camiseta gris, se me acerca y me pregunta:

—¿Estás preparada, Ollie?

—Si te digo que no, ¿me vas a soltar un discursito de los tuyos? —le pregunto con aspereza.

—¿Me escucharías si te lo soltara? —Sonríe de medio lado y siento que se me relajan un poco los hombros tensos.

Desde la noche de la fiesta de pijamas se ha mostrado distante, y no sé si es porque por fin se ha dado cuenta de que no voy a volver a enrollarme con él o porque por fin estoy entrenando lo bastante duro como para que deje de machacarme.

—No, lo más probable es que no.

Me tiende el puño y se lo choco.

—Acaba con ellas, Ollie.

Cuando por fin me toca, me dirijo a la barra, como he hecho un millón de veces. Levanto los brazos sobre la cabeza, sonrío a los jueces y entonces me giro y me monto en la barra. Quedo sentada encima con las piernas colgadas a los lados, me arqueo hacia atrás y acaricio la barra con la cabeza antes de incorporarme y ponerme de pie. Bajo las manos y, con los pies en punta, camino hacia el centro de la barra, donde hago mi primer giro completo.

Como hemos cambiado el nivel de dificultad de mi salida, la puntuación máxima a la que aspiro es 9,9. Eso significa que tengo que hacerlo perfecto.

Muevo grácilmente las manos mientras voy hacia el otro extremo, de lado y mirando a los jueces con una sonrisa, como si no fuera nada. Y así es como me siento. En este momento, soy invencible. Es

un sentimiento fugaz; aparece tan rápido que casi ni lo reconozco.

Hago un medio giro con las puntas y me coloco en posición para mi primera secuencia acrobática. Una rueda sin manos y un mortal en plancha de una pierna. Me siento tan emocionada y orgullosa que está a punto de explotarme el corazón, pero no le presto atención a eso todavía. Me lo trago, junto con el resto de mis sentimientos, y me concentro en los próximos cuarenta segundos de mi rutina.

Lo único que ocupa mis pensamientos es la ejecución, no solo en las acrobacias técnicas, sino también en los movimientos de danza. El objetivo es mostrar una ensayada gracilidad además de la precisión. Hago la última rueda y salgo en Gainer con el pecho en alto.

Me anega un alivio que no había sentido nunca, y el mundo que me rodea vuelve a cobrar nitidez. Levanto las manos para los jueces y luego corro hacia una sonriente entrenadora Weaver. Es de armas tomar en los entrenamientos, pero los días que competimos es nuestra mayor animadora.

—Has estado fantástica, Avery. Tu secuencia final ha sido perfecta.

—Me he tambaleado un poco en el medio giro.

Niega con la cabeza como quitándole importancia, aunque sí que la tendrá en mi puntuación final.

—Hoy has demostrado que estás de vuelta, que estás preparada para ser la mejor en la barra, como debía ser.

Me suelta justo cuando mis compañeras vienen a felicitarme. Chocamos los cinco, nos abrazamos. Tristan no se acerca, pero me mira y asiente.

Mi puntuación final es de 9,825. Intento no decepcionarme. Sé que ha sido una buena primera rutina de la temporada, pero ya tengo ganas de volver a subirme a esa barra para practicar los giros y cambiar mi salida.

También me muero de ganas de escribir a Knox y a mi familia, pero sé que tengo que celebrarlo con el equipo, así que espero a estar en el autobús de vuelta a Valley.

Yo

Tu chica vuelve a casa con un poco de brilli brilli 🥇

Dudo un poco con lo de «tu chica», pero espero que lo lea con el tono desenfadado con el que se lo he escrito. Contesta casi de inmediato.

Knox

¡Felicidades! Sabía que lo lograrías.

Yo

Gracias. ¿Qué tal en Flagstaff?

Knox

No está mal. Pero parece que pasaremos la noche aquí, así que no podré felicitarte en persona hasta mañana.

Yo

Qué palo. En fin, tendré que divertirme sola.

Knox

Solo hasta mañana. Tengo que hacer unos ajustes a la moto antes de esta noche. Vete a celebrarlo con Quinn, que seguro que se muere de ganas de llevarte a alguna fiesta.

Sí, eso parece propio de Quinn.

Yo

Vale. Buena suerte con tu doble nac cuatro sesenta 😉

Y a Quinn le escribo:

Yo

Estamos volviendo. ¡He quedado tercera en barra!

Quinn

¡Mi mejor amiga es la bomba! ¡Felicidades! ¿A qué hora llegas? Colter y Knox no

vuelven hasta mañana.

Yo

Llego en un par de horas.

Quinn

¡Voy poniéndome el traje de fiesta!

Yo

Hablando de eso… ¿Qué te parece si lo celebramos en Flagstaff?



Lo que tardo en convencer a Quinn para ir a sorprender a los chicos a Flagstaff es… nada.

Subimos el volumen de la música del Bronco y cantamos sin parar durante las tres horas de trayecto. Llegamos un poco después de que haya empezado el evento. Quinn va a buscar unos asientos y yo me abro paso entre el gentío, intentando acercarme todo lo que pueda a la parte del fondo para intentar ver a Knox.

Sé, por lo que he visto en los entrenamientos y por lo que ha hablado con Colter sobre el espectáculo, que Knox no participa en la primera mitad. Los otros *riders* van a ejecutar algunos saltos más

técnicos, y él se va a dedicar a echar una mano hasta que le toque salir.

Veo que los *riders* desaparecen por una puerta lateral cuando terminan, así que me dirijo hacia allí. Por suerte, nadie me impide pasar. Supongo que no les preocupa que se les cuelen los fans, aunque, a juzgar por cómo van vestidas algunas de las chicas que han venido al evento, tal vez debería preocuparles. Siento una punzada de celos si me imagino a alguna de ellas intentando ligar con Knox.

Sonrío de oreja a oreja cuando atisbo al hombre que estoy buscando. Está sentado en su moto observando el evento, un poco escondido de la multitud. Se vuelve hacia mí justo cuando llego a la última valla que nos separa. Tiene que mirarme dos veces para entender que soy yo, pero entonces se le ilumina el rostro con una sonrisa.

Se baja de la moto y viene hacia mí, y creo que se me va a salir el corazón del pecho.

—¿Qué haces aquí? —pregunta, entrelazando los dedos con los míos a través de la valla.

—No quería esperar a mañana para celebrarlo contigo.

Tiene una sonrisa sexy y torcida. Desvía la mirada y busca por la valla hasta encontrar una parte con menos altura. Se dirige hacia allí y la salta para estar conmigo. Está vestido con su ropa de motocross: chaqueta negra, pantalones negros, botas negras. Nadie debería tener el poder de hacer que un solo color quede tan bien.

Me agarra de las caderas de inmediato, me levanta y yo me aferro a él para besarlo. Aunque debería decir que lo que hago es dejarme llevar, porque es él quien lo controla todo. Yo solo le sigo el ritmo.

Desliza las manos por mi espalda y enreda los dedos en mi pelo.

—Cómo echaba de menos esta boca —murmura con voz ronca.

Y sus palabras me hacen sentirme casi tan bien conmigo misma como haber clavado mi rutina en barra.

Cuando deja de besarme, tengo los labios sensibles. Me da un último mordisquito en el labio inferior.

—Será mejor que vuelva antes de que me pierda la señal.

—Vale. Buena suerte.

Se marcha negando con la cabeza.

—Ahora que estás aquí, no la necesito.

Capítulo treinta y cinco

Knox

Contemplo a Avery mientras vuelve hacia las gradas del estadio y se dirige a la sección del medio. Colter se acerca a lomos de su moto y me sonríe.

—¿Preparado para dar un buen espectáculo?

Los nervios se apoderan de mí. Esta noche, voy a hacer el Superman agarrando el asiento con público por primera vez. Es un truco divertido con muchas variaciones con las que hacerlo más difícil y darle más estilo. Me ha salido un montón de veces durante los entrenamientos, pero la cosa siempre cambia con gente delante.

—Ya verás como te sale. Será pan comido.

Me limito a asentir, pero luego señalo al público con la barbilla y le aviso:

—Tu chica está aquí.

—¿Quinn está aquí? —Frunce el ceño, como si no me hubiera entendido.

—Sí, Avery y ella han venido.

Esboza una sonrisa de oreja a oreja.

—Pues no me hagas quedar mal delante de mi chica, Holland.

Suelto una carcajada y arranco la moto.

—Haré lo que pueda.

Recorro la pista varias veces, haciendo caballitos y quemando

rueda para el público. Les encanta, y yo me alimento de su energía. Cuanto más me vitorean, más les doy.

Cada vez que me atrevo a mirar al público, mis ojos van en busca de Avery. Juraría que la veo sonreír, aunque sé que es imposible distinguir sus rasgos desde tan lejos.

Acelero por la rampa y hago un *whip*, provocando más gritos entre el público, y luego voy otra vez, cogiéndola con más velocidad. No hay ninguna sensación que pueda compararse con llegar al final de la rampa. Todo se queda en silencio, como si el mundo cogiera aire de forma colectiva. Solo estamos mi moto y yo, colgados en el aire.

Llevo las piernas por detrás de mí, me cojo al asiento con una mano, dejando la otra en el manillar, y luego cruzo las piernas para darle un toque personal. El trabajo que he hecho en el gimnasio no ha sido en vano. Aprieto el abdomen para quedarme en línea recta; la fuerza del tren superior me ayuda a no soltar la moto. Bastaría un solo movimiento en falso para que esto terminase fatal.

Por unos segundos, quedo suspendido en el aire, por encima de la moto. Estoy volando, ingrávido, libre. Oigo la música y los vítores, pero no es más que ruido de fondo, igual que en las carreras.

Termina en un abrir y cerrar de ojos. De repente, retorno el cuerpo al asiento para aterrizar. Como los mejores momentos de la vida, se esfuma antes siquiera de que haya conseguido memorizar la sensación.

La gente grita aún más que antes cuando vuelvo y me detengo ante ellos. Me levanto en los reposapiés y saludo. Esta vez, cuando miro a Avery, no es producto de mi imaginación. Sé que está sonriendo.

Cuando el espectáculo termina, la encuentro esperándome. He salido junto a Colter, así que Quinn va corriendo a sus brazos. Avery, en cambio, se queda atrás. Es un poco más reservada que su amiga. Me pregunto cómo sería que viniera corriendo y saltara a mis brazos, incapaz de esperar un segundo más para verme consumida por la emoción. No sé cuándo ha ocurrido, pero en algún momento he empezado a imaginármela en todo tipo de situaciones en las que nunca antes había pensado.

No se lanza como una bala a por mí, pero me conformo con la enorme sonrisa que me regala cuando me acerco a ella.

—Me inclino ante el rey del *nac* cuatro sesenta.

—Ya me encargaré yo luego de que te inclines, princesa.

Una chispa ardiente llamea en sus ojos azules. La cojo de la barbilla y la beso en esa boca perfecta. No puedo pensar en nada que no sea tenerla a solas para demostrarle lo contento que estoy porque haya venido a verme.

—Felicidades. Has estado increíble, en serio. Tenías a la gente como loca. Pensaba que me iba a tocar pegarle una paliza a un par de mujeres que estaban hablando de todo lo que les gustaría hacerte.

Sonrío al imaginármela celosa de unas tías a las que no conozco y que no me podrían importar menos.

—Será mejor que me saques de aquí, antes de que intenten secuestrarme —bromeo guiñándole un ojo.

—Por encima de mi cadáver. —No sé por qué, pero me parece adorable que esté dispuesta a pelearse para dejar claro que soy suyo.

—No tienen nada que hacer. Desde que te he visto aparecer, no he pensado en otra cosa que no sea desnudarte. —Entre su competición y mi evento de *freestyle*, hace días que no tenemos

tiempo de estar solos.

Se sonroja.

—Quinn quiere que salgamos todos juntos, pero luego soy toda tuya.

Preferiría pasarme la noche demostrándole lo mucho que me gusta que haya venido hasta aquí solo para verme, pero supongo que puedo compartirla durante un par de horas.

—Vale. Primero tengo que ayudar a cargar la camioneta. —Colter sigue con la boca pegada a la de Quinn. Me parece que tendremos que hacerlo sin él.

—Voy contigo —se ofrece Avery.

Me gusta que quiera acompañarme. Ya me había dado cuenta de que nunca tiene miedo de lanzarse a echar una mano. Antes de conocerla, ni siquiera me había dado cuenta de que eso fuese una característica importante para mí. Siempre había evitado de forma consciente abrirme con nadie o aceptar asistencia de nadie, pero me gusta que ella lo haga sin darle mucha relevancia.

Y hay otra razón por la que me alegro de que me acompañe: así tengo excusa para continuar besándola mientras nos abrimos paso entre el gentío, que sigue aquí aunque el evento haya terminado ya.

Le doy la mano para que no nos perdamos. Ella se queda pegada a mi espalda. Ir con Avery de la mano me hace sentir un ramalazo de orgullo. Los chicos se fijan en ella en cualquier parte, y ahora mismo también la siguen mirando, pero está conmigo.

Cuando dejamos a la gente atrás, le suelto la mano y le rodeo el hombro con el brazo. Ella se pega a mí.

En ese momento, un hombre aparece ante mí, aunque tardo unos segundos en ubicarlo. Aminoro la marcha, y Avery se adelanta un poco antes de pararse a esperarme.

—Mike —digo—. ¿Qué haces aquí?

Sonríe y enarca ligeramente las cejas.

—Me has invitado tú. —Es cierto. Lo he invitado a todos los eventos, pero nunca se había molestado en venir—. Estaba visitando a unos familiares que viven cerca de aquí y se me ha ocurrido venir a ver qué se cuece en estos sitios. Ha sido impresionante.

—Gracias. —Se me ha acelerado el pulso al encontrarme con el propietario de mi antiguo equipo.

Mike mira a Avery.

—Hola —la saluda.

—Hola —contesta ella con una sonrisa educada.

—Esta es Avery —le digo, y luego me vuelvo hacia ella y añado—: Mike es el dueño de mi antiguo equipo, Thorne.

—Oh. —Su tono de voz me indica que ha sumado dos más dos—. Encantada de conocerle.

—Igualmente. —Se vuelve de nuevo hacia mí con una expresión seria que me emociona y me pone nervioso a la vez—. ¿Podemos hablar?

—Ya veo a Colter y a Quinn —dice Avery, sonriéndole de nuevo a Mike—. Ha sido un placer.

Los dos la miramos mientras se marcha. Cuantos más segundos pasan, más curiosidad tengo. No es propio de él que se haya presentado sin avisar, y esa idea que tenía yo de que vendría a convencerme de que volviera después de ver que sé formar parte de un equipo me parecen ahora los sueños de un niño ingenuo. ¿Qué más le da a él que haga *freestyle*? Se dedica a las carreras.

—Cuando me dijiste que ibas a hacer *freestyle*, pensé que te estabas quedando conmigo.

—Colter y yo somos viejos amigos —contesto a modo de explicación—. Necesitaba ayuda y yo tenía tiempo libre.

Asiente pensativo.

—¿Estás pensando en cambiarte a *freestyle* de forma permanente?

Quiere saber si tengo pensado correr la próxima temporada. He de morderme la lengua para no soltarle que no es asunto suyo. Mike siempre me ha caído bien, pero todavía estoy resentido porque me echara del equipo. Al final, decido que ser un capullo no me traerá nada bueno.

—No. Esto ha sido algo en lo que concentrarme mientras decido cuál será mi siguiente paso. Mi sueño sigue siendo correr.

—Pues ha sido una muy buena actuación, para ser solo algo que hacer durante tu tiempo libre.

—El equipo es genial. Me dejan entrenar con ellos, así que los acompaño y hago unos cuantos trucos.

Asiente pensativo una vez más.

—La humildad te queda bien. Espero no ser muy condescendiente si te digo que estoy orgulloso de ti.

La frase reverbera en mi mente. Si he cambiado, ha sido solo porque he visto lo que se siente cuando estás rodeado de un equipo que quiere que te vaya bien. Colter, Brooklyn, los demás chicos… Y sobre todo Avery.

—Gracias, Mike. —Carraspeo—. ¿Cómo va el equipo?

—Bien. La cosa va bien. La semana que viene vuelven todos a la sede.

—Me alegro.

Su risita me indica que sabe perfectamente que es mentira. Una parte de mi ira se ha apagado, pero todavía no estoy preparado para fingir que estoy encantado de que a todos les vaya tan bien cuando yo sigo sin equipo.

No dice nada más. No sé por qué, pero, de repente, sé que nunca me va a ofrecer que vuelva.

Aprieto los dientes mientras contemplo cómo mis sueños de volver al equipo se esfuman en una nube de humo. No tengo ningún plan alternativo.

—Bueno, debería ir tirando, Mike. Gracias por pasarte.

Empiezo a marcharme, impaciente por escapar de él y regodearme en mi decepción. Quería que me viera teniendo éxito con un equipo de *freestyle*, y ya me ha visto. Simplemente, no he obtenido el resultado que buscaba.

Mike alarga una mano para detenerme.

—Hay una cosa más.

Capítulo treinta y seis

Avery

—¡Enhorabuena! —Colter levanta el vaso en el centro de la mesa y le sonríe a Knox—. Sabía que aquí también caerías de pie.

—No te olvides de Avery. —Quinn levanta su vaso de agua—. Quedar tercera en la primera competición de la temporada no es ninguna broma. Habrías conseguido el primer puesto si hubieras hecho la salida original.

Knox y yo aceptamos las felicitaciones y brindamos con nuestros amigos. El antiguo jefe de Knox no le ha ofrecido un puesto en el equipo, pero ha hecho lo segundo mejor que podía hacer: ha encontrado a alguien que estaba buscando un corredor nuevo. Colter dice que Neon Punch es la nueva Thorne, pero más joven y ambiciosa. Está contentísimo.

Y Knox… En fin, es más difícil saber lo que piensa.

—¿Estás bien? —le pregunto cuando Quinn y Colter van a la barra.

—Creo que todavía estoy sorprendido. —Niega con la cabeza—. Pensaba que ya no había nada que hacer.

—¡Qué va! Tienes una barbaridad de talento, era imposible que nadie te quisiera. —Curva un poco los labios, hasta esbozar una media sonrisa—. De todos modos, ¿qué significa? Doy por hecho que tendrás que ir a verlos, o a hacer una entrevista o algo así…

—Tengo que llamarlos mañana, pero Mike cree que me querrán

allí a finales de la semana que viene.

—¿La semana que viene? —No me da tiempo a disimular la sorpresa.

La sede de su nuevo equipo está en Nuevo México. En fin, supongo que podría ser peor. Al menos, está lo bastante cerca como para ir en coche.

—La mayoría de equipos ya están entrenando, o, si no, empiezan la semana que viene. Hacen un descanso corto y luego vuelven al circuito.

—Ya. Lo entiendo. —Yo me tomo algunos días libres de vez en cuando, y a veces una semana justo cuando termina la temporada, pero entrenaría con mi equipo todo el año si las normas de la Asociación Nacional Deportiva Universitaria lo permitieran—. Supongo que esto significa que no podremos seguir entrenando juntos.

—No finjas que te sabe mal que ya no vaya a tu gimnasio, princesa. Has estado contando los días desde que aparecí.

—Puede que antes sí, pero ahora ya no. Es la mejor parte de mi día. —Sonríe y me pone una mano en el muslo. Yo le pongo esa misma pierna encima de la suya y me acerco más a él—. Enhorabuena, en serio. Te marcaste un objetivo y lo has conseguido. Me tienes impresionada.

—Lo mismo digo, princesa.

En ese momento, llega el resto del grupo, así que juntamos unas mesas para que puedan sentarse. Los chupitos van rulando por la mesa, y, como no tengo edad de beber en un bar, me divierto viendo cómo los amigos de Knox le van pasando uno tras otro. Con cada uno que se bebe, se suelta un poco más con las muestras de afecto. Ahora estoy sentada en sus piernas mientras habla con Brooklyn. Tiene una mano sobre mi muslo y traza círculos distraídamente con

un dedo.

Intenta meterme en las conversaciones, pero mi mente parece tener otros planes. La semana que viene se marcha, y ¿luego qué? ¿Seguiremos hablando? ¿Seguiremos viéndonos?

La máquina de discos del bar empieza a reproducir una canción antigua. Knox me aprieta la cintura.

—¿Bailas conmigo?

—¿Aquí?

—No, fuera, en el aparcamiento. —Pone la guinda a su sarcasmo con una sonrisilla.

Podría haberse referido a eso perfectamente, pero no se lo digo. Me bajo de sus piernas y me pongo de pie.

Él me coge de la mano y me lleva a una parte diminuta del bar a la que a duras penas se le puede llamar pista de baile. Un viejo con la barba canosa nos saluda con su cerveza cuando pasamos por su lado.

Knox me abraza como si me necesitase para no caerse. Lo que, visto el estado en el que está, es una posibilidad.

—¿Qué, te estás divirtiendo? —le pregunto.

—Ahora que te tengo a solas, sí. —Se mece despacio al ritmo de la música.

—Pensaba que querrías celebrarlo con tus amigos. —Yo solo le había prometido a Quinn una hora, pero Knox no ha dicho nada de irnos y no quiero ser yo quien lo presione.

—Sí, pero si tengo la posibilidad de estar contigo a solas, puedes estar segura de que siempre elegiré esa opción. —Sus palabras me provocan un cosquilleo en el pecho.

—Qué labia tienes, Knox Holland.

—Joel —dice.

—¿Qué?

—Mi segundo nombre es Joel.

Tiene los párpados pesados y la boca blanda. Le acaricio la mejilla.

—Knox Joel Holland. Me gusta.

—Mi padre se llama Joel. Siempre he odiado que mi madre me pusiera su nombre. No quiero parecerme en nada a él.

—Creo que has demostrado con creces que eres muy distinto a él. Lo que hiciste, dejar el instituto para cuidar a tus hermanos, no es cualquier cosa. —Veo que quiere quitarle importancia, así que añado —: Tienes buen corazón. Y solo es un nombre. El mío es Sarah. Y no hay ninguna historia detrás. Simplemente, a mi madre le gustaba.

Sonríe de nuevo.

—Avery Sarah Oliver.

Me sujeta con más fuerza. Seguimos bailando, en silencio, mirándonos a los ojos.

—¿Estás contento? Por lo de Neon Punch, quiero decir. No sabría decir. Esta noche no es nada fácil saber lo que piensas.

—Sí, es solo que… —Frunce el ceño—. Supongo que todavía no lo he asimilado.

—¿Te vas a mudar allí o vas a ir y venir para estar en Valley los fines de semana y cosas así? —pregunto. Es lo único en lo que pienso desde que me ha dado la noticia.

—Qué guapa eres.

Se me escapa una carcajada.

—¿Qué respuesta es esa?

—No sé si he oído la pregunta; estaba muy ocupado mirándote la boca. Estoy obsesionado con tu boca. —Se inclina y me besa mientras yo sigo riéndome como una boba.

Volvemos al hotel dando tumbos. Bueno, Knox va dando tumbos, y yo lo sostengo.

—Creo que deberías quitarte toda la ropa —dice cuando llegamos a la habitación. Se quita las botas y se deja caer boca arriba en la cama.

—¡Qué gran idea! —contesto fingiendo sorpresa mientras me quito la camiseta.

Me dedica una sonrisa perezosa y despreocupada.

—Tengo muchas grandes ideas.

—Ah, ¿sí? —Cruzo media habitación mientras me desabrocho los vaqueros—. ¿Como cuáles?

Alarga las manos y me indica con gestos que me acerque. Me pongo encima de él, con los vaqueros aún puestos, pero en sujetador. Él me rodea con ambos brazos y me apretuja contra su pecho. Yo chillo como si estuviera protestando, pero no querría encontrarme en ninguna otra parte. Le lamo la cara y él me muerde una teta. Nos atacamos, pero sonriendo y rodando por la cama grande.

Mi siguiente acometida consiste en chuparle el piercing del pezón, y entonces él me sujeta la cara con ambas manos y me besa hasta dejarme sin aliento.

A partir de aquí, somos todo manos que se afanan en desnudar al otro; él rompe el envoltorio del preservativo a la velocidad de la luz y se lo pone mientras yo me aferro a él, como si así pudiera conservarlo a mi lado pasara lo que pasase. Cuando me penetra, ambos nos quedamos quietos.

—Nunca tengo bastante de ti —dice, con la mirada tan seria y oscura que me pregunto si tal vez lo habrá pensado más veces, pero esta es la primera vez que se atreve a decírmelo porque está borracho.

Siento que me arde la lengua de ganas de decirle que yo tampoco tengo nunca bastante de él. Que, de hecho, estoy enamorada de él

y que no hago más que preguntarme si no podría, tal vez, pensarse un poco eso de las relaciones serias.

Pero, por supuesto, no se lo digo. No se lo digo ahora ni creo que se lo diga nunca.



Me despierto todavía entre los brazos de Knox, que me tienen aprisionada. Nos quedamos dormidos desnudos, él todavía con una erección, y parece que nos hemos despertado del mismo modo. Para no ser de arrumacos y carantoñas, Knox Holland es un maestro haciendo la cucharita.

Me acurruco contra él sin abrir los ojos. Solo hemos dormido juntos unas pocas veces y él casi siempre tenía que irse corriendo a casa a la mañana siguiente.

—Buenos días, princesa. —Le contesto balbuceando y bostezando y él se ríe. Su aliento me hace cosquillas en la oreja—. Cualquiera diría que la que se pasó bebiendo anoche fuiste tú.

—Pues yo fui la que se aseguró de que llegases a la habitación de una pieza.

—Pues no recuerdo que fuese así como pasaste la noche… —Acerca los labios a mi cuello, justo debajo del oído, y susurra—: A no ser que haya soñado que te tuve de rodillas con la boca llena…

Me derrito por dentro.

—No lo has soñado, no.

—Anoche no, pero lo he soñado muchas, muchas veces.

Me vuelvo hacia él, aún entre sus brazos. Su sonrisa torcida, ahora que tiene un principio de barba y el pelo alborotado de haber dormido, lo hace parecer aún más guapo.

—Me alegro mucho por ti.

—Gracias. —Frunce el ceño—. Me había olvidado. Menudo día.

—¿Cuándo crees que te irás a Nuevo México?

Abrazándome con menos fuerza, apoya la cabeza en la almohada.

—Tengo que hablar con mis hermanos, pero lo más probable es que me vaya el jueves por la mañana. Flynn tiene un partido el miércoles, y si puedo quedarme a verlo, lo haré.

Solo tres días. Se me encoge el corazón.

—Guau… Eso es ya. Supongo que tendrás muchas cosas que hacer antes de irte.

Se incorpora.

—La verdad es que no. Tengo tiempo de sobra para llevarte a desayunar.

Knox se pone de pie y empieza a vestirse, pero yo me descubro incapaz de moverme. Es como si quedándome en esta cama lograse que todo estuviese bien. ¿Quién necesita comida, o al resto del mundo?

—¿Cada cuánto podrás volver? —le pregunto, todavía clavada en el mismo sitio, con su aroma pegado a las sábanas en las que estoy envuelta. Anoche, cuando intenté descubrir cómo sería su agenda, no me contestó.

—Los fines de semana que pueda antes de que empiece la temporada. Y una vez que empiece…, depende. Flynn se gradúa en mayo y luego irá a la universidad, así que no tendré tanta urgencia por volver.

Me trago todo mi orgullo; aúno hasta la última pizca de coraje que poseo. Tiro de la sábana para taparme con ella, me apoyo en el cabezal y pregunto:

—¿Y qué pasa con nosotros?

No sé por qué he elegido este momento para hablar de un

«nosotros» por primera vez. No somos un nosotros. No del todo. Quizá lo haya hecho porque la verdad es que llevo semanas pensando en Knox y en mí como en un nosotros. En que estamos juntos. Juntos de verdad.

Se termina de poner la camiseta negra poco a poco y me mira a los ojos. La expresión de su rostro hace que se me encoja el estómago de terror.

Pero no puedo retirar lo que he dicho, así que decido hablar con el corazón en la mano.

—Ya sé que se supone que no tenemos nada serio, pero me gustas mucho. Nos estamos divirtiendo mucho y no quiero que se termine.

—A mí también me gustas.

—¿Pero? —pregunto, porque, por su mirada, ya me lo veo venir.

—Podemos seguir quedando cuando esté en la ciudad, pero no quiero prometerte nada teniendo en cuenta que tal vez pasemos semanas o meses sin vernos. —Una sombra de vulnerabilidad curva ligeramente sus labios hacia abajo—. Además, tú también estarás ocupada con las competiciones.

Sí, lo estaré, pero quiero estar con él y creo que es posible. Solo que no lo es, porque no es lo que él quiere.

Vuelve a esbozar esa sonrisa relajada y juguetona a la que tan acostumbrada me tiene. Viene hacia mí, me coge de las manos y tira de mí para abrazarme.

—Confía en mí. Sé cómo es que la gente que te importa aparezca y desaparezca de tu vida todo el tiempo. Estás siempre esperándolos, albergando esperanzas por cosas que nunca suceden. La decepción es constante. No quiero eso para ti, y tampoco me permitiría jamás causarle ese dolor a otra persona. —Aprieto los labios para que dejen de temblarme—. Nuevo México no está tan

lejos. Quizá puedas venir un fin de semana a visitarme —ofrece como si nada, como si le estuviera diciendo a un viejo amigo que espera verlo por la ciudad algún día.

—Sí. Quizá. —Para mi sorpresa, mi voz suena mucho más firme que los latidos de mi corazón, que se está resquebrajando.

Knox me da un beso en los labios y sonríe.

—Vamos, deja que te lleve a desayunar y luego volvemos a Valley. Tenemos unos días más antes de que me vaya, y tengo muy claro a qué se los quiero dedicar.

Capítulo treinta y siete

Knox

Los días siguientes pasan en un abrir y cerrar de ojos. Hablo con Burt, el dueño de Neon Punch, y me cae bien al instante. Él también corría cuando era más joven, hasta que decidió que quería ser abogado. Se dedicó a eso durante quince años y entonces, en palabras suyas, llegó a la conclusión de que se había cansado de estar sentado en una oficina.

Es un equipo nuevo, pero ya tienen muchos patrocinadores de renombre detrás, uno de los cuales le robaron a Thorne. Tengo muchas ganas de empezar.

Pero hay algo que lleva toda la semana reconcomiéndome, un sentimiento que subyace en un segundo plano. Mis hermanos están entusiasmados. Me dijeron que todo iría bien, que había trabajado mucho para conseguirlo y que no sería la primera vez que me iba, así que no debería ser distinto de entonces. Quizá sea porque Flynn está a punto de graduarse y anda siempre liado con sus últimas veces en los eventos y actividades del instituto. Es curioso, porque cuando yo estaba en mi último año de instituto nunca me importaron.

Y luego está Avery. No consigo sacármela de la cabeza. Nos hemos visto siempre que hemos podido, pero, entre que ella tiene las clases y los entrenamientos y que yo debo estar con mis

hermanos y preparar mi marcha, tampoco hemos disfrutado de tanto tiempo.

Las cosas entre nosotros están un poco raras. No me ha vuelto a sacar el tema de si seguiremos viéndonos, pero soy capaz de sentir su decepción. A mí también me fastidia que no podamos vernos tan a menudo, pero no puedo prometerle que las cosas no vayan a cambiar. Sufrí las consecuencias que tenía, tanto para mi madre como para mi familia, que mi padre fuera y viniera según a él le convenía. No pienso hacerle eso a nadie, y mucho menos a Avery.

Hoy es mi última noche en Valley. Avery tiene entrenamiento hasta tarde, pero nos veremos después del partido de baloncesto de Flynn. Podría ser una gran noche para él, ya que asistirán los cazatalentos de dos de las universidades a las que más quiere ir. Todavía no ha decidido si quiere jugar al baloncesto en la universidad, además de al béisbol, pero siempre es bueno tener opciones.

Mientras el equipo calienta, repaso mi agenda de la semana que viene. La reunión inicial no debería ocupar más que unos días, así que es probable que pueda volver a mediados de la semana que viene. Estoy perdido en mis pensamientos, preguntándome de dónde sacaré el tiempo para verla, cuando Archer y Brogan ocupan sus asientos habituales en la fila de delante y a la izquierda. Brogan me pasa un paquete de M&Ms.

—Gracias. —Apoyo un pie en las gradas, delante de mí. Hendrick se deja caer en el asiento de mi lado, y Jane en el otro—. Mira, ¡ya estamos todos! —comento, inclinándome hacia delante para saludar a la prometida de mi hermano—. Hola, Hollywood.

—Hola, Knox. —Me sonríe, pero hay tensión en su mirada.

—Tengo que hablar contigo de una cosa —murmura Hendrick en voz baja, señalándome con la barbilla.

—¿Qué pasa? —contesto distraído. Acaba de sonar la sirena y los

jugadores están corriendo hacia sus respectivos banquillos.

—Papá está aquí.

—¿Qué? —pregunto en voz alta, volviéndome hacia él con brusquedad. Debo de haber oído mal.

Señala hacia la puerta con la cabeza y entonces veo a papá. Está entrando.

«¿Qué cojones hace aquí?».

Me empiezo a poner de pie para decirle que se largue, pero Hendrick alarga un brazo para impedírmelo.

—Espera. Mira a Flynn.

Aprieto los dientes, pero obedezco. Nosotros no somos los únicos que han visto al capullo de mi padre. Flynn también se ha dado cuenta, y tiene una sonrisa vacilante en el rostro. Me hierve la sangre.

Papá mira a su alrededor, como si quisiese empaparse bien del gimnasio tras no haberlo visto en años, lo que supongo que así es. Llega unos diez años tarde. Debe de notar la furia de nuestras miradas, porque nos descubre y se detiene.

—Hola, chicos. —Nos hace un gesto con la cabeza a modo de saludo.

Ninguno de nosotros contesta, así que sigue su camino y se sienta en la primera fila, hacia el centro de la cancha. Están anunciando a los jugadores del equipo contrario, pero yo apenas oigo nada. No me puedo creer que se haya atrevido a presentarse aquí.

—Tengo que decirle algo. —Me pongo de pie, pero mis tres hermanos me impiden el paso al a vez.

—No creo que sea buena idea —insiste Hendrick.

Brogan niega con la cabeza mirándome a los ojos. Archer, en cambio, parece dividido. Como si quisiera ser él quien fuera hasta allí a darle un palo al viejo, pero a la vez no quisiera montar un

numerito.

Sin embargo, yo no tengo ningún reparo en hacer ninguna de las dos cosas. Lo único que quiero es que se largue.

—Esperemos al descanso —propone Hendrick—. Y si se le ocurre hacer algo antes de entonces, yo mismo te acompaño hasta donde está y te ayudo a echarlo.

Vuelvo a mirar a Flynn. La sonrisa esperanzada de su rostro es ahora más ancha que antes, y me rompe el corazón. Podría contar una a una las veces que tuve esa misma sonrisa en la cara cuando papá se dignaba a aparecer. Y solo servía para que se me borrase de golpe con la siguiente e inevitable decepción.

Empieza el partido y hago todo lo posible por concentrarme solo en mi hermano pequeño, pero cuando papá se pone de pie a animarlo cuando Flynn encesta una canasta de tres puntos desde el ala, pierdo los estribos. Como si tuviera algún puto derecho a plantarse aquí y comportarse como si fuese el padre del año, orgulloso y presente.

Oigo que Brogan me llama, y soy consciente de las miradas que recibo cuando me enfrento a mi padre, pero lo hago movido por una fuerza muy particular para sacarlo de mi vida, y también de la de mis hermanos. No tiene ningún derecho a presentarse aquí como si todo fuese de maravilla.

—No busco problemas, Knox —dice al verme.

—Entonces no deberías haber venido.

—Flynn parece contento de verme. Su padre debería estar presente.

—Sí, debería. Si no fuera una puta mierda de padre.

Una mujer que está sentada en la fila de arriba carraspea.

—¿Qué haces? —pregunta Flynn, pillándome desprevenido. Va corriendo despacio por el lateral y nos está mirando. Su expresión es

una mezcla entre ira y vergüenza. Se me encoge el estómago, porque esa mirada no va dirigida a nuestro padre. Va dirigida a mí.

—No pasa nada, solo estamos hablando. Ve a demostrarle al otro equipo de qué pasta estás hecho —lo tranquiliza papá, y, tras unos segundos de vacilación, Flynn se va corriendo hacia otro lado de la cancha, donde está en juego el balón.

—Knox, vámonos —oigo la voz de Hendrick—. No merece la pena.

Papá, apretando los dientes, mira fijamente a mi hermano mayor, que está detrás de mí. Al ver que no me muevo, me pone una mano en el hombro. Sé que solo desea tranquilizarme, pero me saca de quicio. Lo único que quiero ahora mismo es sentir la cara de mi padre contra los nudillos.

Sin embargo, y aunque aún tenga los puños apretados, doy media vuelta.

Me paso el resto de la primera mitad ansioso, contando los segundos hasta que pueda salir a respirar. Archer me ha propuesto que nos marchemos, pero de ningún modo pienso permitir que me haga irme, ni que provoque que acabe haciendo exactamente lo que es propio de él. El único al que haría daño sería a Flynn.

—¿Qué hacemos? —le pregunto a Hendrick, porque soy incapaz de pensar de forma racional. Y no consigo dejar de recordar esa expresión en el rostro de Flynn. ¿Estaba disgustado porque yo he montado un numerito o es que de verdad quiere que papá esté aquí?

—No lo sé. No podemos obligarlo a irse.

—Por desgracia —añade Archer.

Pero papá viene hacia nosotros antes de que hayamos tomado una decisión.

—Me alegro de veros, chicos.

El hombre los tiene bien puestos, eso se lo tengo que reconocer.

Hendrick es el único que da muestras de haberse percatado de su presencia, gruñendo algo que suena parecido a «¿Qué haces aquí?». Se coloca parcialmente delante de Jane, como si quisiese protegerla de la mierda de ser humano que va por ahí haciéndose llamar padre.

Nadie más media palabra. Yo estoy apretando los dientes con tanta fuerza que no me sorprendería si se me resquebrajara una muela.

Pero él no lo pilla, porque no se larga.

—Flynn es bueno. Debe de ser el mejor de su equipo. ¿Va a ir a la universidad?

No sé qué me cabrea más, si que se esté dando cuenta ahora del talento que tiene Flynn o que se piense que tiene derecho a preguntar por sus planes de futuro, cuando ha estado ausente durante años. Ya debería saber todo esto y mucho más. Debería haber sido él quien se preocupase de las notas de su hijo, quien lo ayudase a buscar universidades y a rellenar solicitudes y formularios de ayudas económicas.

Hendrick tuvo la suerte de conseguir una beca completa de fútbol americano. Si Archer y Brogan decidieron ir a la universidad aquí, en Valley, fue en parte porque así era más barato. Y estoy seguro de que también fue porque no quisieron dejarme solo con Flynn.

Pero quiero que mi hermano pequeño vaya donde le dé la gana. Se lo merece, porque no ha tenido una vida fácil, y aun así se las ha arreglado para tener las mejores virtudes de cada uno de nosotros.

—¿Qué haces aquí? —le pregunto entre dientes.

—Supongo que lo mismo que vosotros.

—No. —Niego con la cabeza con vehemencia—. Nosotros hemos venido a apoyar a Flynn. ¿A qué has venido tú? ¿A demostrar que puedes aparecer cuando te dé la gana para seguir toreándonos?

Una sombra de vergüenza asoma a su rostro, tan rápido que no sé

ni si la he visto. Hace bien en avergonzarse. ¿Qué clase de hombre deja a sus hijos así, sin enviarles ni siquiera una postal por su cumpleaños? Dios, aún recuerdo la desolación que sentía cuando me prometía que vendría para, inevitablemente, acabar rompiendo esa promesa. No puedo quedarme de brazos cruzados mientras le hace lo mismo a Flynn. Es un buen chico y no se lo merece. Quiero que tenga lo mejor.

—Solo quiero ver jugar a mi hijo. Eso es todo —contesta, pero lo que yo oigo es: «Nunca estuve a tu lado, al de Hendrick o al de Archer, pero ahora sí estoy aquí. He conseguido venir a un puto partido en diecisiete años. ¿No soy fantástico?».

«Si eso es lo único que quieres —seña Archer, sin pronunciar la pregunta en voz alta, como suele hacer—, ¿cuando termine el partido te irás para no volver?».

Casi podría echarme a reír. Papá nunca se dignó a aprender lengua de signos por Archer, y dudo que se haya convertido en su nuevo hobby en los últimos años. ¿De dónde iba a sacar el tiempo, con todo el trabajo que tiene como capullo perdedor?

El daño que nos hizo papá nos afectó de formas distintas. Hendrick intentó escapar de todo marchándose y haciéndose a sí mismo, y lo consiguió, aunque luego decidiera que no era eso lo que quería. Supongo que yo lidié con ello dejando que el odio me ayudase a ser alguien distinto a mi padre en todos los sentidos. Pero Archer nunca escapó de esto ni se rebeló de ningún modo visible. Me parece que cree que, al menos en parte, si papá se largó fue por su accidente, el que provocó su pérdida de audición. Mis recuerdos son lo bastante nítidos para saber que tampoco estaba muy presente antes de aquello, pero no se equivoca en que empezó a pasar periodos más largos sin volver después. Así que, en el caso de Arch, creo que ser él mismo siempre ha sido la mejor manera de

mandar a papá a la mierda.

—Después de esta noche no volverá —respondo por él, y luego lo fulmino con la mirada—. ¿Verdad?

Se pone rojo y abre la boca como si fuese a hablar, pero parece pensárselo mejor. En ese momento, el equipo del Instituto Valley vuelve a la cancha. Flynn nos observa mientras regatea con el balón camino a la canasta, donde sus compañeros ya han empezado a lanzar.

Y papá se marcha sin decir una palabra más. Sé que es esperar demasiado que se haya largado del todo, pero al menos podemos respirar.

Brogan exhala un suspiro con los ojos cómicamente abiertos.

—Uf, qué incomodo. ¿Estáis bien?

Archer se encoge de hombros.

—Yo sí.

A Hendrick no se le ve tan tranquilo, pero asiente y rodea a Jane con un brazo.

—Me voy a dar un paseo —anuncio.

—No vayas a por él —me pide Hendrick.

—No lo voy a hacer. —Aunque eso es justo lo que me apetecería. Me dirijo hacia los vestuarios, donde hay una puerta trasera que da al aparcamiento y, lo más importante, está en la dirección opuesta a donde ha ido mi padre.

Saco mi móvil sin pensar mucho en lo que hago. Busco el contacto de Avery y empiezo a escribirle un mensaje: «Adivina quién se ha presentado en el partido 😳😳», pero lo borro. Avery ya tiene sus propias preocupaciones, y debe de estar harta de oír mis historias lacrimógenas con mi papaíto.

¿Qué tal el entrenamiento? ¿Ya
echas de menos tenerme por
ahí haciendo verticales?

Me paseo arriba y abajo por el aparcamiento mientras espero a que me conteste. Cuando oigo el sonido de la notificación, el corazón me da un vuelco. Es un selfi de ella en la barra.

Avery

Si te refieres a si echo de menos
verte sin camiseta, la respuesta
es sí.

Se me escapa una carcajada y, a pesar de toda esta mierda, sonrío.

Cuando vuelvo a entrar en el gimnasio, acaba de empezar el tercer cuarto. Me quedo cerca de la pared a mirar el partido. Flynn roba el balón y corre al otro lado de la cancha a la velocidad de la luz. Los demás jugadores intentan atraparlo, pero él llega antes a la canasta, salta con todas sus fuerzas y encesta.

Lo que ocurre después parece ir a cámara lenta. Uno de los jugadores del otro equipo hace un último intento desesperado por detenerlo. Salta, pero Flynn ya está bajando y chocan en el aire. A mi hermano le fallan las piernas y cae sobre el brazo derecho.

Estoy yendo hacia allá antes siquiera de que se produzca el impacto contra el suelo. Flynn suelta un grito gutural y en el gimnasio se hace un silencio que pone los pelos de punta.

Capítulo treinta y ocho

Knox

Brogan me tiende una taza del café asqueroso de la cafetería.

—No, gracias. —Niego con la cabeza y sigo paseándome por la sala de espera, sin mirar a nadie a los ojos.

La sala está llena. Están los compañeros de Flynn y los padres que los han traído hasta aquí, y también su entrenador. Luego estamos nosotros. Hendrick y Jane están sentados sin mediar palabra, Archer y Brogan no dejan de darle trabajo a la máquina expendedora y mi padre está sentado lo más lejos posible de mí. Una sabia elección.

No recuerdo gran cosa de lo que ha ocurrido después de que Flynn se hiciera daño. Mientras lo ayudaban a salir de la cancha, me daba la sensación de que estaba viviendo una pesadilla. Nos ha bastado con echarle un vistazo al codo para saber que se lo había roto, así que lo he traído al hospital, donde lo han ingresado de inmediato. Lo único que nos han dicho de momento es que lo tenían que operar de inmediato. ¡Operar! Trago saliva, a pesar del nudo que tengo en la garganta.

Se oyen suaves murmullos en la sala. Todos hacemos lo posible por matar el tiempo. Yo cuento las baldosas del suelo, pisándolas de una en una. Trece, catorce, quince.

Oigo ese zumbido electrónico que hacen las puertas correderas al abrirse, seguido de unas bocinas y el golpeteo rítmico de la lluvia al

caer sobre el asfalto. Avery se detiene en la puerta. Recorre la sala de espera con una mirada de preocupación hasta que me encuentra, y entonces acude a toda prisa hacia mí. No puedo moverme, pero cuando noto sus brazos a mi alrededor, me derrito contra ella.

Entrelaza los dedos con los míos, me lleva a una silla para que me siente y hace lo propio a mi lado.

—¿Habéis sabido algo? —pregunta.

—Todavía no.

—Lo siento mucho. —Me da un apretón en la mano—. Flynn es fuerte. Se pondrá bien.

Vale, pero ¿podrá volver a jugar? Ninguno de nosotros se ha atrevido a sacar el tema, pero sé que los demás están pensando lo mismo que yo. Se ha roto el codo derecho. El brazo con el que lanza. No sé qué va a significar para él, ni ahora ni en el futuro, pero no logro librarme de la sensación de que todo lo bueno de mi vida se me está escapando entre los dedos como arena del desierto, y de que no puedo hacer nada por pararlo.

El entrenador de Flynn se pone de pie y va a buscarse un café asqueroso, como buen café de sala de espera, y luego se dirige hacia papá. El médico ha hecho lo mismo, tras dar por hecho que la persona responsable de Flynn era él. Es una puta broma.

—Me siento impotente —admito. Muevo la pierna arriba y abajo con una energía frenética que necesito sacar—. Ojalá fuese yo el que está ahí dentro.

—Lo sé —contesta.

Por fin la miro. La miro de verdad. Lleva un pantalón de chándal negro, un maillot rosa, unas deportivas y el pelo recogido en una cola de caballo despeinada.

—No hacía falta que salieras antes del entrenamiento para venir.

—No he salido antes —contesta a toda prisa, pero luego me sonríe

avergonzada—. Vale, sí lo he hecho. Pero ya tendré tiempo mañana de obsesionarme con mi rutina.

Nos quedamos ahí, de la mano, en esa habitación mal iluminada con sillas de plástico baratas y el olor a café quemado en el aire. De vez en cuando, se me ocurre que, ahora mismo, ella es lo único que evita que me derrumbe.

Cuando vuelve el médico, los familiares nos congregamos a su alrededor para oír las noticias. Mi padre acude, pero también lo hace Avery, cogiéndome con fuerza de la mano. Nos explica con una complicada terminología médica qué es lo que se ha roto y cómo lo ha arreglado. En circunstancias normales, estaría analizando cada palabra y pidiendo que me aclarase ciertas cosas para comprender exactamente qué ha ocurrido, pero me consume la necesidad de ir a ver a Flynn, de comprobar con mis propios ojos que está bien.

—¿Podemos verlo? —pregunto cuando por fin el médico deja de hablar.

—Sí, pero no pueden estar mucho rato. Está todavía bajo los efectos de la anestesia y necesita descansar. Ahora mismo, el dolor está controlado, pero durante las próximas veinticuatro horas tendrá muchas molestias. Quiero dejarlo ingresado al menos esta noche. Si por la mañana va todo bien, os lo podréis llevar a casa.

—Voy a decírselo a los demás —se ofrece Brogan, señalando a los compañeros y al entrenador de Flynn, que nos miran angustiados.

El resto seguimos a una enfermera hacia la sala de recuperación. Bueno, casi todos. Papá desaparece, aunque no sé cuándo exactamente. Debe de tener miedo de que le toque pagar a él la factura del hospital.

Flynn está colocado de la anestesia. Sonríe y bromea sobre que estará unos meses sin poder firmar autógrafos.

Hacemos turnos para abrazarlo y dedicarle palabras de consuelo

que no son más que chorradas. Para cuando me toca a mí, ya casi no puede mantener los ojos abiertos.

—Voy a ir a casa a traerte ropa limpia, ¿vale? —le digo con voz gruesa—. ¿Quieres que te acerque algo más?

Cierra los ojos y niega con la cabeza.

En el aparcamiento, Avery camina a mi lado, abrazándose a sí misma.

—¿Quieres que te acompañe?

Me gustaría decirle que sí, pero sé que no hay nada que pueda hacer, y tampoco es que yo vaya a ser una fiesta. Flynn me necesita y ahora mismo no puedo concentrarme en otra cosa.

—No, no hace falta. Solo voy a coger sus cosas, luego volveré y pasaré la noche aquí. Siento dejarte tirada; teníamos planes.

—¡No te preocupes por eso! Tienes que estar con él. —Nos paramos al llegar a su Bronco.

—¿Crees que podrá volver a jugar? —le pregunto. Es la única persona en cuya respuesta confiaría. Ella ha pasado por esto. No por esto exactamente, pero sufrió una lesión y se recuperó. Si me dice que Flynn también podrá, la creeré.

—No lo sé —contesta, y esa esperanza se volatiliza de repente. Me coge la mano y entrelaza nuestros meñiques—. Pero si es tan terco como su hermano mayor, creo que tiene muchas posibilidades. —Respiro hondo, llenándome los pulmones de aire, pero todavía siento que algo me oprime el pecho—. Oye… —añade, balanceando nuestras manos entrelazadas—. No tengo que estar en ningún otro sitio el resto de la noche. Puedo ir a buscar algo de comer y venir al hospital a hacerte compañía.

Sonrío de medio lado. Ni se imagina lo mucho que me apetecería, pero sentarnos en un hospital mientras yo cuido de mi hermano no es precisamente lo que teníamos planeado.

—No hace falta. La verdad es que ahora no creo que yo sea la mejor compañía, y sé que mañana tienes clase.

Vacila unos instantes antes de contestar:

—Si cambias de opinión o necesitas algo, no estaré muy lejos.

Asiento y ella se vuelve para abrir la puerta de su coche.

—Avery… —Hablo en voz baja, pero ella se detiene y se vuelve para mirarme—. Gracias por estar aquí.

Capítulo treinta y nueve

Avery

Knox me manda un mensaje al día siguiente para darme las gracias por haber estado a su lado el día anterior y para informarme de que Flynn ya está en casa. No me pide que vaya allí ni menciona su inminente marcha. Me ofrezco a llevar algo de comer o a ayudar como enfermera, pero me contesta que pueden arreglárselas solos. Y ya está.

Sé que tiene mucho entre manos, pero me gustaría apoyarlo. Me gustaría que me permitiera estar a su lado, poder compartir con él el peso de su carga.

Sin embargo, presentarme en su casa sin avisar no me parece correcto, así que le mando otro mensaje ofreciéndole que me avise si necesita algo o si cambia de opinión.

No puedo obligarlo a que me necesite ni a que me permita estar a su lado. Y tampoco puedo obligarlo a que me eche de menos tanto como yo a él. Todavía no se ha ido y ya siento que lo he perdido. Sí, esta semana nos hemos visto, pero, desde que fui una bocazas y le dije que quería que fuésemos más que un rollo cuando estuviera en la ciudad, se ha mostrado distante conmigo.

Ya tengo mi respuesta, aunque no me la diera de forma explícita. Lo que sugirió, que tal vez podamos vernos de vez en cuando después de haber estado este tiempo pasando casi todos los días

juntos, sería una tortura para mí. Ya lo es. Me he enamorado de él hasta las trancas.

Knox Holland, tan rudo y tan arisco, tiene mi corazón, aunque cada día intente devolvérmelo.

No es la primera vez que echo de menos a alguien; me ha pasado otras veces, al menos de una forma idealizada. Exnovios, chicos que me gustaban, tías abuelas que murieron a las que nunca llegué a conocer bien. Pero el dolor que se me clava en el pecho cuando pienso en no volver a ver a Knox es algo totalmente desconocido para mí.

En las películas, siempre hay una escena en la que a la protagonista le rompen el corazón, o en la que tiene un golpe de mala suerte. Se come botes enteros de helado y se refugia en su habitación, donde pasa días y días sin cambiarse de chándal. Yo soy toda una experta en compadecerme de mí misma, pero con todo lo que les ha ocurrido a Flynn y Knox no veo por qué debería sentir pena de mí. Estoy sana. Tengo unos padres que me quieren y puedo seguir haciendo lo que más me gusta, incluso después de una lesión que debería habérmelo impedido.

Así que no lloro ni como cantidades ingentes de azúcar, ni tampoco releo todos los mensajes que Knox y yo nos hemos enviado para revivir cada momento que pasamos juntos. Vale, de las dos últimas sí que soy culpable, pero no dejo que pase de ahí. Y luego canalizo toda mi energía entrenando.

O eso intento. Ahora mismo, estoy tumbada en la barra, mirando al techo. Este siempre ha sido mi lugar preferido, pero hoy no me consuela tanto como de costumbre.

Sacudo la cabeza para aclararme las ideas y me pongo de pie. Tengo una nueva salida que practicar y otra competición dentro de dos semanas. Si quería una distracción perfecta, la entrenadora

Weaver me lo ha puesto en bandeja.

—Se te ve un poco dormida esta mañana, Ollie —comenta Tristan al pasar por mi lado.

Me irrita tanto que se me ponen los pelos de punta. Juraría que veo que se le escapa una sonrisa cuando empiezo el primer movimiento de la rutina.

El dolor seguirá aquí luego, pero, de momento, estoy preparada para empezar a entrenar.

Capítulo cuarenta

Knox

—¡Flynn! —lo llamo mientras toco la puerta de su cuarto.

—Está ahí encerrado desde que hemos vuelto del instituto, hace una hora —dice Brogan desde el sofá. Archer y él parecen haberle dado un respiro a los videojuegos por una vez y están estudiando.

—No ha salido en todo el día —le corrijo, dejándome caer en una silla del salón. Lo sé porque llevo intentando convencerlo de que salga desde el desayuno.

—Lo bueno es que ahí dentro no se puede meter en muchos líos.

Me vibra el teléfono. Lo saco del bolsillo e ignoro la llamada entrante. Archer me observa mientras le doy la vuelta y lo pongo sobre mi pierna.

—¿Cuándo te vas a Nuevo México? —pregunta.

—No lo sé.

Brogan y él intercambian una mirada, pero los interrumpe Hendrick, que acaba de entrar por la puerta del garaje. Al vernos a los tres, mira de inmediato hacia la habitación de Flynn.

—¿Cómo está?

—Igual —respondemos los tres al unísono.

Hendrick se vuelve hacia mí.

—Pensé que ya tendrías la camioneta cargada. ¿A qué hora te vas?

Me encojo de hombros.

—Les he dicho que necesitaba más tiempo.

Llamé al día siguiente de que Flynn se lesionara para informarles de que no podría estar allí el viernes. Eso fue hace cinco días.

Tenía intención de marcharme, pero, aunque el codo de Flynn acabará recuperándose, tiene el ánimo por los suelos. Aún no tiene nada claro cómo será su futuro, y mientras los demás chicos de su equipo siguen adelante con la temporada —uno incluso ha firmado ya un acuerdo para jugar al baloncesto en una de las universidades preferidas de Flynn—, mi hermano está comiéndose la cabeza en su habitación.

Burt me ha llamado dos veces hoy para ver cómo van las cosas, pero no sé qué decirle, así que estoy pasando de él hasta que se me ocurra algo. Lo único que me importa es esto.

—Lo tenemos controlado —dice Hendrick con los brazos en jarras —. En el bar no hay problema. Puedo quedarme en casa con Flynn y llevarlo a todas sus visitas.

—No me voy a ir. No pasa nada. Puedo seguir entrenando aquí y ya conoceré al equipo dentro de un mes o dos.

Aunque hace casi una semana que no piso una pista de motocross, es cierto que puedo retomar mi rutina de entrenamiento aquí.

—Knox… —Esta vez, es la voz de Archer—. Tienes que irte. Hen tiene razón. Lo tenemos controlado.

Niego con la cabeza, pero no sé muy bien qué puedo decirles para hacerles entender.

—Os lo agradezco, pero lo más lógico es que sea yo quien se ocupe de él. Siempre ha sido más lógico que lo haga yo.

Archer frunce el ceño.

—¿Y por qué lo más lógico es que lo hagas tú?

—Hendrick tiene el bar y a Jane, vosotros tenéis el fútbol americano y las clases. Flynn y las carreras son lo único que tengo. —La verdad que encierran esas palabras me quiebra la voz. Una imagen de Avery aparece en mi mente, pero a ella ya no estoy seguro de tenerla. Apenas hemos hablado desde el accidente de Flynn. La culpa es mía, y soy consciente de ello, pero el peso de mis responsabilidades me ha recordado por qué nunca me había tomado tan en serio una relación.

—Y seguirás teniendo ambas cosas, pero te estás arriesgando mucho quedándote aquí —insiste Arch, y los otros se muestran de acuerdo.

—Me da igual.

Normalmente, Arch claudica enseguida, pero esta vez no lo hace.

—Ya sé que harías cualquier cosa por Flynn. Lo has demostrado incontables veces. Y todos tendríamos que haber contribuido más, y no lo hicimos, pero ahora sí que podemos ayudar. Solo tienes que dejarnos.

—Nada de eso me importa —contesto, y soy sincero—. No os guardo ningún rencor. Pero no puedo dejarlo tirado ahora, cuando más me necesita.

—No lo estás dejando tirado. —A Hendrick se le ensombrece el rostro y a mí se me cae el alma a los pies—. Crees que irte te convertiría en lo mismo que papá. —Me pitan los oídos al oír que da voz a mis peores miedos. Suena estúpido, y tal vez lo sea. Pero Flynn debería tener a alguien que esté siempre para él, aunque no sea su padre—. Dejaste el instituto, buscaste un trabajo, pagaste las facturas, aprendiste a cocinar y a hacer la puta colada. Llevabas a Flynn al colegio y lo recogías todos los días, le compraste ropa y no sé cuántas cosas más que ni sabré. Tú te encargaste de que tuviera todo lo que necesitaba… —Mi hermano mayor se interrumpe.

—¿Y?

—Pues que no eres como él. Jamás podrías ser como él.

Tal vez hoy no, pero ¿cuántas veces tienes que dejar tirado a alguien antes de que deje de buscarte?

Abro la boca para protestar, pero, en ese momento, la voz de Flynn resuena en el salón.

—Tiene razón.

Me pongo de pie y lo miro. Tiene el pelo castaño rojizo despeinado, y creo que lleva varios días sin cambiarse de ropa. Lleva el brazo en un cabestrillo que se lo mantiene pegado al cuerpo. Durante el último año ha ganado musculatura, y ahora mismo es una combinación extraña entre un hombre y un niño. En cierto modo, me alivia que vaya a graduarse y a convertirse en un adulto, pero, por otra parte, me entristece, y me angustia pensar que tomará sus propias decisiones y que ya no me necesitará.

—Has hecho mucho por mí, y siempre te estaré agradecido, pero el codo no se me va a curar porque tú te quedes aquí —prosigue—. Ya he sido un lastre para ti el tiempo suficiente. Por favor, no dejes que sea yo la razón por la que pierdes otro equipo.

—El codo se va a poner bien —le digo, porque no se me ha pasado por alto esa chispa de duda en su mirada—. Y yo quiero estar aquí contigo. No eres un lastre. Tú no eres ningún lastre. —Mueve un poco los pies y no acaba de mirarme a los ojos, así que doy un paso al frente y bajo la cabeza para que no pueda evitarme —. ¿Me has oído? No eres ningún lastre, joder.

—Pero si no fuera por mí te habrías ido de Valley hace años —se lamenta en un tono que me recuerda que es un adolescente.

—Tal vez sí, pero tú eres mi familia. Haría cualquier cosa por ti.

—Pues haz esto —contesta con un hilo de voz—. No soporto pensar en que pierdas esta oportunidad. Tú naciste para correr.

Nadie se lo merece más.

Lo escucho. Los escucho a todos, pero sigo sintiéndome intranquilo con la idea de irme.

—Es lo que queremos todos —dice Archer. Se dirige hacia nuestro hermano pequeño y le rodea los hombros con un brazo, cuidándose mucho de no moverle el brazo lesionado—. Te informaremos de cómo está a cada hora que pase, si es lo que quieres.

Brogan se frota las manos.

—Me encanta cuando el chat grupal está que echa humo. Nuevo nombre del grupo: Noticias sobre el Holland bebé.

Hendrick se ríe y niega con la cabeza, disipando toda la tensión que todavía quedaba en el aire.

Los cuatro me miran expectantes, y una energía formada por emoción y ansiedad se abre paso por debajo de mi piel.

—¿Estáis seguros? —les pregunto—. Puedo posponerlo otra semana, quizá incluso dos, o puedo intentar trasladar mis entrenamientos a Valley a tiempo completo. —No sería el primero que lo hace. Podría contratar al personal que necesito para que me ayuden con el entrenamiento y estar en contacto con el equipo de forma virtual. Contando con que les parezca bien, claro. Significaría no pasar tanto tiempo cara a cara con mis entrenadores y mis compañeros, pero podría arreglármelas.

—Segurísimos.

Archer y Brogan asienten. Miro a Flynn.

—Segurísimos —repite.

—Si pasa algo o cambias de opinión… Si necesitas algo…

—Te escribiremos —me interrumpe Archer.

Brogan propone otro nombre para el chat grupal con una sonrisa:

—Emergencias Hermanos Holland.

—No te tienes que preocupar de nada. ¡A por ellos! —Hendrick

viene hacia mí y me da un abrazo.

Brogan se añade un segundo detrás.

—Besos y Abrazos Hermanos Holland.

Archer se ríe por la nariz, pero viene a abrazarme también.

—Si me besas, te doy una patada en las pelotas —masculla Hendrick.

Y entonces Flynn me rodea con el brazo bueno.



Llego a Nuevo México el martes por la tarde. Me he pasado las cinco horas de trayecto preguntándome si habré tomado la decisión correcta, y me he sentido un poco tentado de dar media vuelta. Lo único que me lo ha impedido ha sido la voz de Flynn en mi mente, diciéndome que nací para correr. Espero que tenga razón.

Debo recuperar mucho tiempo perdido, y en mi nuevo equipo no pierden ni un segundo. Los días se mezclan los unos con los otros, entre entrenamientos y ajustes en la moto. Burt ha juntado un grupo increíble. Nos entendemos bien y pensamos igual en muchas cosas. Me llena de esperanzas para la temporada.

Por la noche, cuando por fin tengo un rato para sentarme y descansar, llamo a Flynn para ver cómo va todo por Valley.

—Estar en el banquillo es muy frustrante —protesta el viernes por la noche. Estoy tan agotado que me arden los ojos—. Lo único que quiero es jugar. Perdimos por dos puntos. ¡Dos!

La temporada está a punto de terminar y él no se recuperará a tiempo de echar una mano a su equipo. Sé lo duro que es eso.

—Pero dentro de poco empieza la temporada de béisbol.

—Ya. —Asiente—. ¿Cómo va por ahí?

—Bien —contesto enseguida, y añado—: Estoy muy cansado.

—Es la primera semana. Tendrás que echarle un par. —Mi hermano pequeño me sonríe.

Me río en silencio y me paso la mano por el pelo apelmazado.

—Sí, está claro. Necesito ducharme y dormir.

—¿Qué hora es ahí?

—La misma que en Valley.

Enarca las cejas.

—Es temprano.

—No cuando llevas despierto desde las cinco.

—En fin, dejo que te vayas, viejo. He quedado con unos amigos para celebrar lo de Charlene. La han aceptado en Stanford.

—¿Te lleva Hendrick?

—No, pasan ellos a buscarme. —Ya se está moviendo por la habitación, preparándose.

—Diviértete. Y ten cuidado. Te llamo mañana.

En cuanto colgamos, echo un vistazo a mis mensajes sin leer. El chat grupal, que ahora mismo se llama «Brogan, PARA de cambiar el nombre del grupo», tiene varios mensajes nuevos.

Archer

Actualización importante sobre

Flynn: ¡Se ha duchado!

Brogan

Creo que me ha llegado un

olorcillo a colonia.

Hendrick

¿Olorcillo? Se huele
desde el garaje.

Escribo una respuesta con una sonrisa.

Yo

Mándalos a la 💩,
hermanito.

Flynn

🖕 Lo que os jode a vosotros es
que sois viejos.

Brogan

Ah, no. No se habrá atrevido a
llamarme viejo…

Tengo otros mensajes. De Colter, de Oak e incluso de Brooklyn. Este fin de semana están en Texas, y se me hace un poco raro no acompañarlos, pero dudo que vaya a tener tiempo de practicar *freestyle* con mi agenda actual.

Después de responder a los mensajes, mis ojos se detienen sobre el contacto de Avery. Estuvo a mi lado cuando la necesité, y no tengo palabras para explicar lo mucho que eso significó para mí. No se me da muy bien aceptar ayuda, pero saber que podía contar con ella bastó para aligerar mi carga.

Ni sé ya cuántas veces he pensado en escribirle.

Me fui sin despedirme y me pesa. Pero me parecía demasiado definitivo.

Ojalá las cosas fuesen distintas. Ojalá fuese posible estar en dos sitios a la vez. Por supuesto que quiero seguir viéndola, pero se merece algo más que meros retazos de mi tiempo y mi energía. Ella cree que le bastaría con eso, pero yo sé lo mucho que duele ser la persona que se ha quedado atrás. Tal vez sería capaz de soportarlo durante un tiempo, pero al final lo que sentiría sería decepción.

Y, mientras tanto, yo me odiaría por no haberla protegido de algo así. Pero tal vez podamos quedar cuando yo esté en Valley. Hasta que no empiece la temporada, tengo intención de volver la mayoría de fines de semana. Si todo va bien, podemos vernos entonces. Y será igual que antes.

Una chispa de expectación se prende en mi interior.

El fin de semana que viene volveré a casa. Iré a ver cómo están mis hermanos y luego le escribiré para ver si está libre.

Me tumbo en la cama. Ahora que tengo un plan, me siento más tranquilo. Solo he de sobrevivir sin verla siete días más.

Capítulo cuarenta y uno

Avery

El viernes, Quinn me convence para salir de la residencia e ir a la pista de motocross con Colter y sus amigos. El fin de semana pasado actuaron en el último gran evento, y ahora tienen un descanso de unas semanas, antes de participar en festivales más pequeños y en espectáculos de Supercross.

Algunos de los *riders* están haciendo trucos y otros descansan sentados en sus motos, hablando en pequeños grupos. Colter, Quinn y yo estamos sentados en la parte trasera de su camioneta. Oak ha cambiado la moto por un skate y lo está montando frente a nosotros mientras Colter y él piensan en nuevos trucos grupales para el equipo.

—Colter me ha dicho que a Knox le gusta mucho su nuevo equipo —comenta Quinn, dándome un suave codazo.

—Me alegro. —Se me encoge el estómago al pensar en él, pero pongo mucho cuidado en disimular lo que siento. Aunque no engaño a nadie, y mucho menos a Quinn.

—También me ha dicho… —empieza a decir, pero, de repente, le agarro el brazo con fuerza. El protagonista de nuestra conversación acaba de aparecer.

Se me para el corazón. Dios, cómo lo he echado de menos…

Lleva su uniforme de siempre, los vaqueros y la camiseta negra

debajo de la chupa de cuero. ¿Cuántos días han pasado desde la última vez que lo vi? No lo sé, pero me da la sensación de que han sido siglos.

—¡Knox! —Colter se baja de la camioneta para saludarlo y los otros *riders* también se congregan a su alrededor.

Mientras charla con ellos, levanta la vista y me mira a los ojos. Las mariposas de mi estómago bajan en picado.

—¿Sabías que había vuelto? —me pregunta Quinn.

—No. No hemos hablado —contesto, obligándome a apartar la mirada. Me duele que haya vuelto y que ni siquiera me haya mandado un mensaje para hacérmelo saber. Me duele casi tanto como que no me avisara cuando se fue de Valley.

—¿No vas a ir a saludarlo? —pregunta mi amiga con una enorme sonrisa—. Está mirando todo el rato hacia aquí. —Antes de que me dé tiempo a responder, le da un golpecito en el hombro a uno de los chicos y viene hacia nosotras—. Huy, creo que será mejor que me largue —murmura Quinn y se baja de un salto de la camioneta. Pasa junto a Knox durante su huida, y lo saluda moviendo los dedos y con un «hola» al pasar.

Me bajo de la camioneta cuando se detiene junto a mí.

—Hola.

—Hola, princesa. —Su tono provocador me encoge el corazón.

Damos un paso el uno hacia el otro. Me contengo para no abrazarlo, pero entonces es él quien me estrecha en sus brazos. Cuero, jabón, un toque a colonia.

—¿Qué haces aquí? —pregunto, nerviosa y sin aliento. Me aparto y me cruzo de brazos.

—Colter me ha dicho que estaban por aquí y que tú también habías venido.

Miro a Quinn. Nos está mirando con una sonrisa insegura. Su

novio ha pasado a estar en mi lista negra. ¿Tanto le costaba avisarme?

—Me refiero a qué haces en Valley. Pensaba que estabas en Nuevo México.

—Y lo estaba. —Asiente—. He venido a pasar el fin de semana. Mañana, Flynn tiene su último partido en casa. Él no juega, evidentemente, pero no quería perderme el momento en el que salte a la cancha por última vez.

—Seguro que está muy contento de tenerte aquí. ¿Cómo tiene el codo?

—Mejor. Los médicos dicen que está progresando de maravilla. Tal vez pueda lanzar esta misma temporada.

—Me alegro mucho.

—Gracias por el fisioterapeuta que le recomendaste. Flynn me dijo que lo llamaste tú.

—Claro, no es nada. John se encargó de parte de mi rehabilitación de la rodilla.

—Te lo agradece mucho, y yo también.

—De nada. —Se hace un silencio incómodo entre los dos. El ruido de lo que nos rodea penetra en nuestra burbuja. Señalo hacia la pista, donde uno de los *riders* está haciendo un truco que había visto practicar a Knox no hace mucho—. ¿Ya echas de menos todo eso?

—Pues sí que lo echo de menos, la verdad —admite—. Y a ti.

De pronto, me cuesta respirar. Sus palabras me alivian, pero también me causan dolor. Sin embargo, me lo aguanto y le sonrío. Se trata de Knox. Aunque las cosas hayan terminado como han terminado, me gustaría que pudiéramos ser amigos. O, al menos, tener una relación cordial.

—Ya, yo también te echo de menos, pero me han dicho que te gusta mucho el nuevo equipo.

—Sí, sí me gusta. —Asiente de nuevo.

En ese momento, se nos unen Brooklyn y otro *rider* que estaba en la pista cuando Knox ha llegado. Se saludan y lo acribillan a preguntas de inmediato. Poco después, todo el mundo se ha vuelto a reunir a su alrededor.

Quinn aparece a mi lado, me da la mano y me la estrecha con suavidad.

—¿Estás bien? —susurra.

—Sí.

Durante las dos horas siguientes, Knox está constantemente flanqueado por gente que quiere hablar con él. Me quedo con Quinn hasta las once, más o menos, cuando todo el mundo ha dejado de montar en moto y están sentados por ahí, bebiendo cervezas.

—Creo que me voy a ir —le anuncio.

—¡No! ¿Tan pronto? —pregunta mientras me abraza.

—Sí. Tengo que levantarme temprano. —Le dedico mi mejor sonrisa despreocupada, que ella interpreta inmediatamente como un «sí, estoy huyendo de Knox porque estoy enamorada de él».

—Avísame cuando estés en casa, para que sepa que has llegado bien.

—Sí. —Me despido de Colter con la mano. Nadie más se fija en que me marcho. Todos son amables conmigo, pero la verdad es que para la mayoría de ellos solo soy la amiga de la novia de Colter. Knox está hablando con Brooklyn y está de espaldas a mí. Me debato entre despedirme de él o no, pero al final decido que es mejor lo primero que irme sin avisar. Quiero que podamos estar en el mismo sitio y hablar sin que nos resulte incómodo, lo deseo de verdad. Hoy no es ese día, pero tal vez llegue en algún momento.

—Hola —digo al llegar junto a él.

Brooklyn me ofrece una sonrisa educada y se marcha, poniendo

como excusa que necesita ir a por algo de beber.

—Hola. —Knox me dedica una sonrisa aún más radiante que antes, casi esperanzada, y ladea todo el cuerpo hacia mí.

—Me voy ya, pero quería despedirme.

Su sonrisa flaquea.

—¿Te vas?

—Sí, pero me alegro de haberte visto. Me alegro mucho de que te vayan bien las cosas. Nos vemos. —Me aparto a toda prisa. Noto que las lágrimas amenazan con salir, y no quiero echarme a llorar aquí.

—Espera. —Se apresura para alcanzarme—. ¿Adónde vas?

—A casa.

—Y… ¿no te gustaría que te acompañase? —Esboza una sonrisa torcida—. Casi no hemos podido hablar. No dejo de pensar en ti desde que me fui.

Me da un vuelco el corazón.

—Mañana madrugo. El domingo tenemos una competición, así que mañana tengo entrenamiento para repasar las rutinas.

—Ya. ¿Es en Valley?

—Sí. Es la primera de la temporada en casa. —Estoy a punto de invitarle a venir, pero sé que tiene que volver a Nuevo México.

—¿Y mañana por la tarde? ¿Estás libre después de entrenar?

Qué fácil sería decirle que sí. Qué fácil sería retomar las cosas donde las dejamos. Pero luego se irá y volverá a romperme el corazón.

—No creo que sea buena idea —contesto, agachando la mirada—. Yo también te he echado de menos, y por supuesto que me apetece estar contigo, pero ¿luego qué?

—No lo sé —admite—. Todavía no lo tengo todo resuelto, pero sé que quiero verte cuando sea posible. Volveré casi todos los fines de

semana. Las cosas no tienen por qué cambiar.

Alarga una mano y entrelaza el dedo meñique con el mío.

—Ese es el problema. No quiero que quedemos cuando nuestras agendas coincidan. O sea, sí, claro que quiero, pero no quiero solo eso. Quiero más. Te quiero a ti todo el tiempo, incluso cuando no estemos juntos.

—Eso es lo que crees ahora, pero ¿qué pasará cuando te aburras de tener un novio que solo viene un fin de semana sí, un fin de semana no? Es mucha presión para los dos. Lo que tenemos está bien, ¿para qué cambiarlo?

Respiro hondo y lo miro, perdiéndome en esos preciosos ojos de color avellana.

—Porque estoy enamorada de ti, Knox.

El pánico asoma a su rostro de inmediato. ¿Tanto le sorprende?

—Yo… —empieza a decir, pero se interrumpe. Aprieta los dientes y traga saliva con dificultad.

—No hace falta que digas nada. Ya sé que tú no sientes lo mismo, y que no quieres una relación. Una de las cosas que más admiro de ti es lo sincero que has sido siempre conmigo. Pero si te soy sincera, yo no puedo seguir enrollándome contigo y fingiendo que eso es lo que quiero. Ya sé que te dije que no quería una relación, y entonces lo decía en serio. Pero en algún momento me he enamorado de ti.

—Avery… —Se le rompe la voz.

—No pasa nada —le tranquilizo, liberándolo de la responsabilidad. Saber que no siente lo mismo que yo es una cosa, pero oírselo decir… Eso me rompería el corazón—. Tengo que irme. —Doy un paso atrás y me detengo para mirarlo. Tiene el ceño fruncido y parece… perdido—. Me ha alegrado verte, de verdad. Buena suerte en Nuevo México.

Capítulo cuarenta y dos

Knox

Esta noche, el gimnasio del Instituto Valley está abarrotado. Hendrick y yo intercambiamos una mirada cuando nos disponemos a ir hacia nuestros asientos de siempre: están ocupados. Sin embargo, Archer y Brogan nos saludan desde otra sección de las gradas.

—¿Lo sabías? —me pregunta Hendrick.

Niego con la cabeza. Es la Noche de los Padres, lo que explica por qué hay casi el doble de gente de lo habitual. Todos los padres y las madres de los jugadores han hecho un esfuerzo extra para venir y mostrar su apoyo al equipo. Nunca me ha gustado, pero no tardo en darme cuenta de que, seguramente, lo que me irrita es que Flynn no tenga unos padres que puedan venir a verlo, como el resto de sus compañeros. En casa no nos había dicho nada de todo esto, pero cada año es la misma historia. Siempre hay camisetas, o carteles, o alguna consigna para que los padres destaquen entre el resto de la gente. Este año parece que son botones. Unos botones enormes y redondos con la foto del equipo. Por Dios.

—Oooh. Estarás ridículo con uno de estos colgado de la solapa dentro de dieciocho años, cuando el pequeño Hollywood haya llegado a este día. Me mandarás fotos, ¿verdad?

Hendrick me mira irritado, pero hay una chispa de emoción en sus ojos que no logra disimular.

Nos sentamos sin decir nada. Flynn está debajo de la canasta cogiendo rebotes con una mano mientras su equipo calienta. Nos mira con una sonrisa vacilante que no consigo interpretar. ¿Se sentirá desplazado? ¿Echará de menos a mamá más que de costumbre? Supongo que, como es su último año, será aún más como un puñetazo en el estómago. O quizá se siente agradecido por no tener que soportar nunca más un evento como este.

—¿Habéis visto a papá? —Nos pregunta Archer en lenguaje de signos.

—No. —Hendrick aprieta los dientes. Papá no ha vuelto a aparecer desde el día del hospital. Se quedó mientras Flynn estaba en quirófano, pero luego no se molestó ni en ir a verlo. Ojalá me sorprendiera.

—Qué hijo de puta —dice Brogan en voz baja, y hace señas para Arch.

En esto estamos todos de acuerdo.

—Si tenía que hacer acto de presencia solo un día, podría haber elegido la Noche de los Padres y ser útil, por una vez —comenta Hendrick—. Joder, yo odiaba esta jornada.

—Y yo —decimos Archer, Brogan y yo al unísono.

—No se merece ni el título de padre —opino.

—No se trata de eso —contesta Archer—. Se trata de Flynn. Lo único que quiere en noches como esta es ser un chaval normal, con una familia normal. Es lo que queríamos todos.

Se me encoge el estómago. Nunca me lo había planteado así. Echo un vistazo a Flynn. Joder.

—Voy a salir a tomar un poco el aire.

Me voy sin decir otra palabra. Cuando llego a la cafetería, saco el móvil. El olor a palomitas me revuelve el estómago, o quizá sea porque estoy mirando el contacto de papá en la agenda. Desbloqueo

su número y pulso el botón de llamada sin permitirme darle más vueltas.

Responde al segundo tono. Me dirijo a un rincón más tranquilo, aunque aquí también hay ruido de fondo.

—Es la Noche de los Padres —le digo, saltándome la parte del saludo.

—Eh… Vale.

Aprieto los dientes con todas mis fuerzas antes de continuar.

—¿Puedes venir al partido o no?

—Ya estoy aquí —contesta, y esta vez su voz suena más cercana y me doy cuenta de que no solo lo estoy oyendo a través del móvil. Me doy la vuelta para mirarlo. Él tarda más que yo en quitarse el teléfono de la oreja. Si pretende que me muestre feliz o sorprendido porque haya venido, lo lleva claro—. Flynn me llamó anoche para decírmelo.

Tengo un montón de preguntas en la punta de la lengua, pero antes muerto que hacérselas o que darle más oportunidades de contarme trolas de las suyas.

Suena la sirena que avisa de que está a punto de empezar, así que me doy la vuelta y entro en el gimnasio, seguido por papá. Cuando llegamos adonde están mis hermanos, los dos nos quedamos quietos. Con un gesto, lo invito a sentarse con nosotros. Enarca ligeramente las cejas, pero se sienta sin hacer ningún comentario.

—¿Qué coño es esto? —seña Archer mientras nuestro padre se sienta con nosotros por primera vez en…, en demasiado tiempo.

—Esto no cambia nada entre nosotros —le digo a mi padre—. Flynn está bien. Tiene lo mejor de todos nosotros. No entiendo por qué te quiere aquí, pero ten claro que cuando le rompas el corazón, será un alivio. Porque por fin podré olvidarme de que existes.

Me siento sin decir nada más. Hendrick asiente, como si estuviera

de acuerdo con todo lo que he hecho o dicho. Jane, que debe de haber llegado mientras yo estaba fuera, me mira y levanta el pulgar. Su aprobación me hace sonreír.

El corazón me martillea en el interior del pecho, pero no tengo mucho tiempo para calmarme, porque en ese momento se nos acerca Flynn. Lleva el chándal rojo del Instituto Valley, preparado para sentarse en el banquillo. Y en la mano tiene dos botones con la foto del equipo.

Lo saludamos como si los segundos previos a su llegada no hubieran sido tensos e incómodos.

—Esto… Me han dado esto. —Los levanta con una sonrisa tímida. Le da uno a papá. Odio cada segundo de este momento, aunque sé que esto trata de participar en este ritual, y no de proclamarlo padre del año.

Pero entonces me da el otro a mí. Se ha puesto rojo. Lo acepto con un nudo de emoción en la garganta. Lo levanto a modo de agradecimiento y él se vuelve corriendo y se va a ocupar su sitio en el banquillo.

Con dedos temblorosos, ensarto el pin en mi camiseta. Hendrick me mira con una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Y ahora quién está ridículo?

Me rasco la nariz con el dedo del medio y luego presto toda mi atención al partido, ya que acaban de anunciar que está a punto de empezar.



Después del partido, nos quedamos a esperar a Flynn. Papá también lo hace, aunque mantiene las distancias con nosotros. Como no ha

jugado, no tarda en salir, pero se dirige primero hacia papá. No sé qué se dicen, pero a mi hermano pequeño se le ve feliz.

—Va a estar bien —me tranquiliza Brogan, como si me hubiese leído la mente.

—Papá lo va a decepcionar. Estoy seguro al cien por cien.

—Aun así, cuando lo haga, Flynn estará bien. Vosotros tres sobrevivisteis y él también lo hará. Además, nos tiene a nosotros. Creo que compensamos más que de sobra por un padre de mierda. —Me da un codazo con fanfarronería y una sonrisa.

Espero que tenga razón.

Cuando Flynn viene hacia nosotros, papá se marcha. Ninguno hace ningún comentario, ni sobre él ni sobre el hecho de que Flynn le pidiera que viniera al partido.

—¿Te apetece ir a cenar algo? —le pregunto.

—Sí, molaría.

Vamos a una hamburguesería, porque Hendrick quiere pasarse luego por el bar y es el restaurante más cercano. Cuando cogemos mesa, Archer y Brogan ven a unos amigos en la barra y se van a saludarlos.

Flynn está con el móvil, pasando de nosotros.

—¿Has visto a Avery estos días? —pregunta Hendrick. Jane se pone recta de golpe; es evidente que también quiere saberlo.

—Sí, me la encontré anoche.

—¿Y? —me apremia Jane.

—Le va bien. Tiene una competición mañana.

—¿Vas a ir?

—No —contesto con cautela—. No me ha invitado y la verdad es que no creo que se alegre mucho de verme.

—¿Por qué no? —pregunta Flynn, levantando la vista del móvil con el ceño fruncido.

Archer vuelve sin Brogan. Le lanzo una mirada que claramente dice «sálvame», pero me ignora y pregunta:

—¿Qué pasa?

—Estaba a punto de contarnos cómo la ha cagado con Avery —dice y seña Hendrick.

Aquí hay mucho ruido, y aunque Archer sabe leer los labios, a veces le cuesta seguir las conversaciones en grupo.

—Quería más o nada en absoluto —digo.

—¿Más qué? —pregunta Hendrick con una ceja enarcada.

—Quería algo más serio —admito y me aclaro la garganta—. Pero mañana me voy otra vez y, hasta que termine la temporada, solo volveré algún fin de semana de vez en cuando.

—Entonces ¿la has rechazado sin más? —pregunta Jane, que está boquiabierta y me mira con los ojos verdes muy abiertos y rebosantes de incredulidad.

Joder, qué calor. Doy un trago de agua.

—Ahora mismo es lo mejor. No puedo estar a su lado si no estoy aquí. —Ella se merece a alguien que pueda pasar tiempo con ella, que pueda llevarla a cenar, ir a verla competir. Alguien que esté a su lado y escuche hasta el último detalle de cada uno de sus días, por aburrido que sea, porque esos son los momentos que importan. Gran parte de la vida pasa en los días que no se marcan en un calendario.

Tras unos segundos de silencio, Archer asiente.

—Ya. Las relaciones a distancia son difíciles —dice—. Conozco a varios amigos que lo han intentado y nadie ha durado más de un semestre.

Hendrick se toma su tiempo para elegir bien las palabras, pero también asiente.

—No hace tanto tiempo que os veis, así que quizá sí que sea

mejor que no vaya a más. La distancia y el tiempo te darán el espacio necesario para que te des cuenta de qué sientes por ella de verdad.

—Ya —contesto, pero la verdad es que no necesito nada de eso. Sé perfectamente lo que siento por ella. Sin embargo, precisamente por eso, hacer las cosas bien con ella es aún más importante.

Pensaba que se me iba a partir el pecho en dos cuando estaba ahí, ante mí, confesándome que me quería.

—¿Y tú qué piensas, Hollywood? —pregunto.

Se encoge de hombros.

—Avery me cae muy bien, pero si no estás seguro de querer estar con ella, creo que has tomado la decisión correcta.

No es exactamente lo que esperaba oír, pero al menos no me ha dicho que soy un idiota.

—A mí también me caía bien —dice Flynn—. Y me gustaba cómo eras cuando estabas con ella. Pero tampoco te habíamos visto nunca con una chica, igual es la cara que se te pone cuando follas con frecuencia.

Le lanzo una mirada que hace que se sonroje y cierre la boca.

—Espero que no le hables así a las chicas del instituto.

Esboza una sonrisa tímida.

Brogan se deja caer en la silla vacía.

—¿Qué me he perdido?

—Knox ha rechazado a Avery. Han roto. —La forma como Archer seña las palabras se me antoja especialmente cruel. No me gusta cómo suena esa frase.

Brogan se vuelve hacia mí. Su expresión amistosa y desenfadada de siempre no está por ninguna parte.

—Serás idiota…

Archer le da un codazo y, hablando y señando a la vez, le aclara:

—Está intentando hacer lo correcto y ahorrarles a ambos los dolores de cabeza de una relación a distancia.

Pero la expresión de Brogan no cambia.

—¿Qué te dijo ella exactamente? —pregunta Jane—. Quizá no sea tan malo como suena.

—Que estaba enamorada de mí y que quería ser mía todo el tiempo, no solo cuando nuestras agendas coincidieran convenientemente para enrollarnos. —Bebo más agua, pero no me alivia. Aún siento que me quemo por dentro.

—¿Te dijo que estaba enamorada de ti? —pregunta Hendrick.

—Sí.

—Qué fuerte.

—Sí —interviene Brogan—. Este tío no debió de ponérselo fácil. No suele dejarse conocer lo suficiente para que se enamoren de él.

Eso me ha dolido, pero supongo que tiene razón.

—Bueno, pero si él no siente lo mismo, no importa —repone Jane.

—Sí que lo siente —replica Brogan, que sigue molesto—. Miradlo. Tiene la misma mirada de cordero degollado que tenía Henny cuando fingía que no estaba pillado por Jane.

Jane se acurruca contra mi hermano mayor y apoya la cabeza en su hombro.

—La verdad es que me siento de puta pena —admito—. Sobre todo desde que hemos empezado esta conversación.

Los miro uno a uno, pero lo único que veo reflejado en ellos es lo idiota que soy. Brogan levanta una ceja, como si me estuviese desafiando a llevarle la contraria.

—Pues claro que la quiero, joder —admito un poco más alto de lo que pretendía. Cuando lo digo en voz alta, se adueña de mí una nueva clase de pánico. Creo que llevo ya un tiempo enamorado de Avery, pero, hasta que ella misma no me lo dijo, no me había dado

cuenta de qué era esta sensación tan horrible que me consumía desde que me había ido.

Brogan hace un gesto de impaciencia con la mano, como diciendo: «Pues claro».

Pero ¿importa eso, en el fondo? Yo sigo siendo yo.

—¿Qué más da si la quiero? La situación sigue siendo la misma. Yo vi cómo se sentía mamá cuando papá aparecía y desaparecía. No quiero hacer sentir así a nadie. —No pienso cometer los errores de mi padre. Me lo juré hace años y pienso mantenerlo.

—Papá era un capullo con ella hasta cuando estaba en casa —contesta Hendrick—. No tenía nada que ver con dónde estuviera.

—Puede que la distancia sea una mierda, pero ¿de verdad vas a dejar escapar a la persona que quieres sabiendo que siente lo mismo que tú? —pregunta Archer, enarcando una ceja en una expresión de incredulidad.

No hace falta que les conteste para que sepan que no, que no es eso lo que quiero. Pero, aun así…

—¿Y si termino haciéndole daño? ¿Y si la cago?

—Pues claro que la cagarás —contesta Jane con una suave risa—. Todo el mundo la caga, y tú tienes menos experiencia que la media. Lo que define quién eres es lo que haces después.

—Mierda —mascullo—. Tengo que ir a verla.

Archer me pone una mano en el hombro para detenerme.

—Ahora no puedes ir. Mañana tiene una competición. Ya debe de estar durmiendo.

—Pero me voy mañana —repongo.

—No, no hasta después de la competición. —Brogan sonríe y brinda conmigo—. Ahora pensemos qué narices vas a decirle para arreglar lo idiota que has sido.

Capítulo cuarenta y tres

Knox

—No ha sido buena idea —le digo a Brogan al entrar en el gimnasio. Tengo un nudo en la garganta y me sudan las manos.

Él me pone las suyas en los hombros desde atrás, como si quisiera impedirme que dé media vuelta y me largue, una posibilidad que se me ha pasado por la cabeza. ¿Se puede saber qué hago aquí? Se está preparando para competir. Lo último que necesita es una distracción, y eso es justo lo que creo que soy. El imbécil que ha venido sin que lo hayan invitado. Puede que ni siquiera quiera verme.

—Cíñete al plan, Casanova —contesta—. Es un buen plan.

—Solo lo dices porque se te ha ocurrido a ti.

Se le ilumina la cara con una sonrisa de orgullo.

Yo quería ir a hablar con ella anoche, no presentarme en su competición sin avisar, como un acosador. No me puedo creer que me haya dejado convencer.

Sacudo los hombros para quitarme sus manos de encima y me siento. Este gimnasio solo tiene gradas en un lado. No hay mucha gente, pero la zona donde se realizan las rotaciones se encuentra algo lejos, así que estoy bastante seguro de que no me va a ver enseguida.

Busco con la mirada hasta encontrarla. Está en la esquina

contraria del gimnasio, calentando al lado del potro. Se me acelera el corazón.

¿Y si ha cambiado de opinión? Le he hecho daño. Lo vi en su rostro. Avery es fuerte; no se amilana ante nada. Puede que ya haya decidido que no soy la clase de tío al que merece la pena dedicarle energía.

—No hacía falta que me acompañaras —le digo a Brogan mientras muevo la pierna arriba y abajo.

—No me lo iba a perder por nada del mundo —replica—. ¿Tú, confesándole tus sentimientos a una chica? Esto solo pasa una vez en la vida. Será un recuerdo con el que podré torturarte hasta el fin de los tiempos. —Lo fulmino con la mirada, pero no me está prestando atención. Tiene la mirada fija en la pista—. Además, las gimnastas están buenísimas.

La primera rotación es la de las barras paralelas, pero Avery no está entre las seis chicas del equipo que compiten. Se queda en el lateral animando a las dos primeras y luego se quita la chaqueta de chándal y se va hacia un lado. Se pone a saltar y a correr llevando las rodillas al pecho, pero cada vez que una de sus compañeras termina se para a felicitarla.

Cuando la rotación termina y el equipo de Valley empieza los saltos, su expresión cambia. Veo la concentración que aflora en su rostro y casi siento sus nervios.

—¡Knox! —me llama alguien.

Bajo la vista y veo a Hope, que me sonríe y me saluda con la mano. Le dice algo a la mujer que está con ella y ambas se levantan para subir hacia donde nos encontramos nosotros.

—Hola, Hope. —Le sonrío—. Me alegro de verte.

—¡Yo también!

La mujer llega tras ella. Tiene el mismo color de pelo y la misma

nariz recta que Hope.

—Esta es mi madre —me dice, y luego le dice a ella—: Este es el novio de Avery, Knox.

Brogan se ríe por lo bajo y masculla:

—Más quisiera él.

—Encantado. —Le hago un gesto con la cabeza a la madre.

Hope se sienta a mi lado y su madre en el asiento siguiente. Luego se inclina hacia mí y añade:

—Es más fácil que explicarle lo que eres en realidad. ¿Que es qué, exactamente? —La determinación en su voz me deja muy claro que está de parte de Avery.

Brogan se inclina hacia ella.

—Me caes bien, chavala. Soy Brogan, el hermano de Knox.

Hope lo saluda con la mano y se sonroja. Me parece que ya no soy su Holland preferido.

—Es la primera vez que compite en salto desde la temporada pasada —dice Hope mirando a Avery, que todavía está calentando.

—Qué bien —dice Brogan, aplaudiendo—. Seguro que lo hace genial.

El equipo de Valley empieza la rotación de salto. Es el turno de la primera gimnasta, pero yo no aparto la vista de Avery. La chica debe de clavar el salto, porque todo el mundo la vitorea como loco.

Una mujer, supongo que la entrenadora, habla con ella mientras esperan la puntuación de los jueces. Creo que estoy sudando más que antes de mis carreras.

Avery es la tercera en la rotación de salto del potro. Cuanto más cerca está su turno, más segura de sí misma parece. Tengo ganas de vomitar. Se pone en posición al final de la pista y mueve la cabeza a un lado y al otro, con la mirada fija al frente. Dobla los dedos de los pies para estirarlos uno a uno. Cuando está preparada,

levanta los brazos y sonríe a los jueces. Respira hondo, subiendo y bajando los hombros, y coge carrerilla. Alza los brazos, hace una rondada y un flic flac y luego se impulsa con las manos en el potro, girando en el aire por encima. O, al menos, eso es lo que parece. Va tan rápido que es difícil identificar las acrobacias.

Suspiro al ver que Avery clava el salto, pero el alivio no me dura mucho, porque enseguida me doy cuenta de que algo no va bien. Cuando sonríe a los jueces, el gesto parece forzado, y su postura al levantar los brazos… no está bien.

Abro la boca para preguntarle a Hope al respecto, y en ese momento Avery se derrumba sobre la colchoneta.

—¿Qué ha pasado? —El salto me ha parecido perfecto, pero algo debe de haberle ocurrido.

—No lo sé. Tal vez la rodilla.

El corazón me late con violencia. Se me hace un nudo en el estómago. No, no, no… Ha trabajado demasiado para sufrir un revés como este. Todo el gimnasio guarda silencio, hasta que Tristan y otro chico la ayudan a levantarse. A pesar de la preocupación que reina en el aire, se oyen unos aplausos mientras se la llevan al otro lado del gimnasio.

—Voy a… —empiezo a decirle a Brogan.

—Ve —dice.

Hasta que no llego a la puerta, no se me ocurre que tal vez no se alegre de verme, sobre todo en un momento como este.

Avery está tumbada en una camilla improvisada mientras un chico con un polo azul y unos pantalones caquis le echa un vistazo a su rodilla. Al acercarme, por fin logro respirar. No puedo verle la cara, se está tapando los ojos con ambas manos.

Cuando se vuelve hacia un lado y me ve, creo que se me va a salir el corazón por la boca. Parpadea para quitarse las lágrimas de los

ojos.

—¿Knox?

Capítulo cuarenta y cuatro

Avery

Knox espera en la puerta mientras la entrenadora Weaver y otro de los entrenadores le echan un vistazo a mi tobillo.

—Estoy bien —les aseguro, incorporándome—. Creo que solo me lo he torcido.

Me he asustado, más que hacerme daño. He entrado en pánico en cuanto he caído mal. Estoy demasiado pendiente de que cualquier lesión me robaría años de entrenamiento, de que tal vez incluso acabaría con mi carrera.

Tengo los nervios descontrolados y no consigo que dejen de temblarme las manos, pero no creo que me lo haya lesionado. Me duele, pero no parece que se haya roto, por suerte.

Intento relajarme y dejar que me revisen, pero todavía me corre la adrenalina de antes por las venas. Le tiendo una mano a Knox, que acude a toda prisa, como si hubiese estado esperando cualquier señal por mi parte para acercarse.

—Hola —digo en voz baja mientras sus dedos se entrelazan con los míos.

—Hola, princesa. —Escuchar su voz grave y ese apelativo familiar calma algo en mi interior—. Me has dado un susto de muerte.

—¿Qué haces aquí?

Pero el entrenador interviene antes de que le dé tiempo a

responder. El tobillo no está roto, tal y como yo pensaba, pero la entrenadora Weaver y él creen que lo mejor sería que me retirase de la competición.

—No. —Niego con la cabeza y me pongo de pie.

Todo el mundo acude corriendo, como si pensasen que me voy a caer. Pongo el peso en el tobillo izquierdo con suavidad para evaluarlo. Está sensible y me duele un poco, pero soporta el peso.

—La de barra es la última rotación. Para entonces ya estará bien.

La entrenadora Weaver frunce el ceño, observándome con atención. No sé qué habrá visto en mí, pero la convence de que soy sincera, porque asiente.

—Cuando lo tengas vendado, comprueba cómo te sientes calentando un poco y ya decidimos entonces.

Sonrío, porque sé que me lo va a permitir. No insistiría si pensase que podría empeorarlo, pero necesito volver a competir por razones que no logro explicar.

Knox me da la mano y me estrecha los dedos con fuerza mientras me acaricia los nudillos con el pulgar. Se queda así todo el tiempo que el entrenador me atiende. Cuando estoy preparada, me ayuda a levantarme y volvemos a la pista. Algunas de mis compañeras nos dirigen miradas interrogantes, pero me quedo atrás con Knox unos segundos más.

—Pensaba que habrías vuelto a Nuevo México.

—Yo también. —Me mira directamente a los ojos—. Necesitaba verte antes de irme.

Mi corazón quiere caer a sus pies, roto en mil pedazos. Ha venido a despedirse. La última vez que se fue no nos despedimos. Sé que me dolerá ver cómo se marcha, pero al menos le dije lo que sentía. No me arrepiento de nada. Volvería a hacerlo aun sabiendo el resultado.

—Bueno, gracias por haber venido. —Trago saliva a pesar del nudo que tengo en la garganta—. Será mejor que vaya a mirar cómo aguanta el tobillo vendado.

—Eh… Sí, claro. —Carraspea. Parece que algo le reconcome, pero tal vez sea solo lo raro que va a ser todo ahora siempre que estemos el uno en presencia del otro.

—¿Te vas a quedar hasta el final?

—Sí, me voy a quedar. Yo… Esperaba que pudiéramos hablar.

Se me acelera el pulso.

—¿Sobre qué?

—Eh…, sería mejor hacerlo cuando hayas terminado. Creo.

—Dímelo ahora. —No puedo esperar una hora más para saber qué quiere decirme. Me volvería loca.

—No es importante. Concéntrate en darles una paliza. —Intenta sonreír, pero no es nada convincente.

—Knox…

Aprieta los labios en una fina línea; aprieta los dientes. Si lo que le preocupa es hacerme más daño del que ya me ha hecho… No creo que sea posible.

—Avery —me llama la entrenadora Weaver. Estamos a punto de empezar la tercera rotación y he de volver con mi equipo.

—Dímelo, Knox. No pasa nada. Sea lo que sea, estaré bien.

—Te quiero —me suelta, y luego cierra los ojos con fuerza—. Mierda, espera. No. No está bien.

Todo parece ralentizarse a mi alrededor mientras intento comprender sus palabras, dar sentido a esa adorable expresión de frustración que ha asomado a su rostro.

—Entonces ¿no me quieres?

—No, sí, es… Joder. La estoy cagando. Tenía un discurso preparado. —El corazón me martillea en el pecho. Lucho por reprimir

una sonrisa—. Siento haber sido un cobarde —prosigue—. Debería haberte dicho lo que sentía mucho antes, pero no creí que importase. Quizá ahora tampoco importe. No te culparé si piensas que es demasiado tarde, pero no podía irme sin decírtelo. Te quiero, Avery. Eres la persona más increíble que he conocido nunca. Eres preciosa e inteligente, y tienes muchísimo talento. Trabajas más duro que nadie que conozca para perseguir tus sueños y aun así siempre encuentras el tiempo de ayudar a los demás con los suyos. Estarías dispuesta a cualquier cosa por la gente a la que quieres, por Quinn, Colter, Hope, Flynn, por mí… —Esboza una media sonrisa—. Hacía mucho tiempo que no me abría con nadie, pero tú no me diste elección. Derribaste todas mis barreras simplemente siendo tú, y yo no tenía nada que hacer. Quizá no se me haya dado muy bien demostrarte que ya era tuyo, pero lo era. Lo sigo siendo. Y quiero que seas mía. No solo cuando estemos en la misma ciudad, sino todo el tiempo.

Se me queda mirando, esperando mi respuesta. La adrenalina me corre por las venas; siento que el corazón me late tan rápido que se me va a salir del pecho.

Y, en ese momento, el locutor anuncia la alineación de la rotación siguiente, y sé que he de irme. Tengo muchas cosas que decirle, pero lo único que puedo hacer es darle un abrazo, que es lo que llevo deseando toda la semana. Se me han llenado los ojos de lágrimas y, mientras le sonrío y camino hacia atrás en dirección a mis compañeras, permito que se derramen por mis mejillas.

—Tengo que irme. Voy a buscarte en cuanto termine.

Una sombra de duda y preocupación le arruga la frente, pero asiente. Lo sigo con la mirada mientras ocupo mi sitio en el suelo y lo veo a él sentarse en las gradas, al lado de Brogan y de Hope. Ella me saluda con la mano; salta a la vista que está emocionada porque

no haya tenido que retirarme de la competición. Levanta el pulgar con una expresión interrogante como si quisiera comprobarlo y yo le devuelvo el gesto. Y entonces sonríe todavía con más ganas.

Tengo las energías renovadas, y animo a mis compañeras durante los ejercicios de suelo. Intento no mirar a Knox demasiado a menudo, pero cada vez que lo hago lo descubro observándome. Y, por mucho que intente aislarme de todas las distracciones, no hago más que oír sus palabras una vez tras otra. Me quiere. Knox Holland me quiere. Creo que ya lo sabía, pero jamás pensé que le escucharía admitirlo.

Cuando llega el momento de la barra de equilibrio, me he convertido en una bola de nervios y energía. Me siento como si llevara años esperando para ejecutar esta rutina. Hoy soy la última, así que me toca esperar a que compita todo el mundo.

El otro equipo está con el salto del potro y termina antes que nosotros, así que cuando saludo a los jueces, todas las miradas están puestas en mí.

Cierro los ojos un instante, exhalo y coloco las manos en la barra para subir. Mientras ejecuto cada acrobacia, en mi mente afloran recuerdos fugaces de mis sesiones de entrenamiento con Knox. Lo recuerdo cuando era como un grano en el culo, cuando me animaba; recuerdo cómo se comportaba con Hope y esa imagen de él sudado y sin camiseta, con los músculos marcados después de haber entrenado una hora entera. Está bueno hasta cotas absurdas.

No soy capaz de precisar el momento exacto en el que me enamoré de él. Ocurrió en todos esos instantes, poco a poco.

Cuando hago el triple giro en cosaco, oigo los gritos de Hope, más fuertes que los de todos los demás. Ejecuto entonces mi siguiente serie acrobática, una rueda sin manos y un mortal en plancha. Me siento como si estuviera flotando sobre mí misma, observándome

desde las alturas. Abro el pecho, orgullosa, y esbozo una sonrisa más ancha que nunca. No pienso volver a dar esta sensación por sentada nunca más. Mi sitio favorito en el mundo entero es encima de una barra, y ahora sé que cada oportunidad de estar aquí es un regalo.

Ejecuto limpiamente todos mis saltos, no me tambaleo en los giros, y mis movimientos de danza son gráciles. Las horas de entrenamiento han dado sus frutos. Lo único que me falta es la salida. Pruebo a apoyar el tobillo al levantar el pie derecho y ponerlo en punta. El dolor ya casi ha desaparecido, por suerte. Y quiero hacer esto, pero no a expensas de la temporada entera.

Hace ya dos semanas que practico mi nueva salida, y suelo caer de pie. No obstante, con público siempre es distinto. Me trago la sombra de duda que está intentando despistarme y me concentro. La voz de Knox resuena en mi mente. «Tú puedes, princesa».

Cuando empiezo la serie acrobática con la que saldré de la barra, todo se queda en silencio. La gente se calla, y las voces que dudan en mi mente, también. En realidad, no sé si se quedan en silencio de verdad o si simplemente dejo de prestar atención a lo que me rodea, pero cuando salto al final y ejecuto el doble mortal con giro completo, juraría que todo el público coge aire al unísono.

Caigo de pie sobre el colchón, con el pecho un poco más bajo que en algunos de mis entrenamientos, pero me yergo de inmediato, junto los pies, y levanto los brazos sobre mi cabeza.

El silencio dura un solo segundo más, y luego se produce un estallido de sonido a mi alrededor: mis compañeras del equipo de la Valley U gritan mi nombre, y la multitud me vitorea y aplaude. Corro hacia la entrenadora Weaver, que me mira con una expresión de alivio, y le doy un abrazo.

—Gracias por creer en mí —le digo, apretujándola tanto que le

cuesta responder.

—Buen trabajo, Avery.

Mis compañeras me rodean en cuanto nos separamos. Nos abrazamos, chocamos los cinco, y cuando los jueces me comunican una puntuación de un diez perfecto, chillamos alborozadas.

Tristan se acerca con una expresión entre engreída y orgullosa.

—Bien hecho, Ollie.

—¿Cómo dices? —le digo, llevándome una mano detrás de la oreja.

Pone los ojos en blanco.

—Que has hecho bien en no rendirte. Has vuelto.

—No me había ido. —Choco el puño contra el suyo y luego me voy hacia el público, en busca de Knox.

No se ha movido del sitio, así que corro gradas arriba a su encuentro.

Hope es la primera en abalanzarse sobre mí: se lanza a mis brazos dando saltitos sin parar.

—¿Un diez perfecto? ¡No me lo puedo creer! ¡Eres la mejor!

—Gracias. Me alegro de que hayas venido. —Miro a Knox. Creo que nunca lo había visto con una sonrisa más radiante.

—Felicidades. Ha sido… No tengo palabras.

—Eso sí que es raro —interviene Brogan—. Has sido la bomba.

—He tenido un poco de inspiración —contesto y miro a Knox.

—Pues me alegro de que te haya servido de inspiración, porque yo estaba que me subía por las paredes. ¿Qué clase de idiota le dice a una chica que la quiere por primera vez antes de que le toque competir delante de tanto público? —Parece avergonzado.

—Mi idiota. —Le rodeo el cuello con los brazos—. Yo también te quiero.

Cuando estoy a punto de besarle, Brogan dice:

—Un momento… ¿Ya se lo has dicho? ¿Qué ha pasado con el plan? ¡Tenía un discurso preparado para después de tu victoria!

Knox esboza una media sonrisa y yo lo miro con una ceja enarcada.

—Me muero de ganas de oírlo.

—Luego —contesta, y entonces estampa sus labios contra los míos.

Capítulo cuarenta y cinco

Avery

—¿Es Knox? —pregunta Hope mientras se me acerca, señalando mi móvil con la cabeza. Estoy sentada en la barra de equilibrio, tomándome un descanso… y poniéndome al día con mi novio.

Mi novio. ¡Knox es mi novio! Qué raro. Todavía no me he acostumbrado a cómo suena, pero me gusta.

Hace ya dos semanas que me dijo que me quería, y luego tuvo que volver a Nuevo México. Dos semanas de llamadas de teléfono diarias, de cientos de mensajes, y de echarlo de menos como una loca.

Le tiendo el teléfono a Hope para que vea a Knox.

—¡Hola! —La adolescente sonríe de oreja a oreja y saluda con la mano—. ¿Cuándo vuelves? Avery va como un alma en pena cuando no estás.

—¡No es verdad! —contesto, un poco a la defensiva.

Vale. Al principio sí que parecía un alma en pena. Es raro no tenerlo a mi lado todo el tiempo. Cada día me pasan un montón de cosas que me gustaría contarle y al principio se me hacía raro acribillarlo a mensajes sobre temas mundanos que estaba seguro de que no le importaban lo más mínimo. Pero cuando se lo dije, soltó un resoplido y me dijo: «Quiero saberlo todo, princesa».

Y así empezaron nuestras épicas conversaciones por mensaje.

¿Necesita saber lo que he comido hoy? ¿Necesito saberlo yo? Pues no, pero, por la razón que sea, contarnos los pequeños detalles de nuestro día a día hace que la distancia parezca más corta.

—Espero poder ir este fin de semana o el siguiente —le contesta —. ¿Cómo te fue la competición el fin de semana pasado?

Hope coge mi móvil y se lo cuenta con todo lujo de detalles. Yo los escucho con una sonrisa. Me da en la nariz que ella lo echa de menos casi tanto como yo.

Cuando se hace una pausa en la conversación, le pido con un gesto que me devuelva el móvil.

—Espera —me dice, y luego le dice a Knox—: Necesito tu consejo con una cosa.

—Dispara.

Me acerco para verlo en la pantalla. Ha llamado desde el gimnasio en el que entrena y está sentado en el suelo, todavía sudado y sin camiseta.

—El chico que me gusta me ha dicho que le gusta alguien, pero no me ha dicho quién es. Mi amiga Janet dice que eso significa que soy yo, pero no estoy segura. Mencioné a toda la clase intentando adivinar y me dijo que no a todo el mundo.

—Eh…, vale —contesta Knox—. ¿Qué consejo necesitas?

—¿Crees que le gusto yo? —pregunta con cierta exasperación—. ¿Y cómo consigo que me lo diga?

Knox levanta las cejas y abre la boca como si quisiera contestar, pero no dice nada. Se frota la nuca. Está tan perdido… Es graciosísimo.

Intervengo para echarle una mano.

—Cuando mencionaste a todos los de la clase, ¿le preguntaste si le gustabas tú?

Hope palidece.

—Claro que no. Me habría muerto de vergüenza si se hubiera reído o algo así.

Comprensible. La primera vez que te gusta alguien es complicada, y la primera vez que te rechazan, también.

—Vas al Instituto Valley, ¿verdad? —pregunta Knox.

—Sí, ¿por? —Hope lo mira con atención, apretando los labios.

—Porque, si se ríe de ti, la próxima vez que esté en la ciudad iré a hacerle una visita.

Aprieto los labios para contener una carcajada. Aunque no creo que esté de broma.

—¡Knooox! —Hope suelta un gemido.

—Vale, a ver. —Adopta una expresión pensativa y luego asiente—. Vale, creo que seguramente tu amiga Janet tenga razón y esté intentando hacerte ver que le gustas sin decirlo directamente. Está siendo ambiguo por la misma razón por la que tú no le has dicho lo que sientes. Puedes esperar a que te lo diga o preguntárselo tú misma. —A Hope se le ensombrece el rostro, pero asiente—. Si se lo preguntas, al menos sabrás la respuesta. No pierdas el tiempo con un chico que no se da cuenta de lo genial que eres.

—Sí —responde ella de forma solemne.

—Y si no le gustas, es un idiota —añade Knox—. Eres la chavala más guay que conozco.

Hope vuelve a sonreír.

—Tienes razón. Soy genial. ¡Gracias, Knox!

Y entonces me devuelve el móvil y se va a calentar.

Riéndome, vuelvo a ponerme delante de la pantalla.

—Creo que le has alegrado el día.

Mi novio exhala con fuerza, hinchando las mejillas.

—Tener hermanos no me preparó para este tipo de charlas.

—Lo has hecho bien.

Encorva los hombros y niega con la cabeza.

—Espero de verdad no tener que hacer un viaje de emergencia para cantarle las cuarenta a un adolescente.

—En todo caso, que sea un viaje de emergencia para que yo pueda besarte hasta que te falte el aire.

—No besarte sí que me parece una emergencia —contesta con una sonrisa.



El viernes, después de clase, me encuentro una nota en el buzón que me avisa de que tengo un paquete en el mostrador de recepción de la residencia.

A la recepcionista se le ilumina la cara al verme. Se pone de pie, coge un jarrón enorme de rosas rosas que tiene detrás y me las da.

—Alguien está hasta las trancas, ¿eh, Avery? Es la tercera vez esta semana.

En realidad es la cuarta, pero el martes por la tarde había otra persona en recepción.

—Gracias. —Cojo las flores y me las acerco para olerlas.

—También te han dejado esto.

Me cambio el jarrón de brazo para aceptar un sobre acolchado.

—Gracias.

Llamo a Knox en cuanto llego a mi habitación y puedo dejar las cosas. El escritorio ya está lleno, así que he tenido que empezar a dejar las flores por el suelo. Es como si mi habitación fuese una carrera de obstáculos muy bonita. Resulta que Knox no sabe hacer algo sin dedicarse a ello en cuerpo y alma. Le preocupaba mucho ser un buen novio y estar demasiado ausente cuando estuviéramos

separados, pero ha resultado ser la persona más presente del mundo, aunque se encuentre en otro estado. Sé que estos regalos son un modo de asegurarse de que yo sepa que está pensando en mí.

Hay días más duros que otros, pero la gran mayoría del tiempo me siento increíblemente afortunada porque los dos podamos dedicarnos a lo que amamos.

—Hola —saluda al responder la llamada. Parece faltarle el aliento.

—Gracias por las flores.

—De nada.

—También tengo en la mano un paquete de aspecto sospechoso —añado, mirando el sobre acolchado con remitente de Nuevo México.

—¿Lo has abierto?

—Todavía no. Acabo de llegar. —Cuando lo abro, me siento como si fuese Navidad. La única persona que me envía cosas es mi madre. Además, tengo una visión extraña en la que aparece Knox haciendo cola en la oficina de correos, como un ser humano normal. ¿Quién lo iba a decir?

Meto la mano en el sobre y saco una camiseta rosa fucsia. La desdoblo y sonrío al ver el logo de Neon Punch en la parte delantera. En el dorso está su número, el 18, y su apellido. Creo que me voy a derretir. La abrazo contra mi pecho y le digo:

—Me encanta. Gracias. —Ya me estoy quitando la camiseta para ponerme esta. Huele un poco a él.

—De nada.

Y entonces caigo.

—¡Madre mía! ¿El color del equipo es el rosa?

—El rosa neón. —Me echo a reír, y él hace un ruido a medio camino entre el gemido y el resoplido—. Y el negro.

Me estoy partiendo de risa. Hasta me cuesta hablar.
—¿Vas a tener que vestir de rosa? Esto es buenísimo.
Un segundo después, su risa se une a la mía.
—Al menos me recordará a ti.

Capítulo cuarenta y seis

Knox

Estoy conduciendo la camioneta cuando Avery me llama.

—Hola, princesa.

—¡Hola! —responde con la voz alegre. Es como un chute de dopamina directo en la sangre—. ¿Qué tal tu día?

—Bien. ¿Y el tuyo?

—Bastante bien. El entrenamiento ha sido duro. Estoy practicando otra serie en el potro, y como es parecida a una que hice el año pasado, mi cerebro intenta volver a la anterior todo el tiempo. Es muy frustrante.

—Ya te saldrá —la tranquilizo.

Ella contesta con un gruñido que no indica precisamente aprobación.

—¿Y tú? ¿Cómo te va todo? Te echo de menos. ¡Ah, y hoy he recibido una noticia guay!

—Yo también te echo de menos. —Cojo la primera salida hacia Valley de la autopista—. Hoy he conocido al nuevo entrenador. Ha accedido a que me organice yo mismo parte de mi entrenamiento fuera de pista.

—¿Quieres hacer verticales? —se burla.

—Por supuesto. Verticales sin camiseta.

—Ah, no, ni hablar. La camiseta se queda puesta. No quiero que

alguien se te coma con los ojos cuando no esté yo para darle una paliza.

Me río al imaginármela peleándose con alguien. Aunque tampoco le haría falta. Soy todo suyo.

—¿Ya has vuelto a la residencia? —le pregunto—. ¿Y cuál es esa noticia tan guay?

—En realidad, acabo de llegar a tu casa. Me he pasado a ver a Flynn. —Debe de acercarle el teléfono a mi hermano, porque un segundo después oigo su voz.

—Hola, tío.

De pronto, me pregunto si me va a delatar. Él sabe que vuelvo a casa este fin de semana, pero Avery no. Quería darle una sorpresa, pero no esperaba que estuviese en mi casa.

—Hoy me ha llamado una de mis antiguas compañeras de la selección de Estados Unidos. Está preparando una gira de verano con algunas de las principales gimnastas del país y me ha invitado a formar parte del equipo.

—¡Eso es fantástico, princesa!

—¿A que sí? Solo se lo ha pedido a un total de diez gimnastas y yo soy una de ellas. ¿Te lo puedes creer?

—Pues claro que puedo. ¡Felicidades!

—Gracias. Ojalá estuvieras aquí para celebrarlo. Quinn me va a llevar de fiesta. Ah, saludos de Colter. Creo que te echa de menos. No hace más que ver vídeos de tus rutinas de *freestyle* y hablar de lo mucho que mejoraste en tan poco tiempo.

Apago el motor y cojo la mochila del asiento trasero.

—Tal vez no tenga que echarme de menos durante mucho tiempo.

—¿Vas a venir pronto? —pregunta, y no se me pasa por alto el tono esperanzado de su voz.

Abro la puerta y casi echo a correr. Tengo muchas ganas de verla.

Las semanas se me hacen largas. Sobrevivimos gracias a las llamadas de teléfono y muchos mensajes, pero cada vez que me voy de Valley cuento los días que faltan para volver.

—Sí, muy pronto.

—¿Cuándo? —Oigo su voz en la cocina.

Tiro la mochila en el suelo y ella se da la vuelta. Se queda boquiabierta al verme. Suelta un chillido tan agudo que casi me lastima los tímpanos, viene corriendo hacia mí y salta a mis brazos. Yo la cojo y la abrazo para besarla.

Madre mía. La he echado de menos y, por cómo me besa, diría que el sentimiento es mutuo.

Flynn se aclara la garganta y me separo de mi chica con una risita. Avery se sonroja cuando la dejo en el suelo, pero no permito que se vaya muy lejos. Le rodeo la cintura con un brazo y voy hacia mi hermano.

Solo la suelto para abrazarlo a él. También lo he echado de menos.

—Juraría que esta semana has crecido otros tres centímetros.

Sonríe y se hincha como un pavo.

—Ya soy más alto que Hendrick. Le da mucha rabia.

—Ya, eso seguro. —Le alboroto el pelo—. Arch me ha contado que anoche fuiste a cenar con papá. ¿Todo bien?

Odio preguntárselo, pero sé que Flynn no me hablará de papá por su propio pie después de todo lo que me ha oído despotricar sobre ese tío. Y quiero saberlo, porque nunca dejaré de preocuparme por mi hermano pequeño.

Se queda callado unos instantes, como si no supiera muy bien cómo responder.

—Sí. Me llevó a celebrarlo.

El codo no se le ha curado del todo, pero mejora semana tras

semana y ha aceptado una beca para la Universidad de Houston, que era su primera opción. Podrá jugar para el entrenador de sus sueños, Luka Champe. La beca no cubre el coste total de la matrícula, el alojamiento y la comida, pero cuando vi cómo se le iluminaba la cara de emoción al recibir la oferta supe que haría lo que fuera para que pudiera aceptarla. Haría cualquier cosa por verlo cumplir sus sueños. Será duro que se marche, pero no podría estar más orgulloso.

—Vale. Me alegro.

Él se ríe.

—¿Seguro?

Sopeso mis palabras con cuidado.

—Te mereces tener cerca a mucha gente con quien celebrar tus logros.

Lo cierto es que dudo mucho que papá se quede y empiece a comportarse como el padre que Flynn merece, pero tampoco estoy seguro de que eso sea lo que espera mi hermano. Y, en fin, supongo que lo único que puedo hacer es estar a su lado. Yo seguiré apoyándolo en todo lo que me habría gustado que alguien me apoyara a mí.

Flynn coge su móvil y dice:

—Te están esperando en el bar. ¿Te importa dejarme en el insti? Esta noche hay un baile.

—Un momento… ¿Sabían que venías? —pregunta Avery.

—Quería darte una sorpresa. Quinn me ha dicho que tenías una gran noticia. No me perdería tu celebración por nada del mundo.

Se lanza a mis brazos otra vez. Y, mientras la abrazo, miro a Flynn, y esta vez me fijo bien en él. Lleva una camisa y los vaqueros no están arrugados.

—Un momento… ¿Has dicho que querías ir a un baile?

Después de dejar a Flynn y pasar por la residencia de Avery para que se cambie, vamos al Tipsy Rose. Archer y Brogan me saludan desde detrás de la barra. Archer no es camarero, pero le gusta estar por aquí a veces, cuando Brogan trabaja.

—Me alegro de verte, hermano —dice Arch.

Brogan me pone delante un vaso de chupito con un líquido rosa.

—Lo he llamado Neon Punch. —Me guiña un ojo.

Me lo bebo de un trago y hago una mueca. Está dulce y luego hay algo que pega fuerte. El nombre le va bien. Me siento y me pongo a Avery en el regazo. No puedo parar de tocarla.

Colter y Quinn no tardan mucho en llegar. Avery se pone de pie para abrazar a su amiga y Colter viene directo hacia mí. Me mira de arriba abajo con muchos aspavientos y luego se acerca a abrazarme y darme unas palmaditas en la espalda.

—¿Cómo va con el equipo nuevo? —pregunta.

—Bien, muy bien, la verdad. Creo que va a ser una temporada de la hostia.

—Estoy contentísimo por ti, aunque por aquí se te echa de menos. Todos notan tu ausencia en la pista. Hasta Brooklyn está un poco menos simpática, ¿te lo puedes creer?

Suelto una carcajada.

—Sí, me lo puedo creer. Yo también os echo de menos. —Y es verdad. De todos los equipos de los que he formado parte, el de *freestyle* fue con el que más fácil y natural me resultaba todo. Era como una familia—. ¿Crees que tendrías sitio para mí cuando termine la temporada de carreras?

Pone unos ojos como platos.

—¿Quieres volver?

Asiento.

—Lo he estado pensando. Ya te paso la mano por la cara en un deporte. Debería seguir también con este, para humillarte también en *freestyle*.

Se ríe con ganas.

—Sigue soñando, Holland.

Avery y yo somos los primeros en irnos del bar. Por mucho que me alegre de ver a todo el mundo, necesito pasar tiempo a solas con mi chica.

Al salir, vamos hacia mi moto cogidos de la mano. Le paso el casco sin mediar palabra y ella se lo pone sobre el pelo rubio.

—¿Adónde vamos? —pregunta mientras la ayudo a subirse a la moto.

—Donde tú quieras, princesa.

Epílogo

Avery

—¡Ahí viene! —Agarro a Flynn del brazo al ver a Knox coger la última curva del circuito y acelerar hacia la línea de meta. No puedo evitar sonreír cada vez que veo esa camiseta rosa.

Chillo para animarlo, como he hecho cada vez que ha pasado por nuestro lado. Dudo que pueda oírme con todo este ruido, pero es la única forma que tengo de canalizar los nervios contenidos.

Lleva casi toda la cara tapada con el casco y las gafas, pero cuando hace el salto ante nosotros, girando la moto con mucho estilo, juraría que lo veo sonreír. Le encanta correr y a mí me encanta verlo.

Tiene la moto cubierta de barro, incluida la placa con el número 18 que luce en la parte delantera. Ha llovido después de la primera carrera del día, así que la pista está hecha un desastre. Sin embargo, ahora ha salido el sol, no hay ni una sola nube a la vista y Knox se los está comiendo a todos con patatas. Está, literalmente, haciéndolos morder el polvo.

Hasta ahora, ha hecho una temporada excelente. Va el primero de la clasificación tanto en puntos como en victorias. Es imparable. Y ha logrado todo eso al tiempo que me animaba a mí mientras terminaba el segundo año de universidad y me hacía con mi primer título de gimnasia *all around* de la Asociación Nacional Deportiva

Universitaria y se aseguraba de que Flynn se graduase y lo tuviera todo listo para irse a la universidad. Y además, se las ha arreglado para pasar tiempo también con Archer y Brogan y ayudar a Hendrick con las cosas de la boda.

Me tiene asombrada. Él y su gran corazón.

Está y de repente no está. Así, sin más. Desaparece de mi vista a la velocidad de la luz.

Suelto el brazo de Flynn y le sonrío a modo de disculpa.

—Perdona.

Por un segundo, su sonrisa me recuerda tanto a la de su hermano que me siento como si estuviese mirando a un Knox más joven, pero no tarda en convertirse en la sonrisa dulce típica de Flynn.

—Lo tiene hecho. Nadie lo va a atrapar, a no ser que la cague.

No la va a cagar. Hoy está perfecto.

Ha venido toda la familia, y sé que no va a permitir que la victoria se le escape de las manos. Quiere compartirla con todos ellos. Es muy propio de Knox.

Flynn y yo vinimos con él, así que ya llevamos aquí varios días, viviendo la experiencia completa de las carreras. Archer y Brogan llegaron anoche y ahora mismo están yendo de carpa en carpa, a ver si conocen chicas guapas. Y Hendrick y Jane, que volvieron ayer de la luna de miel, han venido esta mañana. Están resplandecientes. Hasta Colter y Quinn han aparecido, pero están entre el gentío, con algunos de los *riders* amigos de Colter.

Me encanta que Knox pueda contar con tanta gente con ganas de apoyarlo. Han venido todos a estar a su lado, igual que él ha estado siempre al lado del de ellos.

Los corredores pasan zumbando ante nosotros. Animo con poco entusiasmo al nuevo compañero de equipo de Knox, Ronnie. Es joven, solo tiene un año más que Flynn, y entre su encanto natural,

el pelo rubio y los ojos azules, se ha convertido en todo un éxito con las fans. Knox dice que es un buen chaval. Creo que le gusta tener cerca a alguien que es más o menos de la edad de su hermano, para que le recuerde a él. Me lo presentó una vez y me pareció majo, pero, de todos modos, quiero que Knox lo gane a él también.

Una moto se la pega justo delante de nosotros. El público suelta un «oooh» colectivo.

—¿Quién era? —pregunta Flynn.

Hendrick, que está sentado a su otro lado, se ríe por lo bajo.

—Link.

Observo al chico, que coge su moto y se vuelve a subir. Intenta arrancarla varias veces, y cuando no lo consigue se baja, la empuja y se lía a patearla.

Nuestra carpa estalla en carcajadas. Puede que sea un poco mezquino por nuestra parte, pero…

El tiempo pasa despacio, pero Knox gana distancia con cada vuelta que da. Me da la sensación de que ya nadie intenta pillarlo siquiera, y todo el mundo se pone de pie para vitorearlo.

En la última vuelta, me pongo a dar saltitos. Flynn me mira de reojo y me sonríe, pero no dice nada. Se está haciendo el indiferente, aunque sé que también está emocionado.

Cuando vuelvo a atisbar la camiseta rosa, doy un brinco y me aferro a Flynn. Me da igual lo ridícula que esté. Y él decide darme el gusto y se une a mí: los dos chillamos a pleno pulmón cuando la bandera a cuadros le da la bienvenida a Knox en la línea de meta.

Nos vamos al tráiler de Neon Punch a recibirlo. Cuando llegamos, Knox se ha bajado ya de la moto y se está quitando el casco y las gafas. Me lanzo a sus brazos, probablemente con más impulso del que debería, teniendo en cuenta lo cansado que debe de estar.

—¡Has ganado! —chillo mientras lo apretujo.

—¿Lo dudabas? —Respira de forma entrecortada, pero eso no le impide rodearme con los brazos y abrazarme con fuerza.

—Jamás. —Me separo para mirarlo a los ojos—. Te quiero. Estoy orgullosísima de ti. ¡Lo has conseguido!

—Tenía que ganar, si no mis hermanos me tomarían el pelo con que no estoy a la altura de la relación porque tú has ganado más trofeos que yo.

Me río con ganas, echando la cabeza hacia atrás.

—No sabía que llevábamos la cuenta.

—No la llevamos nosotros. A no ser que sea en algo mucho más importante que los trofeos.

—Por ejemplo… ¿quién tiene más ropa de color rosa?

Niega con la cabeza. Tiene un destello de diversión en la mirada.

—Yo también te quiero, princesa.

—Pero yo te quiero más —contraataco, solo para ver cómo aparece una sonrisa en ese rostro precioso y lleno de barro.

—Eso no es posible.

Agradecimientos

Gracias a mi equipo: Devyn, Jamie, JR y Tori. No podría (ni querría) hacer esto sin vosotros.

A Amy y Catherine: os quiero muchísimo. Gracias por seguir motivándome e inspirándome.

Gracias a mis editoras, Jamie, Margo, Becky y Sarah. Mis libros son mucho mejores gracias a vosotras.

Erica, tus amables palabras y tus conocimientos en todo lo relacionado con el motocross me ayudaron muchísimo. ¡Espero haberle hecho justicia a este deporte! ¡Un saludo a Monsoon Mike!

Aurora, gracias por revisar todo el contenido relacionado con la gimnasia.

Sarah Jane, ¡cuánto talento tienes! Cada vez que me mandas una nueva ilustración, ahogo un grito del asombro. Eres una joya. ¡Gracias por dar vida a Knox y a Avery!

Lori, sé que siempre puedo contar con que hagas las cubiertas más increíbles. Gracias por coger mis extrañas ideas a medio cocer y convertirlas en algo hermoso.

A mi publicista y agente, Nina: eres la mejor. No sabes lo agradecida que estoy de poder contar contigo. Y al equipo entero de Valentine PR: ¡sois lo más!

Katie, no podría adorarte más. Tu *feedback* me convierte en una mejor escritora y en un mejor ser humano. Ninguno de mis libros

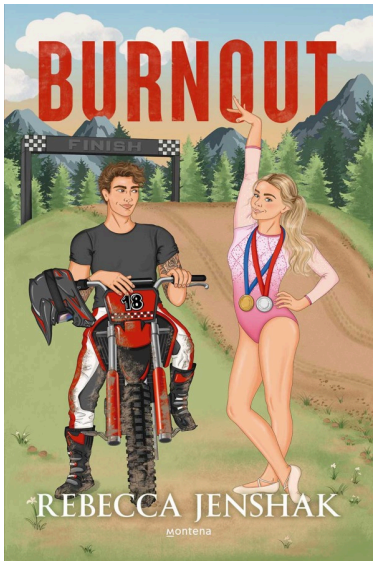
sería el mismo sin tus comentarios.

Sahara, ¡gracias por animarme siempre y por tu increíble contenido audiovisual! Me encantan nuestras conversaciones sobre hockey. ¡Tenemos que ir juntas a un partido algún día!

Al Love-Shak: ¡os quiero!

Y a todos los que habéis elegido este libro y le habéis dado una oportunidad a Knox y a Avery, ¡muchísimas gracias! Amo este trabajo con todo mi corazón y estoy eternamente agradecida a quienes de algún modo permitís que pueda seguir haciéndolo.

Un chico malo, guapísimo y tatuado con el que crucé varios insultos… ¿Y ahora quiere que le ayude?



Knox Holland está metido en un buen lío. Tras un primer año fantástico en el circuito profesional de motocross, ahora mismo debería estar comiéndose el mundo… Pero, por culpa de su mala reputación, ha terminado sin equipo. Y está desesperado por ponerle remedio.

Por eso se presenta en mi gimnasio para pedirme que lo entrene. Soy una gimnasta universitaria con dos medallas olímpicas a mi nombre, así que sé alguna que otra cosa sobre presión por conseguir el éxito. La temporada pasada titubeé y me lesioné antes de poder demostrarle al mundo que no estoy acabada ya a los veintiún años.

Estoy centrada en el futuro: no puedo permitirme ninguna distracción. Sin embargo, reconozco la desesperación en los ojos de Knox, así que tampoco soy capaz de decirle que no.

Debería haber sido un trabajo fácil, pero, con Knox, nada lo es. En cuestión de segundos, paso de discutir con él a disfrutar un poco demasiado cuando lo miro hacer verticales sin camiseta.

Enamorarme de él sería un error…

Rebecca Jenshak es una autora best seller de romance que vive en el Midwest americano. Estudió Literatura y Escritura creativa, y su pasión siempre han sido las historias románticas y el deporte, que combina en sus historias llenas de chicos guapos y chicas que saben lo que quieren.



Título original: *Burnout*

Primera edición: septiembre de 2025

Derechos de traducción gestionados por The Seymour Agency

© 2024, Rebecca Jenshak
Todos los derechos reservados
Publicado por Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© 2025, Elena Macián Masip, por la traducción

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial / adaptación de Lori Jackson
Ilustración de portada: © Sarah Jane

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Ninguna parte de este libro puede ser utilizada o reproducida con el propósito de entrenar tecnologías o sistemas de inteligencia artificial. PRHGE se reserva expresamente la reproducción, la extracción y el uso de esta obra y de cualquiera de sus elementos para fines de minería de textos y datos y el uso a medios de lectura mecánica u otros medios que resulten

adecuados (art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. En caso de necesidad, contacte con: seguridadproductos@penguinrandomhouse.com

ISBN: 979-13-87809-15-7

Compuesto en: leerendigital.com

Facebook: PenguinEbooks
Facebook: somosinfinitos
X: @somosinfinitos
Instagram: @somosinfinitoslibros
Youtube: penguinlibros
Spotify: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

Penguinlibros

Índice

Burnout
Prólogo. Knox
Capítulo uno. Avery
Capítulo dos. Avery
Capítulo tres. Knox
Capítulo cuatro. Knox
Capítulo cinco. Knox
Capítulo seis. Avery
Capítulo siete. Knox
Capítulo ocho. Avery
Capítulo nueve. Knox
Capítulo diez. Knox
Capítulo once. Avery
Capítulo doce. Knox
Capítulo trece. Avery
Capítulo catorce. Avery
Capítulo quince. Knox
Capítulo dieciséis. Avery
Capítulo diecisiete. Knox

Capítulo dieciocho. Avery
Capítulo diecinueve. Avery
Capítulo veinte. Knox
Capítulo veintiuno. Knox
Capítulo veintidós. Avery
Capítulo veintitrés. Knox
Capítulo veinticuatro. Knox
Capítulo veinticinco. Avery
Capítulo veintiséis. Knox
Capítulo veintisiete. Knox
Capítulo veintiocho. Avery
Capítulo veintinueve. Knox
Capítulo treinta. Avery
Capítulo treinta y uno. Knox
Capítulo treinta y dos. Avery
Capítulo treinta y tres. Knox
Capítulo treinta y cuatro. Avery
Capítulo treinta y cinco. Knox
Capítulo treinta y seis. Avery
Capítulo treinta y siete. Knox
Capítulo treinta y ocho. Knox
Capítulo treinta y nueve. Avery
Capítulo cuarenta. Knox
Capítulo cuarenta y uno. Avery
Capítulo cuarenta y dos. Knox
Capítulo cuarenta y tres. Knox
Capítulo cuarenta y cuatro. Avery

Capítulo cuarenta y cinco. Avery
Capítulo cuarenta y seis. Knox
Epílogo. Avery
Agradecimientos
Sobre este libro
Sobre Rebecca Jenshak
Créditos